

EVANGELIOS MOLESTOS

ALESSANDRO PRONZATO

COLECCION HINNENI

ALESSANDRO PRONZATO

HINNENÍ

96

EVANGELIOS MOLESTOS

EDICIONES SIGUEME

Apartado 332

SALAMANCA

1969

Tradujeron J. SÁNCHEZ y A. ORTIZ, sobre el original italiano *Vangeli scomodi*, publicado en 1967 por Piero Gribaudi, de Torino. - Censor: JUAN S. SÁNCHEZ. - Imprimase: MAURO RUBIO, obispo de Salamanca 15 de marzo de 1969

ÍNDICE

1. LA TRISTEZA DE NAVIDAD	11
Nuestra «inútil» navidad	13
Es necesario vivir la navidad	16
2. UN NACIMIENTO QUE NO FUNCIONA	18
La primera liturgia de la Iglesia de los pobres	19
Una interferencia	21
3. LAS SORPRESAS DE UN VIAJE	25
Primera sorpresa: el camino	26
Segunda sorpresa: los teóricos de la ley	28
Tercera sorpresa: ¿serán suficientes los regalos?	30
4. EL NIÑO QUIERE RESPIRAR AIRE PURO	32
5. ¿ES EL HOMBRE UN GORILA CON FUSIL?	37
El arma dio origen al hombre	39
Degradación de la humanidad	40
El defecto de pensar	43
El profeta centinela	45
Cuando el cordero es fuerte	48
> Nuestro realismo	49
6. PERDÓN PARA UNAS CANAS	52
La infancia es el mayor grado de madurez	54
La prudencia es el vicio de los viejos	56
Vende lo que eres	58
7. LO CONOCÍAN; POR ESO NO LO RECONOCIERON	60
¡Lo conocen!	62
El inconveniente de tener una cara demasiado conocida	64
8. NO HAY DESCUENTO EN EL BILLETE DE ENTRADA	67
Dios no acepta la injusticia	69
Hacer justicia de una manera justa	72
El «visto bueno» del hermano	74
9. LAS VACACIONES DE DIOS Y EL TRABAJO DEL CRISTIANO	78
El prurito de los milagros	80
La bandera de la patria plantada en tierra extraña	81

© Piero Gribaudi Editore, 1967

© Ediciones Sigueme, 1969

Núm. edición: ES. 435

Es propiedad

Printed in Spain

Depósito legal: B. 15703-1969 - Imp. Altés, s. l., Barcelona

10.	EL PAN	84	21.	EL SICOMORO CARGADO DE REMORDIEMENTOS	178
	La marca de fábrica	87		La dignidad por los suelos	180
	Hacernos perdonar el derecho a poseer	88		¿Dónde está la casa del Señor?	183
	«Su» pan	90		Su testamento	186
11.	DOS MIL PUERCOS EN LA BALANZA	94	22.	«LO QUE ESTABA PERDIDO», ESTO ES, LO QUE NOSOTROS HA- BÍAMOS PERDIDO	189
	Una piara que se ha ido al diablo	95		¿Por qué no nos detenemos?	190
	El hombre como riesgo del cristiano	97		Desafío a la malicia	191
	Una aventura demasiado grande para mí	99		Sólo Dios «despierta» a Dios	193
12.	EL OJO MALO	102	23.	PROHIBIDO APLAUDIR A LOS PROFETAS	197
	Dios «empobrecido»	103		Guía para el hombre	199
	La cuestión de la recompensa sobre el tapete	105	24.	EL CRISTIANO COMPROMETIDO EN LA HISTORIA	206
	Dueño de la generosidad, más que dueño de la viña	107		Los sucesos históricos en la trama del reino	206
	El denario soy yo	109		El examen del santo	208
13.	LA PALABRA CREADORA Y EL PEDREGAL QUE FLORECE	111		En el campo de tiro	209
	Las características de la palabra	112		Fidelidad al futuro	211
	La palabra hecha inofensiva	113	25.	TAMBIÉN NOSOTROS CON PIEDRAS EN LAS MANOS	213
	El evangelio ¿es raro?	114	26.	ALTA CIRUGÍA	219
14.	LA NECEDAD DEL RICO	117		La fábrica produce trece productos malos	220
	Su retrato	120		Amo, ergo sum	221
	Y su clasificación	121		El altar de Dios	223
15.	EL RICO, ESE DESDICHADO	124	27.	LA MONTAÑA DE LUZ CAMINA HACIA EL ASFALTO	225
	El dinero estropea al hombre	125		Conozco a ese hombre	225
	Su salvación	129		El drama del asfalto	227
16.	UN OFICIO QUE NO CONOCE CRISIS	132	28.	LA IGLESIA DE LOS PECADORES	230
	Un espectáculo insoportable	133		Dos hombres en la escena, y el personaje principal está escondido	231
	La cloaca al descubierto	135		Cuando se juega a ricos	234
	La compañía del pecado de los demás	137	29.	¿SOMOS CAPACES DE COMPRENDER LA ESTRATEGIA DE LA MI- SERICORDIA?	238
17.	CONSAGRACIÓN JUNTO AL BROCAL DEL POZO	141		Un tema para el primero de la clase...	240
	Cita con la venganza	143		Mi fotografía	243
	Un empujón hacia la verdad	146	30.	REZO EL CONFITEOR EN LUGAR DEL MAYOR	246
	Lanza un S. O. S.	147		Decorador de sueños	246
	El templo nuevo	149		Demasiado honrado	247
	Una flecha de sol atraviesa unos cascos	152		Una buena dosis de moralina	248
	Consagración	153		El padre visto como sargento	250
18.	UNA MUJER «LIGERA»	157		Culpable por haberse quedado	252
	La intrusa	158		Complejo de inferioridad ante el pecado	254
	Pensamientos que huelen mal	163	31.	PASÓ EL PELIGRO PARA EL PRÓDIGO	256
19.	UN LADRÓN EN LA CÁTEDRA	166		¿Por qué ha vuelto?	258
20.	¿QUÉ TENEMOS EN EL DESVÁN?	171		Si me hubiese encontrado con él	261
	Inteligencia	171	32.	LA CASA Y LA VIEJA TÍA	266
	Fantasía	174		La vieja tía	267
	Riesgo	176			

33.	IR POR EL LADO JUSTO DEL CAMINO	271
	El experto	272
	El gesto preciso	273
	Veintisiete kilómetros bastan para dividir a los hom- bres	274
	El «papel»	276
	Culpable de tener razón	277
	El evangelio en edición de lujo	278
	Mi purgatorio	280
34.	UNA HIGUERA CULPABLE DE RESPETAR LAS ESTACIONES	282
35.	LA SANGRE ENVENENADA	287
	Requisitoria	289
	El ojo está hecho para la luz	291
	Separatismo	292
36.	¿QUIÉN QUIERE JUGAR?	297
	Las patatas mohosas	298
	La risa es una cosa seria	303
37.	DIEZ EN CONDUCTA	309
	Pecado de buena educación	310
	Paréntesis	313
	Lo que importa es «hacer»	314
38.	GANAS DE AGUARNOS LA FIESTA	318
	Por qué llora	321
	Qué es lo que quiere	324
39.	OPERACIÓN LIMPIEZA DEL TEMPLO	326
	El látigo interrumpe una liturgia blasfema	327
	Los verdaderos enemigos	328
	La piel desgarrada por el látigo	329
40.	ENTRAD, EL MERCADO HA TERMINADO	331
	El manto real resulta anacrónico	331
	¡Fuera también los comerciantes de la eternidad!	334
	Los que tienen derecho a estar en el templo	336
41.	HAN TRAICIONADO A JUDAS	339
	Rasca Satanás y sale roña	341
	Traidor por haber sido traicionado	342
	El primer sacrilegio de la Iglesia naciente	342
42.	SEÑOR, ENSEÑAME A DORMIR	346
43.	UN SITIO EN EL CALENDARIO PARA EL PRIMER SANTO CRIS- TIANO	350
44.	LA MONTAÑA SE QUEDÓ EN SU SITIO	354

1

LA TRISTEZA DE NAVIDAD

Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada. (Lc 2, 6-7)

Tres líneas en total. Para narrarnos el acontecimiento más solemne de la historia del mundo, el evangelista Lucas escribe solamente tres líneas. Todo un Dios que viene a «plantar su propia tienda entre nosotros». Y con tres líneas hay más que suficiente para decirlo. Con seguridad, la pluma habrá luchado entre las manos para resistir a la dura tentación de decir muchas cosas más.

Tres líneas tan sólo en la parte de arriba. Luego, toda una página en blanco. Y aquí estamos nosotros dispuestos a embadurnarla con nuestras pobres palabras.

Parecerá tal vez una simpleza comenzar la serie de «evangelios molestos» con la narración de la navidad; con una página que parece hablarnos exclusivamente de ternura, que evoca los más dulces y suaves pensamientos.

Y sin embargo, precisamente estas tres líneas de Lucas, si atinamos a disipar la tupida niebla de un necio sentimentalismo, son terriblemente molestas. Molestísimas. Porque constituyen la condenación más despiadada de esta nuestra navidad, hinchada de retórica, atiborrada de una poesía vulgar y dulzarrona, llena de miriñaques multicolores y de conmociones baratas.

Tres líneas. Nosotros en cambio hemos ido añadiendo renglones y renglones hasta hacer una obra mastodóntica e interminable, cursi y ficticia. Después hemos volcado sobre ella toneladas de sentimentalismo, de folklore, de pacotilla variada y de mal gusto. Y así nos ha salido una navidad, que más que nada es un *pretexto*. Pretexto para dar rienda suelta a nuestra vena poética, más bien pobre; para bruñir un poquito el metal enmohecido de lo que llamamos nuestra religiosidad; para cepillar el polvo caído sobre nuestro uniforme de cristianos; para hacer alguna obra de caridad, sirviendo tal vez la comida a algún pobre... Y con ello quedamos convencidos de que somos unas personas colosales.

Pretexto para subir al escenario de la vida y representar una vez al año el papel del bueno. Porque hasta nos gastamos el lujo de creernos buenos. Una vez al año.

Francamente, hemos deshecho la navidad. Hemos saboteado la pura sencillez de esas tres líneas. Nuestra rica navidad se ha impuesto y ha empobrecido a la navidad verdadera.

Cuando un sosegado silencio todo lo envolvía,
y la noche se encontraba en la mitad de su carrera,
tu palabra omnipotente, cual implacable guerrero,
saltó del cielo, desde el trono real,
en medio de una tierra condenada al exterminio.
Empuñando como cortante espada tu decreto irrevocable.
(*Sab 18, 14-15*)

El silencio. Elemento natural, condición indispensable para que la palabra baje a la tierra. Y nosotros hemos roto ese silencio que nos resultaba demasiado molesto, destapando ruidosamente millones de botellas.

Pero ¿es que Cristo baja del cielo para que nos demos el gustazo de sentirnos buenos? ¿O para que nos volvamos románticos ante el ruido de las panderetas y de las

zambombas? ¿O para que sintamos la amarga alegría de ver cómo se desbarata la sencillez de su venida? ¿Para eso solamente?...

Nuestra «inútil» navidad

... Y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada. (*Lc 2, 7*)

Mas tarde dirá: *Llamad y se os abrirá*. Pero para su madre, que entonces le llevaba en su seno bendito, las puertas permanecen cerradas y los hombres dentro, apostados detrás de la fortaleza de su egoísmo, dispuestos a no ceder ni un solo palmo de terreno.

Para él no había sitio. Tiene que ir a nacer fuera de la ciudad. Fuera de la ciudad morirá también.

Interiormente nos sublevamos contra aquellos miserables que cierran las puertas a un Dios que viene a nacer entre nosotros.

Pero ¿no será una falsa indignación, un cómodo subterfugio?

Porque, seamos sinceros, nosotros en realidad nos portamos mucho peor. Claro que hemos adquirido un mayor nivel social y nos repugna el hecho de dejarlo abandonado fuera de la puerta. Somos gente educada. No como aquellos villanos...

No. No le dejamos fuera. Sospechamos el peligro, nos damos cuenta de su nada grata presencia, advertimos que nos va a molestar y que tal vez tendremos que defendernos de él. Por educación no le dejamos fuera. Pero con nuestros finos modales, valiéndonos de nuestros exquisitos conocimientos diplomáticos, llegaremos a conseguir que su presencia nos resulte «innocua».

Y así inutilizamos la navidad. Nuestra conducta es

más detentable que la de aquellos que le dejaron a la puerta.

¿Por qué?

Cristo viene a traernos la luz.

El pueblo que andaba a oscuras vio una luz intensa.
Sobre los que vivían en tierras de sombras brilló una luz.
(Is 9, 1)

... Y la luz brilla en las tinieblas. (Jn 1, 5)

Pero nos dimos cuenta muy pronto de que la suya es una luz molesta, indiscreta, que se cuele por todos los rincones, que descubre nuestras miserias, nuestras limitaciones, nuestras mezquindades.

Es una luz que no se resigna a ser un puro adorno, sino que compromete, que exige cambios dolorosos en nuestra existencia.

Es una luz despiadada, fastidiosa, provocativa. Y nosotros, lejos de dejarnos «arrollar» por esta luz maravillosa, de rendirnos ante ella, decidimos hacerle competencia, oponiéndole nuestros pequeños y ridículos farolillos de color.

Y como señal de nuestro infantilismo, nos cubrimos los ojos con las manos, para defendernos de esa luz que llenó con su resplandor la cueva de Belén.

Manos pegadas a nuestros ojos; insignificantes farolillos de color: así es como conseguimos neutralizar la luz.

Cristo viene para llenarnos de alegría. El ángel lo anuncia a los pastores:

No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo. (Lc 2, 10)

Alegría, porque sabemos que hay un Dios que piensa en el hombre con amor, que baja hasta el hombre, que se

acerca hasta el hombre, ¡que se hace hombre! Un Dios que se hace caminante para recorrer junto a nosotros nuestro mismo camino, compartiendo nuestras penas y miserias, nuestras lágrimas, angustias y esperanzas. Un Dios que viene a traernos la salvación. A todos. Un Dios que se nos revela como la misma misericordia.

Alegría, porque al hombre se le da una nueva posibilidad que podría parecer una locura. «Dios se ha hecho hombre para que el hombre pueda llegar a ser Dios». Pensándolo bien, habría para volverse locos. ¡Locos de alegría!

Pero no es así. Despreciamos la alegría, esa alegría. Cristo ha venido a traernos la felicidad, una felicidad que traspasa todos los horizontes terrenos. Y le consideramos como un intruso. Como un aguafiestas. Como un enemigo de la alegría. Como si viniera a robarnos la tierra o a envenenar esos codiciados manjares terrenos en los que hundimos a diario nuestros dientes y nuestras uñas.

¿La alegría? Que nos deje ir saboreando en paz nuestras ridículas alegrías humanas, plácidamente atrincherados en la lóbrega guarida de nuestro egoísmo...

Cristo nos trae sus dones. Mejor; no nos trae sus dones: ¡se hace don! El don por excelencia.

Y nosotros queremos fingir que no nos damos cuenta de tal don.

Pero es que además, estamos demasiado ocupados en acariciar con nuestras manos al ridículo paquete en que se ocultan nuestros dones, nuestros insignificantes regalos.

Así ahogamos el don bajo una montaña de papeles de color, de juguetes, de chucherías, de quincalla inútil... ¡de niñerías!

De esta manera la operación no falla y conseguimos «inutilizar» nuestra navidad. ¡Diplomáticamente!

Es necesario vivir la navidad

Cueste lo que cueste, hemos de «vivir» la navidad. Pobres de nosotros si no lo hacemos. Nos jugamos nuestro propio destino.

Nuestra misión es convertirnos en luz. Que esa luz nos penetre íntimamente, nos transforme, nos haga tan lúcidos y transparentes que los hombres al mirarnos queden deslumbrados, sintiendo todo el encanto y el atractivo de esa luz sobrenatural.

Convertirnos en alegría. No querer ser duros, gruñones, severos y hasta odiosos guardianes de la verdad. Nuestra misión no es, ¡gracias a Dios!, ser carceleros o policías, sino testigos de la alegría cristiana. Que todo el mundo entienda que el mensaje de Cristo es un mensaje de salvación, no de condenación. Un mensaje de liberación, no de opresión. Un mensaje de alegría, no de tristeza.

Convertirnos en don. Es costumbre hacer regalos en navidad. Muchos regalos. Toneladas de papel pintado, kilómetros de hilo y de lazos dorados, tarjetones enormes que sirven de felicitación. Queremos así saldar nuestras deudas de gratitud con aquellas personas a quienes debemos algún favor. Pero esto es muy fácil, demasiado cómodo. A un cristiano se le exige mucho más. Tiene la obligación, no de hacer regalos, sino de convertirse él en regalo, de convertirse en don. Hacer de su vida una entrega sin reservas. Para todos. Porque todos los hombres son sus acreedores. Porque el cristiano ha de sentirse deudor para con todos sus semejantes.

Tengamos valor para examinar frecuentemente nuestra conducta de cristianos a la luz que proyectan esas tres maravillosas líneas de Lucas. De buscar la sencillez que

ellas reflejan. De desmontar esta nuestra navidad masto-
dónica y mecanizada. Para descubrir la auténtica navidad y enriquecernos así con su pobreza.

Tal vez la navidad, la navidad que hemos vivido hasta ahora, nos hable más de tristezas que de alegrías. Porque hemos destrozado su verdadero sentido.

Es cierto que somos unos profanadores; pero a los ojos de aquel que no se horrorizó de hacerse uno de nosotros, somos unos pobres pecadores que en esta navidad, junto a la inmensa alegría de saberse redimidos, llevan en el alma la infinita tristeza de no ser todavía cristianos. (*Mazzolari*)

2

UN NACIMIENTO QUE NO
FUNCIONA

Había en la misma comarca algunos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche a su rebaño.

Se les presentó el ángel del Señor y la gloria del Señor los envolvió con su luz; y se llenaron de temor.

El ángel les dijo: — No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy en la ciudad de David un salvador, que es el Cristo Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: — Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes se complace el Señor.

Cuando los ángeles, dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían los unos a los otros: — Vayamos, pues, y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado.

Y fueron a toda prisa y encontraron a María y a José, y al niño acostado en un pesebre.

Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían. María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón.

Los pastores se fueron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho. (Lc 2, 8-20)

Vino a la tierra. Pudo escoger la vía diplomática. No lo hizo. No previno a los grandes. No avisó a los poderosos. No hizo saber nada a los sacerdotes. Ha tirado por tierra a la jerarquía.

No hubo conferencia de prensa para anunciar a los cuatro vientos un suceso de tal categoría. Y sin embargo tenía sumo interés de que alguien lo supiera. Alguien tenía derecho a ser el primero en conocer la noticia.

Manda sus mensajeros a unos pastores que acampan cerca de la ciudad guardando sus rebaños.

Jesús nace no sólo como un pobre insignificante, sino como un insignificante nómada que no tiene donde nacer. Es lógico que, antes que a nadie, quiera manifestarse a un grupo de nómadas que estaban apartados de toda vida civil. Los pastores viven al margen de la sociedad y muchas veces también al margen de la religión. Las personas «devotas», los fariseos, les miran de reojo porque son incultos; y por eso no conocen la ley, y por eso están fuera de la religión, y por eso están destinados al infierno.

Y precisamente a estos «excomulgados» es a quienes Cristo envía sus ángeles para anunciarles su venida.

Bonita manera de comportarse. Hermosa lección, ¡tan necesaria!, sobre «las precedencias».

Es que Jesús quiere poner las cosas en claro desde el principio. Nos dice abiertamente que nuestro fichero de precedencias no corresponde al suyo, está trastocado o tal vez vuelto al revés. No esperemos de él el respeto a la «vía jerárquica», la observancia de nuestros estudiados ceremoniales, la inclinación hacia nuestros privilegios.

Él lo ve todo al revés. A sus ojos, los grandes son los pequeños. Los últimos, los primeros. Los arrojados de la sociedad, sus clientes privilegiados. Precisamente con los

pastores comienza la serie de las desconcertantes sorpresas del evangelio. La buena nueva se comunica antes que a nadie y llega a pertenecer primero a aquellos que están «fuera». Los que están «dentro», los que pertenecen a la institución, se encuentran continuamente confundidos y hasta molestos con tal procedimiento por parte del Señor.

Los magos vendrán de fuera. Y Herodes, que pertenece a la institución, conocerá por estos extranjeros el nacimiento del «rey de los judíos».

Jesús tendrá doce amigos, los primeros jefes de su Iglesia. Pero no serán los apóstoles quienes lleven la cruz, sino un hombre desconocido, venido también de fuera: Simón de Cirene.

Cristo se manifestará como mesías a una vulgar mujer de Samaría; una mujer que no es ni siquiera judía, que no pertenece a la promesa, una mujer que viene de fuera, una mujer cuya conducta deja bastante que desear.

La personificación viviente del «mandamiento nuevo» no se hará precisamente en la persona de un sacerdote o de un levita, sino en la de un hombre venido también de fuera, un excomulgado, el samaritano.

Y el primero en subir al cielo con Cristo, el primer santo, es un ladrón, un criminal que jamás había oído hablar de Cristo.

Los pastores sin embargo tienen precedencia absoluta. No se la ceden a nadie. *Se decían entre ellos: vayamos hasta Belén y veamos todo cuanto el Señor nos ha hecho conocer.*

Los «vitandos» son los primeros invitados a contemplar y a tomar posesión de un Dios que se hace carne.

Los pastores que llegan a Belén son la Iglesia de los pobres; el encuentro entre Cristo que no habla y los pastores que tampoco hablan, o dicen muy pocas palabras, es la primera liturgia de la Iglesia de los pobres. (*Vivarelli*)

¿Nosotros? Sí, nosotros, los primeros, los privilegiados, no tendremos más remedio que echarnos a un lado y dejar pasar a... los últimos.

Y podemos tenernos por afortunados si los pastores se dignan hacernos partícipes de alguna indiscreción.

Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño.

Puede ocurrir, incluso, que estos llegados de fuera nos den permiso para entrar. Pero a condición de que no profanemos con nuestros inoportunos comentarios la sencillez de su liturgia, hecha de silencio y de «pequeñas cosas».

Una interferencia

Y encontraron a María, y a José, y al niño acostado en el pesebre.

El «nacimiento» de los pobres es ése, el que describen esas breves palabras. Un nacimiento auténtico, un nacimiento completo de lo esencial, un nacimiento que «funciona».

Mi «nacimiento», sin embargo, me proporciona desde hace algún tiempo verdaderos quebraderos de cabeza. Hay en él algo que no funciona, que no va. Debe tener algún fallo que no acabo de localizar.

Todos los años lo monto ilusionado. Cada Navidad una sorpresa, una cosa nueva. No reparo en gastos. Luces, musgo, figuras, nieve, casitas y «palacios», montañas, puentes y ríos... Los últimos adelantos de la técnica tienen también allí su puesto y son de un efecto sorprendente. Los amigos, los parientes se quedan boquiabiertos, y dicen que aquello es una maravilla, que da la impresión de ser verdad. Y llegan a emocionarse.

Pero el nacimiento no funciona bien. Hay un fallo. Tal vez donde menos se piensa.

Me entretengo en aumentar el colorido de las luces, empleo montañas de papel, invento procedimientos especiales para conseguir efectos luminosos y sonoros cada vez más sorprendentes.

Sin embargo, continúa habiendo algo que impide el funcionamiento perfecto.

Cierto. Da la impresión de que el buey y el asno y las ovejas y los camellos crecen, y hasta están bien alimentados. Las mismas plantas que he colocado como adorno del paisaje parecen lozanas y frescas.

Pero el niño... El niño presenta un aspecto realmente lastimoso. Adelgaza, pierde color, pierde carnes. Se le nota.

Y no hay modo de evitarlo.

Después de un detenido examen, caigo en la cuenta de un hecho importante que me deja preocupado: el fallo lo motivan factores externos. El nacimiento no funciona. El buey, el asno, las ovejas, los camellos crecen desmesuradamente, mientras el niño no está bueno, porque hay algo fuera que está estorbando. Evidentemente hay una interferencia que es la causante de todo.

No queda otro remedio que registrar y arreglar esa interferencia.

Ha sido una experiencia desagradable. Pero, al fin, todo ha quedado claro, terriblemente claro.

Vino a verme una persona desesperada. Y la despaché fríamente, apresuradamente, con cuatro pías consideraciones o con algunas simplezas llenas de hipocresías. Vino en busca de un amigo, porque lo necesitaba. Se marcha con la herida de su alma más abierta. No encontró más que un frío y torpe consejero.

No tuve tiempo para más. Pero no era verdad. La conciencia me lo decía después a gritos.

Cuando iba a «mi» misa, me crucé con el pobre del barrio, andrajoso y sucio, como siempre, con su olor desagradable a taberna y a vino. Me ha pedido una limosna y, para deshacerme de él — ¡me repugna tanto! — he puesto apresuradamente en su mano una peseta. Luego, proseguí mi camino hacia la iglesia para oír «mi» misa, después de haberle dado «mi» limosna.

Esta tarde fui al asilo a llevarle el paquete a «mi» ancianita. Pero cuando comenzaba a soltarme por enésima vez la negra letanía de sus propias desgracias la dejé plantada y me marché de prisa. Tengo un montón de cosas que hacer. «¡Otro día...; pida por mí al Señor. Me aguardaban otras cosas más importantes!» Y la pobre quedó allí, plantada, sin moverse, con un gran paquete inútil en sus manos... Y una desilusión enorme dibujada en su rostro.

«No puedo aguantar más. Mi marido no ha vuelto a aparecer por casa... el alquiler del piso... porque el dueño exige... y además, el hijo mayor...» — Y ¿qué quiere usted que haga? ¡Paciencia, mucha paciencia, señora! Confíe en el Señor. Verá como él lo arreglará. Mire, día de san Francisco de Sales...» ¡Ya! Un cristiano debe soportar con resignación los sufrimientos. Y los más fáciles de sufrir son... los de los otros.

He visto venir a lo lejos al patán con quien el otro día tuve una violenta discusión. Y crucé la calle para no saludarle.

He sentido junto a mí la injusticia. Tremenda. Un pobre hombre quedó casi deshecho. Debía hablar, intervenir, comprometerme. Pero me callé. Por «prudencia».

Y — ¿cómo no? — me salió al paso la gitana. Cabellos largos, negrísimo, resplandecientes. Con su acostumbrado niño raquítico en sus brazos. Yo tenía las manos ocupadas sosteniendo un número inverosímil de paquetes para el nacimiento. «No tengo suelto». («¡Cuándo se

decidirá esta gente a trabajar decentemente como toda persona en este mundo!»)

Al entrar en casa he visto que el nacimiento no funciona. El niño, cada vez más pequeño, casi desvanecido.

Aquella persona que bajaba las escaleras de mi casa, llevando dentro la desesperación... y el peso de mis consejos; el pobre borracho vacilante; la vieja que esperaba inútilmente que le dedicase unos minutos para repetirme su vieja, sabidísima letanía; la pobre mujer a la que he aconsejado paciencia sin hacer mía su propia pena; el saludo negado a aquel individuo antipático; el silencio vil ante la injusticia; la gitana, que se aleja murmurando... Esas son las «interferencias» que han provocado el fallo en el nacimiento.

Por eso el niño adelgaza hasta casi desaparecer. A mi paso por las calles no he sido capaz de descubrir a Cristo en el desesperado y en la vieja, en el borracho, en el maltratado y en la gitana. No me daba cuenta de que tiene derecho a verle crecer en el nacimiento solamente aquel que sabe reconocerle en sus hermanos, los pobres.

Ahora que he localizado el fallo, debo sacar las conclusiones.

Dios tiene tres mil trescientos millones de caras. El niño me da su cita, cada día me espera detrás de cada una de ellas.

El itinerario para llegar hasta él pasa a través de todos los caminos del mundo.

Solamente «perdiendo el tiempo» con los hombres tengo la certeza de llegar a él, a la hora exacta de su cita.

Si no sé reconocer al niño en los tres mil trescientos millones de caras humanas, mi nacimiento seguirá siendo maravilloso, tal vez ganará el primer premio del concurso organizado en la ciudad.

Pero «no va». ¡No funciona!

3

LAS SORPRESAS DE UN VIAJE

Nacido Jesús en Belén de Judá, en tiempos del rey Herodes, unos magos que venían del oriente se presentaron en Jerusalén, diciendo: — ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el oriente y hemos venido a adorarlo. En oyéndolo el rey Herodes se turbó y con él toda Jerusalén. Convocó a todos los sumos sacerdotes y escribas del pueblo, y por ellos trataba de averiguar el lugar donde había de nacer el Cristo. Ellos le dijeron: — En Belén de Judá, porque así está escrito por el profeta:

Y tú, Belén, tierra de Judá,
no eres, no, la menor entre los principales
clanes de Judá;
porque de ti saldrá un caudillo
que será pastor de mi pueblo Israel.

Entonces Herodes llamó aparte a los magos y por sus datos averiguó el tiempo de la aparición de la estrella. Después los puso en camino de Belén, diciéndoles: — Id e informaos bien sobre ese niño; y cuando le encontréis, comunicadlo, para ir también yo a adorarlo. Ellos después de oír al rey, se pusieron en marcha, y he aquí que la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegó y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa; vieron al niño con su madre María y, postrándose, le adoraron; luego, abrieron sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra. Después, avisados en sueños que no volviesen donde Herodes, se retiraron a su país por otro camino. (*Mt 2, 1-12*)

Esta página evangélica está tan llena de viveza y colorido, que nos daría pie para escribir un cuento maravilloso, digno de figurar en el catálogo de nuestros libros de «evasión». Hay en ella personajes misteriosos, como los cuentos de hadas; un viaje que estimula la fantasía; una estrella, unos minutos de «suspense»; un rey cruel cuyos planes se ven frustrados; unos regalos fabulosos y un desenlace feliz. No falta un detalle.

Pero, si se lee despacio, no es una página «tranquilizadora». Ni mucho menos. Más bien es una página «molesta».

Para darnos cuenta de ello, basta examinar despacio este viaje en sus aspectos más realistas, quitándole ese barniz novelesco con que generalmente tendemos a encubrirlo.

Este episodio es una de las muchas sorprendentes y desconcertantes sorpresas que el evangelio nos ofrece.

Primera sorpresa: el camino

Los magos contemplaron la estrella. Siguieron su llamada. Pero la estrella no les fue acompañando paso a paso, solucionándoles todos los problemas, todas las dificultades del camino.

Emprender un viaje que desde el principio aparece con aires de incómoda aventura, a la que se arriesgan afrontando con decisión todas las dudas y circunstancias imprevisibles, tal vez duras, que puedan presentarse.

Una tentación muy frecuente hoy en la vida cristiana es la de buscar ansiosamente un camino seguro, derecho, perfecto; una especie de «autopista del espíritu». Con enormes indicadores en los que figuren hasta los últimos detalles. Semáforos conectados directamente con el cielo, que nos ofrezcan, momento a momento, sin posibilidad

de equivocarnos, la luz verde del camino abierto y sin peligros o nos impongan sin remedio la luz roja del stop.

Nos gusta sobre todo un camino con una iluminación perfecta y a la última. Exigimos una respuesta exacta, segura, para todo género de problemas; algo así como si el cristianismo fuera una máquina automática, suministradora de respuestas prefabricadas a la que se hiciera funcionar apretándole simplemente un botoncito. ¡Muy fácil!

Queremos la paz. Y el Señor nos presenta la espada. Y el Señor se divierte en hacer pedazos nuestra pobre paz, efímera y provisional, como si fuese un vaso de cristal alcanzado por una piedra.

La paz no es algo que llueva del cielo como el maná, sin lucha, sin peligros, sin dramas. ¡La paz es una conquista! Está muy por encima de cualquier otra meta, aun de las más arriesgadas.

Hay en nuestra sociedad una verdadera inflación de falsa paz, fundada en la pereza y en la inercia, en la hipocresía y en las más bajas deserciones de nuestros compromisos de sinceridad, de unión y de fidelidad.

Es necesario y urgente que desaparezcan estas «paces» tan poco cristianas. Tenemos que agitar las aguas estancadas, arrojando sobre ellas fuertes bloques de piedra. El cristianismo puede ser un impetuoso torrente o un caudaloso río; jamás un estanque que esconda todo género de podredumbre o de vegetación sospechosa.

Debemos fabricarnos la paz con nuestras propias manos, pedazo a pedazo, atravesando todas las borrascas, aceptando las consecuencias y los riesgos de nuestros compromisos, empleándonos a fondo en nuestro duro «oficio» de cristianos.

Sólo así la paz será una cosa nuestra, que nada ni nadie podrá arrebatarnos.

Queremos la luz. Todo claro. Todo exacto. Todo matemático. Todo perfectamente lógico.

Pero el cristianismo no es una clase de matemáticas. Y su geografía es una geografía un poco extraña, siempre insegura.

La verdad no es un dinero depositado en un banco, del cual podamos disponer en cada momento y que nos solucione todas las dificultades.

No es tampoco un almohada mullida sobre la que podamos fácilmente conciliar sueños dorados. ¡La luz! Pero ¿qué significa esta ansia infantil, minuciosa, obsesionante, de luz a toda costa? ¿Por qué no nos resignamos serenamente, ¡dolorosamente!, a caminar en tinieblas, a iluminar a los demás, aun cuando nuestra alma esté sumergida en la más negra oscuridad?

Disponemos de toda la eternidad, de todo el paraíso, para sumergirnos de lleno en la luz sin mezcla de sombra alguna... porque no debemos desconfiar de que un día se nos abran las puertas del cielo; ¡a juzgar por alguna indiscreción, que se les ha escapado a los místicos, parece que allí aún queda sitio para los cristianos!

Aceptemos por tanto nuestro camino. Que es siempre un camino incómodo, lleno de dificultades y de sorpresas. Saber caminar a oscuras, saber correr el riesgo, saber gustar la aventura cristiana en todo su maravilloso dramatismo.

Uno se puede romper la cabeza. No importa. Los mártires, muchos al menos, entraron al cielo... sin cabeza.

Segunda sorpresa: los teóricos de la ley

Los magos al llegar a Jerusalén, creyeron que había terminado su camino. Allí estaba el rey, estaban los sacer-

dotes, estaban los doctores de la ley, que debían saber algo referente al niño. Pero, ¡qué sorpresa!

Tremenda paradoja: los elementos inanimados cumplen a las mil maravillas su función de «signo». La estrella cumple con exactitud su función de «signo» del nacimiento del salvador. El hombre, rey de la creación, no quiere ser «signo» de Cristo.

Nosotros... ¿somos «signos»? ¿o tal vez ocultamos con nuestra tenebrosa oscuridad el rostro de Cristo?

Es más. Los escribas y los sacerdotes dieron a los magos una respuesta puramente doctrinal, teórica, todo lo exacta que se quiera; pero una respuesta fría, terriblemente fría.

Cuánto mejor hubiera sido poder responder: sí, nosotros hemos estado allí, os acompañamos con gusto hasta su casa.

Hoy el mundo espera de nosotros una respuesta vital, encarnada en nuestra propia entraña; no entiende las respuestas puramente teóricas por sabias que parezcan. Si los hombres se acercan a nosotros interesándose por Cristo, por el sitio donde se le pueda encontrar, por su mensaje, por su doctrina, por las virtudes que practicó, hemos de estar siempre preparados para dar una respuesta que brote de una experiencia personal, hecha vida de nuestra propia vida, hecha sacrificio e inmolación de nuestra propia carne.

Es demasiado fácil poner unos grandes indicadores en la carretera que señalen un sitio en el que nosotros jamás hemos estado.

Es demasiado cómodo hablar de una geografía en la que nunca pusimos nuestros pies.

Es injusto construir poéticas piezas oratorias sobre un pesebre, mientras vivimos en el ambiente confortable de nuestra casa o de nuestra habitación, con los cristales empañados por nuestras elucubraciones místicas o por

nuestro espíritu burgués, que impiden a nuestros ojos meterse dentro de la triste realidad que por todas partes nos rodea.

¡Cuidado no nos convirtamos en máquinas distribuidoras de respuestas facilonas para todos los problemas, para todas las dificultades, para todos los dramas angustiosos... que nosotros jamás hemos vivido, ni hemos sufrido, ni nunca nos han quitado el sueño ni el apetito!

Hablemos mucho menos y hagamos más, siendo fieles a nuestra misión de «signos».

Tercera sorpresa: ¿serán suficientes los regalos?

¿Se percatarían los magos de que sus dones eran tremendamente desproporcionados con la grandeza del niño? ¿Podría bastar el incienso, el oro y la mirra para corresponder a su amor infinito? Esta es la última y dolorosa sorpresa...: la insignificancia del don respecto al destinatario.

Tiene san Ambrosio una frase famosa, de esas que llegan a cortar la respiración: «Dios no mira tanto lo que le damos, cuanto lo que nos reservamos para nosotros».

Siendo así, quien esté satisfecho de sus ofertas al Señor que dé un paso al frente.

Hace ya algún tiempo que las páginas del evangelio, aun aquellas que se leen en las fiestas más hermosas, me intranquilizan y me quitan el sueño. Encuentro en ellas menos poesía... y más remordimiento. Tal vez sea señal de madurez cristiana.

Yo no soy capaz de perderme en mil sueños fantásticos, pensando en la estrella de los magos. Me impresiona mucho más la dureza del camino que recorren; me dicen muchas más cosas las «sorpresas» de su viaje.

Cosa extraña. Dios tardó cuatro mil años en preparar al pueblo escogido. Le colmó de atenciones, de delicadezas. Envío de vez en cuando a sus profetas para que mantuvieran el deseo de la espera. Y cuando llega Cristo, la primera adoración solemne y oficial se la hace una gente que no pertenece a su pueblo, se la hacen los gentiles.

¡Que no nos ocurra a nosotros algo parecido! Mimosos continuamente por la gracia, rodeados de las bondades de Dios, quizás algún día llegue alguien de tierras lejanas a pedirnos informes del niño.

Y nosotros tal vez, avergonzados, tendremos que confesar que «realmente nunca nos encontramos con él; que nunca estuvimos en la gruta».

Y llegará él antes que nosotros.

Y tal vez no volverá, ni siquiera para hablarnos de la gran sorpresa que le esperaba en Belén.

4

EL NIÑO QUIERE RESPIRAR AIRE PURO

Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la pascua. Cuando tuvo doce años, subieron ellos como de costumbre a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo los padres. Pero creyendo que estaría en la caravana, hicieron un día de camino, y le buscaban entre parientes y conocidos; pero al no encontrarle se volvieron a Jerusalén en su busca.

Al cabo de tres días, lo encontraron en el templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles; todos los que lo oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: — Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando. Él les dijo: — Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo estar en las cosas de mi padre? Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio.

Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón.

Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres. (Lc 2, 41-52)

Continuamos con las «sorpresas». Pero ahora comienza una serie de «escándalos». Quien tenga el estómago pequeño puede que encuentre pesadas y hasta indigestas ciertas pastillas. Peor para él. Por otra parte, el evangelio no se ha escrito para asegurar a nadie una buena digestión.

A propósito de la vida de la sagrada familia, los dulzarrones del espíritu esperarían sin duda que el evangelista nos pintase un cuadro idílico y ejemplar en el sentido más pobre de la palabra.

Y sin embargo parece como si el evangelista quisiera divertirse describiéndonos una escena difícil de encuadrar en esquemas comunes.

Una familia en crisis por la «escapada» de Jesús. Una respuesta dura por parte del niño. En materia de obediencia, el párrafo parece escrito adrede para contentar a superiores y súbditos. O, tal vez mejor, para descontentar a unos y a otros.

De cualquier modo que se le mire, el episodio aparece encuadrado en el marco de la obediencia, aunque se trata de una obediencia más elevada. *Debo ocuparme de las cosas de mi Padre.*

Pero dejemos la obediencia por el momento y fijémosnos en otros aspectos del relato evangélico.

El niño va creciendo. Aprende a andar. Y, ya mayorcito, se escapa. Y hay que buscarlo afanosamente.

Seamos sinceros. El niño del pesebre nos gusta, nos atrae. Está allí, a nuestra absoluta disposición. Le podemos cuidar, acariciar, abrazar, hacerle sentir cercano el calorcito de nuestros sentimientos (¿o sentimentalismos?) No nos proporciona ninguna molestia. Todo lo contrario.

Pero ese niño que crece, que ya anda, que camina, ¡nos mete en cada apuro!... Nos crea situaciones incómodas. Se nos puede escapar en cualquier momento. Y con ello nos pone en la obligación de seguirle caminando detrás de él.

Para muchos de nosotros lo ideal sería que se estuviera quietecito, en su «nacimiento» todo el año o toda la vida.

Y sin embargo tenemos que sacarle fuera. El buey y el asno pueden aparecer hasta bien cuidados y encontrar-

no a gusto en el nacimiento. Pero el niño, que es el personaje principal, no puede resistir allí mucho tiempo. En aquel ambiente enrarecido, con el aire saturado de una poesía discordante y dulzarrona, dentro de aquellas luces ridículas, coloradas, no puede crecer ni desarrollarse.

Tiene que salir de allí por fuerza. Necesita aire puro, aire libre. No sabe qué hacer con tanta caricia. Quiere salir a su encuentro. Quiere meterse en todos los caminos del hombre, entrar en su casa, tomar parte activa en sus dramas, en sus mismas ilusiones, en sus mismas tragedias, en sus mismas lágrimas, en sus mismas esperanzas y alegrías.

No insistamos, pues, en hacer del niño un prisionero de nuestros «nacimientos» de corcho y musgo. Porque él quiere pasear, quiere crecer, quiere salir al encuentro de todos los hombres.

No nos lo reservemos para nuestros caprichos. ¡Es de todo el mundo!

Seamos más bien nosotros los que lo saquemos fuera.

El evangelio, si se mira bien, no es otra cosa que un largo y continuo caminar. Camina la Virgen, y *de prisa*, cuando va a visitar a Isabel su prima. Caminan José y María, primero de Nazaret a Belén; luego, de Belén a Egipto; más tarde de Egipto a Nazaret.

Camina Jesús por todos los caminos empolvados de Palestina. Y a sus discípulos les manda: *Id y predicad el evangelio*.

Intentaron frenar su paso para siempre clavándolo en una cruz y sellando su sepulcro. Y se lo encuentran poco después, caminante empedernido, haciéndose el encontradizo a aquellos dos desconsolados discípulos que van hacia Emaús. Nada ni nadie puede detenerle...

Sus discípulos querían sujetarle en Palestina con la excusa de que era judío, y luego le ven en Antioquía, en Alejandría, en Atenas, en Roma, antes de que ellos pongan allí los pies.

Pretendieron darle la ciudadanía romana, y se marcha mucho más allá, con los bárbaros.

Le construyen basílicas estupendas de mármol, y acepta la hospitalidad humilde que le ofrecen los de las orillas del Mosela, del Rin o del Danubio.

Le fijaron como límite el Mediterráneo, y atraviesa el Atlántico con la expedición de Colón.

La cultura griega trató de hacer «científica» la paradoja de su evangelio, y se entretiene pacientemente en deletrearlo con los nuevos pueblos sin cultura.

El feudalismo le ofreció sus castillos, y él se fue a habitar con los siervos de la gleba.

Los reyes le nombraron capellán de la corte, y él se condena voluntariamente a galeras con san Vicente de Paúl.

Los nobles pensaron que podrían apresarle para siempre en sus salones dorados, entre santos y ángeles, bajo las bóvedas de sus iglesias barrocas, y la revolución francesa se encargó de mandarlo al destierro.

Después de haberse mofado de él, la burguesía fue a buscarle, y la clase humilde creyó y continúa creyendo que se quedó allí con ellos, con los que en el fondo no le quieren, mientras ella camina con su fardo pesado de penas... y esperanzas. (*Mazzolari*)

* * *

Cuidado, pues, en intentar «parar» a Cristo. Con querer reservárnoslo para nosotros. Tentación bastante frecuente y bastante peligrosa en la vida cristiana.

¡Cuántas barreras! ¡Cuántas obstrucciones! ¡Cuántos itinerarios obligados! (Aunque él se ríe de estos itinerarios nuestros elaborados y estudiados con todo detalle por los mejores especialistas. Él sabe andar por los senderos más tortuosos.)

Y sobre todo, ¡cuánta desgana!

No estará mal recordarlo. Hemos decidido seguir a Cristo. Pero se sigue a alguien que camina, no a quien se queda quieto. Esto es evidente. Y entonces ¿por qué hay tantas vocaciones para no hacer nada?

Jesús nunca se dejará aprisionar por nuestros pobres esquemas; nunca entrará en la mísera jaula de nuestras fórmulas y de nuestros proyectos de apostolado.

Camina. Siempre va más allá. Reservándonos «sorpresas» sin cuento.

Si en nuestra «iglesia» o en nuestra misión de creyentes hay puertas o ventanas cerradas, tengamos en cuenta que él se irá. Porque necesita respirar aire puro.

Y le gusta caminar.

5

¿ES EL HOMBRE UN GORILA CON FUSIL?

Habéis oído que se dijo a los antepasados: no matarás; y aquel que mate será reo ante el tribunal. Pues yo os digo: todo aquel que se encolerice con su hermano, será reo ante el tribunal; y el que llame a su hermano imbécil, será reo ante el sanedrín; y el que le llame renegado, será reo de la gehenna de fuego. Si, pues, al presentar tu ofrenda ante el altar, te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo que reprocharte, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda. (*Mt 5, 21-24*)

Habéis oído que se dijo: ojo por ojo y diente por diente. Pues yo os digo que no resistáis al mal; antes bien al que te abofetee en la mejilla derecha, preséntale también la otra; al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto; y al que te obligue a andar una milla, vete con él dos. A quien te pida da, al que desee que le prestes algo, no le vuelvas la espalda.

Habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos.

Porque si amáis a los que os aman, ¿no hacen también eso los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial. (*Mt 5, 38-48*)

Pero yo os digo a los que me escucháis: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os maltratan.

Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso. (Lc 6, 27-28, 36)

Estas frases nos vienen muy bien para que aprendamos a medir la distancia que existe entre nuestras categorías mentales y nuestra vida de cristianos y el evangelio.

A la luz de esta preciosa lección del maestro, era lógico esperar que la cuestión de la violencia y de la guerra se hubiera resuelto para siempre.

Sin embargo, después de dos mil años la discusión continúa abierta; aclaraciones, posturas ambiguas, vacilaciones, astucias diplomáticas, compromisos. Continuamos balanceándonos como juguetes entre el concepto de guerra justa e injusta, entre agresión y defensa.

Hay quien llega incluso a permitirse frases de humor sobre las palabras de Cristo. No hace mucho, en una publicación que se gloria de defender la «civilización cristiana», comentando el conflicto entre árabes y judíos, un «moralista», conocido por su presunción de mosca inquieta, se encargaba de tranquilizar así la conciencia cristiana: Cristo nos enseñó a poner la otra mejilla, pero no la tercera mejilla.

Confío en que el Señor le perdonará esta idiotez blasfema.

Pero ahí quedan los tremendos resultados. Con esos «peros» que nos hemos apresurado a colgar junto al categórico «no matar» hemos dado paso oficial a miles de carniceros. Los cristianos, con esta detalladísima casuística de que hacen gala los manuales de teología moral, han aprendido estupendamente a clasificar los pecados en todas sus especies y detalles. Pero suelen ser torpes o reticentes cuando se trata de denunciar abiertamente el delito de Caín.

Y la sangre continúa vertiéndose día tras día. Mientras tanto, esos teólogos que han redactado un maravilloso reglamento sobre el uso del traje talar, no han sabido encontrar un tiempo mejor empleado para esclarecer unos principios con fuerza suficiente para poner en crisis la violencia.

El mundo ya no sabe qué hacer con nuestras formulaciones confusas, con nuestras justificaciones rebuscadas.

Y sigue esperando una palabra clara.

Palabra que en boca de cristianos no puede ser otra que «no matarás».

El arma dio origen al hombre

Alguien ha lanzado la hipótesis de que la violencia es tan connatural al hombre, que un hombre que no sea «violento» no es normal.

El hombre desciende no de un mono cualquiera, sino de un mono sanguinario, de un «mono asesino».

Y como prueba contundente se aduce el hallazgo de un mono armado con el hueso de un antílope del que echó mano, sin duda, para romper el cráneo de un adversario.

Así tenemos que el *homo sapiens* viene a ser hijo legítimo no sólo del mono, sino también de un arma. «El arma dio origen al hombre».

El supremo placer del hombre consiste, por eso, en apretar un gatillo. O, para los más pobres, en sacudir estacazos a mansalva.

Por cierto, a propósito de monos y de violencia, escribió Bernanos una «picante historieta» que nos hace ver de manera paradójica hasta dónde puede llegar el hombre si no se decide a tomar en serio el «no matar».

La última guerra acabó con todos los hombres, a excepción de dos aviadores enemigos, que se encontraron en pleno vuelo por encima de una isla desierta en el Pacífico. Naturalmente, uno se tiró sobre el otro y se estrellaron cayendo al mar envueltos en llamas. En aquel momento un mono, un inmenso mono que, desde la copa de un coco gigantesco contemplaba la escena, miró a su hembra, que estaba a su lado y le murmuró:

— Ya ves: no queda más remedio que comenzar de nuevo.

Por encima del sarcasmo, hay que reconocer que «nosotros», gorilas armados, en nuestro progreso de evolución hemos llegado a un punto crucial, en el cual parece que, si no logramos superar el nivel al que habíamos llegado hace un millón de años o, en otras palabras, si no podemos resolver nuestros problemas con la razón y no con la estaca, terminaremos muy pronto desapareciendo como el dinosaurio.

Pero lo más gracioso de todo es que constituimos una especie a la cual se le ha dado la posibilidad de «elegir» entre sobrevivir o no sobrevivir. Tenemos unos cráneos muy grandes. Somos nosotros los que hemos de demostrar si sirven para algo más noble que para encontrar la manera de hacernos añicos. (T. Merton)

Degradación de la humanidad

La constitución conciliar *Gaudium et spes*, aunque no nos da una doctrina completa y del todo original sobre el argumento de la paz y de la guerra, ofrece sin embargo algunas consideraciones de tipo práctico que vale la pena meditar despacio.

El cuadro que nos presenta no es precisamente consolador. Al momento actual se le llama momento «de suprema crisis» (n. 77), de «postración de la humanidad» (n. 79).

No nos dejemos engañar por falsas esperanzas. Mientras no se depongan las enemistades y los odios, y no se concluyan pactos fir-

mes y leales sobre la paz universal, en el futuro, la humanidad, que ya se encuentra en grave riesgo a pesar de todas las maravillas de su ciencia, tal vez no llegue a aquella hora en la que sólo puede experimentar la horrenda paz de la muerte. (n. 82)

Aunque las guerras modernas han acarreado a nuestro mundo daños gravísimos, materiales y morales, todavía en alguna parte del mundo la guerra continúa haciendo sus estragos. Más aún, mientras se emplean en la guerra armas científicas de cualquier género, esta manera de ser cruel amenaza a los que hacen la guerra con llegar a una barbarie que supere con mucho la de tiempos pasados. (n. 79)

Los que opinan que la carrera de armamentos lleva consigo un «equilibrio», aunque sea un «equilibrio de terror», están muy equivocados.

De ahí que no sólo no se eliminan las causas de un conflicto, sino que más bien se corre el riesgo de agravarlas poco a poco. Al gastar inmensas cantidades en tener siempre a punto nuevas armas, no se puede remediar suficientemente tantas miserias del pueblo entero.

En vez de restañar verdadera y radicalmente las dimensiones entre las naciones, otras zonas del mundo quedan afectadas por ellas...

Hay que temer seriamente que, si perdura, engendre todos los estragos funestos cuyos medios ya prepara. (n. 81)

A pesar de todo, en el fondo el mensaje del concilio es un mensaje de esperanza.

La Iglesia de Cristo, colocada en medio de la ansiedad de nuestro tiempo, mientras pronuncia estos vaticinios, no cesa de esperar firmemente. (n. 82)

Aunque esta esperanza está sostenida en el esfuerzo que para el cristiano reviste carácter de urgencia:

La providencia divina nos pide insistentemente que nos libremos de la antigua esclavitud de la guerra. Si renunciáramos a este intento, no sabemos adónde nos llevará este mal camino por el que hemos entrado. (n. 81)

Finalmente, «con firmeza y sin vacilaciones» el concilio pronuncia sentencia de condenación para todo «acto de guerra que indiscriminadamente lleve a la destrucción de ciudades enteras o de vastas regiones y de sus habitantes». Porque eso «es un crimen contra Dios y contra la humanidad».

La constitución *Gaudium et spes* no se limita sólo a indicaciones generales y abstractas. Llega a conclusiones muy concretas, especialmente sobre tres puntos de gran actualidad:

1. El derecho-deber que cada uno tiene de negar su obediencia a las decisiones y órdenes emanadas de los poderes públicos, cuando son contrarias a los principios supremos, afirmados por el concilio.

El concilio, teniendo presente este depresivo espectáculo de la humanidad, quiere traer a la memoria de todos, antes que nada, la fuerza permanente del derecho de gentes y de sus principios universales. Es la misma conciencia del género humano la que proclama cada día con mayor firmeza estos principios. Por consiguiente, todas las acciones que deliberadamente se oponen a ellos, y las órdenes con las que tales acciones se prescriben, son criminales y ni la obediencia ciega puede excusar a quienes las obedecen. (n. 79)

2. La legitimidad de la objeción de conciencia, que las normas del derecho positivo deben prever y reconocer.

Más aún, parece equitativo que las leyes provean con sentido de humanidad en el caso de quienes, por motivos de conciencia, se niegan a emplear las armas, siempre que, en otra forma, acepten servir a la comunidad. (n. 79)

3. La superación de la falsa alternativa entre el empleo de la fuerza bélica y la inercia pacifista, empleando los medios eficaces de la «no-violencia».

Movidos por este mismo espíritu no podemos menos de alabar a quienes renunciando a la intervención violenta en la defensa de

sus derechos, recurrir a unos medios de defensa que, por otro lado, están al alcance incluso de los débiles, con tal que esto se pueda hacer sin lesionar los derechos y las obligaciones de los demás o de la comunidad. (n. 78)

Hay quien ha dicho que algunas expresiones no están muy en armonía con el dinamismo que se aprecia en todo el documento conciliar. Especialmente al hablar de la «guerra de defensa»:

Ciertamente, la guerra aún no se ha extirpado entre los hombres, pero mientras persista el peligro de guerra y falte una autoridad competente internacional, dotada de fuerza suficiente, no será posible negar a los gobiernos que, agotadas todas las posibilidades de tratos pacíficos, recurran al derecho de legítima defensa. (n. 79)

Además se hace observar que el concilio ha evitado expresamente el gesto profético de condenar formalmente tanto la «posesión» como el «empleo» de las armas atómicas.

Para disipar todo equívoco, es menester confrontar el texto conciliar con una categórica frase de Juan XXIII, en la encíclica *Pacem in terris*:

En nuestra época, que se enorgullece de la energía atómica, es un hecho irracional el que la guerra se considere como un medio para reivindicar los derechos violados.

El defecto de pensar

Si en el mensaje del concilio hay siempre un rayo de esperanza, no se puede afirmar lo mismo del que nos llega de los hombres.

En la semana de los intelectuales católicos en Francia (febrero de 1967), Raymond Aron cerraba con estas palabras su conferencia:

Sinceramente, no vivo en la ausencia de la esperanza: vivo en la esperanza de que la humanidad ha de triunfar, no ya sobre la violencia, porque el hombre es un ser violento y probablemente la violencia irá con él recorriendo todo el tiempo de su aventura, «pero pienso» que no debe excluirse la posibilidad de conseguir, no una paz definitiva como la que habrá más allá de nuestro humano horizonte, sino una especie de pacificación progresiva de los grandes conflictos.

«Pero pienso...»: es la clave de todo el discurso. No conozco otro documento tan significativo y por otra parte tan escalofriante para demostrar lo dramático de la hora en que vivimos.

Lo trágico es que los comentarios más sensatos que se hicieron del discurso de Aron lo consideraron como sustancialmente optimista.

De todas formas, espíritus selectos coinciden en afirmar que el hombre no dará un paso decisivo para salir de sus «cavernas», mientras no se resuelva a soltar la estaca. Ese día, sólo ese día, se empezará a poder hablar de progreso.

Recordemos los versos de un poeta contemporáneo:

Eres tú el mismo,
el mismo de la piedra y de la honda,
hombre de mi tiempo. Estabas en tu escondite,
yo te he visto,
con tus alas malignas, meridianos de muerte,
y en el carro de fuego, en el patíbulo,
y en la rueda maldita que tortura.
Yo te he visto. ¡Eras tú!
Con tus ciencias exactas hambrientas de exterminio,
sin amor y... sin Cristo. Has seguido matando
como siempre; como hicieron los padres,
como mataron
aquellos primeros animales que encontraste.
Esa sangre está clamando al cielo
como la de aquel día,
cuando un hermano dijo al otro hermano:
«vámonos de paseo». Y ese eco frío,

cortante,
ha llegado hasta ti, metiéndose en tu vida.
No penséis más, pequeños, en las nubes de sangre.
Alzaos sobre la tierra, ignorad a esos padres:
que sus tumbas se encuentran hundidas ya en el polvo
y hay pajarracos negros a su lado, y un viento loco
cubre su corazón. (*Salvatore Quasimodo*)

¿Cuándo terminará el «triunfo de los bárbaros»?

¿Cuándo van a abandonar su actividad «los asesinos anónimos»?

¿Es que nos van a obligar a suprimir la palabra «vida» de nuestros vocabularios?

Bertolt Brecht escribía:

Generalmente el hombre lo hace todo.
Puede volar y puede matar.
Pero tiene un defecto:
puede pensar.

¿Cuándo terminará el hombre de darse cuenta de que tiene este importante defecto, que es el único que puede salvarle de la destrucción?

El profeta centinela

Volvamos a lo que decíamos al principio. ¿Cuál debe ser en la práctica la postura del cristiano frente a la violencia?

Es inútil que nos fijemos en dos obligaciones, por lo evidentes que son:

1. La violencia brota en el corazón del hombre. Para extirparla de la tierra será menester antes no dejarla brotar en nosotros mismos.

El mal, antes de explotar fuera, corroe primero las conciencias.

Muchas veces, en la historia humana, la conciencia ha sido cómplice de la guerra, porque lentamente ha ido disminuyendo su resistencia interior. Si dentro del corazón, en el espíritu, en la conciencia, no es uno hombre de paz, no construiremos la paz jamás.

El primer desarme que hay que realizar es librar la conciencia de todo prejuicio, desarmar el corazón dentro del cual todos llevamos dentro un polvorín que podría explotar en cualquier momento. (U. Vivarelli)

2. Hay que luchar decididamente por desarraigar del mundo las causas de la guerra. Es necesario «ante todo, que se desarraiguen las causas de discordia entre los hombres, que son las que alimentan las guerras. Entre esas causas deben desaparecer principalmente las injusticias». (*Gaudium et spes*, 83)

Pero conviene hacer especial hincapié en una obligación característica de la vocación profética del cristiano: «la obligación de gritar».

Hijo de hombre, habla a los hijos de tu pueblo. Les dirás: si yo hago venir la espada sobre un país, la gente de ese país escoge a uno de los suyos y lo pone como centinela; éste, al ver venir la espada sobre el país, toca el cuerno para dar la alarma al pueblo. Si resulta que alguien oye bien el sonido del cuerno, pero no hace caso, de suerte que la espada sobreviene y le mata, la sangre de este hombre recaerá sobre su propia cabeza. Ha oído el sonido del cuerno y no ha hecho caso: su sangre recaerá sobre él. En cambio el otro, por haber dado la advertencia, habrá salvado su vida.

Si, por el contrario, el centinela ve venir la espada y no toca el cuerno, de suerte que el pueblo no es prevenido y la espada sobreviene y mata a alguno de ellos, perecerá éste por su culpa, pero de su sangre yo pediré cuentas al centinela.

A ti también, hijo de hombre, te he hecho yo centinela de la casa de Israel. Cuando oigas una palabra de mi boca, les advertirás de mi parte. (*Ez 33, 2-7*)

En esta edad nuclear, frente a las continuas amenazas de total exterminio, el cristiano debe cumplir su vocación de profeta-centinela.

Todos, incluido el hombre de la calle, tienen derecho a oír sus gritos de verdad.

Si no toca fuerte su trompeta de «centinela», Dios vendrá a pedirle cuentas de la muerte de sus hermanos.

En uno de los momentos más emocionantes de la película de Claude Autant-Lara, *No matarás*, se oye de repente un grito angustioso: «Si Dios está contra la guerra, ¡que lo diga!»

Lo mismo pueden exigir de los cristianos los hombres de nuestro tiempo: «Si no queréis la guerra, decidlo abiertamente».

A dos mil años de distancia del sermón de la montaña, el mundo tiene derecho a que se le dé una respuesta concreta.

Reconozcámoslo con mucha humildad, aunque también con inmensa pena. El grito profético se nos queda destrozado en la garganta. Es más fácil y nos gusta más contemporizar con Maquiavelo que aceptar sencillamente el evangelio. Aún nos acogemos a la trasnochada teoría de la «legítima defensa». Con cuatro ideas confusas manejadas con cierta desenvoltura sabemos quedar maravillosamente.

Se han reído de nosotros a propósito de la bienaventuranza reservada a los pacíficos, y lo hemos permitido. Meditemos en las siguientes palabras duras y tristes de un teólogo moderno:

El gran escándalo actual consiste en que haya a estas alturas del siglo xx, teólogos, moralistas, miles de cristianos que estén por la teología del terror, la casuística del crimen y la moral del asesinato. ¡Por favor! Si la Iglesia de Dios todavía no es capaz de dar al mundo la paz que los hombres necesitan, por lo menos que no nos enseñe a jugar astutamente con el evangelio. Por una terrible desgracia humana siempre buscaremos y encontraremos razones para coger las armas y matar: seremos débiles y miedosos frente al formidable apremio de los estados rebeldes. En verdad, no necesitamos a la Iglesia para darnos el placer de manchar nuestras manos con

sangre ajena. Pero nos es necesarísima la repulsa clara y terminante de la Iglesia, para unir a ella nuestra repulsa, un decidido *non possumus*, que nos ayude a gritar «no» con todas nuestras fuerzas, mientras la carne y el mundo nos arrastran a decir «sí» a la cólera y a la guerra. (H. Chaigne)

Cuando el cordero es fuerte

Ante la guerra, para el cristiano no hay más postura que la no-violencia. La no-violencia de los fuertes; no la de los débiles, la de los impotentes o la de los resignados; entendámoslo bien. Porque la no-violencia cristiana debe ser expresión clara de fuerza.

Debemos ocupar la parte que nos es propia: la del cordero, aunque se nos rían burlonamente los pillos.

No se puede hacer una guerra sino de lobo a lobo, entre lobos, usando los métodos del lobo. Mientras que la guerra de guerrillas es diversa y se puede participar en ella sin dejar de ser corderos interiormente y en los métodos que se usen.

El lobo debe de llevarse una sorpresa agradabilísima cada vez que se da cuenta y descubre que el cordero le imita.

Degollar a un cordero parece cosa fácil. Y no es así. Es mucho más divertido acabar con un lobo. El balido llega a lo más hondo del corazón; el aullido del lobo se pierde en el desierto como la carcajada de un bandolero.

Que un lobo se convierta en cordero es menos monstruoso que el que un cordero se convierta en lobo. Cambiándose en lobo, el cordero demuestra que no cree en la bondad, mientras que el lobo, al vestirse de cordero, le rinde su homenaje.

El que muere como lobo, tendrá la recompensa del lobo; quien muere como cordero, se asemeja al cordero «que quita los pecados del mundo».

El cristiano que ataca al maligno con los mismos medios del maligno, ya es presa del maligno. (Mazzolari)

San Juan Crisóstomo nos aseguraba:

Mientras seamos corderos, la victoria es nuestra. Si llegamos a ser lobos, seremos vencidos, porque entonces nos faltará la ayuda del pastor que no apacienta lobos, sino corderos.

Nuestro realismo

Quizá alguien, que nos vaya siguiendo, se esté sonriendo compasivo y comente:

— Hay que ver, ¡qué cosas tan hermosas y patéticas! Pero eso sólo está bien en los libros y en los sermones. Por desgracia, la realidad es muy distinta. Enfundar el arma, mientras los demás están dispuestos aún a usarla, es condenarse al suicidio...

No hay, por tanto, otra solución; a la violencia sólo se puede responder con la violencia.

No aceptemos este «realismo». Mientras nos movamos en la espiral de la violencia, no conseguiremos nada; se irá adelante indefinidamente, pero sólo a golpes de bastón o de misiles.

Hay que salir de este cerco.

Hay que romper esa «concatenación» de actos de violencia con un «hecho nuevo».

Hay que observar una conducta distinta de la del adversario.

Bienaventurados los misericordiosos, bienaventurados los que saben perdonar, lo que quiere decir: bienaventurados los que saben dar el primer paso para acercarse. Porque nada hay mejor que el que, de repente, en un conflicto, uno perdona.

Todos somos monos de imitación. ¿Tú me has hecho esto? Pues yo te hago lo mismo. La misma cosa o equivalente. Y de esta manera no salimos de un círculo infernal, donde con toda calma, fríamente, se da la vuelta para volver siempre a lo mismo. ¿Qué progreso no podría obtenerse si nos decidiéramos de una vez para siempre a abandonar nuestras posiciones?

No hay más que una salida: que uno de los dos tenga la idea prodigiosa de comenzar a amar al enemigo. Cuando se recibe un

bofetón en la mejilla y se devuelve otro, éste no es más que el eco del anterior; pero si el que lo recibe no lo devuelve, sino que perdona, entonces hace aparecer sobre la tierra algo inesperado.

Habría que romper este cerco que la discusión levantó alrededor de ellos. Si tomáis a alguien su manto, podéis decir de antemano que os negará la túnica. Esto es natural, y no hay por qué extrañarse de ello. Pero si en lugar de negárosla os la da, entonces quedaréis estupefactos, porque es una cosa totalmente nueva, inesperada.

Bienaventurados los misericordiosos, los que llegan a salir de esa indolencia que nos impide hacer algo nuevo en nuestra vida.

Bienaventurados los que hacen saltar los círculos viciosos de nuestros rencoros, de nuestros odios. Si amáis a los que os aman, ¿no hacen otro tanto los paganos? ¡Sed misericordiosos!, ¡sed creadores! Dios no se ha dejado esclavizar por el pecado, no hace como nosotros. ¿Te enfadas? Pues yo también. Cuando Adán se escondió, salió a su encuentro. Dios da siempre el primer paso: — Adán, ¿dónde estás?

Solamente nos parecen admisibles aquellas situaciones en las que encontramos algo provechoso, hacer un favor a aquellos que nos lo han de devolver, sonreír a aquellos que nos han de sonreír. Pero sonreír a aquellos que nos escupirían a la cara, ayudar a los que nos volverían la espalda, estos son actos libres creadores.

Bienaventurados los artesanos de la paz. O sea, los que no se resignan a los estados de guerra, a las disputas sin solución. (*Evely*)

Mientras los hombres sigan opinando, dice el teólogo padre Jolif, que las relaciones entre ellos deben basarse en la fuerza, la historia quedará muerta.

Sí, los periódicos continuarán presentándonos todos los días noticias sensacionales.

Pero, en realidad, no sucederá nada nuevo. La noticia insignificante de ayer, de hoy, de siempre: los hombres continúan muriendo.

Todo como en aquella tarde ensombrecida del primer delito de Caín.

Y el Padre continuará preguntándonos:

— ¿Aún sigues matando?

Un joven director de cine termina una película con esta profética afirmación:

El enemigo, a trescientos metros de distancia, es un objetivo que hay que atacar.

A tres metros, es un hombre.

Maravillosa perspectiva para un cristiano si de verdad desea desarraigar el placer de apretar el gatillo y dejar caer por tierra para siempre la vieja estaca.

¿Un enemigo? Pero ¿por qué? ¡No! Haz algo para acercarte. Por «hacerte próximo». Y amarás al prójimo como a ti mismo.

Descubrirás al hombre. Y detrás de él... a Cristo.

Si así lo ves, aprieta el gatillo y dispara... si te atreves.

6

PERDÓN PARA UNAS CANAS

Le presentaban unos niños para que los tocara; pero los discípulos les reñían. Mas Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: —Dejad que los niños vengan a mí; no se lo impedáis, porque de los que son como éstos es el reino de Dios. Yo os aseguro: el que no reciba el reino de Dios como niño, no entrará en él. Y abrazaba a los niños y los bendecía imponiendo las manos sobre ellos. (*Mc 10, 13-16*)

En aquel momento se acercaron a Jesús los discípulos y le preguntaron: —¿Quién es, pues, el mayor en el reino de los cielos? Él llamó a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: —Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así, pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos. Y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe. (*Mt 18, 1-5*)

Jesús le respondió: —En verdad en verdad te digo; el que no nazca de lo alto, no puede ver el reino de Dios. (*Jn 3, 3*)

La escena ha inspirado a multitud de artistas de todos los calibres, que la han inmortalizado (es un decir) en miles de cuadros.

Pero el episodio se ha hecho inmortal, debido más que a los pintores, muchos de ellos responsables de figuras acarameladas, a la pluma de Marcos, el único de los sinópticos que ha conjugado la dureza de algunas frases con ese final lleno de delicadeza y de ternura.

Desde luego debió de ser una escena muy movida. Marcos se la oíría contar muchas veces a Pedro, el principal responsable seguramente de la indignación del maestro.

Los discípulos, con Pedro a la cabeza, se preocupan del orden en el auditorio. Pero aquella invasión repentina de mocuoselos, acompañados sin duda de sus madres o de sus abuelitas, produce un desbarajuste.

¿Qué quieren estos chiquillos? Ellos no entienden ni pueden entender la predicación del evangelio. Y eso, al fin y al cabo, es lo de menos. Lo peor es que con sus movimientos y gritos impiden oír a los demás. Pues, ¡fuera con ellos!

En este momento es cuando explota la indignación del maestro. Jesús llega a enfadarse de verdad.

Querían alejar de allí a los clientes privilegiados de su reino; mejor dicho, a los únicos que entrarán en él. Y naturalmente pone las cosas en su punto. Que quede bien claro: el suyo es un pueblo de niños.

Jesús ama a los niños. Y tiene motivos para ello.

Amo a los niños pequeños, dice Dios, porque mi imagen aún no se ha desfigurado en ellos.

No han deteriorado mi semejanza, son como nuevos, puros, sin tachaduras, sin borrones.

Por eso, cuando dulcemente me inclino sobre ellos, me encuentro a mí mismo. (*M. Quoist*)

De vez en cuando llega a nosotros la noticia de que un loco ha entrado en un museo y ha destrozado una obra de arte. Por pura manía de estropear.

¡Cuántas veces nosotros repetimos el mismo gesto criminal! Nadie se da cuenta. Ninguno nota las fatales consecuencias externamente. Pero, en la oscuridad, con fría determinación, nos empeñamos en desfigurar la imagen de Dios, que llevamos dentro.

Cada uno de nosotros va arrastrando por la vida una maravillosa obra de arte... destrozada.

El hombre, ¡ese iconoclasta! No por fuera, pero sí en el secreto del corazón. Que es mucho peor. La mirada de Cristo que penetra, que no se detiene en los acicalamientos. Que no se deja engañar por el simple barniz externo. Que profundiza dentro. Con ansia. Buscando su propia imagen.

Amarga sorpresa la suya cuando tropieza con un imbecil. Tremenda desilusión al encontrar su propia imagen totalmente desfigurada.

¿Qué has hecho? (Gén 4, 10)

Pues él conocía lo que hay en el hombre. (Jn 2, 25)

Sí, los hombres adultos son un verdadero desastre. No se puede esperar ya nada de ellos. Se tienen por sabios. En realidad no han aprendido otra cosa más que a estropearlo todo.

Por eso precisamente a Jesús le gusta verse rodeado de chiquillos. Sus ojos ya están cansados de ver ruinas por todas partes, de toparse siempre con inconscientes.

Los niños están siempre «nuevos», limpios. No han aprendido a traicionar, a desdibujar su semejanza. Cristo se puede mirar en ellos.

La infancia es el mayor grado de madurez

El reino de Dios pertenece a los **que son como ellos**.

El que no recibe el reino de Dios **como un niño**, no entrará en él.

El pensamiento de Cristo oscila, como el ritmo de un péndulo, entre dos extremos. En cada uno de los dos ex-

tremos la imagen del reino en una relación mutua. El reino que llega a nosotros como una propuesta que podemos aceptar o podemos rechazar.

El que un día podamos llegar al reino está condicionado a la acogida que prestemos al reino que viene a nosotros. La única buena acogida consiste en recibirlo *como niños*.

Pero ¿qué quiere decir *como niños*?

¿No hay, tal vez, oposición entre la exigencia de una fe adulta y la necesidad de recibir el reino como niños? Precisemos.

1. Jesús dijo: *Si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos*.

No se trata de «permanecer» niños, sino de «hacernos» como niños. Lo cual significa una conquista, un progreso; no un estancarse o volver hacia atrás.

El mayor grado de madurez consiste precisamente en hacernos como niños.

Uno puede considerarse adulto de verdad cuando ha conquistado el espíritu de la infancia.

2. *Como niños* no es sinónimo de infantilismo. Ni autoriza la puerilidad. Una falsa interpretación de la que ha sido el más espléndido y perfecto ejemplo de lo que Cristo exige a este respecto, santa Teresa del niño Jesús, ha puesto en circulación una doctrina sobre la infancia espiritual, cuyas **desenfocadas** aplicaciones llevan a un peligroso infantilismo **dulzarrón**, que se encuentra en la vertiente opuesta del auténtico espíritu de infancia.

Cristianos que no saben dar un paso por su cuenta, sin la ayuda de una excesiva dirección espiritual. Que invocan la autoridad como una protección. Que consideran la obediencia como una abdicación de su propia responsabilidad. Que se consideran dispensados de las grandes

resoluciones, o, peor aún, de las consecuencias de tales resoluciones.

Cristianos amanerados, vacíos, siempre irresolutos, que de todo se quejan.

El infantilismo es un ridículo sustitutivo del espíritu de infancia espiritual. Y, como siempre ocurre, el sustitutivo es el más terrible adversario del producto genuino.

Como niños quiere decir precisamente acoger el reino con cándida sencillez, confianza sin restricciones, abandono total, decisión generosa.

Los adultos, sin embargo, están llenos de complicaciones, de pretensiones, de reservas mentales, de sospechosos compromisos.

El adulto, mejor que recibir el reino, «se defiende» del reino.

Porque se considera ya «hecho».

El niño «se deja hacer».

La prudencia es el vicio de los viejos

Si uno no nace de nuevo...

Nicodemo abriría seguramente los ojos con extrañeza al oír esta increíble exigencia de Cristo. Nunca se le había ocurrido pensar, como tampoco a nosotros, en la validez de ese lugar común según el cual «sólo se vive una vez».

Y, sin embargo, Cristo le asegura que se puede vivir dos veces.

Más aún, un cristiano tiene el deber ineludible de nacer una vez más. Tiene que desembarazarse de los años que lleva a cuestas para dar media vuelta y empezar a recorrer el camino de la infancia. ¡Ay de los que siguen siendo adultos! ¡Ay de los que se refugian en la seguridad de su prudencia de viejos!

Bernanos ha escrito a este respecto palabras muy duras:

No hay en el hombre nada tan odioso como su pretendida prudencia, ese germen que permanece estéril, ese huevo de piedra que los viejos van guardando de generación en generación, esforzándose por calentarlos de vez en cuando bajo sus flancos helados. En vano intenta Dios convencerles y rogarles con dulzura que abandonen ese ridículo objeto para buscar el oro vivo de las bienaventuranzas. Ellos lo miran titirando de miedo y con horribles suspiros. Si es verdad, como dice el evangelio, que la prudencia es locura, ¿por qué, entre tantas locuras, escoger precisamente esa antigualla? Pero «la prudencia es el vicio de los viejos», y los viejos no sobreviven a sus vicios y se llevan consigo su secreto.

Los cristianos «viejos», incapaces de seguir el pequeño sendero de la infancia, pretenden presentarle a Dios un programa bien trazado, con todos los detalles bien precisados, y les gustaría que él estampase allí su firma. Dios se ve incapaz de añadirle a ese programa tan bien definido la más mínima propuesta, una propuesta que pudiera trastornar — como él sabe hacerlo — todos los proyectos. Se han construido una coraza, donde no había ni el más mínimo agujero a través del cual pudiera Dios hacer penetrar un germen de «novedad». Y esto es lo que llaman experiencia.

Consideran a la religión como la suma de sus esfuerzos por llegar hasta Dios. Sacrificios, buenas obras, son otros tantos escalones de su escalera. Y van subiendo con fatiga, seguros de alcanzar alguna vez la meta.

No se dan cuenta de que, por el contrario, la religión consiste en esforzarse para permitirle a él llegar hasta nosotros.

No se trata, evidentemente, de quietismo, sino de un trabajo arduo por quitar todo lo que estorba. No somos nosotros los que hemos de llegar a Dios.

Es Dios el que quiere llegar a nosotros. Nuestra misión es no ponerle obstáculos.

No somos nosotros los que construimos, con nuestras manos, la santidad.

Tenemos que «dejarle hacer».

Y para eso es urgente, indispensable, que volvamos a las fuentes, un *ressourcement*. Esto es, a la infancia.

Solamente allí podremos encontrarnos con Dios.

Porque solamente allí se reconoce Dios en su propia imagen.

'Vende lo que eres

Aquella advertencia de Cristo de que acojamos el reino «como niños», está colocada después del consejo de la virginidad y antes del de la pobreza.

Pero si la virginidad y la pobreza representan unas condiciones privilegiadas para ver a Dios, la de ser «como niños» constituye una «condición indispensable» para entrar en el reino.

Ve y vende cuanto tienes, le dijo Jesús al joven rico.

Y ahora me parece que dice — ¡y esto es más difícil, ya que supone un desapego más doloroso! —:

«*Ve y vende lo que eres*».

Vende tus complicaciones intelectualísticas. Tus estructuras mentales. Tus compromisos. Tu sentido común. Tu prudencia. Tus vacilaciones. Tu experiencia.

Vende tu cristianismo «prefabricado».

Vende lo que eres.

Y volverás a encontrarte con tu infancia.

Solamente cuando te hagas como un niño, podrás hacerte perdonar tus cabellos grises.

Los apóstoles discutían de protocolos. Se preocupaban de los primeros puestos.

Cristo, colocando a un niño en medio de la escena, declara que el más grande es él.

El único primer puesto que importa a los ojos de Cristo es el de la infancia.

Y abrazaba a los niños y los bendecía imponiendo las manos sobre ellos.

Es una escena que más vale no estropear con nuestros comentarios.

* * *

Bernanos repite con frecuencia: «... aquel niño que yo fui».

También podemos decir: «aquel niño que seré».

Para que se alegre nuestro Padre.

LO CONOCÍAN; POR ESO NO LO RECONOCIERON

Vino a Nazaret, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaias, y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito:

El espíritu del Señor sobre mí,
porque me ha ungido.
Me ha enviado a anunciar a los pobres
la buena nueva,
a proclamar la liberación a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para dar la libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor.

Enrollando el volumen, lo devolvió al ministro y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: — Esta escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy. Y todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca.

Y decían: — ¿No es éste el hijo de José? Él les dijo: — Seguramente me vais a decir el refrán: Médico, cúrate a ti mismo. Todo lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaún, hazlo aquí en tu tierra.

— Os digo de verdad: muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses, y hubo gran hambre en todo el país; y a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda de Sarepta de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel cuando el profeta

Eliseo, y ninguno de ellos fue curado, sino Naamán, el sirio.

Oyendo estas cosas, todos los de la sinagoga se llenaron de ira; y, levantándose, le arrojaron fuera de la ciudad, y le llevaron a una altura escarpada del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad, para despeñarle. Pero él, pasando por medio de ellos, se marchó. (Lc 4, 16-30)

Se marchó de allí y vino a su tierra, y sus discípulos le acompañaban. Cuando llegó el sábado se puso a enseñar en la sinagoga. La multitud, al oírle, quedaba maravillada, y decía: — ¿De dónde le viene esto? ¿Y qué sabiduría es ésta que le ha sido dada? ¿Y esos milagros hechos por sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, y hermano de Santiago, José, Judas y Simón? ¿Y no están sus hermanas aquí entre nosotros? Y se escandalizaban a causa de él. Jesús les dijo: — Un profeta sólo en su tierra, entre sus parientes y en su casa, carece de prestigio. Y no pudo hacer allí ningún milagro, a excepción de unos pocos enfermos a quienes curó imponiéndoles las manos. Y se maravilló de su falta de fe.

Y recorría los pueblos del contorno enseñando. (Mc 6, 1-6).

Vino a su casa y los suyos no lo recibieron.

Esta expresión vale en primer lugar para los de su propia sangre. Jesús tuvo que soportar una especie de persecución por parte de sus familiares.

Juan nos dice que *ni siquiera sus hermanos creían en él*. Y Marcos es todavía más crudo: *Los suyos... fueron a apoderarse de él, porque decían: Está fuera de sí.*

En una palabra, lo tenían por loco.

Los enemigos lo juzgan digno de morir en la cruz.

Pero sus parientes mantienen ante él una postura todavía más odiosa. Lo juzgan digno de una camisa de fuerza.

También de sus paisanos recibió Jesús una desilusión tremenda.

Debió encaminarse hacia Nazaret con muchas esperanzas. Volvía a ver el paisaje de su niñez. La fuente. Los

caminos por donde jugaba con sus compañeros. El almacén de su padre. Probablemente seguía viviendo allí su madre.

Conocía ciertamente al «sacristán» que, en la sinagoga, le presentó el rollo de las Escrituras.

La escena se desarrolla en un ambiente de intimidación y, al propio tiempo, de grandiosidad. *Los ojos de todos estaban fijos en él.*

Y he aquí la revelación, discreta, pero que no deja duda alguna sobre la aplicación de la profecía: *Esta escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy.*

Se trata de uno de esos raros momentos sugestivos en los que Jesús, con la mayor naturalidad, revela de improviso su propia identidad.

Yo soy, yo, el que te hablo.

¿Crees en el hijo del hombre? Y él respondió: Señor, ¿quién es para que crea en él? Y Jesús le dijo: Lo has visto; es el mismo que habla contigo. Y él contestó: ¡Creo, Señor!, y se postró ante él.

Pero los habitantes de Nazaret no están tan dispuestos a arrodillarse frente a aquel paisano suyo, a quien creían conocer muy bien.

¡Lo conocen!

Los exegetas sostienen que hay al menos tres visitas diferentes de Cristo a su propia aldea. Casi una obstinada esperanza de que, al fin, los suyos acabarían reconociéndolo.

La primera vez se encuentra con la admiración general, con cierta mezcla de sorpresa.

La segunda vez se ve frente a un muro compacto de desconfianza: *¿No es acaso éste el carpintero, el hijo de María, el hermano de Santiago, de José, de Judas y de*

Simón? Y sus hermanas ¿no están aquí, entre nosotros? Y se escandalizaban por su causa.

La tercera vez hay una verdadera explosión de furor popular. *Todos los de la sinagoga se llenaron de ira; y, levantándose, le arrojaron fuera de la ciudad, y le llevaron a una altura escarpada del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad, para despeñarle.* Pero ninguno se atrevió a darle el empujón definitivo.

Lucas, evidentemente, sintetiza las cosas. Coloca en un solo cuadro diversos episodios.

De todos modos, queda en pie el hecho de que los paisanos de Jesús «no lo han reconocido».

¿Por qué?

Mientras se trataba de reconocer su sabiduría, podían todavía pagar el obligado tributo de admiración, mezclada con cierto orgullo de campanario.

Pero frente a sus pretensiones de ser el mesías, oponen el desdén y la negativa.

No. No es posible. Lo conocen todos los del pueblo. Saben de dónde viene. Una conducta intachable, pero modesta, sin nada de extraordinario. Uno de tantos. Uno como ellos.

Lo han visto jugar en la plaza. Pasar por las calles con un madero a las espaldas. Un carpintero, y nada más. Lo recuerdan inclinado sobre el banco, con serrín entre los cabellos. Trabajaba como todos. Sudaba como todos. ¿Qué es lo que pretende ahora?

¿El mesías? ¡Imposible! No es más que el carpintero, el hijo de María.

Se habían construido una imagen de Dios y si Dios se manifestaba tal como lo querían, bien. Si no, lo niegan... Su Dios era un ídolo y prefirieron conservar el ídolo. (F. Chalet)

Los habitantes de Nazaret sólo veían al mesías enmarcado en un halo de grandiosidad. Tenía que ser el excep-

cional, el colosal. No se lo podían imaginar bajo apariencias sencillas, comunes, cotidianas.

Por eso lo quieren despeñar.

Y Jesús pasa por medio de ellos, curvado esta vez bajo el peso de una indecible amargura y de una profunda desilusión.

Y se va al destierro.

El inconveniente de tener una cara demasiado conocida

Surge espontánea la indignación contra los paisanos de Jesús. Pero no tenemos derecho a ello. Porque nosotros somos tan culpables como los habitantes de Nazaret.

También nosotros somos víctimas de la misma equivocación.

También nosotros conocemos a Cristo. Pero somos incapaces de reconocerlo.

Nos empeñamos en construirnos una imagen de Dios. Y si Dios se nos presenta «distinto» de nuestra imagen, no lo acogemos.

Buscamos a Dios «por fuera», pero él está presente en nuestra vida.

Afilamos la vista porque lo creemos lejano. Y resulta que está muy cerca, que pasa a nuestro lado.

Nos lo imaginamos por las nubes. Y nos cruzamos con él por las calles.

Estamos siempre aguardando un milagro, algo extraordinario. Y él se pone la ropa de todos los días. Sencillo, a nuestro alcance, casi vulgar.

En definitiva, lo que hacemos es rehusar la encarnación.

Nos negamos a ver a Dios que se revela con un rostro de hombre.

Cristo no abandonó la tierra el día de la ascensión. No hemos de confundir — es una observación de L. Evelyn — la desaparición con la partida. La partida lleva consigo una ausencia. La desaparición provoca una «presencia escondida», casi podríamos decir «disfrazada».

La ascensión representa un test decisivo para la existencia del cristiano.

Jesús no se ha marchado. Se ha quedado aquí abajo. Se ha escondido, sencillamente. Se ha disfrazado adoptando un aspecto ordinario.

El verdadero peligro para el cristiano es entonces el de la «distracción».

En nuestras confesiones nos acusamos de las «distracciones en la oración». Y no pensamos en las distracciones por el camino. Sin embargo, ¡cuántas veces nos tropezamos con Cristo sin darnos cuenta! No lo reconocemos.

Tiene el inconveniente de tener una cara demasiado «conocida».

La cara del pobre,
del niño,
del compañero,
de la cocinera,
del bribón que duerme debajo del puente,
del obrero parado,
del marido,
de la esposa,
del superior,
de la mujer de la limpieza,
del forastero,
del enfermo,
de la persona mal vestida,
del preso.

Y nosotros, que conocemos esas caras, no sabemos reconocerlo.

Y él continúa en el destierro. ¡En su propia casa!

— Allá afuera hay un hombre esperando. Ya sabe usted a lo que viene. Dice que el amo de la fábrica...

— ¡Hoy precisamente! ¡Qué inoportuno! Dile que no tengo tiempo. Que vuelva mañana. Tengo que escribir los *evangelios molestos*. Se trata de algo importante...

El hombre se va. Inclinado, bajo el peso de la amargura. ¡Una nueva desilusión! ¡Una vez más que no ha sido reconocido! ¡Una vez más que ha venido a llamar a la puerta de su casa! Y los suyos no lo han recibido.

8

NO HAY DESCUENTO EN EL BILLETE DE ENTRADA

Porque os digo que, si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. (*Mt 5, 20*)

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del aneto y del comino, y descuidáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe! Esto es lo que había que practicar, aunque sin descuidar aquello. (*Mt 23, 23*)

Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo que reprocharte, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda. (*Mt 5, 23-24*)

Mi antiguo párroco había hecho poner en la puerta de la iglesia un cartel en el que estaba escrito:

«Para entrar en el lugar sagrado las mujeres deben tener: la cabeza cubierta, las mangas al menos hasta el codo, el vestido hasta por debajo de las rodillas, comportamiento modesto».

Para los hombres la cosa era más sencilla: bastaba con «no escupir en el pavimento».

Mi antiguo párroco era demasiado optimista. Se figuraba que las condiciones para entrar en el «lugar sagrado» se podían reducir a una cuestión de epidermis más o me-

nos cubierta en el caso de las mujeres, o a una cuestión de buena educación en el caso de los hombres.

Más valdría que hubiese puesto un cartel un poco más grueso con las tres frases de san Mateo que acabamos de transcribir. En ese caso hubiera corrido el riesgo, si se tomaban en serio esas palabras, de ver vacía a su iglesia, de ver que la abandonaban incluso muchas de aquellas «personas piadosas» que todos los días, por la mañana, poblaban su penumbra con las jaculatorias que se escapaban silbando por sus escasos dientes. En compensación, hubiera estado más seguro de haber interpretado con toda exactitud las condiciones esenciales impuestas por el Señor para poder acercarse al «lugar sagrado».

Todos acusaban a mi viejo párroco de ser demasiado severo; especialmente las mujeres que se consideraban las más perjudicadas por aquel famoso cartel. ¡No se daban cuenta del inmenso descuento que se les hacía en el billete de entrada!

Así andaban las cosas por mi vieja parroquia.

Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

¿En qué consistía, pues, la «equivocación» de la justicia de los escribas y fariseos? En restringir su obligación a la observancia rigurosa de la ley. En fiarse únicamente del culto para encontrar a Dios.

Y se trata de una ilusión que perdura hoy todavía en medio de muchos cristianos. Estos separan arbitrariamente el culto de la vida, el oficio de cristianos del de hombres, los deberes religiosos de la práctica de la justicia. Creen que el camino para llegar a la iglesia es corto, que son sólo esos pocos metros que recorren, a veces en coche, desde que salen de casa.

Misa, sacramentos, devociones, mandamientos (pasando por encima alguno que otro, ¡no conviene exagerar!) Y consideran cerrado el capítulo «Dios».

Pero el capítulo «Dios» abre la puerta a otros muchos.

Ellos ni siquiera lo sospechan. Están demasiado satisfechos de su justicia, hecha a la medida de la de los escribas y fariseos.

Dios no acepta la injusticia

En todo el Antiguo Testamento asistimos a las intervenciones de Dios para darle a entender a un pueblo de «dura cerviz» que el culto está estrechamente ligado a la vida, que las «prácticas» son vanas por sí solas, que existen unas condiciones precisas para acercarse al culto. Hay páginas muy significativas de los profetas a este respecto.

El acento se pone particularmente en la justicia.

La justicia supone que cada uno ve reconocido su propio derecho.

Cuando se trata del derecho, el lenguaje de la Biblia está lleno de significado. La Biblia emplea la palabra «derecho» solamente a propósito del pobre y del desgraciado.

Cuando se apela al derecho, la Biblia lo hace siempre refiriéndose al derecho que se ve amenazado y violentado, o sea, el derecho del pobre. La viuda, el huérfano, el pobre, el extranjero: son las personas cuyo derecho se trata de obligar a reconocer; son aquellos que no tienen la posibilidad de hacerlo valer. Si se viola ese derecho, es señal de que la sociedad vive en la injusticia. (J. Guillet)

El gemido del pobre. Los hombres, sordos por el rumor de su propia vida, aferrados al engranaje de sus propios asuntos, no lo sienten. Pasan al lado de la miseria sin verla. Se encuentran demasiado bien para comprenderla. Tienen demasiado que hacer para detenerse.

Pero el Dios de Israel tiene los oídos sensibles para el lamento del pobre.

No molestarás al forastero ni lo oprimirás, porque también vosotros fuisteis forasteros en la tierra de Egipto.

No afligiréis a la viuda ni al huérfano. Si lo afliges, él me dirigirá gritos de ayuda: *Yo escucharé sus gritos, se inflamará mi cólera.* (Ex 22, 20-23)

Más aún:

Si tomas en prenda el manto de tu prójimo, se lo restituirás al ponerse el sol. Es su única cubierta, es el manto para su piel, ¿sobre qué yacería entonces?

Si él me dirige gritos de ayuda, yo lo escucharé, porque tengo compasión. (Ex 22, 25-26)

Y notemos bien que se trata de textos legislativos.

En otros lugares de la Escritura se encuentran acentos todavía más duros:

Por la opresión de los desgraciados, por el gemido de los pobres, me voy a levantar, dice Yavé. (Sal 12, 6)

La oración del pobre, apenas pronunciada, llega a sus oídos: se le hace justicia con premura. (Ecli 21, 5)

Si nos atenemos a estas palabras, es probable que Dios le preste más atención al lamento del pobre que a las súplicas de las «personas piadosas». Mejor dicho: los gemidos de los que soportan la injusticia constituyen una «fastidiosa» interferencia e impiden a ciertas devociones llegar hasta los oídos del Señor.

Los profetas particularmente se han encargado de cerrar el paso a los que se atreven a entrar en el templo sin haber practicado la justicia. Dicen lisa y llanamente que Dios siente náuseas de ciertas oraciones. Que no está dispuesto, ni mucho menos, a cargar con nuestras injusticias.

Yo detesto, desprecio vuestras fiestas,
y no gusto el olor de vuestras reuniones.
Si me ofrecéis holocaustos,
no me complazco en vuestras oblationes,
y no miro a vuestros sacrificios de comunión

de novillos cebados.

Aparta de mi lado la multitud de tus canciones,
no quiero oír la salmodia de tus arpas;
que fluya, sí, el juicio como agua
y la justicia como un torrente inagotable.

(Am 5, 21-24)

E Isaías pone en boca del Señor expresiones que sonarán un tanto escandalosas a los «oídos purísimos» de muchos buenos cristianos:

¿A mí qué, tanto sacrificio vuestro?

— dice Yavé —

... Cuando venís a presentaros ante mí,
¿quién ha solicitado de vosotros
que llenéis de bestias mis atrios?
No sigáis trayendo oblación vana;
el humo del incienso me resulta detestable.
Novilunio y sábado, convocar reuniones...

no tolero ayuno ni asamblea festiva.
Vuestros novilunios y solemnidades
aborrece mi alma;

me han resultado un gravamen
que me cuesta llevar.

Y al extender vosotros vuestras palmas,
me tapo los ojos por no veros.
Aunque menudeéis la plegaria,
yo no oigo.

Vuestras manos están llenas de sangre:
lavaos, limpiaos,
quítad vuestras fechorías de delante de mi vista,
desistid de hacer el mal,
aprended a hacer el bien,
buscad lo justo,
dad sus derechos al oprimido,
haced justicia al huérfano,
abogad por la viuda. (Is 1, 11-17)

Entre paréntesis. Si algunos «buenos cristianos», dispuestos siempre a escandalizarse y a arrojar a la cara la palabra «demagogia» apenas se toca en el púlpito, por

cierto que raras veces, la tecla de la justicia, se tomasen la molestia de dar alguna ojeada por las páginas de los profetas, empezaría pronto a «sentirse mal», ¡lo cual sería una señal estupenda! Pero están demasiado ocupados en leer su periódico «independiente», que los tranquiliza en todo, y especialmente en lo que atañe a sus cuentas bancarias. Los profetas, por el contrario, no ofrecen excesivas garantías sobre la seguridad de la cartera. Y además, al escucharlos, parece que resulta muy poco difícil que un rico llegue al paraíso; siembran su camino de un montón de dificultades; ¡por favor!, ¿para qué tantas complicaciones sociales, si el infierno lo tienen ya en la tierra con tantos quebraderos de cabeza como les proporcionan los negocios?...

Cierro el paréntesis. Pero me asalta una molesta sospecha. ¿Qué habría sucedido si en la Iglesia hubiéramos leído a nuestras gentes ciertas páginas duras de la sagrada Escritura en vez de ciertas «preparaciones para la comunión» confeccionadas en los melosos y acaramelados «manuales de devoción»?

¿Qué habría sucedido? Sencillamente: que nuestra buena gente no se habría engañado con la idea de poderse las entender tan barato con Dios. Habrían entendido que las «piadosas elevaciones» hacia el cielo no valen para nada sin los dolorosos «rebajamientos» hacia la miseria.

Hacer justicia de una manera justa

Hoy se habla mucho de las relaciones entre la caridad y la justicia. Los especialistas le dedican a este tema ponderados estudios. Tengo que confesar que no acabo de ver claro en toda esa maraña de distinciones y de «implikaciones». Por culpa de mi ignorancia, desde luego.

De todos modos, creo que la cosa es bastante sencilla.

Justicia y caridad, para un cristiano, no son dos realidades independientes. Se completan y se sostienen mutuamente.

La caridad no puede lavarse las manos frente a la justicia.

Y la justicia, si no quiere hacerse mezquina e «injusta», no puede desprestigiar el fermento de la caridad.

Podemos aclarar todo esto con unas reflexiones de Umberto Vivarelli:

¿Quién ignora que la justicia de los hombres no basta? Tiene que ser «superior», esto es, superarse continuamente para no caer en la hipocrésia de la legalidad.

Podríamos aceptar la definición que suele darse de la justicia: darle a cada uno lo suyo.

Pero esto queda en el aire. ¿Sois acaso capaces de decir qué es lo «suyo» en relación con los demás?

San Pablo dice: Todas las cosas son vuestras; vosotros sois de Cristo; Cristo es de Dios.

Ésta es la jerarquía de la justicia.

Por tanto, si queremos darle a cada uno lo suyo — y cada uno es cualquier hombre, incluso el pobre —, tenemos que restituir todo lo que Dios ha dado a todos.

No creo que la justicia sea una virtud fácil.

Es más fácil la legalidad.

Porque en la legalidad, lo suyo está establecido por las leyes, y las leyes son siempre una limitación que excluye con habilidad a los que no logran entrar en los privilegios de los que tienen el poder de hacer la ley y de hacérsela aplicar.

Efectivamente, la ley podrá decirme cuándo puedo declarar *míos* mis zapatos, pero, si estoy sin zapatos, no los sacaré de los pies de los demás.

A cada uno lo suyo; ¡y a quien no tiene nada, nada!

Si no tengo en mí la capacidad de descubrir en el hombre al hermano, si no tengo para con él un rasgo de amor, si no amo al hombre, nunca seré capaz de reconocer lo que tengo que restituírle.

La justicia hecha mecánicamente, sin corazón, no es justicia.

Para hacer justicia *de una manera justa* hay que pasar más allá de la ley y mirar en el corazón del hombre que, en el fondo, está pidiendo dignidad y amistad.

De esta forma, la justicia da algo, da «unas cosas»; sólo la caridad se da a sí misma.

Por tanto, ¿cuál es la manera justa para un cristiano de hacer justicia? Es la justicia *a medida del hombre*. Ese hombre, que no es un estómago que llenar, un maniquí que vestir, un bolsillo en donde echar una limosna, sino una criatura con derecho a ser comprendida y amada.

«Darle a cada uno lo suyo», para un cristiano, quiere decir: darle a cada uno el salario de amor al que tiene derecho.

La cima de la justicia, para un cristiano, es el amor.

De este modo, la caridad se inserta en el perímetro de la justicia y lo dilata inmensamente.

El «visto bueno» del hermano

Volvamos al tema inicial, esto es, a las condiciones para entrar en el templo, a las relaciones entre el culto y la vida.

Cristo no ha hecho más que acentuar las exigencias ya expresadas en el Antiguo Testamento.

Por dos veces repite la expresión de Oseas («amor quiero, y no sacrificio»); *Misericordia tengo, y no sacrificio*.

Muchos cristianos toman como slogan de su propia perfección, y como justificación de su propia resignación, el mandamiento de Jesús: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*, pero se olvidan de acoger con realismo el otro matiz: *Sed misericordiosos como es misericordioso vuestro Padre celestial*. Allí la «misericordia» no es un vago sentimiento de compasión para con las desgracias ajenas, sino, según una audaz etimología, un «tomarse en el corazón las miserias», un adueñarse de los sufrimientos del hermano.

Según las enseñanzas de Cristo, el billete de entrada en el cielo tiene que llevar el «visto bueno» de todos nuestros hermanos. Si nos damos cuenta de que falta ese «visto bueno», aunque sólo sea de uno de ellos, hemos de dejar la misa para correr fuera de la iglesia a buscarlo:

Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo que reprocharte, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda.

El concilio Vaticano II nos ha ofrecido una espléndida «interpretación práctica» de este texto. Efectivamente, al tener que presentar su propia *ofrenda ante el altar* (Constitución *Sacrosanctum concilium*), sintió la necesidad de *salir fuera a reconciliarse con la humanidad* (Constitución *Gaudium et spes*).

Las alegrías y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de hoy, sobre todo de los pobres y de los que sufren, son también alegrías y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo, y no hay nada genuinamente humano que no encuentre eco en su corazón... (La Iglesia) se siente realmente solidaria del género humano y de su historia. (*Gaudium et spes*, 1)

¿No es éste un acto de reconciliación en plena regla?

La práctica de los sacramentos no puede dispensarnos de nuestra fidelidad a las tareas terrenas. No se llega a Dios «saltando» por encima del mundo. La religión se convierte verdaderamente en «opio» cuando no dispensa del oficio de hombres.

El que traiciona a la tierra con la ilusión de llegar a Dios, acaba traicionando también a Dios. Péguy es explícito a este respecto:

Los que guardan las distancias ante el mundo, los que se empeñan en volar sobre el mundo, rebajando al mundo, no se elevan. Se quedan a su misma altura. Y aquella elevación que se imaginan haber alcanzado es realmente un hundirse de arriba abajo, un reba-

AMIENTO del mundo. Se quedan por debajo del punto común de partida. Y esto es lo que miden: la altura desde la que han rebajado al mundo y no la altura hasta donde ellos se han elevado.

Los que de verdad se elevan, los que toman realmente altura, son los que dejan al mundo en la altura a que se encuentra, saltando y tomando altura desde allí.

El hombre que deja al mundo donde está y se alza desde ese nivel, ese hombre está seguro de subir.

No basta con rebajar lo temporal para elevarse a la categoría de lo eterno. No es suficiente rebajar la naturaleza para elevarse a la categoría de la gracia. No basta con rebajar al mundo para subir a la categoría de Dios.

(Los miembros del partido devoto), al no tener fuerzas (ni gracia) para pertenecer a la naturaleza, creen que pertenecen a la gracia.

Al carecer de temple temporal, creen que han penetrado en lo eterno.

Al no tener ánimos para ser del mundo, se imaginan que son de Dios.

Al no tener el coraje de pertenecer a uno de los partidos del hombre, se creen que pertenecen al partido de Dios.

Al no pertenecer al hombre, creen que pertenecen a Dios.

Al no amar a nadie, creen que aman a Dios.

Sólo existe una seguridad de que Dios no nos «vuelva la espalda» (Tob 4, 7): que nosotros no se la volvamos a nadie.

* * *

Parafraseando la expresión del *Honorius Pape*, de Robert Escarpit, podemos decir: «Sería muy fácil ser cristiano si sólo se tratase de la religión. Pero lo malo es que se trata de todo lo demás».

Sería una cosa ridículamente fácil ser cristiano para un industrial si sólo se tratase de la comunión pascual en presencia de los obreros y de su excelencia o de su eminencia.

Sería fácil ser cristiano para una monja, si sólo se tratase de «la preciosa virtud».

Sería muy cómodo para un hombre ser cristiano, si sólo se tratase de la misa de los domingos.

Poco valdría ser cristiana para una madre de familia, si sólo se tratase de los primeros viernes de mes.

Pero, por desgracia, no se trata sólo de la «religión». No se trata sólo de rosarios, de novenas, de jaculatorias, de prácticas de piedad, de la señal de la cruz al ir a acostarse, de las velas a san Antonio, de la medalla al cuello.

Está también todo lo demás.

O sea, «la justicia, la misericordia, la sinceridad».

Y entonces uno se da cuenta de que el oficio del cristiano es tremendamente comprometido, y que no basta con las «horas libres».

Se da uno cuenta, en resumen, de que aquel cartel de mi viejo párroco, colgado en la puerta de la iglesia, era demasiado optimista.

9

LAS VACACIONES DE DIOS Y EL TRABAJO DEL CRISTIANO

Subió a continuación a la barca con sus discípulos y se fue a la región de Dalmanuta.

Se presentaron los fariseos y comenzaron a discutir con él, pidiéndole una señal del cielo, con el fin de ponerle a prueba. Dando un profundo gemido desde lo íntimo de su ser, dice: — ¿Por qué esta generación pide una señal? Yo os aseguro: no se dará a esta generación ninguna señal. Y, dejándolos, se embarcó de nuevo y se fue a la orilla opuesta. (Mc 8, 10-13)

Entonces le interpellaron algunos escribas y fariseos: — Maestro, queremos ver una señal hecha por ti. Mas él les respondió: — ¡Generación malvada y adúltera! Una señal reclama, y no se le dará otra señal que la señal del profeta Jonás. Porque de la misma manera que Jonás... (Mt 12, 38-40)

Es preciso aclarar una ambigüedad que caracteriza a los milagros de Cristo.

Por un lado, hemos de comprobar que todo el evangelio está esmaltado de milagros. El itinerario de Jesús está señalado por acontecimientos prodigiosos: paralíticos que se ponen en pie, muertos que se despiertan, agua que se convierte en vino, redes que se llenan de peces, tempestades que se aplacan, manos secas que se llenan de vida. *Los ciegos recobran la vista, los cojos andan, los le-*

prosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan.

Por otro lado, Cristo, en cierto sentido, es enemigo de los milagros. Multiplica los prodigios, pero no pretende presentarse como taumaturgo. Viene a traer la salvación, no a hacer milagros. Evita todo sensacionalismo, se niega decididamente a lo espectacular.

Podríamos decir que los milagros se le arrancan literalmente a Jesús, se los roban.

Hay dos cosas que son capaces de hacer explotar su poder taumatúrgico:

La fe del que pide. Un rostro que implora con fe es un espectáculo ante el que Cristo no puede resistirse. Es su punto flaco. Se deja escapar expresiones maravilladas: *¡Oh, mujer!, ¡grande es tu fe!* Y no puede evitar realizar el milagro. *Hágase según tus deseos...*

La miseria. Cuando Jesús se encuentra en sus caminos con la miseria, se siente casi obligado a regalar el milagro. En muchos casos, ni siquiera es necesario que formulen una petición explícita. Basta con la presencia del dolor. Las lágrimas de una madre que acompaña al sepulcro a su único hijo, dos ojos apagados, un cuerpo tullido. Y Cristo responde inmediatamente. No puede sufrir el ver sufrir.

Jesús, compadecido y al ver su fe son dos «leit-motifs» de los milagros. Cristo responde exclusivamente al espectáculo de la fe y a la provocación del sufrimiento humano.

El prurito de los milagros

Hay cristianos que parecen tener el prurito de los milagros a toda costa. Como si su fe estuviera colgada, más que de la palabra de Dios, de los milagros. Su vida religiosa se desarrolla bajo el signo de lo extraordinario, de lo excepcional, a veces incluso de lo extravagante.

No han comprendido que la fe es lo que provoca el milagro. Y no viceversa.

Han trastornado el procedimiento de Jesús. En el evangelio aparece con claridad que el Señor respeta la libertad, deja la puerta abierta, pero sin obligar a entrar a nadie, sin golpes espectaculares.

Es él el que queda K.O. por la fe de los hombres. Pero a éstos les gustaría que Cristo dejase K.O. a sus adversarios a golpes de milagro.

Se olvidan de que el verdadero Dios es «discreto».

La presencia de un Dios discreto tendrá el aire de una ausencia. El ateísmo prueba la realidad de la discreción divina. Las intervenciones de la discreción pasarán sin darse cuenta. Y la verdad es que los milagros serían más numerosos de lo que se cree si los hombres crédulos o mentirosos no inventasen milagros falsos. Un milagro sensacional lleva la marca de Satanás: es una fantasmagoría, una ilusión, un engaño... La discreción es la firma de los milagros divinos. (*Thibault*)

Estos cristianos hambrientos de milagros no se dan cuenta de que son fundamentalmente pobres de fe. Su ecuación: más milagros = más fe, es totalmente falsa. Y con su credulidad acaban haciendo el ridículo y suscitando el escándalo de las personas inteligentes.

La bandera de la patria plantada en tierra extraña

Pero hay una postura contraria, también fuera de tono. Cristianos que tienen miedo, que casi se avergüenzan del milagro.

Pretenden impedirle a Dios que sea Dios...

Les gustaría aconsejarle que no resulta oportuno..., que es mejor, para evitarse complicaciones, dejar en paz el campo de las leyes físicas. Como si Dios estuviese moralmente obligado a pedirles consejo antes de manifestar su propia omnipotencia.

Se olvidan de que

una vocación, según los principios liberales, significa libertad del hombre, un milagro significa libertad de Dios. (*Chesterton*)

Sí. Dios es libre para tomarse las vacaciones que quiera. No tiene necesidad de pedir permiso a nadie. Dios es libre para «jugar». Puede divertirse y entusiasmarse en la obra de la creación. Sigamos leyendo a Chesterton:

A los niños les gustan las cosas repetidas y sin variar. Dicen: ¡Hazlo otra vez!; y las personas mayores lo siguen haciendo llenos de aburrimiento por no tener la fuerza suficiente para gozar de la monotonía.

Quizás Dios es bastante fuerte para gozar de ello, y puede ser que le diga al sol todas las mañanas: «otra vez»; y a la luna: «otra vez». Puede que no sea una automática necesidad la que hace a todas las florecillas iguales; puede ser que Dios las haga por separado, una a una, sin aburrirse nunca de hacerlas. Puede ser que él tenga el eterno apetito de la infancia; porque nosotros hemos pecado y nos hemos hecho viejos, pero nuestro Padre es más joven que nosotros.

Las repeticiones en la naturaleza pueden ser simples recursos, pueden ser unos *bis* como en el teatro. El cielo puede *bisear* al pájaro que hace el huevo.

Por otra parte, el milagro es un «signo», una anticipación del reino. Es el aspecto que subraya una página de Luigi Santucci:

La verdad para todos nosotros es solamente ésta: que somos milagros, venimos del milagro, y estamos hechos para los milagros.

Un milagro, para el que tiene el privilegio de verlo una vez en su vida, es como volver a la patria: no hay nada más tranquilo para el alma del hombre que ver a un obrero caer del quinto piso sin hacerse daño, nada más familiar que una llaga que se cierra al contacto con una reliquia, de otra llaga que se abre instantáneamente en las manos o en los pies o en el costado de un santo, porque hemos nacido en una aldea en donde no existen cinco pisos, donde no se conocen más llagas que las de Cristo crucificado.

Por el contrario, no hay nada tan extraño, tan inexplicable, tan insoportable para el hombre como la naturaleza que lo ata con sus leyes, la causalidad torpe y maciza que nos aprisiona en todo instante, que hace caer la piedra que dejamos caer de la mano, pararse el corazón amado, sólo porque esa máquina de carne se ha roto en alguno de sus estúpidos mecanismos.

No es verdad que el mundo sea todo él un milagro: la luna que despunta, la semilla que se hace planta, la hormiga que acumula provisiones para el invierno. Eso es lo que algunos dicen impíamente equivocados, y mienten. Este mundo maravilloso no nos importa. Hemos nacido para un mundo donde las hormigas hablan, donde la semilla de magnolias hace nacer gacelas, donde la luna cae en el pozo como en las metáforas de los poetas.

No hay ningún hombre entre los que ahora respiran bajo el cielo que no tenga un milagro que pedir, que no desee un milagro, aunque sólo sea ver multiplicarse bajo sus ojos el único pan que le quedaba en la barquilla perdida en medio del océano.

Hoy más que nunca nos morimos de esa sed. En nuestro tiempo árido y opaco brotan a millares los prodigios de la ciencia. Cada uno de ellos, cuanto más complicado y aparatoso, más enciende en nosotros la humillación de que no sabemos hacer milagros, de que sólo sabemos entrecruzar hábilmente los hilos de esa malla de leyes con que nos enreda la naturaleza...

Todos los milagros del hombre están encerrados en una bobina cilíndrica, en una probeta de vidrio; pero en la fábula de nuestra infancia no había bobinas ni probetas: el sapo se transformaba en bellísimo príncipe sólo porque la princesa se inclinaba a besarlo. Así también, el hombre que lo tiene todo invoca el milagro porque el

milagro, antes que un socorro bienhechor, antes que un don útil y práctico contra la pena y contra la embriaguez fabulosa de la infancia que vuelve a encantarnos, es la revancha de aquella primera prudencia inocente sobre la embustera sabiduría de después. Es la bandera de la patria que ondea en tierra extraña, sobre el pedregal de unos días que no son los nuestros, y en ella está pintado el castillo feliz en donde hemos nacido milagrosamente.

Hemos visto que hay cristianos que quieren demasiados milagros. Otros que no los quieren para nada. Por encima de todos los gustos está la obligación precisa para todos: Cristo nos ha dejado la consigna de hacer milagros. Es el «signo» de nuestra fe.

Más aún, hemos de «convertirnos» en milagros:

Milagros de coherencia,
de fidelidad,
de misericordia,
de generosidad,
de lealtad,
de comprensión.

Una vez más esta *generación malvada y adúltera pide una señal*. Y tiene derecho a esperarla de nosotros, los que nos llamamos cristianos.

¿Qué «señal» podemos ofrecerles?

¿Qué milagro podemos presentarles?

Es inútil precisar que nuestra indiferencia, nuestra mediocridad, nuestra poca fe pueden ser un milagro. Pero un milagro al revés.

Nuestro camino pasa por un mundo que tiene hambre. De pan y de amor. Un mundo enfermo de desilusiones. Un mundo ciego por la violencia. Un mundo solado por el egoísmo. Un mundo lleno de aburrimiento.

No podemos pasar por ese camino limitándonos a contarles los milagros de Jesús. No podemos contar con sus milagros. Hemos de contar con los nuestros.

Los milagros son una vacación de Dios. Y son la ocupación cotidiana del cristiano.

10

EL PAN

Entonces se acercó el tentador y le dijo: — Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. Mas él respondió: — Está escrito: no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. (*Mt 4, 3-4*)

Y al embarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas que no tienen pastor, y se puso a instruirlos extensamente. Era ya una hora muy avanzada cuando se acercaron sus discípulos y le dijeron: — El lugar está deshabitado y ya es hora avanzada. Despídelos para que vayan a las aldeas y pueblos del contorno a comprarse de comer. Él les contestó: — Dadles vosotros de comer. Ellos le dicen: — ¿Vamos nosotros a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer? Él les preguntó: — ¿Cuántos panes tenéis? Id a ver. Después de haberse cerciorado le dicen: — Cinco, y dos peces. Entonces les mandó que se acomodaran todos por grupos sobre la verde hierba. Y se acomodaron por grupos de cien y de cincuenta. Y él tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo pronunció la bendición, partió los panes y los iba dando a los discípulos para que se los fueran sirviendo. También repartió entre todos los dos peces. Comieron todos hasta saciarse. Y recogieron doce canastos llenos de trozos de pan, y las sobras de los peces. Los que comieron los panes fueron cinco mil hombres. (*Mc 6, 34-44*)

Y tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: — Éste es mi cuerpo que va a ser entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío. (*Lc 22, 19*)

Cuando oigo hablar de civilización, me pongo a buscar un lápiz y a trazar unos cuantos garabatos en el papel. Controlo por enésima vez ciertas cifras y hago unos cálculos rápidos.

Los resultados de estas operaciones hacen aflorar en mis labios una amarga sonrisa por lo que evoca en mi ánimo la palabra «civilización».

¿Qué es lo que me da esa civilización? Me regala unas cuantas horas de asombro ante las sensacionales empresas espaciales, unos cuantos escalofríos al pensar cómo llegaran a suprimirse las distancias, una borrachera de entusiasmo ante todas esas estrepitosas conquistas de la técnica.

Y sobre todo me envía a casa una comunicación muy importante. Una cifra muy elocuente.

He hecho cuentas. Ya sé lo que me espera.

En los arsenales atómicos del mundo están depositadas varias decenas de millares de megatonnes. Si no me equivoco en mis cálculos, hay veinte toneladas de trilita por cada habitante de la tierra.

Por tanto, tengo derecho a veinte toneladas de trilita. Es un bonito regalo el de esta famosa civilización.

Me enviarán el paquete a domicilio, cuando algún loco muy espabilado tenga la ocurrencia de oprimir con su dedo índice un botón.

Tras estos cálculos, hago algunos más.

Los expertos dicen que para una vida normal se necesitan dos mil setecientas calorías al día. Por debajo de las dos mil calorías el hombre está obligado a vivir en «ayuno crónico».

Pues bien, el 60 por 100 de la población mundial vive en lo que se llama el «hambre absoluta», cuantitativa y cualitativa.

Cada año mueren cerca de treinta millones de personas a causa de una alimentación insuficiente. O sea, de hambre. O sea, por falta de pan.

Nuestra civilización está dispuesta a asegurar a la humanidad varias decenas de millares de megatonas. Pero es incapaz de garantizar a todos el pan de cada día, de regalar a cada hombre las dos mil setecientas calorías indispensables para cada día de su existencia.

Nuestra civilización nos entrega un paquete que contiene veinte toneladas de trilita (¡mucho más de lo necesario!...) Pero, cada año, manda a treinta millones de hombres un billete con su condena de muerte. Por hambre.

Si pesamos todos estos datos tan reales, ¿es posible hablar de civilización?

Yo creo que la verdadera civilización está todavía por empezar, a pesar de todos los aviones supersónicos, de todos los satélites artificiales que rondan por el aire, de todos esos «milagros» del progreso.

La primera página de la historia de las civilizaciones tendrá que empezar con una noticia tan vulgar como ésta: sobre la tierra había un pedazo de pan para cada hombre.

Antes de este suceso fundamental, sólo podrá escribirse la historia de la barbarie. Una barbarie capaz de conquistas inauditas, de refinamientos inesperados, pero al fin y al cabo una barbarie.

En el evangelio, por el contrario, se siente el perfume del pan.

El pan ocupa en el evangelio un lugar preminente, lo mismo que en las preocupaciones de cualquier padre de familia.

Pero la actitud de Cristo ante el pan no es uniforme. A veces su postura resulta contradictoria.

En el desierto, después de cuarenta días de ayuno, se niega a cambiar las piedras en pan, tal como le aconsejaba Satanás.

En el monte predica: *No os afanáis por vuestra vida, qué comeréis.* Y al mismo tiempo nos dice que recemos: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy.*

Se enfada con la gente y la reprende con aspereza: *Me buscáis, no porque hayáis visto milagros, sino porque comisteis de aquellos panes y os saciasteis.* Pero los panes los había multiplicado sin que nadie le hubiese pedido un milagro.

Parece como si el pan no tuviera importancia. Pero poco después dice que tiene mucha.

Parece como si nos invitara a desinteresarnos de él. Y luego concentra toda nuestra atención precisamente sobre el pan.

Todos nos complacemos en señalar en el evangelio las actitudes que nos gustan. Citamos los textos que sirven para sostener nuestra tesis.

De esta forma, apelando siempre al evangelio, podemos elaborar las teorías más contradictorias a propósito del pan.

El error de fondo radica precisamente aquí: en aislar cada uno de los textos. Lo que hemos de hacer, por el contrario, es considerarlos en su conjunto, descubrir el hilo que los enlaza entre sí.

La marca de fábrica

No de sólo pan vive el hombre..., contesta Jesús a Satanás, cuando éste le propuso una especie de milagro alquímico, al estilo de la «piedra filosofal».

Se ha observado justamente que la transformación de las piedras en pan significa fabricar «el pan sin sudor», suprimir «el sudor de la frente».

Cristo se niega a resolver el problema económico con una solución milagrosa.

La respuesta del Señor, por el contrario, *no de solo pan vive el hombre*, nos hace ver el paso de la antigua maldición («comerás el pan con el sudor de tu frente») a

la nueva jerarquía de valores, a la primacía del espíritu sobre la materia, de la gracia sobre la necesidad.

Cristo no pretende librar el camino de los hombres de sus dificultades y aprietos por medio de una varita mágica. No quiere transformar la existencia a base de milagros.

El pan sigue vinculado, no al milagro, sino al trabajo, al sudor de la frente.

Comerás el pan con el sudor de tu frente. (*Gén 3, 19*)
Si alguno no quiere trabajar, que no coma. (*2 Tes 3, 10*)

El pan adquiere dignidad cuando lleva su marca de fábrica: la fatiga del hombre.

Hacernos perdonar el derecho a poseer

Pero sigue en pie el hecho de que Cristo hizo el milagro. Su palabra llegó hasta el fondo de una talega donde había cinco panes de cebada,

y quedó destruida la inflexible realidad del número. (*L. Santucci*)

Millares de panes adquieren consistencia bajo la fuerza de un mandato de Cristo.

Pero tampoco a este milagro hemos de darle una interpretación arbitraria.

Al apresurarse a despedir a la turba que ha alimentado y a los enfermos que ha curado, no sólo demuestra que se trata de gestos excepcionales, provocados por una urgencia inderogable, y que no pretende concurrir con los médicos o con los panaderos, sino que además les ofrece a los médicos y a los panaderos y a todos los hombres un nuevo significado y una nueva grandeza: la del amor. Al distribuir a la gente panes y peces «cuantos quisieran» (*Jn 6, 11*), Jesús no quiere enseñarles a los panaderos, probablemente presentes entre la turba, que en adelante se podría prescindir de su trabajo,

sino más bien que tienen que procurar preparar un pan tan bueno como el que están comiendo y hacer que hasta los más pobres tengan siempre su parte. No condena su oficio: lo que hace es proclamar su valor y al mismo tiempo fijar las condiciones en las que el cristiano tiene que vivirlo: con la preocupación por todas las bocas que tiene que alimentar, de todas las alegrías que puede proporcionar.

Alimentar a los hombres, vestirlos, ayudarles, asegurarles la paz y la justicia es una gran tarea para el que desea darle un significado a su propio trabajo: es un deber de humanidad del que dependen efectivamente la supervivencia y el desarrollo de la humanidad en la tierra. Los milagros de Jesús nada le roban a este deber, sino que le dan una fisonomía nueva, su fisonomía propia. Para el cristiano que se acuerda del evangelio, vestir, alimentar, ayudar a los hombres y defenderlos es un medio para dirigir a los hermanos la mirada de Cristo y prolongar sus gestos; significa ser conscientes de los peligros que los amenazan, de la voracidad, de las injusticias, de cuantos están desnudos, sin casa o sin vestido; significa hacerse accesibles a su dolor. Agricultor, médico u hombre de estado, el cristiano, sea lo que sea, no tiene derecho, por ese único motivo, a ninguna superioridad de competencia o de conciencia sobre sus colegas, ni goza de privilegio alguno, como si los demás se les hubieran confiado a un precio inferior.

Toda la superioridad, si es lícito emplear esta palabra, tendría que consistir en esta atención a la miseria, en una sensibilidad inmediata a los desórdenes y violencias aceptadas con demasiada pasividad, con una audacia y una confianza en la acción divina que no limita las iniciativas, en una familiaridad con las bienaventuranzas que lo lleva instintivamente a escoger y a preferir a los pequeños, a los abandonados, en un secreto de comunión fraterna que obligue a abrirse a los corazones para encontrarse en torno a él. (*J. Guillet*)

El milagro de la multiplicación de los panes contiene preciosas indicaciones para todos nosotros. Me gustaría decir que se trata de un milagro que nos toca a nosotros continuar sobre la tierra.

Cristo toma aquellos pedazos de pan en las manos, los bendice, da gracias al Padre, los parte y los distribuye. En estos gestos se contiene el significado cristiano de la posesión. Dar gracias y bendecir quiere decir reconocer la absoluta soberanía de Dios sobre todas las criaturas. Sólo Dios es el amo: los hombres no somos dueños de nada. Somos solamente los responsables: hemos recibido to-

das las cosas de fiado. No somos los propietarios, los amos: somos los depositarios. Dios nos ha confiado las criaturas para que en ellas respetemos su voluntad paterna. Poseemos solamente para custodiar, para multiplicar, para distribuir. El derecho de propiedad es el espacio vital del hombre; por tanto es un derecho de todos. Es, sobre todo, un derecho de quien no tiene, no sólo de quien tiene más que los demás, la posibilidad de entrar en ese espacio vital del hombre. Por tanto, no es el derecho a excluir a los demás, sino el deber de participar, de comunicar. (U. Vivarelli)

Nuestra vocación no es la de poseer, sino la de distribuir.

Tenemos que hacernos perdonar el derecho a poseer con nuestro propósito de «distribuir», con nuestro deber de «multiplicar».

Esto es: podemos llevar el pan a la boca solamente cuando lleva una segunda marca, además de la del sudor de la frente: el amor.

Cuando el pan, en vez de ser «nuestro», se hace «mío», estoy borrando la presencia del Padre de la tierra.

«Su» pan

Jesús, en la última cena, queriendo hacernos el regalo supremo, tomó de la mesa el pan. Es un pan como los otros, hecho de harina y de trabajo humano.

La eucaristía, esto es el pan que se convierte en cuerpo de Cristo para alimento de los hombres, es la consagración no sólo de todos los dones de la naturaleza, sino de las penas, de las fatigas, del amor de los hombres.

Es significativa la manera con que Jesús subraya el paralelismo entre el pan que distribuye y el cuerpo que va a sacrificar. Si el pan se convierte en su cuerpo, significa que su cuerpo es ya alimento. *Mi carne es verdaderamente comida*, había dicho en la sinagoga de Cafarnaún.

Comida, esto es, algo sustancial, rico en energías vivificantes y al mismo tiempo algo asimilable, susceptible de ser tomado y absorbido. Realmente, Jesús se ofrece tan totalmente a los hombres que éstos pueden comerlo. Los años, las fuerzas, el honor, la vida: nada ha reservado para sí; la hora de la consagración del pan es la misma en que demuestra que no se ha entregado en broma y que, lo mismo que el pan, también él les pertenece a los hombres para que hagan de él lo que quieran. Y cuando crean que lo trituran, están liberando todas las energías acumuladas en él desde la encarnación. Cada una de sus palabras y de sus gestos, todos los latidos de su corazón y los movimientos de su espíritu están siempre libres de todo repliegue egoísta, llenos de la generosidad de Dios y portadores de su poder, fuente inagotable de fuerza y de luz para cada hombre y para toda la humanidad, «pan de vida».

Las fuerzas que Jesús nos da de este modo y que, una vez consumadas, se convierten en vida para nosotros, han pasado a través de la tierra. El amor de Jesús es divino, pero sólo nos salva si se hace humano, pasando a través de su corazón de hombre, sus angustias, sus sudores, sus penas. Toda esta sustancia humana, transformada incesantemente en amor, la ha tomado Jesús de la tierra y de sus alimentos. El pan que levanta de la mesa de la cena para cambiarlo, con una palabra, en su propio cuerpo, constituye desde hace treinta años el alimento diario de su cuerpo. En el momento en que absorben un alimento, todos los hombres pueden decir: se convertirá en mi cuerpo, ya que verdaderamente transformarán en su propia carne esta sustancia extraña. Jesús lleva a cabo algo muy distinto, pero cuanto hace tiene relación con el alimento que había tomado hasta aquel día. En el momento en que da su propio cuerpo y todo lo que es como alimento para los suyos, hasta el fin de los siglos, en aquel preciso momento restituye también el pan de que se ha alimentado durante treinta años y de que se alimentará la humanidad hasta el último día, capaz de cambiarse, en su Iglesia, en su propio cuerpo. En el momento en que su cuerpo mortal está a punto de morir, para cambiarse en el germen de su cuerpo total que es la Iglesia, ¿tendremos que extrañarnos de que el pan de que ha

vivido se haga capaz de cambiarse, en todos los lugares en que se pronuncie sobre él la palabra del Señor, en su mismo cuerpo transformado en la gloria? (J. Guillet)

Podemos afirmar que Cristo eleva la dignidad del pan hasta su grado más alto. La eucaristía le da al pan todo su valor. No sólo a aquella partícula pequeña que es consagrada, sino a todo el pan de la tierra.

Pero la eucaristía se convierte para nosotros, los que nos alimentamos de ella, en una responsabilidad bien precisa.

Como el pan de Jesús, el último que Jesús tomó entre sus manos, representaba a sus ojos todos aquellos panes que había tomado en las manos para alimentar aquel cuerpo que iba a inmolar entonces, de la misma forma el pan que nosotros recibimos de sus manos, en la eucaristía, nos hace pensar en nuestro pan de cada día. Del pan que tocaba en la tierra, Jesús ha hecho, en su amor, su cuerpo convertido en alimento nuestro, para que nosotros nos hiciéramos capaces, al recibir su cuerpo y su amor, de transformar a nuestra vez, ofreciéndolas a Dios y en alimento para nuestros hermanos, aquellas energías que le pedimos al pan de la tierra. (J. Guillet)

El que se alimenta de *su* pan, tiene el deber de repetir, ante los hombres hambrientos, desesperados, traicionados, su milagro de la multiplicación. Que va mucho más allá que el hecho de asegurar a cada hombre su pan. Y que consiste en hacer que todos descubran que están arropados por el amor.

* * *

Un pan ganado con el sudor de la frente.

Un pan dividido entre todos; o sea, un pan «sacramento» del amor del hombre para con sus propios hermanos.

Sólo entonces adquirirá el pan una dignidad tal que podrá convertirse en cuerpo de Cristo.

O sea, «mi» pan («mío», porque el trabajo establece una relación íntima con las cosas, haciéndolas verdaderamente «mías»), convertido en pan «nuestro», merece transformarse en «su» pan, esto es, en «su» cuerpo.

Mientras estaba sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, recitó la bendición y lo partió y se lo ofrecía. Entonces se abrieron sus ojos y lo reconocieron.

Los hombres, como los dos discípulos de Emaús, caminan por los caminos del mundo. Cansados, desconfiados, aburridos, traicionados.

Les han robado a Cristo.

Y no lo encontrarán en los libros. Ni en sus satélites.

Lo encontrarán solamente en una mesa, en el acto de partir el pan.

Y somos nosotros, los cristianos, los que hemos de preparar este encuentro.

En el signo del pan.

11

DOS MIL PUERCOS EN LA BALANZA

Y llegaron al otro lado del mar, a la región de los gerasenos. Apenas saltó de la barca, vino a su encuentro de entre los sepulcros un hombre con espíritu inmundo, que moraba en los sepulcros y a quien nadie podía tenerle ya atado ni siquiera con cadenas, pues muchas veces le habían atado con grillos y cadenas, pero él había roto las cadenas y destrozado los grillos, y nadie podía dominarle. Y siempre, noche y día, andaba entre los sepulcros y por los montes, dando gritos e hiriéndose con piedras. Al ver a Jesús de lejos, corrió y se postró ante él y gritó con gran voz: — ¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo de Dios altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes.

Es que él había dicho: — Espíritu inmundo, sal de este hombre. Y le preguntó: — ¿Cuál es tu nombre? Le contesta: — Mi nombre es legión, porque somos muchos. Y le suplicaba con insistencia que no los echara fuera de la región. Había allí una gran piara de cerdos que pacían al pie del monte; y le suplicaron: — Envíanos a los puercos para que entremos en ellos. Y se lo permitió; entonces los espíritus inmundos entraron en los puercos, y la piara, unos dos mil, se arrojó al mar de lo alto del precipicio y se fueron ahogando en el mar. Los porqueros huyeron y lo contaron por la ciudad y por las aldeas; y salió la gente para ver lo que había ocurrido. Llegan donde Jesús y ven al endemoniado, al que había tenido la legión, sentado, vestido y en su sano juicio, y se llenaron de temor. Los que lo habían visto les contaron lo ocurrido al endemoniado y lo de los puercos. Entonces comenzaron a rogarle que se alejara de su término. Y al subir a la barca, el que había estado endemoniado le pedía quedarse con él. Pero no se lo concedió, sino que le dijo: — Vete a tu

casa, donde los tuyos, y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido compasión de ti.

Él se fue y empezó a proclamar por la Decápolis todo lo que el Señor había hecho con él, y todos quedaban maravillados. (Mc 5, 1-20)

Pongámonos en el lugar de los gerasenos. En la aldea ha sonado la alarma. Tiene que haber pasado algo gordo. Corren a la orilla del mar. Su mirada se ve atraída por dos espectáculos distintos que les desconciertan. Por un lado un montón de puercos — ¡sus puercos! — ahogados. Por otro, el endemoniado convertido en un hombre normal. Y en medio Jesús, que les obliga a una elección increíble: dos mil puercos o un hombre.

Una piara que se ha ido al diablo

Lo conocían bien. Era la vergüenza de la aldea. Loco furioso. Creían que ya habían hecho todo lo posible por el desgraciado. Primero, por las buenas. Sin obtener ningún resultado apreciable. Luego, a la fuerza. Pero había roto las cadenas como si fuesen de cuerda.

Y entonces lo habían abandonado a su propio destino.

Les preocupaban más sus puercos.

Nos resignamos fácilmente con las desgracias ajenas, especialmente cuando se trata de salvaguardar nuestra propia tranquilidad. Había muchos motivos para condenar a un hombre a la soledad.

Afortunadamente, el «monstruo» no molestaba a nadie. Era raro. Tenía la pésima costumbre de andar desnudo por todas partes. Pero su itinerario se reducía a los sepulcros y a las cuevas de la montaña. Un «excluido» entre los muertos. A nadie le preocupaba. Los vivos podían dormir con la conciencia tranquila. Y de día, pensar en sus propios asuntos, en sus puercos.

El endemoniado tenía siempre piedras en las manos; había que andarse con cuidado. Pero, al menos, tenía el buen gusto de emplearlas exclusivamente contra su propio cuerpo. Y era de esperar que algún día se golpeará un poco más fuerte de lo ordinario. Así los libraría finalmente de su presencia enojosa.

El hombre poseído por el demonio se había convertido ya solamente en un tema de conversaciones en el territorio de Gerasa. Nadie pensaba en salvarlo. Ni un intento, ni un afán común de recuperarlo.

Pero Jesús...

La noche anterior había tenido que luchar contra el mar tempestuoso. Había gritado al viento y amenazado a los elementos desencadenados. Y había logrado domar la tempestad.

Y ahora se encontraba, cara a cara, con Satanás. Y había tomado inmediatamente la actitud del vencedor: *¡Sal, espíritu inmundo, de este hombre!*

Había restituido el ex-monstruo a los gerasenos. Estos le observaban espantados. Lo imposible se había hecho posible. El endemoniado era ya como uno de ellos. Sentado tranquilamente, sonriente. Hasta vestido.

Son éstos los milagros más grandes de Jesús. Devolvemos «normales», a los excluidos, a los condenados. A los publicanos, a la samaritana, a las pecadoras, a Zaqueo, a la adúltera, a los ladrones.

Habíamos aceptado, como un hecho normal, su condenación y su pérdida.

Pero Cristo nos los devuelve normales. Como nosotros.

Lo malo es que hay que pagar siempre un precio por la «liberación» de un hombre.

Cristo les exige este precio a los gerasenos. Pretende una sustitución importante en sus corazones: el hombre en lugar de los puercos.

Y ellos no aceptan. Son hombres con sentido de los negocios. Los buenos sentimientos no dan de comer a nadie. Los puercos, sí.

Un hombre normal más y dos mil puercos menos. En sus libros de contabilidad, esta operación representa una locura.

¡Bonito negocio: un hombre en lugar de su piara!

Los puercos son su fortuna.

Su vida.

Su bienestar.

Su seguridad.

Siempre hay una familia que mantener.

¡Fuera! ¡No se puede vivir con la cabeza en las nubes!

Un hombre no vale dos mil puercos.

Entonces, se pusieron a suplicar a Jesús que se alejase de su territorio.

No lo echan violentamente. Tienen el dinero en el corazón, es verdad, pero conocen los buenos modales.

No le reprenden.

Ni siquiera le echan en cara el montón de cerdos que se ha ido al diablo.

Ni le piden que les compense del tremendo daño sufrido...

Le piden simplemente que se vaya.

No quieren correr más riesgos.

Ya basta con dos mil puercos. Y sobra. Jesús tendrá que convencerse de ello.

El hombre como riesgo del cristiano

¿Qué es el cristianismo para vosotros?

No sé qué respondería la mayor parte de los creyentes ante semejante pregunta.

Probablemente muchos dirán: los mandamientos, la misa del domingo, los sacramentos.

Alguno irá más al fondo: cristianismo quiere decir aceptar a Dios en la propia vida. Más aún, basar en Dios toda nuestra existencia.

De este modo, creerán que han superado el examen.

Pero Dios no está tan seguro de que nosotros seamos capaces de soportarlo. Nos somete a una prueba preliminar. Nos pregunta ante todo si somos capaces de aceptar al hombre.

Sólo el que es capaz de «soportar» al hombre, estará preparado para «soportar» a Dios.

Sólo el que no sufra vértigos ante el hombre, no sufrirá vértigos cuando se vea elevado a las cimas divinas.

Sí. Al creyente el Señor le propone su palabra, su amor, su ley, su vida. Pero, por encima de todo, le propone al hombre.

Algunos cristianos siguen viviendo en su peligroso equívoco. Están convencidos de que se han lanzado a la conquista de Dios. Y no se dan cuenta de que se han salido del camino. Lo han equivocado todo, porque han equivocado el primer paso. Se han «saltado» al hombre.

Y cuando no se acepta la «propuesta-hombre», toda la vida religiosa se convierte en una trágica ilusión.

«El hombre como riesgo de Dios». El creador ha aceptado este riesgo. Ha aceptado el riesgo de la libertad humana, que se podría revolver contra él.

Por eso «el hombre debe ser también el riesgo del cristiano». Nadie puede evitarlo, so pena de ver rotas sus relaciones con el mismo Dios.

¿Qué peso tiene el hombre en la balanza de tu conciencia?

¿Qué vale para ti un hombre? Un hombre cualquiera: blanco, amarillo o negro; santo o sinvergüenza; amigo o adversario; lejano o bienhechor; el hombre en cuan-

to tal: independientemente de su cartera, de su doctorado, de su carnet de partido o de religión.

¿Estás dispuesto a hacer pasar al hombre antes que cualquier otra cosa?

¿Antes que la ley,

que la carrera,

que el reglamento,

que los cálculos políticos,

que el provecho,

que el equilibrio mundial,

que el rendimiento,

que la máquina,

que el dinero,

que los pretendidos «derechos de la verdad»?

Cristo nos impone a cada uno de nosotros, como a los gerasenos, la misma elección decisiva.

En un platillo de la balanza, el hombre.

En el otro, todo lo demás.

La aceptación de la presencia de Cristo depende de las oscilaciones de esa balanza.

Una aventura demasiado grande para mí

Si condeno a los gerasenos, me condeno a mí mismo. Porque también yo pertenezco a su raza.

También yo tengo un patrimonio que defender.

Una piara de cerdos que guardar.

Mi vida corre tranquila, sin sobresaltos. Un oficio, una familia que mantener, ocupaciones ordinarias. Trabajo, no hago mal a nadie, me respetan.

No tengo necesidad de que ese forastero venga a introducir en el sólido tejido de mi existencia un germen de inquietud.

Sé lo que cuesta hacerle caso. Hay que cambiarlo to-

do. Se trata de una «operación-limpieza» del corazón sumamente fastidiosa.

Su amor socava por dentro, araña, corta en la carne viva.

No. Es una aventura demasiado grande para mí.

Que no venga a sacarme de la cómoda covacha de mi mediocridad. Estoy bien «alojado».

Sus propuestas no me interesan. Están fuera de mi alcance.

Mientras se trate de ir a misa, de dar una limosna, de observar con cierta regularidad los mandamientos, todo irá bien.

Pero cambiarlo todo, no. Hacer algunas sustituciones en el corazón, revisar toda la escala de valores: para ello no tengo fuerzas.

¿Seguirlo? ¡Ni hablar! ¿Ir detrás de él? ¡Quién sabe adónde es capaz de conducirme!

Prefiero mi honradez a la locura de su cruz.

Prefiero mi seguridad a su aventura.

Agarro bien fuerte, con todas mis uñas, mi felicidad de cuatro cuartos. Sus «sueños» no me hacen cosquillas.

No me va la parte del santo. Ya hay otras personas llamadas para eso. Yo no puedo concederme ese lujo. Tengo que caminar con los pies en tierra. Nada de perderme en las nubes.

Por tanto, que me deje en paz. Que se vaya a otros con el cuento. Que se marche.

Tendría que hacerse cargo...

¡También yo tengo una piara de cerdos!

Y al subir a la barca, el que había estado endemoniado le pedía quedarse con él. Pero no se lo concedió, sino que le dijo: Vete a tu casa, donde los tuyos, y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido compasión de ti. Él se fue y empezó a proclamar por la Decápolis todo lo que el Señor había hecho con él, y todos quedaban maravillados.

Afortunadamente se quedó él, contando todo lo que el Señor le había hecho.

El hombre «liberado» se queda en medio de nosotros.

El santo se queda con nosotros. Una espina clavada en lo más vivo de nuestro «bienestar».

No se va. Está ahí para que vea la enormidad de mi negativa.

Para hacerme comprender la necedad de mi «sabiduría».

Para hacerme medir la distancia inmensa que me separa de él.

Para indicarme que la balanza está desfasada.

Bajo el peso de la piara de cerdos.

EL OJO MALO

En efecto, el reino de los cielos es semejante a un propietario, que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña. Habiéndose ajustado con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Salió luego a la hora tercia y, al ver a otros que estaban en la plaza parados, les dijo: — Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. Volvió a salir a la hora sexta y a la nona e hizo lo mismo. Todavía salió a eso de la hora undécima y al encontrar a otros que estaban allí, les dice: — ¿Por qué estáis aquí todo el día parados? Dícenle: — Es que nadie nos ha contratado. Díceles: — Id también vosotros a mi viña.

Al atardecer, dice el dueño de la viña a su administrador: — Llama a los obreros y págales el jornal, empezando por los últimos hasta los primeros.

Vinieron, pues, los de la hora undécima y recibieron un denario cada uno. Cuando les tocó a los primeros pensaron que cobrarían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno, y al tomarlo, murmuraron contra el propietario, diciendo: — Estos últimos no han trabajado más que una hora, y les pagas como a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y del calor.

Pero él contestó a uno de ellos: — Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No te ajustaste conmigo en un denario? Pues toma lo tuyo y vete. ¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno? Así, los últimos serán los primeros y los primeros, últimos. (Mt 20, 1-16)

¿Qué piensas de Dios? Se trata de una pregunta fundamental, a la que todo cristiano debería responder con cierta frecuencia.

Hasta hace algún tiempo acostumbrábamos a predicar con mucha insistencia a los jóvenes la «guarda de los sentidos». Creo que es mucho más importante la guarda de la imagen auténtica de Dios.

Voltaire ha observado: «Dios ha hecho al hombre a su semejanza. ¡Pero el hombre no ha dejado de hacer lo posible para hacer a Dios semejante a él!» Por encima del sarcasmo hemos de reconocer que, casi sin darnos cuenta, nos construimos una imagen de Dios que se parece mucho a nosotros.

Le prestamos a Dios nuestros rasgos, nuestra manera de pensar, nuestras consideraciones mezquinas, nuestros juicios y actitudes ridículas. Llegamos incluso a poner en sus manos el metro de nuestra justicia.

Afortunadamente, para los que saben leer el evangelio con coraje, sin miedo a tener que abandonar alguna seguridad falsa, se presentan páginas como ésta, que nos obligan a reconocer:

— ¡Dios no es así!

Y entonces vemos que hay que rectificar aquella imagen que nos habíamos forjado con tanto lujo de pormenores.

En el fondo, hemos de agradecer a Jesucristo que nos permita hoy, aunque sea con cierta rudeza, corregir los errores. Más vale hacerlo ahora, antes de que tengamos que exclamar definitivamente el último día:

— ¡Dios no es así!

Dios «empobrecido»

Un filósofo alemán nos advierte: «Dios está cerca, pero es difícil». Si no tenemos en cuenta esta verdad,

corremos el peligro de construir una caricatura de Dios, inaceptable por parte del interesado, como es natural, e incluso por parte de muchos hombres. El problema del ateísmo contemporáneo se reduce, en el fondo, a esta cuestión: ¿A qué Dios se rechaza?; ¿el objeto de la repulsa es el Dios verdadero, o bien la caricatura desagradable que nosotros, los cristianos, ponemos con frecuencia en circulación?

El ateo, con frecuencia, no es más que un enamorado desilusionado.

Jean Rostand ha puesto de relieve cómo la nostalgia de Dios de un incrédulo es infinitamente más profunda que cualquier «satisfacción» de un creyente.

Muchos cristianos son demasiado fácilmente creyentes.

Y muchos ateos son también difícilmente ateos.

Pero no son sólo los cristianos los que han puesto en circulación una imagen poco correcta de Dios. El materialismo dialéctico, por ejemplo, se ha empeñado en presentar a Dios como un peligroso rival del hombre, que le roba la tierra, que lo empobrece; en una palabra, que le impide ser hombre.

Y entonces ha arrancado al hombre de Dios, para entregarle la tierra; y es lícito preguntarse qué es lo que ha ganado el hombre en ese cambio. La autocrítica del marxismo actual subraya precisamente este punto: la soledad del hombre.

La operación puede verse desde dos perspectivas diversas:

— ¿Ha sido el hombre el que ha quedado empobrecido de Dios?

— ¿No habrá sido «también» Dios el que ha quedado empobrecido de lo humano, quedando desencarnado? Esto es, una especie de frustración y alienación al revés.

En esta segunda hipótesis, que no se opone, sino que

completa a la primera, ¿qué sucederá cuando Dios — la observación es de P. Evdokimov —, dando la vuelta al esquema de Feuerbach, tome conciencia de su propio «empobrecimiento» y se apropie de manera definitiva lo humano — el «totus Christus» — y tenga lugar entonces el juicio?

La cuestión de las recompensas sobre el tapete

Para medir exactamente cómo el comportamiento de Dios está quilométricamente lejos del que nos sentimos tentados a atribuirle, tenemos a mano un ejemplo significativo.

El talmud de Jerusalén tiene una historia análoga a la parábola del dueño de la viña. He aquí el texto, tal como se presentaba hacia el año 325 de nuestra era:

¿A quién asemejaré el caso del rabí Boun bar Hijja? A un rey que tomó a su servicio a varios obreros. Uno, en el trabajo, se mostraba mucho más activo que los demás. Viendo esto, ¿qué hizo el rey? Se lo llevó consigo a dar unos paseos interminables. A la tarde, llegaron los obreros a recibir su salario. El rey le dio la paga completa también a aquel con quien había estado pascando. Ante eso los compañeros empezaron a lamentarse: hemos estado sudando toda la jornada mientras que éste, sólo ha trabajado dos horas, recibe la misma paga que nosotros. Y respondió el rey: él ha hecho más en dos horas que vosotros en toda la jornada.

Eso mismo pasó con el rabí Boun que, habiendo estudiado la ley hasta la edad de veintiocho años, la conocía mejor que un sabio o un hombre piadoso que la hubiese estudiado hasta la edad de cien años.

Como se ve, hay una diferencia colosal. No. Dios no es así. Dios no razona ni juzga de ese modo. Aquí estamos en los antípodas del espíritu cristiano.

De un solo golpe, con su parábola, Jesús echa por tierra el metro mezquino de nuestra justicia distributiva, vuelca nuestros conceptos de mérito, de salario justo, de premio de laboriosidad...

La parábola, para poder ser comprendida perfectamente, hay que encuadrarla en el contexto de las circunstancias que nos refiere el evangelio.

El joven rico volvió las espaldas a Jesús, que hace unas observaciones bastante inquietantes sobre el peligro del apego a las riquezas. Sus frases son como mazazos. Los discípulos se quedan hundidos, trastornados.

Entonces Pedro, en nombre de sus compañeros, seguramente hubo una reunión secreta preliminar, acude a Jesús para que les dé una seguridad completa:

Mira, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué es lo que nos va a tocar?

¿Qué nos vas a dar «a cambio» de nuestro despego?

Pedro pone sobre el tapete, sin términos medios, la cuestión de las recompensas. La suya es una reivindicación salarial en plena regla.

Jesús lo tranquiliza. Más aún, habla de una especie de investidura solemne (*os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel*). Pero su respuesta, hiperbólica, tiene todo el tono de una amarga reprensión. Como si dijese: ¿cómo os empeñáis en presentarme cuentas?, ¿tenéis miedo de que me deje vencer en generosidad por vosotros?, ¿teméis perder en el «cambio»? ¿creéis que Dios, para recompensaros, va a usar vuestras medidas humanas?

En este punto se sitúa la parábola de los obreros de la viña, que aporta una aclaración decisiva a la cuestión.

Dueño de la generosidad, más que dueño de la viña

Hay que evitar en esta parábola, como en todas las otras parábolas, pretender a toda costa la trasposición de todos los detalles, la aplicación rígida a la situación concreta de nuestra existencia.

Por ejemplo, es inútil desvelarse con preguntas de este tipo: ¿quiénes son los obreros contratados al amanecer?, ¿quiénes los de la hora sexta, los de la hora nona?

Lo esencial es captar el núcleo de la parábola, aferrar su enseñanza principal, la idea que el Señor quiere meternos en la cabeza.

Aquí la idea fundamental, a cuya ilustración contribuyen todos los detalles, está clara: nuestras relaciones con Dios no pueden expresarse en términos de justicia, sino que están regulados exclusivamente por la gracia. No se pueden reducir a una contabilidad de debe y haber, de trabajo y de justo salario. Sino que tienen la amplitud y la imprevisibilidad de la misericordia divina. Todo es gracia, podría ser muy bien el comentario más apropiado de esta parábola.

¡Qué dueño tan estupendo aquél! Más que amo de la viña, es amo de su propia generosidad. Recorre las calles todas las horas del día. Llama a todos. A todos les propone lo mismo. No se detiene en sutilezas. La única condición es que respondan a la llamada. Ni siquiera controla el reloj. Para él siempre es hora. Ni piensa en «referencias»: publicanos, pecadores, ladrones, gentes de mal vivir: todos pueden ser obreros «ideales» para su viña.

Y en la recompensa resplandece su liberalidad.

Fijémonos. No busca subterfugios. No tiene nada que esconder. Efectivamente, llama primero a los que llegaron los últimos, para que todos vean y comprendan que es

libre para ser generoso. El dinero que les da no es la paga a su esfuerzo, sino la expresión de la bondad del amo.

¿Por qué le resultan simpáticos al amo los obreros de la última hora? No es difícil descubrir los motivos de esa simpatía: no han presentado reivindicaciones, no han discutido, se han confiado ciegamente a su liberalidad.

Pero los primeros discutieron las condiciones. Estipularon, verbalmente, un contrato. Doce horas de trabajo, el salario correspondiente. Y recibieron lo que era justo.

Los últimos, por el contrario, no se preocuparon del salario, ni lo mencionaron siquiera. Recogieron simplemente su invitación: *Id también vosotros a mi viña*. Firmaron en blanco. Por eso pudieron saborear el gozo de la liberalidad del amo.

Hay cristianos que creen que la religión consiste en lo que ellos le dan a Dios.

Pero la religión consiste en lo que Dios hace por nosotros.

Hay cristianos cuyo examen de conciencia, por la noche, más que un inventario de deudas para con Dios, se parece a un inventario de las deudas que Dios tiene con ellos. Le presentan una «cuenta» detallada. Y, si pudiesen, alargarían el cuello para controlar si el amo lo ha puesto todo, si ha registrado con cuidado todas sus buenas obras.

Todas las noches repiten el ejercicio. Siempre conviene refrescarle a Dios la memoria...

Mentalidad de mercenarios.

Incapacidad congénita para considerarse «siervos inútiles».

No entienden que es peligroso exigirle a Dios «lo justo» (¡qué pretensión tan absurda presentarle cuentas a Dios! ¿Y si él, a su vez, nos presentase cuentas a nosotros, con rigor?, ¿cómo saldríamos del apuro?)

El obrero auténtico, el obrero según el corazón de Dios, es el que no se preocupa por el salario.

Los últimos serán los primeros porque han confiado ciegamente en la bondad del amo; los primeros, los veteranos, los empleados-modelo, tendrán que ir a los últimos lugares en el reino porque se han puesto a regatear.

Dios, cuando se trata de sus propios hijos, no se pone a hacer cuentas. Se equivoca en las operaciones. Es alérgico a los libros de contabilidad. No se fía de la aritmética, sino sólo de su propia misericordia.

El que no entienda la suprema belleza de todo esto, el que prefiera la calculadora al corazón del Padre, es un vil mercenario.

El denario soy yo

Recibieron un denario cada uno.

Pero este dinero, ¿es verdaderamente la paga final?, ¿no será más bien la vida misma?

El denario somos nosotros, nuestra existencia, nuestros talentos, nuestra libertad, todo lo que somos. Don de Dios.

Entonces, murmurar contra el denario recibido equivale a murmurar contra nosotros mismos; quiere decir que no nos aceptamos.

En el momento de nacer, Dios me ha dado un denario. Aquí tienes un denario. Tu vida. Entra en mi viña, en el universo; trabaja, haz lo que puedas, no cometas muchas tonterías. Como paga, cada día te daré el mismo denario. Cada día repetiré el mismo don, tu vida.

De esta forma, cada jornada es una declaración de amor por parte de Dios.

Treinta y cinco años. Durante más de doce mil setecientas veces Dios ha repetido el mismo don. Me ha re-

galado a mí mismo. Ha tenido en mí tanta confianza que ha puesto en mis manos mi vida.

Y sólo yo tengo la triste posibilidad de desvalorizar esa moneda.

*

¿Va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno?

La misericordia de Dios no tiene más que un enemigo, el ojo malo.

Pero el que tiene el ojo malo es también enemigo de sí mismo. Corre el peligro de estropearse la eternidad.

Si no borramos de nuestra vida la mentalidad de mercenarios, si esperamos la vida eterna como una «justa» recompensa por nuestros méritos, nos cerramos la posibilidad de asombrarnos, como los obreros de la hora undécima, ante la generosidad del amo.

Pasaremos la eternidad contando nuestros méritos. Corrigiendo las cuentas de Dios.

Una condenación...

13

LA PALABRA CREADORA Y EL PEDREGAL QUE FLORECE

Habiéndose reunido mucha gente, y viniendo a él de todas las ciudades, dijo en parábola:

— Salió un sembrador a sembrar su simiente; y al sembrarla, una parte cayó a lo largo del camino, fue pisada y las aves del cielo se la comieron; otra cayó sobre la roca, y después de brotar, se secó, por no tener humedad; otra cayó en medio de abrojos, y creciendo con ella los abrojos la ahogaron; y otra cayó en tierra buena y creciendo dio fruto centuplicado. Dicho esto exclamó: — El que tenga oídos para oír, que oiga. (Lc 8, 4-8)

El evangelio no se entretiene en etiquetas. Por fortuna. Hace poco nos acusaba de tener *el ojo malo* (= nuestra incapacidad de comprender las leyes del amor de Dios, nuestra mezquina obstinación para corregir las cuentas de la misericordia divina).

Ahora nos acusa de tener *el corazón duro*. ¡Corazón duro! Así es como se puede sintetizar la situación de los terrenos incapaces de acoger debidamente la palabra (camino, pedregal, espinas).

En esta parábola pueden intervenir los exegetas para encuadrarla y explicarla proporcionándonos los detalles sobre la naturaleza del terreno de Palestina, donde los campos estaban atravesados de senderos pisoteados por los peatones y donde con frecuencia se tropieza con rocas.

Y pueden intervenir también los sociólogos que intentarán demostrarnos quiénes son hoy los hombres-camino, los hombres-piedras, los hombres-espinas.

Pero, esencialmente, se trata de una página que nos concierne personalmente. Nos obliga a medir las exigencias de la palabra en nuestra vida y a señalar las respuestas que espera de nosotros. En sustancia: ¿cuál es nuestra responsabilidad ante la palabra de Dios? ¿Qué hemos hecho con ella? ¿Qué es lo que hacemos ahora?

Podemos plantear así nuestro problema: ¿cómo es que escuchamos las palabras justas y luego, al salir de la iglesia, hacemos lo contrario? ¿Cómo es que escuchamos palabras grandiosas y hacemos luego cosas mezquinas? ¿Por qué vemos brillar ante nosotros ideales tan altos y luego nos contentamos con nuestros acostumbrados horizontes sofocantes? ¿Por qué nos abrimos con entusiasmo ante la palabra que nos hace libres y poco después aceptamos, cerrilmente, nuestras innumerables esclavitudes y la más humillante de todas que es la mediocridad?

La respuesta no puede contentarse con señalar las causas, los motivos marginales. Porque el fenómeno que denunciarnos es demasiado amplio, demasiado universal.

Por tanto, hemos de ir tras una consideración profunda sobre las características de la palabra. Y descubrir luego nuestra actitud de fondo, que necesariamente tiene que resultar equivocado.

Las características de la palabra

Una palabra creadora. Dios ha creado al mundo con la palabra. «Hágase la luz...»

Dios ha salvado al mundo, segunda creación, enviando a la tierra su Verbo, su palabra. *La palabra se hizo carne y plantó sus tiendas entre nosotros.*

Una palabra que contiene en sí un germen de vida. Diferencia sustancial con la palabra humana. Cuando escuchamos las palabras de los hombres, procuramos assimilarla, hacerla nuestra, insertarla en el tejido vivo de nuestros conocimientos, procurar que haga cuerpo con nosotros.

No es así la palabra de Dios. Ella posee dentro de sí un principio vital capaz, si lo secundamos, de realizar transformaciones, milagros, esto es, capaz de crear. No podemos hacer de ella lo que queramos. Podemos y debemos solamente secundar la fuerza vital que hay en ella, proporcionándole los humores que necesita para su desarrollo y su germinación.

Nuestra actitud fundamental en relación con la palabra es, por tanto, el siguiente: ser disponibles, dóciles, vigilantes. No oponerle recelos, resistencias de ninguna clase.

La palabra hecha inofensiva

Por desgracia, nos parecemos al terreno donde brotan las espinas. Un terreno ya ocupado. Ocupado sobre todo por nosotros mismos. Por nuestros prejuicios. Por nuestros modos y nuestros esquemas de pensar habituales. Por aquello que nos empeñamos en llamar sentido común. Y la palabra queda ahogada por todo eso.

Nos protegemos de la palabra, porque la consideramos peligrosa, porque nos puede inducir a gestos atrevidos, locos, ciertamente incómodos.

La colocamos en una celda bien protegida de nuestra mente. Nos esforzamos en insertarla, en cuadrificarla dentro de nuestros modos habituales de pensar y de juzgar. No nos rendimos *sin* condiciones ante ella, como deberíamos hacer, sino que intentamos adaptarla a nosotros.

Por eso Jesús nos habla de la obligación de hacernos niños. Una cosa muy difícil.

El niño tiene la mente libre de categorías mentales, de hábitos adquiridos. Acoge la palabra con plena disponibilidad, sin reservas...

Por favor. ¡Sobre todo, que la palabra no provoque en nosotros demasiadas sacudidas! Por eso, procuramos desinfectarla de antemano. Quitarle, por precaución, toda la carga explosiva.

Frente a la palabra, en vez de preparar los humores necesarios para secundar su pujante fuerza vital, preparamos en seguida los ingredientes, las enzimas suavizantes que la hagan inofensiva, fácilmente digerible para nuestros estómagos delicados.

La palabra es una espada afilada. Y nosotros nos apresuramos a embotarla, para que no haga daño.

La palabra es una luz fulgurante. Y nosotros la sofocamos con papel opaco, con cristales ahumados, para que no dañe demasiado nuestra vista.

La palabra es fuego. Y nosotros le echamos encima los cubos de agua de nuestro sentido común, de nuestra falsa prudencia, de nuestra increíble pereza.

Eso es lo que quiere decir «hacer inofensiva la palabra», traicionarla, tener el corazón duro.

El evangelio ¿es raro?

Por consiguiente, la culpa no hay que buscarla en nuestra poca cultura: Jesús escogió a los doce sin fijarse en su cultura, sin pensar en que tendrían que hacer el doctorado. Ni tampoco en nuestra indignidad: Jesús reveló una de las verdades que mantenía con más secreto precisamente a una mujer de mala vida, a la samaritana: *Yo soy el mesías*. La causa más profunda hay que buscar-

la, como hemos visto, en una actitud fundamental equivocada que adoptamos con frecuencia. O sea, el corazón duro. El terreno ya ocupado: por nosotros mismos, por nuestros esquemas, por nuestros prejuicios, por nuestro sentido común.

En nosotros la palabra tiene que hacerse vida. No puede permanecer en el terreno de la inteligencia, ni tampoco en el de un vago sentimentalismo. Tiene que hacerse vida. Si no, quedará desnaturalizada, envilecida, incompleta.

¿Qué es lo que hemos hecho nosotros con la palabra?

Preguntémoslo también: ¿nos hemos comprometido a practicar de veras el evangelio? Sí. El evangelio, pura y simplemente. Antes que todo lo demás. ¿No nos perdemos, de vez en cuando, en medio de unas nubes de misticismo hipócrita o en la casuística de una obediencia formal a las prescripciones más minuciosas de un moralismo caduco?

¿Y el evangelio? ¿El evangelio con todas sus exigencias, con toda su inmensidad?

Insisto: ¿estamos seguros de que ofrecemos ante el mundo un testimonio convincente de una práctica, individual y colectiva, del evangelio?

Un episodio sacado de la novela de Bruce Marshall, *A cada uno un denario*. Armelle, que se ha metido por un mal camino, muere en el hospital al dar a luz a una niña. Acude el padre Gaston. El médico, incrédulo, le pregunta:

— ¿Y la niña? Beneficencia pública, me imagino...

— ¡Ni soñarlo! ¡Yo me cuido de ella!

— ¡Es algo raro! ¿No le parece?

— También el evangelio es raro. Y éste es su principal inconveniente...

Pensemos un poco: ¿no habremos quizás contribuido también nosotros a hacer «raro» el evangelio? Nuestra obligación, por el contrario, sería la de hacerlo habitual,

común y ordinario, en la vida de cada día, en medio del mundo, frente a cualquier situación...

¡Qué tragedia! ¡Y qué responsabilidad, especialmente para nosotros! El evangelio, mejor dicho, la práctica del evangelio, que se convierte en un hecho extraordinario, insólito, que suscita admiración y extrañeza las pocas veces que se da a conocer en la vida de los hombres...

*

¡Si tomásemos en serio la palabra! ¡Si la tradujésemos en nuestra vida! ¡Habitualmente!...

Entonces, con esa palabra hecha vida, también nosotros seríamos cooperadores en la segunda creación del mundo. Porque no hemos de olvidar que esa palabra es creadora.

Entonces no parecería tan extraño el gesto loco del sembrador que esparce también su simiente por el camino, en medio de las piedras, entre las espinas.

La palabra de Dios, con nuestra colaboración, es capaz de realizar el milagro: hacer que florezca el desierto. Hacer que la semilla dé fruto incluso en medio del triste pedregal de este mundo.

14

LA NECEDAD DEL RICO

En esto se le acercó uno y le dijo: — Maestro, ¿qué he de hacer yo de bueno para conseguir vida eterna? Respondióle: — Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno sólo es el bueno. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.

— ¿Cuáles?, replicó él. Y Jesús le dijo: — No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás testimonio falso, honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo.

Dícele entonces el joven: — Todo esto lo he guardado; ¿qué más me falta?

Jesús le dijo: — Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme.

Al oír estas palabras, el joven se marchó apenado, porque tenía muchos bienes.

Entonces dijo Jesús a sus discípulos: — Yo os aseguro que un rico difícilmente entrará en el reino de los cielos. Os lo repito, es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de los cielos.

Al oír esto, los discípulos se asombraron mucho... (*Mt* 19, 16-25)

Ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero.

Estaban oyendo todas estas cosas los fariseos, que amaban las riquezas, y se burlaban de él.

... Era un hombre rico que vestía de púrpura y lino, y celebraba todos los días espléndidas fiestas. Y uno pobre, llamado Lázaro, que, echado junto a su portal, cubierto de lla-

gas, descaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico... pero hasta los perros venían y le lamían las llagas. Sucedió, pues, que murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán. Murió también el rico y fue sepultado.

Estando en el Hades entre tormentos, levantó los ojos y vio a lo lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno. Y, gritando, dijo — Padre Abrahán, ten compasión de mí y envía a Lázaro a que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama.

Pero Abrahán le dijo: — Hijo, recuerda que tú recibiste bienes durante la vida y Lázaro, al contrario, males; ahora, pues, él es aquí consolado y tú atormentado. Y además, entre nosotros y vosotros se interpone un gran abismo, de modo que los que quieran pasar de aquí a vosotros, no puedan; ni de ahí puedan pasar donde nosotros. (Lc 16, 13-26)

La historia del rico, a los ojos de Cristo, se desarrolla entre dos polos: la tristeza de esta tierra (*el joven se marchó apenado*) y la infelicidad eterna (*estoy atormentado en esta llama*). El hecho del joven rico y la parábola del *hombre rico* constituyen la más clara documentación de estas verdades.

Y los hombres han procurado continuamente desmentir el diagnóstico del evangelio y presentar una contradocumentación.

Todavía hoy, en la mentalidad de mucha gente, la imagen del rico está asociada instintivamente a la de la felicidad. Palacios fabulosos, coches de lujo, hoteles y cruceros, los placeres más variados y refinados... Y a todo esto se le da un nombre: felicidad.

Pero con frecuencia todo esto no es más que la máscara de la felicidad. No es más que una trágica parodia de la felicidad. Por debajo hay un vacío abismal, hay aburrimiento, hay una tristeza infinita. Por debajo hay un alma envilecida, obligada a padecer el ultraje de encontrarse sofocada por el estorbo de «tener», humillada por ver cómo el crecimiento del «ser» se ve impedido por la preponderancia aplastante del «tener».

Es vergonzoso ser felices nosotros solos... La vida vuelta hacia el dinero es muerte. (*Camus*)

El rico lleva a cabo esa locura: pretende ser feliz él solo. No se da cuenta de que la felicidad no es un pedazo de turrón que hay que masticar en la soledad, atrincherados en la cueva del propio egoísmo, sino que hay que dividirla entre todos.

Y recita la farsa de la felicidad. Pero sólo los ingenuos se lo creen.

Los hombres no se han limitado a esta comprobación evangélica en el terreno de la dicha, poniendo en la cara del «joven rico» la careta de la felicidad. Han ido más allá.

Han encontrado el camino del cielo impedido por la terrible parábola del rico epulón. Se han dado cuenta de que la puerta del paraíso estaba cerrada y que sobre ella estaba un «off limits» firmado por Cristo: *Yo os aseguro que un rico difícilmente entrará en el reino de los cielos. Os lo repito, es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de los cielos.*

Y han intentado forzar el bloqueo con la ayuda de algunos complacientes exegetas y del desinterés general.

Diría Chesterton: Han pedido ayuda a los industriales y a los zoólogos. Los primeros se han puesto a fabricar una aguja enorme, a través de cuyo ojo pudiese pasar holgadamente, como bajo un arco de triunfo, un camello.

Los zoólogos, por su parte, se han estrujado el cerebro para producir una raza de camellos minúsculos que pudieran meterse sin mucha dificultad por el ojo de la super-aguja construida por los industriales.

Pero los intentos no han logrado disminuir la inquietud de aquellos tremendos: *Os aseguro..., os lo repito...*

Y nos entran ganas de gritarles a ciertos exegetas pre-

sumidos: fuera vuestras patas de esas páginas del evangelio, abajo vuestras plumas. ¡Ya basta de vuestras sutiles distinciones! ¡Ya basta con vuestros juegos malabares! ¡Basta con vuestros: «efectivamente..., pero», «en realidad..., pero», «Cristo dice..., pero hay que tener presente»!

No tenemos necesidad de vuestros paños calientes y de vuestros somníferos. No queremos vuestros anestésicos y vuestros tranquilizantes. Porque queremos salvarnos, posiblemente, junto con vosotros. Por favor. Dejadnos solos con el evangelio, sin la mitigación de vuestros comentarios y sin el azucaramiento de vuestras seguridades.

Dejadnos solos con el *ay de vosotros, ricos*, con el *en verdad os digo*, con el *os repito*.

Probablemente no llegaremos a conciliar el sueño.

Nos moriremos de miedo.

Pero ésa será nuestra salvación, y la vuestra.

Su retrato

Le debemos a Mounier uno de los retratos más realistas del rico.

Rico es sinónimo del hombre al que nada resiste. El rico tiene medios para suprimir al mundo.

Se acabaron los choques con los demás hombres. Entre el rico y los demás seres se levanta siempre el dinero para nivelar las resistencias y falsear las palabras y las conductas humanas. De cuando en cuando se produce algún suceso imprevisto, pero también esos sucesos son domeñados: se conquista la salud, esto es la enfermedad o la muerte, se conquistan las apariencias de amistad y de amor, y de esta forma, todas las elaboraciones íntimas se van sofocando y se va creando una vida no demasiado catastrófica, salvo los inconvenientes del destino: una vida de cualquier clase que se quiera, o dulce o insípida, o voluptuosa o excitante.

De este modo, el rico va poco a poco desamparando al otro. Y lo peor es que se cree que posee el mundo porque lo suprime. Esta potencia mediocre, que obra por medios interpuestos y que no conoce esa pequeña posesión que constituye el don de sí, da forma a su rostro y al estilo mismo de su propia vida adornándolos de una ventajosa fatuidad, de una sonrisa estereotipada, de una actuación mecánica. Riqueza: es un nombre usurpado. Es una «riqueza» que sirve de careta no sólo a los ricos, sino también al mundo que se extiende ante ellos. Es una riqueza que nivela, una riqueza opaca, constituida de psicologías simplificadas, de pobres psicologías raquílicas en su constitución y raquílicas ante la vida. Sólo la pobreza, al poner a las almas desnudas ante la experiencia y al enfrentarlas con la verdad, conoce las suntuosas riquezas del mundo.

El rico conoce solamente un tipo de relaciones humanas: la consideración. Todos los sentimientos derrotados se suben a este carro. Por lo que se refiere al amor, hay que tener presentes dos aspectos del mismo: lo que se compra y lo que también se compra; o sea, lo que se compra con placer o por olvidar y lo que se compra por la consideración, por razones sociales: esto es, el matrimonio y la consiguiente transferencia de capital. Honor conyugal. Por lo que atañe a la amistad, los bienes que entran en consideración son los siguientes: consejos de administración, trusts, carteles y, para la intimidad, los camaradas de las trapisondas secretas. Por lo que concierne a la familia: el marido, la mujer, y la querida: si es preciso, se ponen los términos en plural, se unen y se invierten. ¡Honor familiar!

Y su clasificación

Hemos presentado el retrato del rico, que parece trazado a golpes de navaja.

No nos falta más que puntualizar su «clasificación psicológica». Y, para permanecer en un terreno seguro, para elaborar datos dignos de consideración, vamos a buscarlos en labios de Cristo:

Uno de la gente le dijo: — Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo. Él le respondió: — ¡Hombre! ¿Quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros?

Y les dijo: — Mirad y guardaos de toda codicia, porque, aun en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes.

Les dijo una parábola: — Los campos de cierto hombre rico dieron mucho fruto; y pensaba entre sí diciendo: ¿Qué haré, pues no tengo donde reunir mi cosecha? Y dijo: Voy a hacer esto: Voy a demoler mis graneros y edificaré otros más grandes y juntaré allí todo mi trigo y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea. Pero Dios le dijo: ¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán? Así es el que atesora riquezas para sí, y no se enriquece en orden a Dios. (Lc 12, 13-21)

Por tanto el rico es clasificado por Cristo como un «necio», como un «insensato».

Según el evangelio, la «categoría» que define exactamente al rico es la de la necesidad.

Se dice ordinariamente que con el dinero es posible conseguirlo todo. Puede ser. Pero hay una cosa que jamás podrá llegar a conseguir el dinero: que no hayan sido pronunciadas aquellas palabras tajantes de Cristo.

Hemos de amar a los ricos. Es verdad. Son nuestros hermanos más pobres, los que más necesidad tienen de nuestro amor.

Se ha dicho, no sin cierto aire de ironía: «Lo que tengáis de más, dádselo a los ricos». Sí, tenemos algo que dar a los ricos. Nuestra piedad. Nuestro amor. Sobre todo, aquellas palabras terribles de Cristo.

El peor servicio que podemos hacer a los ricos es el de callarnos.

¡Es tan desgraciado el rico! No aumentemos sus ya notables desgracias, escondiéndole o suavizándole el mensaje que Jesús le ha dirigido.

Lo ha traicionado su propia riqueza. No es justo que tenga que sufrir además la traición del silencio de los cristianos.

Me doy cuenta de que les he hablado a los ricos con una mentalidad racista. Pero también yo pertenezco a esa categoría. También en mi pecho se ha albergado el rico.

Lo sé, porque a veces también el Señor me llama por mi nombre: ¡Necio!

15

EL RICO, ESE DESDICHADO

¡Ay de vosotros, los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo.

¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre.

¡Ay de los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto. (Lc 6, 24-25)

Pues, ¿de qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina? (Lc 9, 25)

El rico, ese infeliz.

El rico, ese necio.

El rico, además, ese desdichado.

Entre todas las desdichas que lleva sobre sí, la más evidente es la de no poder encontrar a Cristo pobre, a Cristo que sufre.

Un día caí en un santuario famoso, mezclado en una peregrinación de personas pertenecientes a la «clase acomodada» y, quizás, a algunos escalones más arriba.

Al atardecer, solemne viacrucis a través de un itinerario trazado en el parque. El honor de llevar la cruz le tocó a un piadosísimo y acomodadosísimo propietario de tierras. En ciertos ambientes, hasta la humildad constituye un lujo que exhibir o un privilegio que hacer valer.

A la hora establecida nos dimos cuenta, con admiración, de que faltaba la cruz que había que cargar sobre las piadosísimas espaldas. Todos intentaron remediar aquel

inconveniente. Todos se mostraron muy diligentes. Hubo una desbandada general provocada por la búsqueda de una cruz. Pero nadie supo dónde encontrarla. La cosa, es menester reconocerlo, tenía un aspecto cómico.

Se me ocurrió aconsejar entonces:

— Buscad a un pobre... Vosotros, los ricos, tenéis que ir a buscar la cruz. Pero los pobres la tienen siempre sobre sus espaldas.

Procuré suavizar un poco la frase. No creí oportuno insistir para no estropear definitivamente la fiesta, o mejor dicho, el viacrucis.

Pero el episodio puede valer como símbolo de la condición en que llega a encontrarse el rico para su desventura.

En la jerga del pueblo hay una expresión que puede ilustrar la identificación perfecta entre Cristo y el pobre. Se dice de un infeliz: «es un pobre cristo». Al rico todos le niegan este apelativo.

Pero dejemos por ahora la desventura de no encontrar una cruz, de la que, por otra parte, le gusta prescindir.

El inventario de las desdichas del rico nos reserva otras desagradables sorpresas.

El dinero estropea al hombre

Las riquezas siguen un trayecto bien preciso: de las manos al corazón; del corazón a los ojos; de los ojos al cerebro. Y finalmente le echan al hombre de su casa.

Primera etapa: *de las manos* (no nos ponemos a averiguar cómo han llegado a esas manos) *al corazón*.

El corazón, en sentido bíblico, es el centro de la persona, la fuente de sus acciones libres. Dios es celoso de este «nudo» estratégico. Cuando llega allí el dinero, Dios

se va. En un corazón «poseído» por las riquezas, no queda puesto para la fe. Existe incompatibilidad entre Dios y Mammón.

El evangelio no nos deja dudas a este respecto. Nos pone frente a una ruda alternativa: o Dios o las riquezas. O ponemos nuestra confianza en Dios o en Mammón. No es posible ser esto y aquello; hay que ser o esto o aquello.

Puede resultar muy elocuente una rápida disquisición filológica. La lengua hebrea, para expresar el hecho de creer, usa el verbo *'aman*, que significa «hacer llevar». Esto es, el que cree se hace llevar por otro, se apoya en otro, pone la propia confianza exclusivamente en otro. El que cree «se hace llevar» por Dios, se apoya en Dios.

Pues bien, la etimología de la palabra aramea Mammón, según algunos biblistas de fama, está relacionada con la misma raíz — *'mn* del verbo *'aman*, que expresa el hecho de creer.

Por tanto, la misma etimología de la palabra nos conduce cara a cara al dilema del evangelio: la vida se reduce a un «hacerse llevar». Por Dios o por Mammón. O nos apoyamos en Dios o en las riquezas.

Así comprendemos el pecado original del rico, que consiste en poner entre paréntesis a Dios. En no tener necesidad de él. En colocar en otro sitio nuestra seguridad.

Y comprendemos por qué pronunció Cristo aquellas maldiciones a los ricos.

El rico niega «la verdad de nuestra relación vertical con Dios» (Congar). Para él Dios es un lujo, no una necesidad. Y Dios no acepta esa función ornamental.

Un corazón ocupado por el dinero es un corazón vacío de Dios.

Del corazón a los ojos. La riqueza perjudica irremediabilmente a la vista. Extiende un velo ante los ojos,

impidiendo ver al «otro», o haciéndolo ver de una manera equivocada.

El rico no logra ver al pobre. Y se molesta si los otros lo ven. Le gustaría que no existiese.

Una señora riquísima, definida comúnmente como «madre cristiana ejemplar», tras un viaje turístico a la India, me «confiaba» que no había encontrado aquella miseria «en torno a la cual se hace tanto ruido y que provoca tanta demagogia hasta en los pulpitos».

Se había quedado encerrada en su habitación — aire acondicionado, vistas al mar — del más lujoso hotel de Bombay.

Los ojos están cerrados. Y no hay estadística capaz de abrirlos.

He oído a un señor «distinguido», sentado a la mesa (ciertas tonterías sólo pueden salir a la luz ante un plato bien lleno), proponer una teoría muy atrevida: según él, la «providencia de Dios» habría dotado a los pueblos subdesarrollados de un estómago minúsculo, «tan pequeño que se puede llenar con cualquier cosa». ¡Seguramente él no habría visto nunca aquel mini-estómago!

Otras veces el rico ve al pobre de una manera equivocada.

Como instrumento. Instrumento para ganar el paraíso. En tal caso, el rico tiene necesidad del pobre. Para darle limosna. Pero tiene necesidad de que el pobre siga siendo pobre, no piensa en «promocionarlo». Si no, ¿cómo podría hacer limosna? ¿Cómo podría entonces sentir su conciencia tranquila? ¿Cómo podría entonces él, rico, entrar en el paraíso?

Un defecto visual que debe preocuparnos. Y que causa serias perturbaciones no sólo cuando estamos ante el pobre, sino, en general, ante cualquier hombre.

Entonces no se sabe ver al hombre como persona. Sino sólo al hombre a nuestro servicio.

Cuando el dinero pasa del corazón a los ojos, el «otro» es visto inevitablemente de una manera equivocada, como a través de una lente deformante.

San Francisco tuvo una brillante intuición a este respecto. Un hermano le pidió permiso para poseer un salterio. He aquí su respuesta.

— Cuando tengas un salterio, suspirarás por un breviario. Cuando tengas un breviario te meterás en una habitación como un gran prelado y le dirás a tu hermano: «Tráeme el breviario».

El otro a mi servicio. ¡Fatal consecuencia del «mal de ojo» que sufre el rico!

De los ojos al cerebro. Tercera etapa en la «ascensión» de las riquezas.

El rico se queda con una incapacidad total para comprender su propio tiempo. El dinero le embota el cerebro.

Con frecuencia se oye a alguno de esos señores, escandalizado frente a ciertas realidades del tiempo presente, incluso en el campo religioso, que confiesa:

— ¡Yo ya no entiendo nada!

Exacto. Es natural que así sea.

El rico no comprende que son los pobres los que hacen caminar la historia, ya que provocan el cambio de estructuras y hacen avanzar a la justicia.

El rico, por el contrario, tiene necesidad de que las estructuras de privilegio no cambien. Tiene necesidad del «desorden preestablecido».

Y cuando ve que se mueve algo, que hay algún tumulto, sigue repitiendo:

— ¡No entiendo!

Del cerebro a toda la persona. El cáncer sigue galopando. Ha ocupado ya las posiciones estratégicas. El dinero ha tomado posesión de toda la persona, ha llegado

a la última etapa. Y realiza la operación definitiva. *Echa* al amo de casa. Expulsa al hombre.

Y en lugar del hombre introduce su monstruosa caricatura: el egoísmo.

El dinero sube de las manos al corazón. Y el rico se ve privado de Dios. Pobre de fe.

Del corazón a los ojos. Y el rico se queda sin el *otro*.

De los ojos al cerebro. Y al rico le quitan el sentido de la historia.

Del cerebro a la persona. Y el rico se ve echado de su propia casa.

Sin Dios, sin el prójimo, sin la historia, sin él mismo. ¿Quién más desafortunado que el rico?

Su salvación

A pesar de esto, existe una posibilidad de salvación para el rico. Jesús ha dicho: «Difícilmente...», pero no ha excluido la posibilidad de salvación. Que consiste en «reconocer» al pobre. En darle la precedencia.

Los pobres son los *clientes privilegiados* del reino. *Bienaventurados vosotros, los pobres, porque os pertenece el reino de los cielos.* Son palabras de Cristo, pronunciadas en el sermón de la montaña, la carta magna del cristianismo.

Bossuet puede ayudar a los ricos a descubrir ese tenue hilo de salvación:

La Iglesia es verdaderamente la ciudad de los pobres. Los ricos, no temo afirmarlo, al pertenecer en su calidad de ricos al séquito de este mundo, *apenas son tolerados en él...* Los ricos son extranjeros, pero el servicio a los pobres les da carta de ciudadanía.

El rico, si quiere salvarse, tiene que reconocer los derechos privilegiados del pobre. Presentarse humildemente delante de él y pedirle la ciudadanía en la Iglesia.

Estamos muy lejos del concepto como «medio» para mi salvación. Del pobre como «escalón» para subir al paraíso.

Aquí se trata de reconocerse como «intrusos» en el reino.

Se trata de considerar al pobre como el único que «tiene derecho». Respetarlo, no favorecerle. Honrarlo, no ser caritativo con él. Amarlo, no llenarle el estómago. Pedirle con humildad, no darle con altivez.

Nadie se ensoberbezca por dar al pobre. Que no diga en su corazón: Yo doy y él recibe; yo lo acojo, porque él no tiene ni siquiera un techo. Quizás a ti te falte más. Quizás aquel a quien acoges es un hombre justo: él tiene necesidad de techo, tú del cielo; él no tiene dinero, pero a ti te falta la justicia. (*San Agustín*)

La salvación del rico consiste fundamentalmente en ser astuto. O sea, en descubrir que las llaves del paraíso están en las manos del pobre.

Tiene que pedirle al pobre permiso para entrar.

*

¡Oh Dios! Te he pedido por mucho tiempo que me hicieras rico, y no me daba cuenta de que así me ponía en contradicción con el evangelio. Es verdad que conocía mal el evangelio, que lo había leído poco y que era para mí como un libro cerrado. En él está escrito: «¡Ay de los ricos!» Esta maldición que los sacerdotes no se atreven ya a recordar a los fieles sin suavizarla hasta quitarle toda su energía, nunca había llamado mi atención. Quería ser rico y quería que tú estuvieras de mi parte.

No sé si has contestado a mi oración o si mi riqueza se debe sólo al ardor de mi trabajo y a mi sentido de los negocios. No he hecho fortuna deshonestamente, al menos según los criterios de la civilización occidental...

Un viejo tío, sórdido y avaro, me dejó en herencia el fruto de sus privaciones. Fundé una pequeña sociedad de importaciones y exportaciones como tantas otras. Toda mi habilidad consistía en jugar con las diferencias de los costos locales, de los niveles de vida

entre la mano de obra indígena y la nuestra, de los préstamos y los cambios. Tuve buenas ocasiones para especular. Compré baratos ciertos terrenos que en un año centuplicaron su valor.

Construí casas que vendí diez veces más caras. Pagué a mis empleados y obreros según la tarifa corriente; y a veces peor, en condiciones muy primitivas.

A veces tuve que dar alguna propina para pagar las dudas de algunos funcionarios y facilitar la ejecución de mis proyectos. También a veces pagué a la prensa para que sus informaciones fuesen tendenciosas.

Todo esto es considerado como correcto en los ambientes de negocios. Un cristiano obtiene fácilmente perdón en el tribunal de la penitencia. Evidentemente, el confesor no entiende nada. Absuelve, con la obligación de dar alguna limosna.

Después de cada buen negocio, di limosna a los pobres, a las obras de caridad, a todos los que me pedían. La verdad es que se trataba de una ínfima fracción de mis ganancias. Me convertí en un hombre opulento y la consideración que me rodea está en proporción con mi riqueza.

Soy tenido como buen cristiano... Y he aquí que, al leer el evangelio, me ha entrado una gran turbación. El ¡ay de los ricos! de san Lucas sigue resonando en mis oídos. Mi riqueza es como un muro que me separa de ti, como una zanja entre mí y la humanidad.

¡Oh Dios! ¡Librame de mi riqueza! (*J. Lebrez*)

16

UN OFICIO QUE NO CONOCE CRISIS

Jesús fue al monte de los olivos.

Pero de madrugada se presentó otra vez en el templo, y todo el pueblo acudía a él. Entonces se sentó y se puso a enseñarles. Los escribas y fariseos le llevan una mujer sorprendida en adulterio, la ponen en medio y le dicen: — Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés nos mandó en la ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú qué dices? Esto lo decían para tentarle, para tener de qué acusarle.

Pero Jesús, inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra. Pero, como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: — Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra. E inclinándose de nuevo, escribía en la tierra.

Al oír estas palabras, se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos; y se quedó sólo Jesús con la mujer, que estaba delante.

Incorporándose Jesús le dijo: — Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?

Ella respondió: — Nadie, Señor.

Jesús le dijo: — Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más. (*Jn 8, 1-11*)

Que se trata de un trozo molesto lo demuestra el hecho de que falta en varios de los manuscritos más antiguos y en muchas versiones. Algunos lo trasladan de Juan a Lucas. Ciertos críticos explican esta «depuración» diciendo que, en una época de extremado rigorismo ante

el pecado del adulterio, esta página podía representar el «peligro» de una interpretación demasiado indulgente por parte de algunos. En realidad, para el que tiene los ojos limpios, la página mencionada no se presta a equívocos: está la condenación explícita del adulterio (por lo demás, Jesús había hablado ya con suma claridad de la santidad del matrimonio). Y al mismo tiempo, está la negación del derecho de los no inocentes a lanzar piedras contra el culpable.

Hoy los estudiosos nos aseguran que este trozo posee todos los carismas de la historicidad, aunque no se encuentre en su lugar exacto, ya que presenta un estilo distinto del de san Juan.

Por tanto, no hay nada que hacer. ¡Abajo las piedras!

Un espectáculo insoportable

Las cosas se iban poniendo mal. Poco antes habían intentado arrastrar a Jesús. Pero los guardias habían vuelto con las manos vacías a los sumos sacerdotes y fariseos:

Nunca ha hablado nadie como este hombre.

Se habían quedado paralizados ante sus palabras.

Les dijeron los fariseos: ¿También a vosotros os ha embaucado? ¿Hay quizás uno solo entre los notables o entre los fariseos que haya creído en él?

Como si dijeran: «¿Hay una sola persona de bien que le haya prestado oídos?»

No hablaba como ellos.

No pensaba como ellos.

No había hecho sus estudios.

No les había pedido autorización.

Lo había desconcertado todo.

La cuestión estaba resuelta. «Esta gente que no conoce la ley, ¡son unos malditos!» Le suspenden porque no

ha realizado los estudios regulares, y suspenden a la gente ignorante y maldita.

Y cada uno se volvió a su casa.

Al día siguiente, vuelven a las andadas. Esta vez se enfrentan con él cara a cara.

Jesús está enseñando en el patio del templo. De pronto, el círculo de los oyentes se abre para dejar paso a una mujer empujada por un montón de escribas y fariseos.

Ni siquiera la tocan, por miedo a contaminarse: es «impura» y ellos son «puros».

Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio... La estuvieron espiando, aguardaron con paciencia y finalmente la sorprendieron pecando. En sus palabras se vislumbra toda la satisfacción animal del lebel que estuvo olfateando y que agarró la presa.

Moisés nos mandó en la ley apedrear a estas mujeres... Es cierto. Cuando se pone un artículo de la ley al lado de un pecado concreto, la conclusión surge con rigor matemático. Pero las cosas cambian cuando al lado del código se pone una persona, y no un pecado. Pero es ésta una sustitución que los hombres no suelen hacer. Demasiadas complicaciones, demasiados dolores de cabeza; ¿dónde iríamos a parar? Y las manos están deseosas de lanzar las piedras ¡no sobre el pecado, sino sobre el pecador!

¿Tú qué dices?

La trampa ha sido preparada con una perfidia bien calculada.

Él mismo ha dicho: *No creáis que haya venido a abolir la ley.* Por tanto, según la ley, debe condenarla. Pero si la condena, perderá la aureola de «misericordioso», de «amigo de los pecadores», que se ha granjeado entre el pueblo.

Pero si la deja libre, demostrará que pisotea la ley, y le podrán tachar de hereje.

Jesús parece como si se desinteresase de la trampa que habían tendido a sus pies.

Inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra.

Los comentaristas se han lucido en la interpretación del contenido de aquella escritura del Señor.

San Jerónimo opina que se puso a hacer la lista de los pecados de los acusadores.

Mauriac insinúa que lo hizo para no mirar a los ojos de la adúltera, evitando que se sintiera a disgusto y aumentara su vergüenza. No me parece esto muy convincente.

Creo más bien que no quiso cruzar su mirada con la de los acusadores. Los ojos del pecador que se atreve a condenar a su propio hermano constituyen un espectáculo de una falta de conciencia tan repugnante, que ni siquiera Jesús logra soportarlo.

La cloaca al descubierto

Pero ellos insisten. Quieren conseguir la sentencia a todo precio.

Entonces Jesús se incorporó y les dijo: adelante, condenadla; lapidadla según la ley. Pero que *aquel de vosotros que esté sin pecado, le arroje la primera piedra.*

Sucedió como si hubiera levantado de repente la tapa de una cloaca. Un hedor horrible.

Cada uno tuvo que hacer las cuentas con aquel hedor, con la podredumbre de sus propios pecados, incluso de los más cuidadosamente ocultados, que lo invadía y que le quitaba poco a poco las fuerzas y le obligaba a dejar caer al suelo la piedra que había cogido y que ahora le pesaba como el plomo.

Él sigue sin mirarles a la cara. *Inclinándose de nuevo, escribía en la tierra* (¡ay de mí!; sólo una vez Jesucristo,

según el evangelio, se ocupó de una cosa que me roba tantas horas al día; el que «vive», no necesita escribir...)

Ellos se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos, hasta que no quedó ninguno. ¿Por qué precisamente empezaron los más viejos?

¿Quizá porque el más viejo tiene más pecados?

¿O porque los más viejos se quedaron prudentemente detrás del círculo, enviando a los jóvenes por delante, a que dieran ellos la cara ante el maestro?

Probablemente por ambos motivos a la vez. Y también por un tercero: los viejos están más maliciados; saben, por experiencia, cómo van a acabar esos encuentros con Cristo. Corren el peligro de quedar avergonzados ante todos. Más vale batirse en retirada, apenas asoma el peligro, antes de que suceda lo irremediable. ¿Y si a Jesús se le ocurriera apostrofar a alguno:

— Oye, tú, ése que está ahí al fondo... Pero si el otro día..., a tal hora, en tal lugar, hiciste..., o dijiste..., o pensaste...?

Se van. Quizás masticando rabia. Pero se van. La trampa esta vez ha sido para ellos mismos.

Se hace el vacío. El tribunal se despuebla.

Se quedó solo Jesús con la mujer, que estaba delante.

La adúltera se va recobrando del miedo que la aplastaba como una tenaza implacable.

Incorporándose Jesús le dijo: — Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?

Finalmente, un hombre que la miraba sin desearla, que le hablaba sin despreciarla.

Nadie, Señor. Pero él, el inocente, tiene derecho a tirarle la piedra.

Jesús le dijo: — Tampoco yo te condeno.

No te condeno porque yo, dentro de poco, seré condenado en tu lugar. Yo pagaré por tu pecado.

La inocencia conoce una sola justicia: la de sufrir por el culpable.

Vete, y en adelante no peques más.

O sea: deja de hacerte daño a ti misma. Y de hacer daño a los demás.

Ya no pecaría más. ¿Cómo iba a tener ganas de pecar en adelante? Se sentía curada para siempre por aquella mirada que la había salvado de todos. Perseguida, penetrada, invadida, por el recuerdo de una bondad, de un afecto tan tierno; ya no tendría necesidad de llenar su pobre vida de pecados. Su corazón estaba lleno para siempre: de gratitud, de amor, de alegría. Se marchó agraciada, no condenada. (*L. Evelyn*)

Fue suficiente una mirada pura, una palabra «limpia», un gesto de amigo, para poner a una mujer en pie, para trastornar una existencia.

Hacerle el regalo de la confianza quiere decir permitir de nuevo a una criatura todas las soluciones.

Y también Jesús se fue. Había logrado aumentar su clientela reclutada en los bajos fondos, entre aquéllos a los que la malicia de los hombres había apartado desdeñosamente.

«Lo que estaba perdido...»

Con aquellos individuos, con aquella basura, su paraíso no se quedaría vacío.

La compañía del pecado de los demás

Un episodio como el de Cristo y la adúltera debería ser suficiente para quitar de la boca de un cristiano toda palabra de condenación ante un hermano y para desvirtuar todo gesto de castigo.

Pero no es así. Un episodio de tanta energía no ha logrado hacer desaparecer uno de los oficios más anti-

guos y más idiotas del mundo: la confesión de los pecados ajenos.

Oficio o juego de sociedad. Incluso de una sociedad cristiana. El que no haya tomado parte en él alguna vez en su vida, que levante la mano.

Lo que pasa es que somos menos «primitivos», menos violentos en la ejecución.

Hemos sustituido las piedras por el fango.

Somos unos obstinados entrometidos. Policías, espías, jueces, fiscales, verdugos. Todo de una vez.

Pero nuestro verdadero oficio no lo cumplimos nunca: el de ayudas y salvadores. Ni siquiera en los tiempos libres. Ni siquiera como un hobby. Estamos demasiado ocupados en los asuntos de los demás. No nos queda tiempo.

Algunas páginas dolorosas de la historia de la Iglesia, que alguna vez hemos de tener el coraje de meditar con lucidez, ahora cuando de las hogueras quedan solamente los restos carbonizados, constituyen una escalofriante documentación del precio que ha habido que pagar por el olvido del episodio de la adúltera en la trama de la vida cristiana.

Se ha llegado a lo increíble: «Yo te mato en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Pero es mi vida y mi historia lo que aquí me interesa.

Evidentemente, mis pecados son espantosos. Me da miedo quedarme solo con ellos. Y busco la compañía de los pecados ajenos.

Mis virtudes son más bien frágiles, desde el momento en que necesito apuntalarlas continuamente con las culpas verdaderas o imaginadas de los demás.

Me he hecho muy hábil al repartir las responsabilidades del mal que advierto a mi alrededor. Esto para mí. Esto para ti. Y al final no me queda ni siquiera una brizna de culpa en mis manos.

Mientras pronuncio una palabra de condenación, jamás he notado que hiriese mis oídos aquella terrible acusación de Cristo: *El que de vosotros esté sin pecado, arroje la primera piedra*. Yo tengo el fango en mis manos. No las piedras. Y según una opinión probable, el fango es lícito... Después de todo, el fango no hace más que manchar, no hace tanto daño como las piedras.

Para condenar a los demás, es menester ser ciegos:

¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu ojo? ¿O cómo vas a decir a tu hermano: deja que te saque esa brizna del ojo, teniendo la viga en el tuyo. Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver para sacar la brizna del ojo de tu hermano. (Mt 7, 3-5)

Para condenar a los demás es menester sufrir una irremediable amnesia. Olvidarse de lo que es la realidad más indiscutible: soy un pecador.

En la *Vida de los padres* leemos:

Un hermano había caído en pecado; el sacerdote le ordenó que se alejase de la iglesia. Entonces el abad Besarión se levantó y salió al mismo tiempo diciendo: — También yo soy pecador.

Y también:

El abad Isaac llegó una vez a un monasterio de los hermanos de la Tebaida y vio a un hermano que había cometido un pecado y pronunció sentencia contra él. Y habiendo vuelto después al desierto, vino el ángel del Señor y se paró a la puerta de su celda y le dijo: «No te dejo entrar». E Isaac: «¿Por qué motivo?» Y en respuesta el ángel le dijo: «Dios me ha enviado a que te pregunte a dónde te gustaría que mandase a aquel hermano que has echado de la iglesia». Y en seguida el abad hizo penitencia exclamando: «He pecado. Perdóname». Y el ángel: «Levántate. Dios te perdona, pero en adelante estate vigilante y no juzgues a nadie, antes de que Dios lo haya juzgado».

Un oficio que no conoce crisis, hemos dicho.

Sin embargo, se trata de un oficio que está fabricando nuestra propia condenación. No hay dudas a este respecto:

No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida que midáis seréis medidos.

Mis juicios, mis sentencias de condenación son un material precioso. Dios lo conserva celosamente. Lo tiene todo registrado.

Algún día me hará escuchar esa cinta magnetofónica. Todo justo, todo perfecto, todo legal.

Y el condenado seré yo.

Se trata de una simple sustitución en el punto de mira.

Por lo demás, lo he querido yo mismo.

*

Calumnia, condenación, acusación, condena. Las piedras hacen daño.

Pero el fango no hace daño.

El fango ensucia.

Sí, el fango ensucia. Y siempre va a parar adonde menos lo esperamos.

Me miro al espejo y me doy cuenta de que yo también me he ensuciado.

Y también el fango ha salpicado el rostro ensangrentado de Cristo.

17

CONSAGRACIÓN JUNTO AL BROCAL DEL POZO

Tenía que pasar por Samaría.

Llega, pues, a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca de la heredad que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como venía fatigado del camino, se sentó junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. Llega una mujer de Samaría a sacar agua. Jesús le dice: — Dame de beber. Pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar comida. Le dice la samaritana: — ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.) Jesús le respondió: — Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: «Dame de beber», tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva. Le dice la mujer: — Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva? ¿Es que tú eres más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados? Jesús le respondió: — Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna. Le dice la mujer: — Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla. Jesús le dice: — Vete, llama a tu marido y vuelve acá. Respondió la mujer: — No tengo marido. Jesús le dice: — Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad. Le dice la mujer: — Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte y vosotros decís que en Jerusalén es donde se debe adorar. Jesús le

dice: — Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora, ya estamos en ella, en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorarle en espíritu y en verdad. Le dice la mujer: — Sé que va a venir el mesías, el llamado Cristo. Cuando él venga, nos lo anunciará todo. Jesús le dice: — Yo soy, el que te está hablando.

En esto llegaron sus discípulos y quedaron sorprendidos de que hablara con una mujer. Pero nadie le dijo: — ¿Qué quieres?, o — ¿Qué hablas con ella?

La mujer, dejando su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: — Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será éste el Cristo? Salieron de la ciudad e iban donde él.

Entretanto, los discípulos le insistían diciendo: — Rabbí, come. Pero él les dijo: — Yo tengo para comer un alimento que vosotros no sabéis. Los discípulos se decían unos a otros: — Le habrá traído alguien de comer? Les dice Jesús — Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra. ¿No decís vosotros cuatro meses más y llega la siega? Pues bien, yo os digo: Alzad vuestros ojos y ved los campos que blanquean ya para la siega. Ya el segador recibe el salario, y recoge fruto para vida eterna, de modo que el segador se alegra igual que el sembrador. Porque en esto resulta verdadero el refrán de que uno es el que siembra y otro el que siega: yo os he enviado a segar lo que vosotros no habéis trabajado. Otros trabajaron y vosotros os aprovecháis de su trabajo.

Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer que atestiguaba: — Me ha dicho todo lo que he hecho.

Cuando llegaron donde él los samaritanos, le rogaron que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Y fueron muchos más los que creyeron por sus palabras, y decían a la mujer: — Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el salvador del mundo. (Jn 4, 4-42)

Jesús llega a un país rico de gloriosos recuerdos históricos, pero cuyos habitantes son detestados cordialmente por los judíos.

Los samaritanos son considerados por los «puros» como una raza inferior, como una especie de mestizos. Más tarde, los mismos acusadores de Jesús, queriendo insultarle, lo llamarán «¡samaritano!».

Un día, un sacerdote, expulsado por Esdras, fue a refugiarse en Siquén. Este «desertor» instituyó en Samaría un culto y un sacerdocio. El monte Garizín, donde se había levantado un templo, empezó a hacerle la concurrencia al monte Sión. Fue la ruptura definitiva. Desde entonces, los samaritanos fueron tenidos por cismáticos, locos y execrables.

Un valle sonriente, dominado por las dos cimas más elevadas de Palestina: el Garizín y el Ebal. En este marco tuvo lugar la escena que nos refiere san Juan. Un encuentro ciertamente no muy «cómodo», tanto por el ambiente como por la persona con que se encuentra Cristo.

Jesús trastorna el concepto tradicional de templo en un país de cismáticos.

Y revela el secreto de su mesianidad a una mujer de costumbres fáciles.

Cita con la venganza

La escena es descrita por san Juan con abundancia de detalles. Todo es perfectamente natural.

Mediodía. Hace calor. Después de un largo viaje, Jesús se encuentra realmente cansado. Y tiene realmente sed.

Llega una mujer. No tiene nada de tonta y, en cuestión de lengua, se muestra más bien desenvuelta.

De todos modos, es Jesús el que se encarga de trabar conversación:

Dame de beber.

Es raro. Cristo ha venido a la tierra para traernos la salvación. Más aún, se ha hecho don. Sin embargo, sigue pidiendo algo. Antes de nacer, le pide el «sí» a su madre. Pide un lugar en la posada. A Juan le pide que lo bautice. A Pedro, a Andrés, a los hijos del Zebedeo, a los demás, les pide que le sigan. A Leví un puesto en la mesa. Y luego, un asno para la entrada triunfal en Jerusalén. Una habitación para celebrar la pascua. A los discípulos predicadores les pide una hora de sueño. Y también su último grito en la cruz, *tengo sed*, es una petición. Después de la resurrección, les pide de comer a los apóstoles. A la samaritana le pide un vaso de agua.

Se ha hecho realmente «el último». Por eso, tiene necesidad de todos. Y todos pueden darle algo.

La mujer está saboreando de antemano el gozo de una venganza, en nombre de todos sus paisanos. Los judíos desprecian a los samaritanos. Éstos les pagan con la misma moneda.

Ahora un judío tiene necesidad de algo. La samaritana, con malicia, se aprovecha de ello. Sabrá hacer que el don le pese, humillando a aquel peregrino sediento.

¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?

Y le hubiera gustado añadir: «Si supieses, además, qué tipo de mujer es con la que estás hablando...»

Desapareció el hombre. Desapareció la mujer. En su lugar quedan el *judío* y la *samaritana*, un sustituto que prepara y alimenta la mayor parte de los conflictos que han ensangrentado la historia antigua y la historia nueva. Sobre el *hombre* se han puesto demasiados timbres y demasiados prejuicios. ¡Demasiadas ocupaciones en tierras del hombre! (P. Mazzolari)

Cuando desaparece el hombre para dejar sitio a las clasificaciones y a las discriminaciones animadas por nuestros prejuicios, incluso religiosos, el que paga es siempre Cristo.

Jesús no se fija en la provocación. No acepta el diálogo en el plano de la puyas. Sigue imperturbable incluso cuando el hombre desahoga su perfidia y su desfachatez. Sabe que, con frecuencia, se trata sólo de una careta que esconde un profundo sufrimiento. Una careta postiza, que «no sirve».

Jesús sigue sin responder a la injuria. Se limita a un acento de ironía y a un tono enigmático:

Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: «Dame de beber», tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva.

Crees que me haces un regalo; pero en realidad soy yo el que te lo hago a ti.

La mujer no está preparada para este giro en la conversación: el solicitante se convierte ahora en donante. Se da cuenta de que es difícil sostener el juego con aquel desconocido. Por lo pronto, le llama «señor». Pero no se da por vencida. Ha entendido tres cosas:

— ése se cree alguien;

— tiene que poseer algún secreto importante;

— se jacta de poder sacar agua del pozo.

Por eso le da la réplica en los tres puntos:

— por muy grande que seas, no querrás ser mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo;

— ¿cuál es tu secreto?

— no tienes nada en la mano. ¿Dónde están tus medios para sacar agua?

Un empujón hacia la verdad

Jesús aprieta los tiempos. «Con un empujón impaciente la sumerge en medio de la verdad». (F. Mauriac)

Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé, se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna.

Cristo no quita mérito al agua del pozo de Jacob. No le pone un cartel: «Agua no potable. ¡Prohibido beber!» Se limita a poner de relieve su «insuficiencia». Hace advertir la «desproporción» entre la sed del hombre y la posibilidad de apagamiento que ofrecen las criaturas.

Más que poner el acento en la mezquindad de los alimentos terrenos, pone el acento en la grandeza del hombre.

No es que sean pequeñas las alegrías humanas. Es que el corazón del hombre ha sido fabricado demasiado grande, y todas esas alegrías dejan un vacío enorme que está clamando e invocando «otra cosa», algo más grande.

El agua que ofrecen todos los pozos que se encuentran por los caminos del mundo solamente llega a calmar de momento la sed del hombre. Pero inmediatamente esta sed aparece con más vehemencia y exige un apagamiento que sea digno de ella.

Frente a las atractivas propuestas humanas, Cristo presenta también sus propuestas.

Al pan de los habitantes de Cafarnaún, que da de vivir al cuerpo, le opone algo mejor: *el pan de vida, el que coma de ese pan vivirá eternamente.*

Al sorbo de agua de la samaritana, sacada del pozo de Sicar, opone *el agua que brota para la vida eterna.*

Cristo no condena las aguas más o menos cenagosas

de la tierra, ni les quita a los hombres sus «cisternas rotas», sin ofrecerles en cambio algo mejor.

Si acepta nuestro juego, es para proponernos uno más definitivo.

Si interrumpe nuestros tímidos sueños «que mueren al alba», es para que abramos los ojos frente a una realidad más luminosa que cualquier sueño falaz.

Si borra nuestros garabatos, es para invitarnos a producir una obra maestra.

Lanza un S.O.S.

La mujer se siente asediada, invadida, atacada de frente. Comprende que su capitulación ante la verdad es inminente. Sin embargo, todavía intenta romper el cerco. Se confía al arma de la ironía.

Su pensamiento se dirige a la propia fatiga de cada día. El camino que lleva al pozo. El ánfora en el costado. El sol que da martillazos sobre su cabeza. Todos los días la misma faena. El pozo de una profundidad de 39 metros. Una cuerda interminable. El cubo que tarda en aparecer. Y luego el camino de vuelta, con el ánfora más pesada todavía.

La mujer finge que sólo piensa en el agua para la cocina y el lavado.

Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla.

Como si dijera: un agua de esa clase es una bicoca. Dámela y me ahorrarás todo este trabajo de venir al pozo. Una bonita ocurrencia. Una frase empapada de ironía. Pero, casi sin que ella se diera cuenta, la costra de ironía se ha abierto y ha dejado escapar una petición de ayuda:

Dame de esa agua.

Ha lanzado un SOS. Y Cristo no lo dejará escapar.

Hay momentos en los que, de repente, cae la careta y aparece nuestro rostro surcado de insatisfacción. De los pliegues de la sonrisa aflora un gesto de disgusto. La risa se rompe, como un cristal herido por una pedrada, y estalla en un grito de dolor. En lo más emocionante del concierto damos una nota fuera de tono, y quizás la única nota exacta, la que encierra más autenticidad.

¿Quién ha lanzado ese grito de dolor, sin que nos diéramos cuenta? No hay duda: nuestro yo más profundo, más verdadero, cansado de soportar la farsa, ridículo del otro yo, que «recita» a gusto del público.

La mujer, sin ser plenamente consciente de ello, se ha asido a la señal de alarma. Ha dado un tirón. Y Cristo le responde inmediatamente:

Vete, llama a tu marido y vuelve acá.

Ha tocado su problema, su pena. Un golpe rápido, seco, y el bisturí del cirujano ha dejado abierta la herida.

El Señor emplea siempre el mismo sistema. Al tener que «revelarse», empieza haciendo que el hombre se revele a sí mismo.

Después de que la samaritana sienta su propia revelación, podrá acoger mejor la revelación y el evangelio.

A la mujer no le queda más que empezar la confesión:

No tengo marido...

Se interrumpe. Pero Jesús le ayuda:

Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo.

No es ciertamente una vida ejemplar. Ni tampoco demasiado feliz. Ligereza, insensatez, inestabilidad. Desilusiones dadas y recibidas.

Todos los del pueblo conocen su historia. Pero este desconocido ha venido ahora a quitarle bruscamente el

velo de su secreto, ha puesto al descubierto su corazón y su vida de miseria.

Empieza a balbucear:

Señor, veo que eres un profeta.

Y entonces la mujer se pone a temblar. La presencia de uno que ha leído en su corazón se le hace cada vez más inquietante, casi insostenible. Con una maniobra habilísima, procura desviar la conversación, que se ha hecho embarazante, sobre las controversias religiosas y rituales:

Nuestros padres han adorado en este monte...

Siempre se busca una escapatoria para sustraerse a una decisión radical. Ciertas «dificultades intelectuales» no son más que una coartada para no rendirse a Dios. Hay gente, incluso en nuestros salones parroquiales, que charlan y discuten porque no saben decidirse a «vivir».

Es difícil convertirse.

Es difícil comprometerse, lo «interesante» es la categoría que ha inventado el mundo moderno para evitar los compromisos.

Es difícil dar un salto en el vacío.

Las tentaciones de Dios resultan más peligrosas que las del diablo.

El templo nuevo

¿Hay que adorar a Dios en el Garizín o en Jerusalén?

Tal es la cuestión que plantea la samaritana.

Jesús se nos pone inmediatamente por encima de las triquiñuelas y evita mezclarse en los detalles de la diatriba litúrgica. Resuelve el problema colocándose en otro plano y abriendo unos horizontes de anchura insospechada.

Los hombres superficiales se piensan que resuelven las controversias eliminando los motivos epidérmicos de contraste, sin tener jamás los ánimos de afrontar las causas profundas que están en su origen.

Cristo aferra con mano segura el timón de la cuestión, define las exigencias espirituales que sirven de base a la vieja controversia:

Créeme, mujer, que llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora, ya estamos en ella, en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorarle en espíritu y en verdad.

Es difícil representarnos de forma realista la actitud de Jesús mientras pronuncia estas palabras. Su tono es solemne, como si estuviese hablando con un doctor en teología. Pero delante de sí tiene a una pecadora.

La ha sacudido con dureza en el campo de la moral. Ahora discute gravemente con ella en el campo religioso. Precisamente a esta pecadora le hace una de sus más altas revelaciones.

El templo divide a los hombres. Dos montañas sagradas en contraste. Y Cristo hace descubrir a alguien por encima del templo y de los montes sagrados: al Padre, que busca adoradores *en espíritu y en verdad*.

A la religión exterior, a la teología de superficie que le presenta la samaritana, responde con la religión del espíritu, con la teología de las profundidades divinas. No es que quiera excluir lo exterior, sino que quiere basarlo en la interioridad, tanto en el campo religioso como en el moral. (R. Bernard)

No se trata de una religión desencarnada, sino de una religión cuyo centro no está ya en Jerusalén ni en su templo, sino en el corazón de cada hombre.

Ya es la hora de los verdaderos adoradores. Éstos tienen que adorar:

— *en espíritu*, o sea con aquella parte de ellos mismos que los acerca más a Dios, que es espíritu;

— *en verdad*, porque Dios es verdad. De esta forma, quedan excluidas todas las imposturas y las hipocresías religiosas.

La presencia de Dios se cambia, se alarga continuamente. De la tienda del desierto al templo de Jerusalén, del templo de Jerusalén al cuerpo de Cristo, del cuerpo de Cristo a la Iglesia, su cuerpo místico. San Pablo saca las conclusiones:

¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el santuario de Dios, Dios le destruirá a él; porque el santuario de Dios es sagrado, y *vosotros sois ese santuario*. (1 Cor 3, 16-17)

Del templo de piedra al templo de piedras vivas.

El hombre se hace «lugar de Dios». Y se hace también sacerdote para realizar un «sacrificio espiritual».

Todavía sacrificios. Pero no de cosas externas al hombre, sino de la misma vida, dirigida a Dios mediante la fe y el amor, en la adhesión a su voluntad.

Más son todas las fieras de la selva,
las bestias por millares en mis bosques...
Si hambre tuviera, ¿no habría de decírtelo,
porque mío es el orbe y cuanto encierra
(Sal 50, 10-12)

Ni sacrificio ni oblación querías...
No pedías holocausto ni víctima.
Dije entonces: Heme aquí, que vengo.
Se me ha prescrito en el rollo del libro
hacer tu voluntad. (Sal 40, 7-9)

Lo único que Dios quiere de nosotros, porque no lo tendrá si nosotros no se lo damos, y no quiere tomarlo sin nuestro consentimiento, es nuestro corazón, nosotros mismos, personas vivas, hechas a su imagen. Dios es celoso de su propia imagen, esculpida en cada uno de nosotros. Pero la quiere a través de una decisión espontánea y libre.

De esta forma, empieza el culto espiritual. El hombre, además de templo, se convierte en sacerdote, en sacrificador de sí mismo, a través del sacrificio de su propia voluntad, de sus propios proyectos, y su adhesión al plan de Dios.

Ofrezcamos sin cesar, por medio de él, a Dios un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que celebran su nombre. No os olvidéis de hacer el bien y de ayudaros mutuamente: esos son los sacrificios que agradan a Dios. (*Heb 13, 15-16*)

Una flecha de sol atraviesa unos cascos

Quizás la mujer no entendió. O quizás, es demasiado inteligente, lo que buscaba era ganar tiempo, dejando para la llegada del mesías el paso decisivo:

Sé que va a venir el mesías, el llamado Cristo. Cuando él venga, nos lo anunciará todo.

Cristo la deja clavada definitivamente. He aquí la revelación fulgurante: *Yo soy, el que te está hablando.*

Cristo ha ido siguiendo a la mujer que saltaba de un pensamiento a otro, de una argumentación a otra. A cada una de sus ideas ha respondido con una imagen superior. Ahora llega a la conclusión. De proveedor de agua viva a enviado de Dios, la revelación es completa. Se ha dejado «escapar» el secreto que tan celosamente guardaba (cf. Mc 8, 30; Mt 16, 20; Lc 9, 11).

Yo soy, el que te está hablando.

Fijémonos. La estupenda revelación tiene lugar junto al brocal de un pozo. Por una parte, él, el peregrino quemado por el sol, sucio de polvo y que pide como limosna un sorbo de agua; por la otra parte, una mujer repudiada por cinco maridos y que ahora es concubina de un sexto.

Dios no ha venido a la tierra con un libro en la mano. Y no se sentó en una cátedra para explicárnoslo. Prefiere «explicarse» según un estilo más bien extraño. No un libro y unos alumnos, sino un hombre cansado y una mujer que nada tiene de «virtuosa».

Una flecha de sol atraviesa unos cascos rotos, entre la inmundicia, y brota la llama, y todo el bosque se incendia. (*F. Mauriac*)

Él, el desconocido, se ha dejado arrebatar su secreto.

Ella, la mujer demasiado conocida, se ha dejado arrebatar el peso intolerable de su pobre vida.

El pobre que pide un sorbo de agua ha enriquecido a la mujer coqueta, con el ánfora bien llena.

Consagración

Llegan los discípulos con su paquete de provisiones. La mujer se aprovecha de las circunstancias y se va, dejando allí su cántaro. Corre a la ciudad a llamar a todas las puertas:

Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será éste el Cristo?

La «buena nueva» es anunciada por los labios de una pecadora.

En el espacio de pocas horas, la samaritana fue amada, consagrada y enviada como apóstol del Señor Jesús. Durante su breve encuentro en el pozo de Jacob, recibió la unción para evangelizar a sus propios hermanos. (*sor María Teresa*)

Y Jesús, al verla volver empujando a sus paisanos, tuvo que experimentar la misma emoción que experimentó al volver sus setenta y dos discípulos.

En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo y dijo: «Yo te bendigo, Padre, señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a pequeños». (Lc 10, 21)

Aquí incluso rechaza la comida. El espectáculo que tiene delante de sus ojos es demasiado hermoso: *Alzad vuestros ojos y ved los campos que blanquean ya para la siega.*

Incluso una mujer como la samaritana es considerada idónea para la obra de la siega.

Sólo cuando la mies esté totalmente recogida en la casa del Padre, él, el desconocido viajero, dejará de tener sed y podrá descansar. Y la samaritana, entonces, vendrá a recoger su cántaro abandonado junto al brocal del pozo.

Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?

No quiere exagerar. Se limita a sacudir la indiferencia, a suscitar un interés, a insinuar una duda. No va más allá. No usurpa una parte que no es la suya. No va a publicar los temas de su conversación con el mesías. Sabe que cada uno tiene que verlo con sus propios ojos; que el encuentro tiene que ser personal.

La samaritana, en el desarrollo de su apostolado, aprendió una cosa que muchos cristianos «comprometidos» se empeñan en ignorar: «el pudor de la verdad». El pudor queda encerrado en el campo del sexto mandamiento (y ojalá así fuera: hay gente «experta en sexología» que, con el pretexto de defender el pudor, emplea un lenguaje poco pudoroso).

Ciertos «propagandistas» armados de punta en blanco con las técnicas más modernas, ciertos charlatanes de feria no se dan cuenta de que el límite entre lo sublime y lo ridículo es bastante precario. Y basta muy poca cosa para superarlo.

En muchos proselitismos religiosos el mundo contemporáneo advierte sobre todo la falta del más elemental pudor: el pudor religioso. El pudor de la carne es sentido de lo sagrado, es sagrado; pero por encima de él hay un pudor más elevado que lo domina y lo garantiza: el pudor religioso. (G. Bevilacqua)

El pudor no puede frenar, desde luego, el ímpetu apostólico. Lo único que hace es imponerle el obligado respeto a la verdad y a la dignidad y libertad ajena. El pudor es el sello de la autenticidad de todo apostolado.

La samaritana no juega a hacer de mesías. Se limita a conducir a Jesús a sus paisanos, ofreciéndoles su propio doloroso testimonio: *Me ha dicho todo lo que he hecho.*

Él pensará en lo demás. Tras haber provocado el encuentro, ella puede retirarse. Puede incluso recibir el desdén de los nuevos convertidos:

Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído...

Pero ¡qué importa! Lo esencial es que crean. No es ella la que tiene que permanecer en el pedestal. Cuando nos empeñamos en estar sobre el candelero, acabamos por servir de pantalla para esconder al personaje principal.

Le rogaron que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días.

Dos días en el país de los excomulgados. Y Jesús se encontraba allí a gusto. A pesar del escándalo de los que se imaginaban que vivían «en la ortodoxia».

Compensará la cordial hospitalidad de aquella gente, confiando precisamente a un samaritano el papel más simpático de una de sus más hermosas parábolas.

*

Los rabinos creían que era tiempo perdido enseñar a una mujer. Decían que era mejor «quemar las palabras de la ley que perder el tiempo enseñándolas a una mujer».

Por fortuna, Cristo no fue a la escuela de los rabinos. E hizo bien en perder así el tiempo.

18

UNA MUJER «LIGERA»

Un fariseo le rogó que comiera con él; y, entrando en la casa del fariseo, se puso a la mesa. Había en la ciudad una mujer pecadora pública, quien al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, tomó un frasco de alabastro con perfumes, y poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume.

Al verlo el fariseo que le había invitado, se decía para sí: — Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora. Jesús le respondió: — Simón, tengo algo que decirte. Él dijo: — Dí, maestro. — Un acreedor tenía dos deudores: uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían para pagarle, perdonó a los dos. ¿Quién más le amará más? Respondió Simón: — Supongo que aquel a quien perdonó más.

Él le dijo: — Has juzgado bien; y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: — ¿Ves a esta mujer? Al entrar en tu casa, no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas, y los ha secado con sus cabellos. No me diste el beso. Ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque muestra mucho amor. A quien poco se le perdona, poco amor muestra. Y le dijo a ella: — Tus pecados quedan perdonados. Los comensales empezaron a decirse para sí: — ¿Quién es éste que hasta perdona los pecados? Pero él dijo a la mujer: — Tu fe te ha salvado. Vete en paz. (Lc 7, 36-50)

No sé si a alguno se le ha ocurrido alguna vez hacer una teología sobre «Jesús a la mesa». Podría ser un tema capaz de dar origen a desarrollos insospechados. Es un hecho que sus comidas nunca fueron tranquilas. Ni siquiera las de sus parábolas. Siempre hay algún incidente que las estropea. Siempre hay algún «plato» que no está comprendido en el «menú». Y cuando no son los otros los que envenenan la atmósfera con sus murmuraciones, Jesús se encarga de estropearles la digestión a algunos.

Es lo que pasó en casa de Simón, el fariseo.

Ya desde el comienzo empezaron a ir mal las cosas. La acogida del dueño de la casa no fue muy calurosa. Una extraña mezcla de urbanidad y de reservas, de cortesía y de frialdad. Ni demasiado hostil ni demasiado amigo. En una palabra, Simón se mantuvo «en su sitio».

Hay actitudes basadas en una gentileza bien medida que resultan más insultantes que una vulgar grosería (conozco a una persona que, para demostrar que está enfadada conmigo, me trata de «usted»).

Por fortuna, hay una pecadora, con su amor desmedido, que se encarga de reparar el desdén y de restablecer el equilibrio.

Él, el fariseo, invitó a Jesús para «estudiarlo».

Ella, la pecadora, se ha autoinvitado para demostrarle su amor.

Él tiene necesidad de observar al huésped. Para hacerse una idea del mismo.

Ella lo ha intuido todo. Por eso fuerza la puerta.

La intrusa

Había en la ciudad una mujer...

Es una intrusa. No estaba en la lista de los invitados. Su llegada a la casa de una persona decente tiene todo el aire de una provocación. ¡Qué atrevimiento!

No conocemos su nombre. Sólo sabemos su profesión: cometer pecados.

Una intrusa. Que seguramente no ha causado fastidio solamente a Simón, el distinguido dueño de la casa, sino a un montón de exegetas. Éstos han gastado una notable cantidad de materia gris en sus deseos de identificar a la mujer. Se han encendido entre ellos discusiones interminables. Miles de páginas llenas de argumentaciones, henchidas de citas, abundantes en «indicios», capaces de desconcertar al más sagaz «detective».

El evangelio habla de dos unciones: la de la casa de Simón, y la otra «con vistas a la sepultura». Las dos «unciones» ¿han sido hechas por la misma persona? Y esta anónima, ¿se puede identificar con María la Magdalena, «de la que habían salido siete demonios»? (María de Magdala, según san Juan.) Y María la Magdalena, ¿no será acaso María la de Betania?

Algunos simplifican: una sola mujer. Otros sostienen: dos mujeres distintas. Otros muchos insisten: son tres mujeres diversas. Tratándose de pecadoras, no cuesta nada multiplicarlas, con tal que no estemos nosotros en ese número...

De todos modos, la intrusa tiene mucho que hacer en casa de Simón. No le queda tiempo para enseñar su carnet de identidad a los exegetas. Le importan poco las presentaciones. Parece decir: ya basta con el susurro de la gente al verme entrar, ¿no os parece?

Una mujer pecadora pública...

Todos la conocen. Una de «esas». Una mujer ligera. Una mujer de la calle.

La desprecian. Pero se sirven de ella.

Incluso los «virtuosos» tienen necesidad de ella, para poder sentirse buenos, para poder decir: «Yo no he bajado tanto como ella». Una especie de curiosa autocano-

nización, fundada más en la depravación ajena que en los propios méritos.

Pero también ella conoce a los hombres. Quizás mejor de lo que éstos se conocen a sí mismos.

Y conoce incluso a las mujeres, a través de sus maridos...

Conoce el hedor de una sociedad corrompida.

Conoce a las personas «honradas». Las que se cubren de honestidad, como si se tratase de una crema para la piel. Pero ella sabe que bajo la capa de moralidad, de hipocresía, de religión, está «todo lo demás». No, ella no se deja impresionar por las apariencias, ni por las tarjetas de visita.

Los demás están obligados a «recitar», a ponerse la careta.

Ella, por lo menos, tiene el mérito de presentar su verdadera cara. No muy limpia, pero «suya».

Y, en lo profundo de su alma, conserva probablemente un secreto que defiende celosamente. Algunos nobles venidos a menos, arrinconados en una escuálida buhardilla, obligados a medir el pan, guardan en el fondo de un arca una joya minúscula que les recuerda los tiempos dichosos. También ella. Una existencia destrozada. Pero, en un ángulo, protegido obstinadamente contra las desilusiones en serie y las experiencias más degradantes, hay un trozo de esperanza. Esperanza de encontrar a alguien que no la considere solamente como instrumento de placer. Esperanza de poder ofrecerle el propio corazón, además del cuerpo. Esperanza de volver a empearlo todo de nuevo, de partir otra vez de cero. Esperanza de ser finalmente comprendida.

Al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, tomó un frasco de alabastro con perfumes y, poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le moja-

ba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume.

Cada uno reza a su modo. La oración de la pecadora, aquí, está hecha de silencio, de lágrimas. Su liturgia, inspirada en la ternura, se sirve, como «objetos sagrados», de un frasco lleno de unguento y de sus propios cabellos. La ceremonia se la inventa ella.

Probablemente había visto ya a Jesús, le había escuchado, se había sentido impresionada. Quizás la había mirado con un gesto de reprensión y de confianza. Le había tocado, con mano segura, aquel trozo oculto de esperanza en el único rincón «limpio». Y ya entonces había tenido lugar el cambio. A los ojos de los hombres seguía siendo una pecadora. Pero por «dentro» todo era distinto. Se sentía ya como «habitada» por aquel hombre. Y ahora venía a darle gracias.

No se corta los cabellos en señal de penitencia. Los utiliza para la gloria de Cristo. Seductora hasta ayer, conserva su propia gracia de mujer, que se ha hecho humilde y agradecida. (*sor María Teresa*)

Sus gestos tienen la espontaneidad y la seguridad de una mujer que se siente amada.

Besa los pies que han caminado, que se han gastado por todos los senderos del mundo, en busca de las ovejas perdidas.

Comenzó a llorar...

También para ella esto era una complicación. El frasco de perfume estaba bien pensado. Pero las lágrimas no estaban previstas. Pero también las utiliza en su liturgia, hecha de conmoción.

Hoy, incluso en el campo cristiano, las lágrimas son miradas con sospecha. Casi nos avergonzamos de ellas. Una debilidad.

Muchos prefieren lloriquear más bien que llorar.

En el aburguesamiento espiritual que caracteriza a tantos sectores de nuestro catolicismo, algunos llegan a reírse del «don de lágrimas».

Pero las lágrimas tienen de suyo algo de carismático y representan la consumación del arrepentimiento.

No hay nada tan extraño al espíritu del cristianismo como la insensibilidad de un corazón petrificado.

San Juan Clímaco tiene una expresión curiosa: «La fuente de las lágrimas tras el bautismo es mayor incluso que el propio bautismo»; una frase paradójica, si nos olvidamos de que el arrepentimiento es el fruto de la gracia bautismal.

El llanto sería una especie de segundo bautismo.

Expresión de arrepentimiento, purifica a la naturaleza, restituye la belleza a la creación, ya que «el rostro más bello y luminoso es el rostro empapado en lágrimas» (Pablo VI).

Las lágrimas pueden llegar a constituir un preciso deber. Dice también san Juan Clímaco:

Nadie nos acusará de no hacer milagros, de no ser teólogos, de no tener visiones; pero ciertamente deberemos responder ante Dios del hecho de no haber llorado incesantemente por nuestros pecados.

El arrepentimiento, expresado por las lágrimas, puede ser considerado como el puente entre el temor y la esperanza.

San Isaac el sirio tiene una palabra penetrante a este propósito: «El arrepentimiento es el temor del alma ante las puertas del paraíso».

Entre las demás, hemos de recordar también ahora aquella bienaventuranza del evangelio que proclama: «Bienaventurados los que ahora lloráis...» (Lc 6, 21).

El que se reconoce pecador no tiene vergüenza de sus

propias lágrimas. Sabe que restituyen a los ojos la capacidad de contemplar al Señor.

Pensamientos que huelen mal

Al verlo el fariseo que lo había invitado, se decía para sí: si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora.

Se advierte en él una nota de indignación, pero también un secreto regusto. Tenía razón: no es más que un profeta de pacotilla; ni siquiera sabe qué mujer es la que le está «tocando».

No tiene la valentía de expresar en voz alta su propia opinión. Se limita a murmurar «para sí».

Dime qué piensas de los demás y te diré quién eres.

Algunos sólo poseen una coherencia: la que existe entre sus pensamientos sobre los demás y las propias acciones.

Se piensa mal porque se obra mal.

El «pensar mal» de los demás es el sello de nuestra capacidad para realizar esas mismas acciones.

Dostoyevski advertía que si los pensamientos de los hombres oliesen, se esparcería por el mundo un hedor insoportable y todos morirían apestados.

Cristo no sólo sentía el olor de ciertos pensamientos, sino que los leía en voz alta, como en un libro abierto: *Simón, tengo algo que decirte...*

Y el fariseo soporta la humillación de verse cogido «en flagrante delito de pensamiento» y de ver cómo le dan una detallada lección de buenos modales.

Como si no fuera suficiente, se agrega a ello la mortificación de ver cómo le ponen por ejemplo (¡y como reprimenda!) el comportamiento de la «pecadora».

¿Ves a esta mujer? Al entrar en tu casa no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas, y los ha secado con sus cabellos. No me diste el beso. Ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume...

Un cepillazo capaz de levantar la piel, delicada, del fariseo.

Has juzgado bien...

Algunos lo saben todo. Sus juicios son siempre acertados. Lo malo es que no entienden nada. Como Simón.

Cerrado el incidente, cerramos la parábola que en él se originó. Pero la conclusión no va en la dirección que uno se habría esperado.

Según el desarrollo de la parábola, lo lógico sería sacar estas consecuencias: el perdón de la deuda es causa y medida del amor. Cuanto más «agraciado» se sienta uno, más amor demuestra. Por tanto, en el caso de la mujer, así como le han sido perdonados sus muchos pecados, también demuestra mucho amor. En resumen: el perdón precedería y produciría el amor.

Pero Jesús, con uno de sus habituales e imprevistos cambios de lógica, apunta en la dirección opuesta: el corazón de la mujer está completamente cambiado desde el momento en que se reconoció pecadora. Si ha realizado todos esos gestos quiere decir que su corazón está ya lleno de amor. Por eso *sus pecados, sus muchos pecados, le son perdonados* «porque» *ha demostrado mucho amor*. No es el perdón, como pediría la lógica, el que provoca el amor, sino el amor el que suscita y mide el perdón.

Para el hombre la conclusión es distinta, más lógica: «Aquel a quien se perdona poco, demuestra poco amor». A él «se le perdona poco» por el simple motivo de que no se considera pecador.

Los comensales empezaron a decirse para sí: ¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?

Todavía siguen con sus pensamientos escondidos. Pero las murmuraciones y el escándalo de los presentes no le impiden a Jesús que realice hasta el fondo su acción de recuperación de la mujer. El estrépito de los malos pensamientos no perturba la fórmula de absolución que Jesús pronuncia con solemnidad.

La causa de este perdón, le dice a la mujer, no soy yo, sino tú: *¡Tu fe te ha salvado!* En cuanto al efecto del perdón, lo llevas también contigo: *la paz, sí, ¡vete en paz!* (R. Bernard)

*

La mujer se va.

Todos la consideran *una mujer ligera*.

Pero sólo ahora se siente verdaderamente ligera.

Le han devuelto un corazón nuevo, puro y fresco como el de un niño.

Ahora puede empezar a amar de veras. Porque se siente amada.

Y el fariseo, que había invitado a Jesús para «estudiarlo», si desea saber algo sobre su maestro, se verá obligado a dirigirse a aquella mujer.

Y, con él, todas las personas «virtuosas» del mundo.

UN LADRÓN EN LA CÁTEDRA

Decía también a sus discípulos: Era un hombre rico que tenía un administrador a quien acusaron ante él de malbaratar su hacienda; le llamó y le dijo: — ¿Qué oigo decir de tí? Dame cuenta de tu administración, porque ya no podrás seguir administrando. Se dijo a sí mismo el administrador: — ¿Qué haré, pues mi señor me quita la administración? Cavar, no puedo; mendigar, me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer, para que cuando sea removido de la administración me reciban en sus casas.

Y convocando uno por uno a los deudores de su señor, dijo al primero: — ¿Cuánto debes a mi señor? Respondió: — Cien medidas de aceite. Él le dijo: — Toma tu recibo, siéntate en seguida y escribe cincuenta. Después dijo a otro: — Tú, ¿cuánto debes? Contestó: — Cien cargas de trigo. Dícele: — Toma tu recibo y escribe ochenta.

El señor alabó al administrador injusto porque había obrado astutamente, pues los hijos de este mundo son más astutos para sus cosas que los hijos de la luz.

Yo os digo: Hacedos amigos con las riquezas injustas, para que, cuando lleguen a faltar, os reciban en las eternas moradas. (Lc 16, 1-9)

Nos ha resultado divertido todo este asunto del bribón con sus cuentas que no salen y sus libros de contabilidad amañados y llenos de trampas. Pero Jesús no nos habla para divertirnos, sino para dirigirnos una buena reprensión.

Así, pues, vemos que hoy sube al púlpito, ese púlpito que nos enseña el «difícil oficio del cristiano», a un admi-

nistrador muy listo, para darnos una lección muy importante, la lección de la inteligencia y de la astucia.

Que se trata de una lección muy importante lo podemos deducir de la siguiente observación. Cristo, cuando quiere enseñarnos algo decisivo, va a pescar a profesores «fuera de serie», sin ninguna clase de doctorados, sin ningún diploma, a personas que no pertenecen a «nuestro campo». Y lo hace para escandalizarnos, para provocar un saludable choc.

Así por ejemplo, la lección del mandamiento nuevo, sobre la necesidad de «hacernos prójimos», es ilustrada no por unos titulares patentados, el sacerdote o el levita (¡precisamente son ellos el mal ejemplo que hay que evitar!), sino por un hereje, por un excomulgado, por un samaritano.

Para la lección de la «obligación de ser inteligente», como si quisiera subrayar su enorme importancia, Jesús nos desconcierta poniendo como profesor a un bribón, a un ladrón, todo lo simpático que queráis, pero un sinvergüenza al fin y al cabo. Y nos dice que lo imitemos.

No hay duda. Toda la simpatía del Señor cae sobre el administrador «astuto» («astuto» es la calificación que le corresponde de derecho, mejor que la de «infiel» que se le ha dado... durante siglos). Por lo demás, los exegetas más exactos han descubierto que el término «injusto» sería una añadidura, una especie de juicio personal de Lucas poniéndose a hacer de moralista, pero completamente extraño al espíritu de la parábola). Y, por otro lado, su lamento se dirige hacia aquellos que se muestran incapaces de imitarlo. Hay una frase que puede servir de latigazo para nuestras espaldas: *los hijos de este mundo son más astutos para sus cosas que los hijos de la luz.*

Los que disfrutan con las divisiones y las clasificaciones están arreglados. Nosotros de aquí, vosotros de allí. Aquí el bien, a la otra parte de la trinchera el mal.

Ahora nos vemos obligados a reconocer: la astucia no habita en nuestra casa, sino fuera. En nuestra casa vive la..., ¡ánimo!, echemos fuera esa palabra tan desagradable, contraria a la astucia; si no sabemos a cuál acudir, habrá siempre un vocabulario a nuestro alcance.

Es extraño cómo las «causas pequeñas» despiertan grandes pasiones, mientras que las «grandes causas encuentran tan poco entusiasmo y participación». (*Vivarelli*).

Baste pensar en toda la inteligencia, la ciencia, el estudio, las riquezas movilizadas por la guerra. Baste pensar en el desgaste de energías y de iniciativas que requiere una industria o cualquier otra actividad artesana que valga la pena.

Y nosotros, que trabajamos por una «causa grande», ¿por qué demostramos menos ingenio, menos inteligencia, menos iniciativa, menos empuje que los que se dedican a las «causas pequeñas»?

¿Amáis las ideas con pasión, con sangre? ¿Os quita el sueño una idea? ¿Sentís que sobre ella se está jugando vuestra vida? (*Camus*)

He aquí una pregunta inquietante que deberíamos plantearnos, no a propósito de nuestras ideas, sino de nuestro cristianismo, que es siempre algo más que una idea.

Trabajamos por el reino de los cielos, una «causa grande». Pero los acompañantes de nuestro trabajo, con frecuencia, son el cansancio, el aburrimiento, la desgana, la lentitud, una falta total de inteligencia y de fantasía. ¿Por qué?

De esta manera, la «causa grande» se ve ahogada en un mar de inapetencia. Realmente Dios no ha hecho un buen negocio al confiarnos la administración de sus bienes.

¿Por qué consideramos la inteligencia como un lujo

y no como un serio compromiso, como consecuencia de un don del Señor? ¿Por qué sospechamos de ella como si fuera una fuente de males inenarrables? ¿Por qué la cubrimos a veces, casi siempre sin razón, con la capa de la humildad para impedirle que desemboque en el campo de la herejía, y no nos damos cuenta de que a veces esa capa, que tanto nos gusta, le resulta un poco estrecha y acaba por sofocar su respiración y provocando incluso su parálisis? ¿Por qué no nos damos cuenta de que la peor herejía ante el reino de los cielos es la indiferencia?

¿Por qué consideramos a la fantasía como una «propiedad reservada» a los poetas y novelistas y la tomamos por algo inconveniente para nuestro «oficio de cristianos»? ¿Por qué nos limitamos a ser unos repetidores cansinos y pedantes de una verdad polvorienta, encarpeta y apollillada?

Decimos que estamos de parte de la verdad. Está bien. Pero esto no quiere decir que tenemos que ponernos la casaca de un guardián de museo.

Decimos que hacemos el bien. Pero no se nos ocurre sospechar que no basta con hacer el bien, sino que hay que «hacerlo bien», con inteligencia, realismo, lucidez, sagacidad, entusiasmo, inventiva.

Decimos que pertenecemos al orden de la gracia. Está bien. Pero no es lícito, por ello, pensar que el Señor nos dispensa de nuestro «duro oficio de hombres», que la gracia sirve para cubrir nuestras deficiencias en el plano humano, que la eternidad constituye una coartada perfecta para nuestra pereza y para nuestra evasión de los compromisos temporales. ¿Por qué no nos damos cuenta de que la única manera de manifestar nuestra fidelidad a lo eterno consiste en ser «actuales»?

*

La admiración del Señor por la astucia del administrador listo se traduce en una abierta desaprobación de nosotros, siervos necios y torpes.

Jesús nos ha enseñado que hemos de ser buenos. Pero no tontos. Y para quitarnos toda ilusión al respecto, hace subir a la cátedra a este individuo, cuya actividad no es muy ortodoxa, pero que tiene un poco de fósforo en su cerebro.

¿Aceptaremos, finalmente, su lección?

Quizás la diferencia entre nosotros y el administrador prudente esté en esto: él tiene que vérselas con cuentas que no salen. Nosotros vivimos en la plácida seguridad de que nuestras cuentas con Dios salen siempre. Nuestra dificultad radica aquí precisamente: las cuentas salen siempre, con demasiada facilidad. Nos figuramos que tenemos los registros en orden, y nos dormimos.

¿Qué oigo decir de ti? Dame cuenta de tu administración, porque ya no podrás seguir administrando. Tenemos necesidad de que el Señor nos sacuda de este modo. Que nos diga bruscamente: «¡Qué desastre! ¡En qué líos te estás metiendo! ¡Qué desilusión la mía! Vete, no sé qué hacer con un inepto como tú; en adelante, ya no serás mi administrador».

Quizás tengamos necesidad de que nos pongan, sin muchos cumplimientos, en la puerta, para que nos demos cuenta de que el cerebro se nos ha dado para usarlo y que un poco de fantasía no viene mal y que la previsión no debe ser una prerrogativa exclusiva de los *hijos de este mundo*.

Los violentos arrebatan el reino de Dios. Lo ha declarado el Señor. Tras la lección que nos ha dado este bribón, es lícito añadir: también los inteligentes y los pillos arrebatan el reino de Dios.

Para los tontos sí que no hay sitio.

20

¿QUÉ TENEMOS EN EL DESVÁN?

Pero veamos. Analicemos la lección del administrador inteligente, hoy diríamos un «vivo», de ese ladrón desconcertante que se atrajo las simpatías del Señor.

Podemos fijarnos en tres puntos. Inteligencia, fantasía y riesgo.

Inteligencia

Se dijo a sí mismo el administrador: — ¿Qué haré, pues mi señor me quita la administración?...

Un anciano párroco muy amigo mío, cuando llegaba a este punto se permitía una curiosa interpolación: «El administrador se rascó la cabeza y dijo para sus adentros...» La interpretación es pintoresca, pero muy real.

El administrador se da cuenta de que se encuentra en una situación bastante embarazosa. Sabe que lo ha perdido todo. Todo menos el cerebro. Y sabe utilizarlo para salir del apuro.

Es un ejemplo típico de inteligencia mal empleada. No sé si nosotros, los *hijos de la luz*, estamos en disposición de contraponerle ejemplos de inteligencia bien empleada. Según las palabras del Señor, tiene que ser una empresa bastante ardua.

Hemos dicho: la inteligencia no es un lujo, sino un deber preciso y una necesidad urgente. Entonces, ¿por qué hacemos tan poco uso de la inteligencia en nuestro testimonio cristiano?

Si quisiéramos hacer un proceso a los cristianos sobre este punto, los testigos de cargo serían un número imponente.

Bruce Marshall observaba que el hecho de poseer la verdad no puede ser un pretexto para escribir en un inglés poco elegante.

Bastará dar una rápida ojeada a muchos periódicos, revistas, boletines de todos los calibres, diocesanos, parroquiales, de institutos religiosos, para admitir que esta advertencia conserva toda su actualidad.

¡Santo cielo! La etiqueta católica cubre un cúmulo no indiferente de faltas gramaticales, de anacoluton, impericia, puerilidades, necedades, melifluidades, incapacidad de enfrentarse con los verdaderos problemas...

Hay que reconocer que se ha hecho un notable progreso en estos últimos años. Pero todavía queda mucho espacio para que pueda ocuparlo la inteligencia.

¿Qué peso pueden tener en la opinión pública esos folios llenados por plumas «piadosas», en la mejor de las hipótesis, pero faltas por completo de experiencia? (La realidad es que no obtienen ningún fruto, a no ser el de la compasión).

Tampoco en muchos púlpitos se advierte una inflación de la inteligencia. Vulgaridades, improvisaciones, un lenguaje inadecuado, un «tono» desabrido: el anunciador del mensaje no se da cuenta de que el auditorio sintoniza en una longitud de onda distinta de la suya. Ramplonería, argumentos exóticos como la hipecacuana, incapacidad de leer los acontecimientos de la crónica de cada día y las realidades auténticas a la luz del evangelio. ¡Qué vestidos más harapientos y ridículos se ponen sobre las espaldas de

la verdad! Y no vengáis hablándome de la «necedad de la cruz». Eso sí que es una necedad humana genuina. Una «verdad crucificada». Una verdad empobrecida, pisoteada, una verdad arropada con todos los harapos de la desidia y de la pigracia humana.

El saber rezar, el estar en buenas relaciones con Dios, no autoriza a mantener relaciones borrascosas con la gramática, con la lógica y con el sentido común. Demasiadas personas «piadosas» alimentan con frecuencia de buen grado esta peligrosa equivocación.

El desfile de testigos de cargo podría continuar varios kilómetros. Libros de devoción totalmente insulsos (¡allí sí que se necesitaría una intervención del santo oficio!, ¡a la hoguera con esos volúmenes, con esa quincalla devocional y esas supersticiones!)

Conversaciones de cristianos caracterizadas por la más sublime vulgaridad. Pavorosos balbuceos en materia litúrgica y bíblica. Desolador analfabetismo en cuestión de catequesis. Preocupadora falta de «sentido histórico» e incapacidad absoluta para leer los «signos de los tiempos». Por eso, ¡cuántos errores trágicos, en el pasado y en el presente, tanto en el plano individual como colectivo! Espíritus obtusos para descubrir las razones de los demás (hablo de «razones» y no de sinrazones, de errores o de culpas) y para entablar un verdadero diálogo.

Reconozcámoslo: a la inteligencia del administrador prudente muchas veces no podemos contraponer más que una buena dosis de estupidez.

La verdadera ignominia es la estupidez. Porque le pertenece al espíritu. La ignominia de la carne no es tan perjudicial. Un sacerdote incontinente puede anunciar la verdad con fuerza y con grandiosidad; un clero estúpido lucha con la verdad que lo posee y la revela confusamente; a este último se le ha conferido el secreto poder de hacerla estúpida. (Julien Green)

La denuncia no es válida solamente para el clero, sino para todo el pueblo de Dios.

Ha llegado quizás el tiempo de que imitemos la actitud del administrador prudente, partiendo a lo mejor de ese gesto tan respetable de rascarnos la cabeza... Lo que quiere decir, en fin de cuentas, darnos cuenta de que tenemos cerebro.

La inteligencia no puede ser considerada como intrusa en el reino de Dios, sino todo lo contrario.

Fantasia

Ya sé lo que voy a hacer.

El bribón planea una jugada maestra, un golpe imprevisible.

El cristianismo ha aparecido en el mundo como una novedad desconcertante. Una novedad que empezó a brillar en la montaña, donde Cristo escandalizó, sorprendió a sus oyentes con un mensaje inaudito, a golpes de *pero yo os digo...*

Luego, los santos fueron los más imprevisibles intérpretes de esta novedad evangélica. Han asombrado al mundo que los rodeaba con sus locuras, sus atrevimientos, sus audacias, sus itinerarios inéditos: me atrevería a decir que con su fantasía desencadenada.

Nosotros, por el contrario, hemos relegado al desván, entre las antiguallas y los trastos viejos, la fantasía, la inventividad: ¡y lo hemos hecho a veces en nombre de la ortodoxia!

Y de esta forma nos hemos convertido en cansinos repetidores de una verdad que tenemos guardada en la caja fuerte de nuestra estrechez mental. Seguimos realizando monótonamente gestos siempre iguales. Hemos quedado petrificados en clichés estereotipados.

Nuestras respuestas se pueden dar ya por descontadas. Las tenemos ya bien preparadas, confeccionadas de antemano en casillas prefabricadas. Tenemos una para cada cuestión. Las hemos sacado de manuales manidos. Las disparamos contra la espalda de nuestro interlocutor, con fría precisión, sin perder ni una coma.

Así no asombramos a nadie. Nos hemos hecho los notarios, los burócratas de la novedad cristiana. Vivimos plácidamente de las rentas de empresas ajenas. Pero de lo nuestro, de lo personal, de lo original, no podemos absolutamente nada. Es lógico que desilusionemos a cuantos nos rodean.

Nietzsche nos ha pintado crudamente: «Se parecen mucho todos ellos, tan pequeños, tan redondos, tan complacientes, tan aburridos».

Nos falta fantasía. Y no sólo en el anuncio de la verdad, sino también, y quizás valoremos poco este aspecto, en el campo de la caridad que, siendo el terreno peculiar del cristiano, requeriría genialidad y esfuerzo inventivo (¡qué enormes «creadores de amor» han sido los santos!) De este modo hemos logrado encorsetar a la caridad en esquemas estrechos y polvorientos.

Sé que estoy diciendo cosas que harán arrugar la nariz a los psicólogos profesionales. Pero tengo la impresión de que la falta de fantasía tiene que ponerse en relación con una carencia en cuestión de corazón. O sea, somos áridos repetidores, no inventamos absolutamente nada, porque no amamos bastante.

En caso contrario, ¿cómo explicamos el estilo original de los santos?

Riesgo

Convocando uno a uno a los deudores de su señor...

El administrador caído en desgracia, para asegurarse el porvenir, decide arriesgarse. Se aventura por un camino sumamente peligroso. Además de cerebro y de fantasía, ha demostrado que tenía también... coraje.

Nosotros, por el contrario, hemos envuelto nuestro cristianismo en un ropaje de seguridad y de suficiencia. Hemos perdido el gusto por la aventura.

Camus había diagnosticado que el nuestro es el siglo del miedo. Hemos de reconocer que de esta infección no están, ni mucho menos, inmunes los cristianos.

Preferimos la seguridad. Hemos colocado a la prudencia en el vértice de todos los valores. Procuramos buscar los sitios donde sea menor la fatiga y donde estemos al abrigo de los golpes. No nos gusta el aire libre. Hemos perdido la costumbre de amar la libertad.

Hombres que tienen miedo del salto: en eso nos hemos convertido: en hombres educados para desconfiar del salto. Todos pasan y nosotros nos quedamos en la orilla de los abismos del porvenir. (*Mounier*)

Por tanto, es lógico que nuestro peso en el mundo moderno sea muy leve, que nuestra agresividad vaya declinando, que nuestras apariciones en la vanguardia de la acción vayan siendo cada vez más raras.

¡Y somos descendientes de aquellos que, desde sus primeros pasos, fueron acusados de *alborotarlo todo!*

Alguno podrá observar que la acusación de haber perdido el gusto por la aventura resulta hoy un poco anacrónica después del concilio, cuando hay tanta gente amiga de las aventuras, sin miedo de nada ni de nadie. Pero ésos son vulgares aventureros, incapaces de comprometerse en serio. Y por otra parte, los que apelando a

tales excesos pretenden volver al inmovilismo, se hacen ridículos en su absurda pretensión y merecen el irónico reproche de Veillot: «Porque un gallo ha cantado demasiado fuerte, ¡quieren convertir a todos en capones!»

Realmente, muchos de nosotros nos hemos convertido en espectadores. Pasamos la vida mirando a los demás. Incapaces de una auténtica angustia y de una sufrida inquietud.

Mientras tanto, los «otros» buscan nuevos caminos. Corriendo riesgos, comprometiéndose. Exploran continentes desconocidos, se lanzan a peligrosas y exultantes aventuras. Y nosotros, *hijos de la luz*, seguimos mirando. Dispuestos, naturalmente, cuando no haya ni sombra de peligro, a precipitarnos con el hisopo por los caminos que otros abrieron, con la pretensión de posesionarnos de ellos y plantar allí nuestra enseña sagrada.

Es preciso que descubramos de nuevo el riesgo de la aventura cristiana. Que abandonemos nuestros tibios escondrijos para salir al aire puro. Que volvamos a tener el gesto amplio y el paso animoso.

A cada uno de nosotros va dirigida esta invitación:

Pon la vela grande en el palo de mesana, y saliendo de los puertos en que vegetas, boga hacia la estrella más lejana, sin reparar en la noche que la envuelve. (*Mounier*)

*

Fundamentalmente la lección del administrador sagaz es una lección de entusiasmo. Por muchas trastadas que hayamos hecho, no nos olvidemos de que el Señor está siempre dispuesto a «asombrarnos», con tal de que tengamos ánimos para quitarle el polvo de la trastera a nuestro amor al riesgo.

Y probablemente lograremos también asombrar al mundo.

UN SICOMORO CARGADO DE REMORDIMIENTOS

Habiendo entrado en Jericó, atravesaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicomoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista le dijo: — Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa. Se apresuró a bajar y le recibió con alegría.

Al verlo, todos murmuraban, diciendo: — Ha ido a hospedarse en casa de un hombre pecador.

Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: — Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo. Jesús le dijo: — Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abrahán, pues el hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido. (Lc 19, 1-10)

Jericó, un sicomoro y un «rico» en cuya casa *ha entrado la salvación*.

El nombre de una ciudad, de una planta y de un hombre: con estos tres nombres se ha construido uno de los encuentros más singulares del evangelio, y hemos de agradecer a Lucas que no se lo haya dejado escapar; los demás evangelistas, demasiado ocupados en describir la subida de Jesús a Jerusalén, su camino hacia el calvario, no han creído oportuno interrumpir el hilo de su narra-

ción para ocuparse de la estancia en casa de Zaqueo; ni siquiera Mateo, ex publicano, ha tenido muchas consideraciones con su ilustre colega.

Pero hagamos la presentación.

Jericó. Una conocida estación climática. Una localidad mundana más bien refinada: se la llama la Niza de Judea. Frecuentada por los grandes personajes de la política y de las finanzas. Herodes iba allá a invernar con toda su corte en un palacio fabuloso donde murió.

Jericó significa «la perfumada». Pero no tenía que ser un perfume de virtud el que exhalaba la ciudad, teniendo en cuenta la gente de alto copete que allí vivía, desde luego con pocos propósitos de penitencia.

El sicomoro. Lo confieso. Jamás en mi vida he visto un sicomoro. Y no soy la persona más calificada para describirlo. De todos modos, según las informaciones de los expertos en botánica, se trata de una planta cuyas hojas son semejantes a las del sauce y cuyos frutos recuerdan a los higos. Las raíces salen al exterior y suben hacia el tronco en forma de arcos, por lo que la subida al árbol no presenta excesivas dificultades, ni siquiera para los que hacen vida sedentaria, como por ejemplo el protagonista de nuestro relato.

Zaqueo. Un tipo vulgar. Toda la población lo odia a causa del oficio que desempeña: jefe de aduanas. Su profesión lo clasifica entre los «pecadores públicos».

Es rico. Él mismo nos proporciona una indiscreción apetitosa sobre el origen de sus riquezas: *si en algo defraudé a alguien...*

Para mayor ironía lleva encima un nombre, el de Zaqueo, que en la lengua local quiere decir «el puro», y que parece hecho aposta para atraerle los comentarios más mordaces por parte de la gente.

Y este personaje es el que tenemos que poner de realce, resistiendo a la tentación de reducirlo a una amena caricatura.

Si logramos liberarlo de todo ese ambiente ridículo con que lo ha rodeado cierta literatura, descubriremos un comportamiento, unos gestos, unas decisiones poco cómodas para nosotros.

Zaqueo es terco. Se le ha metido en la cabeza que tiene que ver a Jesús. *Trataba de ver quién era Jesús.* Y no se deja desanimar por las dificultades. No se arredra ante nada. No cesa en su empeño hasta concluir su empresa.

Observemos tres acciones de Zaqueo: la subida al árbol, su bajada y su testamento. Son como la descarga de los remordimientos de aquel testarudo que, desde su casa *donde ha entrado la salvación*, caen sobre nuestra casa donde mora tranquilamente el quietismo.

La dignidad por los suelos

Se adelantó corriendo y se subió a un sicomoro para verle, pues iba a pasar por allí.

La muchedumbre le impide el encuentro. Es pequeño y no puede hacer valer sus propios «privilegios» para subir al palco de honor. Todo lo contrario.

Y entonces se pone a correr, por delante de Jesús. Encuentra un sicomoro. Trepa por él. Y helo aquí colgando encima, en espera de poder saborear el espectáculo desde un balcón singular.

Se dice pronto. *Se subió a un sicomoro.* Pero, antes de empezar a subir, Zaqueo tuvo que quitarse la chaqueta: quiero decir, se despojó de su propia «dignidad».

El que no haya observado alguna vez, mezclado por dentro, la actitud de una masa de gente apelonada a lo

largo de una calle para esperar la llegada de un gran personaje, no puede entender todo esto.

La gente entretiene la espera fijándose en los detalles más insignificantes. Basta el más mínimo suceso, cualquier accidente, para que empiecen a darse codazos, a extender el dedo, a ponerse todos a mirar para allá, para estallar de risa: una ola de hilaridad se extiende por entre el gentío.

Y los comentarios burlescos empiezan a surgir.

Figurémonos en Jericó. El señor Zaqueo, el director de aduanas que se pone a correr como un hincha cuando llega su campeón favorito, que se sube a un árbol como un chaval en busca de nidos... Es un espectáculo que suscita la hilaridad general. ¡Qué carcajadas!

Pero Zaqueo se lo ha pensado bien. Desafía el ridículo, con tal de ver a Jesús. Lo mismo que un hombre que tiene que transportar un armario, se quita la chaqueta y la deja en la percha, así Zaqueo, el director de aduanas, se quita la chaqueta de su propia respetabilidad y la cuelga en las narices de la gente.

Zaqueo, el pecador público, realiza un gesto que podría entrar en los más notables tratados de ascética. Se desviste de su propia «dignidad», compostura, seriedad y prestigio. Se libera de todas las trabas sociales. Manda al diablo las buenas formas. Y se encuentra, reducido a lo esencial, empinado sobre el sicomoro. Como un niño. En la condición ideal para ver a Jesús. *Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos...*

A Zaqueo le importan un bledo todos los comentarios hirientes de la multitud.

Desafía a las burlas, a las risas. Con tal de ver *quién era Jesús.*

El que quiera ver a Jesús, tiene que llevar a cabo una acción de «ruptura» con la gente. No dejarse arrastrar.

No caminar al abrigo. Sino «salir fuera», correr por delante, quemarse los ojos en una búsqueda personal.

Sobre todo, es menester saber desafiar el ridículo, abandonar todas las consideraciones de conveniencia social y de «respetabilidad».

Uno de los peligros más graves del cristianismo es el de la «nivelación»: se asiste a un esconderse general, que no es el esconderse y el «podrirse» del evangelio, sino una cobarde maniobra dictada por la villanía. Todos iguales. Que se parece mucho a aquel «todos en pelotón» de algunas carreras ciclistas. Se juega a no destacar.

Desconsolador aplanamiento y desoladora uniformidad que caracterizan a nuestra presencia en el mundo. Es lógico que, en semejantes condiciones, no asombremos a nadie, no escandalicemos a nadie.

La luz ha quedado atenuada para que no moleste demasiado, la sal ha sido neutralizada con soluciones de sentido común, la palabra se ha endulzado, las paradojas del evangelio se han suavizado. La levadura ha quedado convertida en vainilla.

Es preciso que volvamos a descubrir el cristianismo en su fase de ruptura. Es preciso aceptar, aunque nos cortemos los dedos, sus tajantes paradojas. Esto es: perder para ganar, morir para vivir, sufrir para gozar, renunciar a «tener» para «ser».

Hemos de seguir de nuevo la lógica evangélica de «ir más allá».

Al que te dé un bofetón en la mejilla derecha, preséntale también la otra; al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto; y al que te obligue a andar una milla, vete con él dos. (Mt 5, 39-41)

No podemos contentarnos con el hábito del conformismo, de la respetabilidad. Es un hábito que para un cristiano resulta demasiado estrecho.

La calle que va de nuestra casa a la oficina, a la fábrica, a la iglesia, señalada por las aceras del «deber», es una calle ridículamente estrecha para la amplitud del paso cristiano.

Hemos de quitarle el polvo al «maximalismo» evangélico para medir toda la insulsez de nuestra suficiencia.

Hemos de habituarnos de nuevo a lo «imposible», para que podamos valorar exactamente lo que es posible a un cristiano.

No es que el camino sea imposible; es lo imposible lo que se convierte en camino. (P. Evdokimov)

Solamente en los «excesos» volveremos a encontrar nuestra medida.

¿Dónde está la casa del Señor?

Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista le dijo: — Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa.

Cristo le estropea el espectáculo. Para proponerle otro que no estaba en el programa.

Le «hace salir del niño». *Baja pronto.* Todos los encuentros de Dios con la humanidad, registrados por la historia sagrada, están caracterizados por la obstinación divina de «desinstalar» al hombre.

Zaqueo tiene también que salir del nido.

Baja pronto. ¿Quiere verle más de cerca? ¡Más todavía! *Hoy me voy a quedar en tu casa. Conviene que me quede.* Y no lo había visto antes...

También Dios tiene prisa. Es paciente. Puede esperar durante años o milenios enteros. Por otra parte, su calendario no coincide con el nuestro. Hay mucha diferencia.

«Ante el Señor un día es como mil años, y mil años como un día».

Pero cuando ve que está madura mi salvación, entonces tiene una prisa terrible.

Un comentador ha observado que, cuando vieron al maestro y al director de aduanas caminar hacia la casa de este último, la gente tuvo un movimiento de desilusión: habrían preferido que se dirigiera a la sinagoga.

El hombre es un perfecto organizador, especialmente cuando se trata de los viajes de Dios. En los momentos más impensados reaparece su vieja e incurable vocación de «maestro de ceremonias».

En vez de investigar, de aprender los caminos de Dios, tenemos la ridícula pretensión de imponerle nuestros itinerarios, nuestras estaciones.

Nos olvidamos de que el Espíritu sopla donde quiere, cuando quiere y como quiere; no es posible encajonarlo, canalizarlo, enderezarlo. Los caminos del Señor no son nuestros caminos.

Los dos se van juntos, en medio del escándalo general. También Zaqueo está extrañado por todo lo sucedido.

Podemos saber dónde hemos encontrado a Cristo. Pero, después del encuentro, no nos es dado saber adónde nos llevará.

La suya es una geografía curiosa, imprevisible. Ni siquiera los tomos de mística tienen los mapas completos.

En tu casa. ¿Dónde está la casa del Señor? Zaqueo hace este descubrimiento desconcertante: la casa del Señor es su casa, la casa de un pecador.

La casa de Dios es «mi» casa. La casa donde vivo, trabajo, sufro, como, duermo y amo.

Él no tiene casa propia. Viene a vivir en mi casa. Con tal que sea verdaderamente «mía».

Si cantas en los ocho tonos gregorianos, desde la mañana a la noche, de maitines a completas: «es la casa del Señor, es la casa del Señor, es la casa del Señor», y no estás tú en ella, porque tu espíritu está en otra parte y tú te vas a casa de tu prójimo para envidiar su lecho y su mujer, su pan y su vino, su trabajo y su descanso, entonces te engañas: no te encuentras en la casa del Señor, porque no estás en tu casa, sino en una cueva de ladrones. (*G. Lemerrier*)

No basta con escribir en el frontispicio de un convento: «Ésta es la casa del Señor», para pretender que él viva allí automáticamente.

El Señor viene, al monasterio o a una casa cualquiera, solamente si yo estoy allí de verdad. Esto es, si habito allí con el espíritu y el corazón.

Jesús puede repetirme también a mí: «Baja pronto. Pon tus huellas en mis huellas y te conduciré a mi casa. Ya la conoces: es tu casa». (*G. Lemerrier*)

La gente no entiende. Se escandaliza: *Todos murmuraban diciendo: Ha ido a hospedarse en casa de un hombre pecador.*

Ya. Si hubiese venido a mi casa...; a tu casa... ¿Hubiera sido entonces la casa de una persona justa, de una persona digna de hospedarlo?

De todos modos, queda en pie el hecho de que a la casa de Zaqueo *ha venido la salvación*. La casa de un pecador se ha convertido en la casa del Señor.

La casa del jefe de aduanas, probablemente un ladrón, se ha convertido en iglesia. Por algo este trozo del evangelio ha quedado inserto en la liturgia de la fiesta de la dedicación de una iglesia.

Y nosotros seguimos murmurando. En vez de quitar-nos el sombrero. Entrar. Y arrodillarnos.

Su testamento

Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo.

Es el testamento de Zaqueo. Un testamento puesto inmediatamente en ejecución.

Siempre me ha parecido extraño que nuestros testamentos comiencen con la fórmula: «Dejo...» Sería más exacto escribir: «Me veo obligado a dejar...»

Zaqueo, por el contrario, deja espontáneamente la mitad de sus bienes a los pobres. Sin que nadie se lo imponga. Sin verse obligado por el temor a la muerte inminente.

Se libera en seguida del fardo. Restituye en seguida. Todo lo que se da a los pobres no es más que una restitución obligatoria.

Comprende que el «tener» demasiado le impide «ser». Siente vergüenza de ser feliz él solo.

¿Se ha vuelto loco?

Ciertamente. Y es algo perfectamente natural, después de haberse encontrado con Cristo.

Chesterton ha observado:

El judaísmo, de una manera oscura y sublime, ha dejado escrito que si el hombre viese a Dios, moriría. El cristianismo juzga, con una fatalidad todavía más catastrófica, que si ve a Dios, vivirá para siempre. De todas formas, lo que suceda será decisivo y fuera de toda duda. Después de haber visto a Dios, el hombre puede morir; pero ciertamente no se sentirá un poco indispuesto, de modo que tenga que tomar una medicina o llamar al médico.

Zaqueo, después de que el Señor entró en su casa, no se siente ligeramente indispuesto. Se siente mal. Comprende que tiene que darle la vuelta a todo. Que tiene que enloquecer a los ojos del mundo.

Nuestra mala pata, por el contrario, es que después de

habernos encontrado con Cristo, nos hemos hecho demasiado «razonables». Nos hemos olvidado de la ley fundamental de la locura.

«Nadie se engañe. Si alguno entre vosotros se cree sabio según este mundo, hágase necio, para llegar a ser sabio.»

San Pablo nos pone frente a una elección bien precisa: o ser sabios ante el mundo y necios a los ojos de Dios; o bien ser necios ante el mundo y sabios a los ojos de Dios; «La sabiduría de este mundo es necedad a los ojos de Dios.»

Para el padre Leuret, el gran inspirador de la encíclica *Populorum progressio*, la locura pertenece al orden teológico y está estrechamente ligada con la fe, la esperanza y la caridad.

Y se lamentaba de que hoy, entre las filas cristianas, hubiese demasiados sabios, demasiados prudentes, demasiada gente atenta siempre a calcular y a medir.

Uno de sus mayores sufrimientos ha sido el de comprobar la ausencia de locura entre los cristianos, enfermos casi todos de excesiva «prudencia».

A los jóvenes que se presentaban ante él para ser acogidos en sus «equipos», les preguntaba solamente:

— ¿Estáis locos?

Y rezaba: «¡Oh Dios, mándanos locos! Tenemos necesidad de locos»...

Si el cristianismo aparece como sabiduría, como razonable a los ojos del mundo, quiere decir que ha sido desvirtuado, que ha sido traicionado.

La lección del administrador inteligente se completa de esta forma con la de Zaqueo (¡otro ladrón en el púlpito!) El primero nos enseña que hemos de ser listos. Zaqueo, que hemos de ser tontos. Y esto, en la lógica cristiana, es la misma cosa.

* * *

La dignidad por los suelos, Cristo que entra en casa de un pecador para darle la salvación, un testamento antes de tiempo. Este es el itinerario de Zaqueo, el testarudo. Son las capas de su encuentro con Cristo.

La gente lo cree loco.

Él ha encontrado la salvación.

O sea, la alegría de vivir.

22

«LO QUE ESTABA PERDIDO», ESTO ES, LO QUE NOSOTROS HABÍAMOS PERDIDO

El hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido. (*Lc 19, 10*)

Centenares de Zaqueos en nuestro camino. Centenares de Zaqueos esperando una señal.

Y nosotros seguimos adelante. Apenas nos dignamos dirigirles una mirada, los fotografiamos, los pesamos, los catalogamos, pronunciamos la sentencia de condenación. Y seguimos adelante.

Nuestro camino se convierte de esta forma en la avenida de las ocasiones perdidas.

Y Jesús tiene que volver a pasar por allí, sangrando sus pies, a recoger y recuperar lo que «estaba perdido». Lo que «nosotros» habíamos perdido.

La conducta de Cristo en el caso de Zaqueo, su empeño en llevarle a su casa la salvación, su mirada que logra «desanidar» al hombre empinado en el sicomoro, las maniobras realizadas en su recuperación, constituyen una dura reprimenda para nuestro «ir más allá», para nuestras liquidaciones en masa, para nuestras tácticas de resignación.

Cristo se ha parado.

Cristo lo ha mirado en los ojos, robándole su secreto.
Cristo le ha hecho una señal.

¿Por qué no nos detenemos?

Cristo se detiene a la altura de Zaqueo.

Nosotros, por el contrario, cerramos los ojos, asustados, nos tapamos la nariz y seguimos adelante.

Lo admito. El cuadro que muchas veces se presenta a nuestra vista no es de los que más entusiasman.

Un «prójimo» que parece hacer todo lo posible para hacernos difícil la práctica del mandamiento del amor.

Personas malas, ambiciosas, egoístas, hipócritas.

Personas que nos envenenan el aire con sus críticas y su envidia.

Individuos que siembran nuestro camino de trampas preparadas con sutil perfidia diplomática.

Hombres y mujeres armados de afilados dientes y de lengua terrible.

Pobres de aspecto repugnante, con el aliento, los vestidos y el alma que hieden.

Con frecuencia nos encontramos ante la estupidez en todas sus manifestaciones más desagradables.

Vemos la fealdad y las culpas. Sentimos la repugnancia y el asco. Y corremos a refugiarnos a la sombra del campanario. Quizás participemos en una reunión con los «nuestros» sobre el diálogo con los separados (¿y quiénes son los separados?, ¿no seremos nosotros los que nos hemos alejado, los que nos hemos «separado» de ciertas categorías de personas?)

Una mirada rápida. No están «presentables». No responden a los «requisitos» necesarios. En realidad, tenemos en la cabeza una imagen standard, estereotipada, del pobre, del ateo, del prójimo. Y cuando nos encontramos

frente al pobre, frente al ateo, frente al prójimo de carne y hueso, comprobamos que no corresponden al modelo abstracto que nos habíamos fabricado y que teníamos en el bolsillo, y los liquidamos sin parar.

No sabemos aceptar a los demás como son. Los queremos meter a la fuerza en nuestros esquemas. Y si no entran, peor para ellos.

Y, sin embargo, tenemos la conciencia tranquila. Hemos pronunciado ya el diagnóstico desgraciado: «irrecuperable». No hay nada que hacer.

A pesar de todo, hubiera sido muy fácil hacer una cosa: pararnos.

La realidad más evidente de la encarnación ¿no está quizás en el hecho de que un Dios ha venido a «plantar sus tiendas en medio de nosotros»?

Él ha sabido pararse. Y, desde luego, la humanidad no estaba muy «presentable».

Basta con que miremos en nuestro interior...

Desafío a la malicia

Cristo dirigió su vista hacia Zaqueo, le robó el secreto que llevaba dentro y logró sacudirlo en su interior.

«Porque lo amó.»

Se entra en comunión con las criaturas sólo cuando se las ama. En efecto, las criaturas nacieron a la vida por una palabra de amor del Dios creador. Y comprenden exclusivamente el lenguaje del amor. Se trata de una ley constitucional.

Si las criaturas son la manifestación del pensamiento divino que en ellas se actúa y se estructura, no se podrán comprender más que con un acto de comunión amorosa y respetuosa. Esta comunión, logrando unir el corazón del que las contempla con el de las criaturas contempladas y conocidas, es doblemente fecunda. Por una parte,

aumenta la capacidad comprensiva del contemplante, cuyas facultades quedan penetradas y dilatadas por un luminoso amor y por un conocimiento más profundo y respetuoso; por otra, *la criatura que es objeto de la comunión manifiesta su tesoro de vida*. Para el hombre en comunión, la criatura no es una forma que cae bajo su análisis racional, sino una realidad concreta individual, portadora del logos divino y del amor de Dios. (G. M. Vannucci)

En una palabra: el que ama se encuentra con sus propias facultades dilatadas; sus sentidos adquieren una extraordinaria capacidad de penetración. Y logra arrancar a la criatura su propio secreto.

El que no ama, el que juzga y condena y pasa de largo, se empobrece. Y las criaturas, encerradas celosamente en sí mismas, le cerrarán obstinadamente el paso de acceso a su misterio.

No tenemos que dejarnos desanimar por la miseria que nos rodea. Es verdad. Hay muchos mediocres, muchos sinvergüenzas, muchos viles, muchos malvados. Pero su condición, con demasiada frecuencia, está determinada por el hecho de que ninguno los ha amado de verdad. No han tenido su «ración» de amor, a la que tenían derecho. Son pequeños porque la falta de amor les ha impedido crecer.

Hemos de adoptar una línea exquisitamente evangélica: ante los muchos Zaqueos, tenemos que ponernos de su parte, tenemos que amarlos. Y amándolos, los haremos mejores.

El amor auténticamente cristiano es un amor creador.

No se detiene ante la malicia, la fealdad, las culpas, el «hedor» de los demás. Llega hasta el fondo. Crea la bondad, provoca el milagro.

No amamos a los demás porque sean buenos. Los hacemos buenos porque los amamos.

El desafío al mal no consiste en condenarlo, sino en excomulgarlo.

Y tampoco consiste en discutir.

Todas las veces que he vencido en una discusión, he perdido un alma. (Mons. Fulton Sheen)

El verdadero desafío tiene lugar en el plano del amor.

En una famosa película, *El puerto de las nieblas*, hay un diálogo que sintetiza eficazmente el alcance de este desafío.

El desertor reconoce ante su novia que es una criatura abyecta. La muchacha lo interrumpe:

— ¡Tú no puedes ser malo, porque yo te amo!

Si hay tanto mal en el mundo, esto se debe al hecho de que a este mal nosotros le hemos opuesto las náuseas, el disgusto, la condenación. Mientras que deberíamos haberle opuesto el amor.

El amor le impide a Zaqueo ser malo.

Sólo Dios «despierta» a Dios

Así, pues, el amor purifica nuestras miradas, las hace limpias, penetrantes.

Se dice ordinariamente que el amor es ciego. En realidad, es el único que nos ve perfectamente, ya que descubre cosas que se escapan a una mirada indiferente: logra ver bellezas y riquezas donde los demás no perciben más que oscuridad y fango.

¿Qué veían los demás en Zaqueo? Un ser miserable, odioso, un ladrón.

¿Y en María Magdalena? Una mujer desvergonzada.

¿Y en la samaritana? Una pecadora pública.

Los demás se resignaban inmediatamente a los manejos turbios de Zaqueo, a la actividad poco ortodoxa de María Magdalena, al pecado de la samaritana. Y pronun-

ciaban su condenación inapelable: de ahí no es posible sacar nada bueno. Irrecuperables.

Jesús, no. Él no se resigna.

Dirige su mirada a lo más profundo que hay en ellos, por debajo de la costra de mezquindad y miseria. Y tras haber superado el túnel oscuro de su malicia, los ojos de Cristo se posan en algo que queda aún «intacto». En algo que permite establecer un contacto.

— *Zaqueo, baja en seguida.*

Ha descubierto en Zaqueo algo que los demás no veían.

Nuestra tarea consiste en acercarnos a todos.

Llegar con nuestra mirada hasta dentro, más allá de la barrera de la maldad, hasta desenterrar riquezas insospechadas para los demás. *Acercarse quiere decir descubrir riquezas en los otros.*

Dice Bernanos:

La experiencia me ha demostrado, demasiado tarde, que no es posible explicar a los seres con sus vicios, sino por el contrario con todo cuanto han conservado de intacto, de puro, con lo que queda en ellos de infancia, aunque haya que ir a buscarlo muy en el fondo.

Y Claudel:

En el avaro más roñoso, en lo más profundo de una prostituta y de un borracho hay un alma inmortal, santamente ocupada en respirar, que, excluida de día, practica la adoración nocturna.

El amor cristiano va más allá de los vicios, más allá del «hedor» de los demás. Nos sumerge en la hondura y busca, descubre, despierta, urge todo lo que hay de intacto y de puro, incluso en los seres más perversos. Suscita lo mejor que hay en ellos y los descubre de nuevo.

En el hombre más abominable subsiste un rincón de inocencia, accesible únicamente a una inocencia correspondiente.

Y aquí estamos tocando el meollo más comprometedor de nuestra tarea.

Podemos resumirlo de este modo: se trata de hacer de espejos.

Expliquémonos. En todo hombre hay una imagen de Dios. Con frecuencia esta imagen ha sido sabotada, corrompida, ha sufrido daños muy grandes. Y ahora yace pisoteada, ofuscada, bajo un cúmulo de miserias y afeada por las incrustaciones obstinadas de nuestra maldad.

Todo apóstol auténtico tiene la misión de llegar hasta esa imagen. Despertarla, hacer que vea de nuevo la luz.

Para eso hemos dicho que es preciso hacer de espejos.

Y para ello se necesitan precisamente criaturas transparentes. Criaturas que posean a Dios.

Entonces será posible *el milagro del encuentro.*

Porque Dios se reconoce en Dios.

Dios responde exclusivamente a Dios.

Sólo Dios es capaz de «despertar» al Dios que duerme en el rincón más profundo de ciertas almas.

En cada Zaqueo que encontramos por nuestro camino hay un Dios sepultado en el rincón más tenebroso. Sólo responderá a la voz de Dios.

* * *

Existe por desgracia un apostolado raquíptico, incapaz de medirse con las necesidades del prójimo. Consiste esencialmente en dar vueltas a la noria, bajo la sombra del campanario, alrededor de los «nuestros».

Está caracterizado por un paso indeciso, por un gesto mesurado, por unos ojos miopes y por un corazón que ama solamente «en determinadas circunstancias».

El apostolado raquíptico ve a Zaqueo sobre el sicomoro y lo deja allí... para que madure. Antes de bajar, tiene que cumplir con determinados requisitos.

Quizás se pueda hablar de él, cuando haya dado a entender que quiere convertirse en *bienhechor* de nuestras obras.

Si no, seguirá siendo siempre un «pecador».

23

PROHIBIDO APLAUDIR A LOS PROFETAS

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no habéis querido! Pues bien, se os va a dejar desierta vuestra casa. (*Mt 23, 37-38*)

Todo el camino de la humanidad está señalado de piedras: las piedras que han servido para matar a los profetas. La historia está caracterizada por una gran matanza de profetas.

Pero todavía hay algo peor que lapidar a los profetas: el conmemorarlos después de su muerte. *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos!...*

Las conmemoraciones corren siempre el peligro de cubrir desmañadamente un remordimiento no aplacado o una coartada persistente. (*U. Vivarelli*)

Son una manifestación de la mala conciencia de muchos.

Al vil silencio de ayer le suceden las demasiadas charlatanerías de hoy. A la indiferencia y la sospecha, siguen las celebraciones y hasta las vergonzosas rivalidades por atribuirse sus tumbas.

En este mundo unos testimonian y otros estropean ese testimonio. Apenas un hombre testifica y muere, los demás estropean su testimonio con sus palabras. (*Camus*)

Cuando era la ocasión de «gritar desde los techos» y de salir al aire libre, muchos preferían permanecer en la retaguardia, entre los «lansquenetes de la ortodoxia», tirando sobre los profetas desarmados, o bien, en el fondo se trata de lo mismo, dejándoles morir de cansancio.

Ahora que los hechos han demostrado que la vanguardia era la única que tenía razón hace algunos decenios, ahora que no hay ya peligro en salir al descubierto (¡sobre el palco de las celebraciones oficiales!), he aquí que se da rienda suelta a la oratoria y que se escriben epitafios en el mármol. Se aplaude, con retraso, a una «gloria», e incluso se tiene la falta de pudor de emplearla como arma apologética contra los «enemigos»: «¿lo veis?; *nosotros* hace ya treinta años que habíamos hablado claramente..., que habíamos hecho...», con la ilusión de que así hacemos olvidar nuestro inmovilismo, nuestro miedo, nuestra obtusidad de ayer.

También Camus se encarga de liquidar brutalmente esa repugnante maniobra:

En los períodos de revolución siempre mueren los mejores. La ley del sacrificio hace siempre que al final sean los cobardes y los prudentes los que tienen la palabra, porque los demás la han perdido dando lo mejor que tenían. Hablar supone siempre haber traicionado.

Los profetas no tienen necesidad de que nos despellijemos las manos con los aplausos.

No quieren verse encerrados en un museo.

Exigen, más bien, que continuemos su testimonio por el camino del coraje, de la lucidez y del sacrificio.

Guía para el hombre

Muchos de los cristianos que conozco se están liberando de un espiritualismo que los ha traicionado; como reacción quieren ser ahora hombres como todos los demás, hacer las tareas de todos los demás, no ser tipos excepcionales: aunque ciertamente — añaden — como cristianos.

Y cuando se les plantea la pregunta: ¿Qué quiere decir «como cristianos»? , yo no veo otra explicación más que «como profetas»; o sea, como personas con una luz y una claridad y una visión que no tienen los demás. Si no, ¿qué es lo que quieren hacer «como cristianos»? (*A. Paoli*)

Un cristiano que se atraganta penosamente en las realidades cotidianas, que no sabe ver claro en los acontecimientos de la historia, que no sabe ser guía para el hombre, es un ser que estorba, un inútil.

Pues bien, ser guía para el hombre significa precisamente recobrar su propia función profética.

Pablo VI, al abrir la cuarta sesión del concilio, ha subrayado que la Iglesia «está encontrando de nuevo a la profecía».

En la constitución *Lumen gentium* se afirma que el pueblo de Dios participa de los tres atributos de Cristo «sacerdotal, real y profético».

Ahora bien, para que el cristiano pueda desempeñar esta función profética, tiene que disipar de antemano algunos equívocos demasiado comunes.

1. El profeta lee el presente

Un concepto vulgar tiende a presentar al profeta como un individuo extraño, una especie de mago que prevé el futuro.

No. El profeta lee perfectamente el presente. Tiene el sentido de la historia.

Ha entendido el sentido profundo de la palabra de Dios, en la contingencia histórica en la que Dios lo ha llamado para ser su testigo. Es un enviado de Dios para descifrar el hecho y captar la revelación de Dios en los hechos. (A. Paoli)

El ojo del profeta es tan lúcido que logra percibir cómo se cruzan las líneas del reino de Dios con las líneas del reino humano.

El profeta «descifra» los hechos del presente. Porque coloca la revelación eterna e inmutable de Dios en el punto de impacto de cada acontecimiento.

Es un hombre que ha comprendido el pasado, que no permanece en actitud de defensa frente al presente y que está abierto al futuro. Realiza de este modo una conexión viva entre el pasado, el presente y el futuro, a través de la mediación de la palabra de Dios.

2. Es un hombre libre

No está condicionado por los oportunismos. No se ve aprisionado por las tácticas diplomáticas. No está vinculado a intereses de ningún género.

Así dice Yavé contra los profetas
que extravían a mi pueblo,
los que, mientras mascan con sus dientes,
gritan: ¡Paz!,
mas a quien no pone nada en su boca
le declaran guerra santa.
Por eso tendréis noche sin visión,
oscuridad sin adivinación. (Miq 3, 5-6)

Se diría, según estas palabras, que muchos cristianos no saben desempeñar su función profética, que se han hecho incapaces de gritar, porque siempre se encuentran con alguien que les pone entre los dientes «algo que morder».

El profeta auténtico, por el contrario, no tiene «bien-

hechores» que lo condicionen. Es soberanamente libre para poder decir:

Yo, en cambio, estoy lleno de fuerza,
por el espíritu de Yavé,
y de juicio y de bravura,
para denunciar a Jacob su rebeldía
y a Israel su pecado. (Miq 3, 8)

Los superficiales, los tímidos, los conformistas lo consideran un rebelde. En realidad, él no sabe qué es el cálculo, la conveniencia, el arrivismo. Es libre, pero no es un rebelde. La suya, en definitiva, es una desobediencia en nombre de una obediencia más alta: a su conciencia y a Dios.

En él se realiza una paradoja que escandaliza solamente a los tímidos y a los mediocres: «es capaz de obedecer hasta la desobediencia».

El profeta está cortado por la talla de la libertad y del amor.

3. Es un hombre capaz de escandalizar

El peligro de «escandalizar» ha sido durante mucho tiempo un espantapájaros, plantado con frecuencia fuera de sitio, en cierta educación cristiana.

Existe indudablemente un «escandalizar» que merece las palabras más duras de Cristo. Sería necio ignorarlo.

Pero hay también un «escándalo» que representa una obligación precisa del cristiano. Y esto sucede cuando se trata de desenmascarar la hipocresía, especialmente cuando adopta actitudes religiosas, de poner en crisis el desorden constituido, de levantar la voz en nombre de la justicia, del amor y de la paz.

La vocación del cristiano no consiste en ser guardián del orden constituido. No hay que confundir la justicia con la legalidad.

Nosotros, los cristianos, hemos de ser en la historia y en la sociedad esa función eterna que va presentando continuamente la palabra de Dios al tiempo, y que pone en crisis todas las estructuras, todas las leyes y todas las experiencias. De ahí nace la crítica cristiana: nosotros, los cristianos, no estamos llamados para «custodiar» el orden constituido, sino que estamos llamados a inspirarlo y darle vida, a ser su levadura.

Precisamente porque llevamos dentro algo que «supera» toda experiencia puramente temporal, nosotros replanteamos una tensión eterna por la que la justicia se convierte en la crisis continua de la legalidad. Es fácil confundir justicia con legalidad. La legalidad es un conjunto de leyes constituidas, pero ¿cuánta justicia hay en su interior? Si nosotros no repasamos y no confrontamos continuamente esas estructuras, esas leyes, sobre la realidad del hombre que se revela y se manifiesta dentro y fuera de nosotros, nos veremos bloqueados y emparedados dentro de la legalidad. La justicia empuja hacia adelante, no conserva: fermenta, no aprisiona. (U. Vivarelli)

Hay en circulación profetas de pacotilla que entienden el escándalo, y se dedican a él con todo el empuje de sus palabras y de sus plumas, solamente en cierto sentido: el de la moral sexual. Y sin embargo se quedan mudos cuando se trata de denunciar escándalos de tanta o de mayor gravedad.

¿Qué es escándalo? ¿Hacer el amor? ¿No es quizás más escandaloso defender y proteger la injusticia porque me falta la «inteligencia espiritual» y profética necesaria para ver dónde se esconde? Es ciertamente más escandaloso dejarse condicionar por intereses y no optar decididamente por estructuras más justas que puedan ayudar al nacimiento de esa persona humana que defendemos y exaltamos en nuestros sermones. (A. Paoli)

Y un novelista expresa esta misma exigencia:

Se ha hecho mucho ruido, demasiado ruido, por las mujeres que en la iglesia enseñan las rodillas o el codo, y poco, demasiado poco ruido por los armamentos, la crueldad, la opresión, los amos que escatiman la paga justa a sus dependientes, las enfermedades, las desgracias, los falsos ideales nacionales. (B. Marshall)

Dejémosle también la palabra a un literato:

Del erotismo, de la carnalidad sale uno desilusionado y afligido, con la ceniza en la boca, es la misma naturaleza que así lo quiere; mientras que de la ambición, la avaricia, la política, los complots financieros, salimos llenos de salud y de millones, saboreando en cada ráfaga de aire un olor de fresas y de naranjas. (G. Marotta)

Los profetas auténticos tienen que desempeñar la tarea de poner en la boca de toda esta categoría última de personas el sabor de la ceniza.

Por consiguiente, el profeta es un hombre capaz de escandalizar a la «gente de buena conciencia». Es capaz de gritar contra el escándalo. Contra todos los escándalos.

El profeta nos hace comprender que el evangelio es una fuerza de crítica, no de bendición.

4. *El profeta sabe callar*

Es el hombre de la palabra, una palabra dura, áspera como una piedra, que deja señal, pero es también el hombre del silencio.

No habla a tontas y a locas. Reduce sus intervenciones a lo esencial. De esta forma, sus intervenciones resultan siempre determinantes, «escandalosas». Porque brotan del silencio.

Los silencios del profeta son inquietantes, lo mismo que sus invectivas.

5. *Es un contemplativo*

La profecía madura en la contemplación. Es ésta una verdad que hoy no tienen en cuenta muchos cristianos.

El profeta es ante todo un hombre que ha aprendido a rezar.

Naturalmente, no se trata de la oración con carácter exclusivamente utilitarista de muchos devotos. Ni tampoco de la oración hecha simplemente por obligación.

Pensándolo bien, «se reza no para ser escuchado, sino para escuchar a Dios. O sea, a través de la oración nos logramos concentrar en Dios y descubrir de esta manera sus planes sobre nosotros. Nos proponemos actuarlos y hacerlos actuar: y concluimos: «Hágase “tu” voluntad».

En la verdadera relación que establece la oración, no es Dios el que escucha lo que se le pide, sino que es aquel que reza el que sigue rezando hasta ser precisamente él el que escucha lo que Dios quiere. (*Kierkegaard*)

La contemplación no crea desertores de la vida. Sino que, por el contrario, expresa una doble fidelidad: a Dios y al hombre, al reino y a la historia.

Hay una oración contemplativa que apunta directamente a Dios para descubrir todos los problemas en Dios, no liberándolos de su carga de dificultad y de drama, sino iluminándolos solamente por la luz y la sabiduría divina que da una paz profunda, evitando la pereza superficial y precipitada del hombre que busca en la oración el privilegio de no ser actor y responsable de la historia. (*A. Paoli*)

El profeta-contemplante se concentra en Dios, se pone al corriente de los proyectos de Dios. Y se hace su portador en medio de los hombres.

De esta forma, entre los balbuceos generales el profeta es el único que habla claro: entre la perplejidad de la gente es el único que sabe señalar la dirección exacta; en medio de los tropiezos tan abundantes en la oscuridad, es el único que proporciona un poco de luz.

Por medio del profeta, Dios dirige la historia.

La oración del profeta se podría resumir así: yo cuento contigo, tú puedes contar conmigo.

Y este dinamismo se resuelve en la salvación del hombre.

Todos estamos llamados a ser profetas.

Se trata de descubrir los puntos de convergencia entre la construcción del mundo y la llegada del reino.

El profeta sacude todas las modorras y le impide a la Iglesia caminar a remolque.

Pero no es un oficio fácil.

Se encuentra uno con desconfianzas, hostilidades, incomprendimientos. Se estorba el camino de muchas comparas que prefieren pavonearse en el teatro de la vida.

No hay que asustarse de esto. Tampoco hay que asustarse por tropezar con el odio de mucha gente. Cristo nos ha advertido de antemano.

Pero sigue en pie el hecho de que nos pueden venir dudas, incluso en medio de la lapidación. Surge la pregunta inquietante: ¿estaremos en el buen camino?

Don Mazzolari, un sacerdote que supo realizar hasta el fondo su misión de profeta, nos dejó una regla preciosa para acertar si nos encontramos en el buen camino:

Quando uno gana solamente sufrimientos, quando a uno le toca pagar personalmente, el camino es bueno.

24

EL CRISTIANO COMPROMETIDO EN LA HISTORIA

Al atardecer decís: — Va a hacer buen tiempo, porque el cielo tiene un rojo de fuego, y a la mañana: — Hoy habrá tormenta, porque el cielo tiene un rojo sombrío. ¡Con que sabéis discernir el aspecto del cielo y no podéis discernir las señales de los tiempos! (*Mt 16, 2-3*)

El dilema del siglo pasado: «fe y ciencia» ha dejado su lugar a otro problema: «cristianismo e historia».

La atención a los *signos de los tiempos*, en la que ha puesto el acento el Concilio Vaticano II, quiere decir, en sustancia, que hemos de insertar en nuestro cristianismo la dimensión histórica, que hemos de colocarnos de nuevo en la línea de la encarnación, esto es, en la línea de «un Dios que se hace carne, pero que se hace también historia».

Los sucesos históricos en la trama del reino

Lo mismo que la historia entra en el tejido de la humanidad, así entra en el tejido del cristianismo. Y la dimensión histórica es esencial e intrínseca para la perfección del cristiano.

Los acontecimientos históricos entran en la trama del reino.

Evidentemente, «no se trata de que el progreso de la historia introduzca en la gracia y construya el reino, según una relación de causa y de efecto. Ni la naturaleza ni la historia poseen la capacidad de revelar el misterio de Dios. Su palabra viene «de arriba» mediante la iniciativa de un amor gratuito que se compromete en una comunión amorosa. La gracia es gracia, y la historia profana no es fuente de salvación. La evangelización pertenece a un orden distinto de la civilización. Alimentar al hombre no quiere decir, de suyo, salvarlo, aun cuando mi salvación me imponga la obligación de alimentarlo. Promover la cultura no quiere decir en ningún modo convertir a la fe.

Sin embargo, esta trascendencia insuperable, tanto de la iniciativa como de su contenido, no elimina ni en la naturaleza ni en la historia, sino que más bien exige, para la verdad amorosa de la iniciativa y para la asimilación nutritiva de su contenido, un encuentro real con una interioridad abierta al amor de Dios que se ofrece; exige una capacidad efectiva, aunque no «activa», para comprenderla y satisfacerla. Las empresas humanas, el dominio sobre la naturaleza, la conciencia creciente de los pueblos, la cultura de los espíritus, la urgencia de la paz, la universal solidaridad del género humano, no son solamente la materia ocasional o una condición totalmente extrínseca de la vida individual o colectiva de la gracia. Por muy ambiguos que sean, estos valores profanos son otros tantos «toques de atención». (*D. M. Chenu*)

Una vez precisado esto, sigue en pie el hecho de que el «acontecimiento» constituye, como hemos subrayado ya al hablar de la profecía, el punto de impacto de la gracia.

El examen del santo

Se ha observado que algunos católicos podrían vivir, indiferentemente, su cristianismo en el siglo XIII lo mismo que en el siglo XIX.

Hay en ellos una desconcertante uniformidad de estilo, fruto de un espiritualismo desencarnado, que los convierte prácticamente en desertores de los problemas de su tiempo. Son unos emboscados. La historia ni siquiera los descubre.

No han entendido el pasado, deforman el presente y tienen un miedo visceral al futuro. Y el miedo al futuro engendra en ellos una «impotencia» en el presente. Cuando el futuro deja de estar «abierto», la vida se queda vacía de fuerza y de amor, se queda asmática.

Viven ausentes en medio de las realidades concretas. Dejan a los demás el peso de las elecciones decisivas. Ellos siguen mirando prudentemente. Frente al progreso permanecen en actitud de defensa. Frente a una humanidad que crece, levantan instintivamente los escudos oxidados de sus prejuicios.

El cristiano, por el contrario, que desee expresar su propia fidelidad a la línea de la encarnación, tiene que poseer la «inteligencia del momento presente» y adoptar una «postura histórica». Lo cual no tiene nada que ver con cierta «actualidad de estilo», con cierto despliegue de «técnicas de vanguardia», con cierta «mundanidad» que serpea por la cristiandad actual. Estas adhesiones epidérmicas al «hoy» constituyen una negativa a una inserción vital en el mundo. Representan un «servirse del mundo» más que un «servir al mundo». Y son un engaño, tanto en relación con la palabra de Dios, como en relación con los hombres.

Por el contrario, asumir la dimensión histórica signi-

fica no creer en una salvación indeterminada, sino descubrir en la etapa actual de la historia del mundo la «etapa actual» de la historia de la salvación.

En una palabra: el cristiano, hoy, se ve sometido a una prueba sumamente comprometedora, la prueba de la historicidad.

Su santidad se mide también por la capacidad para comprometerse con los problemas de su tiempo, por la aportación que ofrece a su solución, por la lucidez demostrada al descifrar los acontecimientos. Si se revela incapaz de ello, merece un suspenso. Será considerado como «una mixtificación, una marioneta, uno que juega al santo sin conocer siquiera su oficio de hombre». Y también:

El abogado del diablo de mañana tendrá que profundizar en su examen y preguntarse si la fe ha sido verdaderamente tan heroica que ha dado a ese hombre, que espera en el más allá el juicio de la tierra, la gracia de comprender su tiempo y su comunidad y de obli-
garle a hacer ciertas opciones. (A. Paoli)

En el campo de tiro

Stendhal tiene una narración «ejemplar» que sintetiza de una manera admirable la postura de ciertos cristianos. Fabricio, su héroe, permanece un día entero tumbado en tierra, en un campo de tiro, con la nariz clavada en el suelo, protegiendo su cuerpo con su caballo, sin darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor, de la confusión que lo rodeaba.

Solamente al atardecer se enteró de que se trataba de la batalla de Waterloo...

Hay cristianos que corren este mismo peligro trágico.

Permanecen como espectadores de la historia del mundo, que se desarrolla ante sus ojos. Se empeñan en transcurrir su vida en medio del mundo vestidos de turistas.

Siguen firmando cheques en blanco para que los «demás» construyan la historia.

Sus raras intervenciones son las de un juez cejijunto que emite severas sentencias de condenación.

Y cuando no pueden hacerlo, irrumpen en acentos apocalípticos, de un apocalipsis en el peor sentido de la palabra, o se ponen a rumiar sus desventuras.

¿Cómo se explica esta desconfianza, este aburrimiento en relación con la historia?

Ante todo porque existe todavía un arraigado prejuicio, fruto de una indebida separación y de una neta oposición entre espíritu y materia, que consiste en creer que lo temporal «ensucia».

Lo mismo que por largo tiempo se creyó que era incorrecto, por parte de un cristiano de buena sociedad, mancharse las manos en la «materia baja y sucia», así también hoy parece poco correcto para muchos comprometerse en la construcción del presente y del futuro.

No se han atendido las advertencias de Teilhard de Chardin: «La fe en Jesucristo se podrá en el futuro conservar o difundir sólo a través de la fe en el mundo».

Y no se ha prestado suficiente atención a la observación tan aguda de Péguy: «Lo espiritual está siempre reclinado en el lecho de lo temporal».

Otro prejuicio bastante común consiste en que el compromiso temporal distrae la atención del cristiano, que tiene que dirigirse exclusivamente al reino.

Se trata únicamente de una cómoda excusa de nuestra pereza. De hecho, está suficientemente demostrado que precisamente la falta de tensión escatológica es la que nos ha traído el debilitamiento de los compromisos temporales.

Lo que contamina y falsea el presente es el veneno de una escatología desquiciada.

Fidelidad al futuro

Aquí tropezamos con otro error de fondo. Hay «devotos» que se complacen en saltarse el presente, para sumergirse en la espera del reino futuro. Creen que de esta forma conservan su fidelidad a lo eterno, descuidando la historia. No se dan cuenta de que lo eterno expresa la propia actualidad en las contingencias históricas. Y que por ese motivo la traición al tiempo equivale a una traición a lo eterno.

Estos individuos conciben el más allá como totalmente separado de la tierra. No logran percibir el nexo que existe entre ambos reinos. Están ciegos.

La salvación, el reino de Dios, no sobrevuelan por encima del mundo como nubes entre el cielo y la tierra, sino que están verdaderamente dentro, se preparan dentro del mundo. (*Congar*)

La eternidad no es una especie de añadido futuro a la vida, de prolongación lineal de nuestra existencia hasta el infinito; sino que se encuentra ya en lo más íntimo del hombre como fruto de su actividad espiritual. (*K. Rahner*)

Y Chenu saca las consecuencias:

De este modo para el cristiano todo acontecimiento, día tras día, lleva consigo una densidad escatológica, no a través de una evasión fuera del tiempo, sino a través de una referencia concreta y actual con el acontecimiento absoluto que es Cristo, Dios venido a la historia.

Por tanto, para el cristiano, el presente, el hoy, contiene un germen de futuro. Para él el futuro ha comenzado ya de veras.

Y su fidelidad al presente se resuelve, en sustancia, en una fidelidad al futuro.

El compromiso dominante de su existencia debería ser éste: ser «fiel al propio futuro».

* * *

Es difícil hacer a los cristianos

capaces de gozar el presente, la realidad, el futuro; para ello es menester liberarlos, ampliar sus horizontes, hacerles respirar interiormente. La iluminación psicológica de lo profundo, la apertura de la propia persona, precisamente entre los muros cerrados de los cristianos, a pesar de varios intentos muy importantes y dignos de respeto, está aún en sus comienzos. Sin embargo, solamente un hombre abierto, un hombre que vea por lo menos un poco más allá de su propia sombra, aunque no la supere, puede percibir la historia como historia abierta. (F. Heer)

Se ha dicho que «el hombre es el porvenir del hombre».

Podemos completar la frase: «el cristiano, fiel a la historia, es el porvenir del hombre».

Y es también el porvenir de Cristo.

25

TAMBIÉN NOSOTROS CON PIEDRAS EN LAS MANOS

Si os mantenéis fieles a mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres. Ellos le respondieron: — Nosotros somos raza de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Os haréis libres? Jesús les respondió: — En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es un esclavo. Y el esclavo no se queda en casa para siempre; mientras el hijo se queda para siempre. Si, pues, el hijo os da la libertad, seréis realmente libres. Ya sé que sois raza de Abrahán; pero tratáis de matarme, porque mi palabra no prende en vosotros. Yo hablo lo que he visto donde mi Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído donde vuestro padre. Ellos le respondieron: — Nuestro padre es Abrahán. Jesús les dice: — Si fuerais hijos de Abrahán, haríais las obras de Abrahán. Pero tratáis de matarme, a mí que os he dicho la verdad que oí de Dios. Esto no lo hizo Abrahán. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Ellos le dijeron: — Nosotros no hemos nacido de la prostitución; no tenemos más padre que a Dios. Jesús respondió: — Si Dios fuera vuestro Padre, me amaríais a mí porque yo he salido y vengo de Dios; no he venido por mi cuenta, sino que él me ha enviado. ¿Por qué no comprendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vuestro padre es el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Este fue homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira. Pero a mí, como os digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros puede probar que soy pecador? Si digo la verdad, ¿por

qué no me creéis? El que es de Dios, escucha las palabras de Dios; vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios. Los judíos le respondieron: — ¿No decimos, con razón, que eres samaritano y que tienes un demonio? Respondió Jesús: — Yo no tengo demonio; sino que honro a mi Padre, y vosotros me deshonráis a mí. Yo no busco mi gloria; ya hay quien la busca y juzga. Yo os aseguro: si alguno guarda mi palabra, no verá la muerte jamás. Le dijeron los judíos: — Ahora estamos seguros de que tienes un demonio. Abrahán murió, y también los profetas; y tú dices: «Si alguno guarda mi palabra no probará la muerte jamás». ¿Eres tú acaso más que nuestro padre Abrahán, que murió? También los profetas murieron. ¿Por quién te tienes a ti mismo? Jesús respondió: — Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada; es mi Padre quien me glorifica, de quien vosotros decís: «Él es nuestro Dios», y sin embargo no le conocéis. Yo sí que le conozco; si dijera que no le conozco, sería un mentiroso como vosotros. Pero yo le conozco, y guardo su palabra. Vuestro padre Abrahán se regocijó pensando en ver mi día; lo vio y se alegró. Entonces los judíos le dijeron: — ¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abrahán? Jesús les respondió: — En verdad, en verdad os digo: antes que naciese Abrahán, yo soy. Entonces tomaron piedras para tirárselas; pero Jesús se ocultó y salió del templo. (Jn 8, 31-59)

La disputa de Cristo con sus enemigos se va ensanchando y profundizando cada vez más.

Del debate sobre la ley se trasladan al terreno de una controversia sobre el nacimiento. Queda planteada una verdadera cuestión de «legitimidad».

Los fariseos han desempeñado el papel de unas horrendas comadronas que han convencido a la casa de Israel de que aquel hijo de los hombres y aquel Hijo de Dios no era el suyo. (Bruckberger)

Y en la discusión los interlocutores se van remontando cada vez más alto, por encima de Moisés, o sea de la ley, hasta Abrahán, la promesa, para llegar a Dios.

En esta disputa que se va encendiendo poco a poco, todos se ven obligados a tomar partido. Es imposible la

neutralidad ante Jesús. Y hoy sigue siendo esto tan cierto como ayer.

Él se va exponiendo cada vez más hasta llegar al límite de la lapidación ritual.

Pero también todos los que se muestran fieles a él se «exponen» al peligro.

Más que un encuentro de ideas y de palabras — ¡tampoco faltan los insultos! —, podríamos decir que se trata de un cruzarse de espadas o, mejor dicho, de bastones.

La conclusión es dramática. Sobre la explanada del templo hay abundancia de piedras. Algunos se inclinan para cogerlas. *Entonces tomaron piedras para tirárselas.*

Conviene que veamos si, por acaso, también nosotros presentamos cara a la verdad. Quizás, inconscientemente, también nosotros tomamos piedras para lapidar a Jesús. Hay momentos en nuestra vida, en los que nos ponemos de parte de los que toman piedras.

Nos defendemos de su palabra de muchas maneras.

1. Ignorándola

Se trata de un tema vulgar, ya sabido y doloroso. Lo sé. Pero conviene repetir ciertas cosas, aunque se nos tache de poco originales.

Me voy a limitar a unas cuantas preguntas muy sencillas. ¿Conocemos bien el evangelio? ¿Nos preocupamos de leerlo, de releerlo, diez, ciento, mil veces? ¿De profundizar en él? ¿De captar todas sus riquezas?

Discípulos de Jesús, el evangelio ¿es realmente nuestro texto fundamental, único, insustituible? O ¿tenemos al alcance de la mano otros textos como miserables sustitutos?

¿Seríamos capaces de permanecer un mes, un año, solos con el evangelio en la mano, sin ningún otro libro?

¿Cuántas copias del evangelio hemos gastado ya, gas-

tado en el sentido literal, material, del término, durante nuestra vida?

¿Hay páginas del evangelio que podríamos llamar verdaderamente «nuestras», páginas sobre las que volvemos con suma frecuencia, páginas que seríamos capaces de comentar con competencia y calor, páginas que nos llenan siempre de conmoción y de alegría?

¡Cuántos libros de dudosa espiritualidad, de devoción facilona en nuestras manos! Páginas que muchas veces hacen pasar las palabras de Cristo a través de los filtros de la prudencia y del sentido común. Libros que engendran confusión, que golpean exclusivamente en la tecla del sentimiento, que nos quitan la costumbre de pensar y nos presentan una espiritualidad barata.

¡Cuántos volúmenes llenos de consideraciones abstractas e intelectualistas!

Vamos en busca de alimentos sofisticados, de manjares con escaso poder nutritivo y rehusamos el pan. Nos hemos acostumbrado a vivir de pastitas o de «pasteles», en el peor sentido de la palabra, y no somos capaces de asimilar el pan.

Sin embargo, todo «aggiornamento» tiene aquí su origen: no tener miedo del evangelio.

2. Ignorando los problemas de nuestro tiempo

El evangelio no es una cosa abstracta, algo que pueda ser comprendido intelectualmente, algo que pueda ser comprendido en su «totalidad» sentado a la mesa.

El evangelio es rico en potencialidades. Estas potencialidades se traducen en acto en el tiempo, según las diversas épocas. El evangelio se encarna, se traduce en el tiempo.

Hay estrellas cuya luz llega hasta nosotros después de millares de años. Algo parecido sucede con la palabra de

Jesús. Ciertas verdades revelan de improviso su luz, y nos sentimos invadidos por ellas solamente en contacto con un determinado suceso histórico. Se diría que es el tiempo el que arranca al evangelio su luz.

El que vive apartado de su tiempo, el que ignora por un mal entendido espiritualismo sus ansias, sus angustias, sus problemas, sus características, sus exigencias, sus sucesos, corre el peligro de situarse fuera del evangelio, de no comprenderlo en toda su extensión y en toda su riqueza.

El ejemplo de los santos, a este respecto, es sumamente significativo.

Existe una maravillosa reciprocidad. El evangelio está dispuesto a iluminar los problemas de todos los tiempos. Pero también podemos decir que los problemas de una determinada época histórica iluminan al evangelio, lo aclaran, profundizan en todos sus aspectos, lo estimulan a que produzca siempre una luz nueva.

El que se mantiene fuera de la vida, se mantiene fuera de la comprensión del evangelio.

3. Separándola de la vida

No hay peor traición a la verdad que la de confinarla en un mundo abstracto, separándola de la vida. Como si sobre ciertas verdades pusiésemos la siguiente etiqueta: «Imposible». Cosas muy bonitas, poesía insuperable, pero la vida práctica es algo muy diferente.

Es mucho mejor combatir abiertamente a una verdad, más que relegarla en el limbo de las cosas sin relación con la vida.

¿No hay quizás sectores de nuestra existencia que, quizás sin darnos cuenta, por una especie de instinto de defensa, hemos sustraído al influjo de la palabra de Cristo?, ¿Que hemos desvinculado del evangelio?

¿No hay, por casualidad, verdades que hemos arrinconado, por ser demasiado duras?

Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis? Este reproche es siempre actual para nosotros. Basta con que nos convenzamos de que en el término «creer» hay que incluir un sentido de vida, no sólo de pensamiento.

Muchas veces no creemos.

Una vez más estamos obligados amargamente a reconocerlo: demasiada religión y poca fe.

*

No nos hagamos ilusiones. La verdad que nos presenta Cristo es una verdad crucificada, no aplaudida.

Una verdad contra la que muchos sienten unas ganas locas de tirar piedras, no una verdad triunfal.

Una verdad que lleva consigo la señal de los clavos, no una verdad brillante, de salón.

El que quiera separar esta verdad de la cruz, se hace comediante de la verdad, no su testigo.

La garantía de la autenticidad y de la validez de nuestras palabras es «la señal de los clavos».

Frente a las palabras de Cristo hay una sola alternativa:

- se abraza su verdad crucificada,
- se le tiran piedras.

26

ALTA CIRUGÍA

Llamó otra vez a la gente y les dijo: — Oídmelos todos y entended. Nada hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda hacerle impuro; sino lo que sale del hombre, eso es lo que hace impuro al hombre. Quien tenga oídos para oír que oiga.

Y cuando, apartándose de la gente entró en casa, sus discípulos le preguntaron sobre la parábola. Él les dijo: — Con que también vosotros estáis sin inteligencia? ¿No comprendéis que todo lo que de fuera entra en el hombre no puede hacerle impuro, pues no entra en su corazón, sino en el vientre y va a parar al excusado? — así declaraba puros todos los alimentos. Y añadía: — Lo que sale del hombre, eso es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas: fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraude, libertinaje, envidia, injuria, insolencia, insensatez. Todas estas perversidades salen de dentro y hacen impuro al hombre. (Mc 7, 14-23)

Cuando quiere demoler una postura religiosa formalista, cuyos rasgos característicos son la rigidez y la superficialidad y cuya exclusiva preocupación es la de la legalidad obsesiva, Cristo no duda en adoptar la ironía más impresionante, el sarcasmo más audaz, incluso un lenguaje realista.

Los fariseos quedaban escandalizados: *Se acercan a él los discípulos y le dicen: — ¿Sabes que los fariseos se han escandalizado al oír tus palabras?*

Según su mentalidad, bastaba con que un alimento fuese llevado a la boca por manos impuras para que todo el hombre quedara impuro.

La fábrica produce trece productos malos

Reducida a sus términos más crudos, la declaración de Jesús podría sonar de este modo: lo que entra no ensucia; lo que ensucia es lo que sale.

«A la entrada está el alimento, a la salida el excremento». (R. Bernard)

Pero esto sería reducir la profunda reflexión de Cristo a una mera cuestión de higiene.

En realidad, él no pretende abolir la ley. Quiere librarla de su costra de tradiciones excesivas, del peso de una «letra» que sofoca el espíritu. El suyo es un mensaje liberador.

Con un decidido empeño, una vez más Jesús traslada el debate del plano de las prescripciones legales al plano humano. En el centro no están ya los alimentos puros o impuros, sino el hombre. Mejor dicho, el corazón del hombre.

La mano de Jesús no se detiene en la epidermis, sino que se mete más hondo. Arranca el velo que esconde el mal fondo de donde brotan las acciones que «ensucian» de verdad. Y percibe el pecado no en las acciones, en las manifestaciones externas, sino en la raíz, en el corazón del hombre.

Ya no se trata de manos más o menos lavadas, de conductas más o menos irreprochables, sino de pureza de corazón.

Infectivamente, de dentro, es decir, del corazón de los hombres, es de donde salen los malos pensamientos...

Y enumera hasta trece malos productos de esa fábrica colocada en el centro de la persona.

Amo, ergo sum

Juzgamos a nuestros semejantes por su rostro exterior, por sus palabras, por sus acciones.

Cristo se acerca al hombre llegando de pronto hasta su interioridad. O sea, hasta su corazón.

El corazón, en sentido bíblico, tiene una amplitud infinitamente más vasta que el centro emocional, ligado a la vida afectiva, del que hablan los manuales de psicología. Según la mentalidad hebrea, se piensa, se recuerda, se toman decisiones con el corazón. El corazón es al mismo tiempo amor, inteligencia, espíritu, memoria, conocimiento, libertad.

El corazón es la expresión de la persona en su interioridad y en su totalidad.

El corazón queda lejos de la mirada de los demás hombres.

Pero Dios «sondea el abismo y el corazón humano». (Ecl 42, 18)

«El hombre mira las apariencias, pero Yavé mira el corazón.» (1 Sam 16, 7)

El Señor no se contenta con los labios que se mueven: «Este pueblo se me ha allegado con su boca y me ha honrado con sus labios, mientras que su corazón está lejos de mí» (Is 29, 13). Tiene necesidad de hombres que quieran «jugar su vida y arriesgar su corazón» (Jer 30, 21).

La peor maldición para un hombre es poseer un «corazón endurecido».

En el Antiguo Testamento, Dios se lamenta muchas veces del pueblo elegido precisamente por su corazón.

Y usa las expresiones más severas y pintorescas: «Este pueblo tiene un corazón traidor y rebelde» (*Jer 5, 23*), un «corazón incircunciso» (*Lev 26, 41*), «su corazón es doble» (*Os 10, 2*).

Los hebreos tienen la culpa de haber seguido «la pertinacia de su mal corazón» (*Jer 7, 24*).

La esperanza para los hombres consiste en «desgarrar su corazón» (*Joel 2, 13*) y presentarse a Dios «con un corazón contrito y humillado» (*Sal 51, 13*).

Jesús, en el evangelio, vuelve sobre el mismo tema: *¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer!... La palabra de Dios hay que escucharla con un corazón bueno y recto.*

El mayor mandamiento se resume en *amar al Señor, tu Dios, con todo tu corazón.* El hermano tiene que ser perdonado *de corazón.* Y la visión de Dios se les promete a los *limpios de corazón.*

Como si no fuera suficiente, Cristo ofrece precisamente una definición del hombre basada en el «contenido» de su corazón: *Donde está vuestro tesoro, allí está vuestro corazón.* Hazme ver el objeto de tu amor y te diré quién eres.

El «cogito, ergo sum» de Descartes se convierte de esta forma en «amo, ergo sum» (*Barakynsky*). Y san Gregorio Niseno afirma claramente: «Nuestro creador nos ha dado el amor como expresión de nuestro rostro humano».

En la estructura del ser humano la primacía jerárquica le corresponde indudablemente al corazón.

Se puede decir paradójicamente que Cristo se ha encarnado para tener un corazón humano. Porque envidiaba al hombre su corazón.

El altar de Dios

El amor a sí mismo arroja a Dios del corazón del hombre.

De esta forma, el corazón «vacío» de Dios se convierte en un «micro-caos», un corazón «dividido», un agregado de «corazones pequeños», de «pequeñas eternidades de gozo». (*Kierkegaard*)

Pero cuando el hombre le dice «sí» a Dios, entonces el Espíritu lo visita, lo ocupa en la fuente misma del ser. *Vendremos a él y haremos morada en él.* El hombre se convierte en un ser «visitado». Su corazón, según la estúpida expresión de san Serafín, se transforma en «altar de Dios».

Por consiguiente, Dios se apodera del corazón del hombre. Pero su presencia no es jamás una presencia tranquila, que garantice la comodidad. Por el contrario, no hace más que sembrar inquietudes, insinuar nostalgias lacerantes, empujar hacia horizontes «imposibles», fijar programas enloquecedores, lanzar hacia aventuras inconcebibles. «El hombre es una criatura que ha recibido la orden de hacerse Dios.» (*San Basilio*)

De esta manera, la existencia de una persona se ve caracterizada por una continua superación. «Su lema no es *sum*, sino *sursum*.» (*G. Marcel*)

«La auténtica antropología cristiana pasa a ser, por consiguiente, una ontología de la deificación.» (*P. Evdokimov*)

El hombre queda «cristificado». «El fango recibe una dignidad real..., se transforma en sustancia del rey.»

*

Os purificaré. Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. (*Ez 36, 23*)

Se trata de una operación de alta cirugía, que solamente es posible para Dios. Sustitución de un corazón de piedra por un corazón de carne.

Malos pensamientos, fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, ambiciones, crueldad, fraudes, lascivia, envidia, maledicencia, orgullo, necedad: he aquí los productos del corazón de piedra.

Y Dios me lo arranca, ese corazón de piedra. Lo tira muy lejos. Porque no le sirve ni a él ni a mí.

Y lo sustituye por un corazón de carne.

Es una operación muy dolorosa. Realmente, el corazón de piedra tiene ramificaciones tenaces por toda la persona.

Pero vale la pena.

Después, se tiene la posibilidad de afrontar la existencia, completamente «curados».

Con un corazón «nuevo».

Entonces podrá suceder algo grande entre Dios y mi alma.

Algo inmenso, pero que puede expresarse en dos palabras:

— amar

— y ser amado.

27

LA MONTAÑA DE LUZ CAMINA HACIA EL ASFALTO

Seis días después, toma Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los lleva aparte, a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos blancos como la luz. En esto, se les aparecieron Moisés y Elías que conversaban con él. Entonces Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: — Señor, es bueno estarnos aquí. Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió, y salió de la nube una voz que decía: — Este es mi Hijo amado, en quien me complace; escuchadle.

Al oír esto los discípulos cayeron rostro en tierra llenos de miedo. Mas Jesús, acercándose a ellos, les tocó y dijo: — Levantaos, no tengáis miedo. Ellos alzaron sus ojos y ya no vieron a nadie más que a Jesús solo. (*Mt 17, 1-9*)

Incluso las páginas más dulces y, diríamos, entusiasmantes del evangelio tienen un aspecto incómodo.

Típico ejemplo es el trozo de la transfiguración.

Hay por lo menos dos elementos de incomodidad en esta página.

Conozco a ese hombre

Ante todo, no puedo evitar el pensamiento de que son los mismos tres apóstoles que, poco después, acompañarán a Jesús en el huerto de Getsemaní.

En el Tabor, frente a la figura de Cristo llena de luz, se quedan deslumbrados y radiantes de gozo.

En Getsemaní, ante la figura de Cristo empapada en sangre, en su oración angustiada, quedan trastornados por el miedo, por el escándalo... y por el sueño.

Y no puedo evitar el pensamiento de que es el mismo Pedro el que grita: *Es bueno estar aquí... Hagamos tres tiendas*. Y el que poco después protesta: *Te lo juro. No conozco a ese hombre*.

El rostro de Cristo transfigurado los entusiasma, los satisface, porque entra dentro de sus perspectivas, de sus sueños, de sus aspiraciones.

El rostro de Cristo humillado, sufriendo, coronado de espinas, les asusta, les llena de miedo, los escandaliza. No lo reconocen. No entra dentro de sus esperanzas.

Cuando uno se encuentra con Cristo y se decide a seguirlo, se enfrenta con una aventura llena de riesgos, de imprevistos, de hechos desconcertantes.

Jesús no nos garantiza una permanencia prolongada sobre el Tabor. Nos puede llevar consigo mucho más alto, hasta no tener que sentir ya el peso de la vida de cada día. Puede regalarnos algunos momentos de felicidad inmensa, de luz fulgurante.

Pero también puede llamarnos a que vigilemos con él en interminables noches de angustia, de dudas, de oscuridad. Cuando parece que todo se va a hundir, cuando parece que el mundo se derriba. Nos sentimos invadidos por el desánimo, por un sentido de inutilidad de nuestra vida y de nuestra actividad. Y nos parece que nos hemos convertido en los liquidadores de un fracaso colosal, en los enterradores de unas estupendas esperanzas, rotas por el hielo de la dura realidad.

Sin embargo, es éste precisamente el «punto crítico» de nuestra vida cristiana.

Se trata de que no desertemos. De que no seamos

traidores. De que nos quedemos clavados junto a Cristo, incluso cuando su rostro es poco atrayente, incluso cuando nos da la impresión de que él no está allí.

Saber decir: «Sí, conozco a ese hombre», tanto en el Tabor, como en Getsemaní y en el calvario.

Reconocer su presencia aun cuando sea una presencia incómoda, comprometedora, aun cuando no haga más que desmentir nuestras más legítimas esperanzas.

«Nunca me ha traicionado.» Pienso que es éste el elogio más bello que podrán hacer de nosotros después de nuestra muerte.

«Sí, conozco a ese hombre.» Y él también dirá que nos conoce.

El drama del asfalto

Segundo elemento de incomodidad. Se trata de unas líneas más tarde del relato de la transfiguración. Jesús y los apóstoles, al bajar del monte, se encontraron inmediatamente sumergidos en la trama de la vida de cada día: miserias, sufrimientos, mezquindades.

Cuando llegaron donde la gente, se acercó a él un hombre que, arrodillándose ante él, le dijo: ¡Señor, ten piedad de mi hijo! Porque es lunático, y está mal; pues muchas veces cae en el fuego y muchas en el agua. (*Mt 17, 14-15*)

Podríamos llamarlo el drama de la llanura. El drama del asfalto.

El que ha estado en la montaña, el que ha trepado por senderos solitarios, el que ha admirado panoramas espléndidos e infinitos, cuando vuelve abajo, a la llanura, al asfalto, en medio del tráfico y del rumor de la vida ordinaria, siente cómo se le estrecha el corazón y experimenta una sensación de ahogo.

Todo le parece tan pequeño, tan vulgar, tan mezquino, tan irritante en comparación con las cosas que ha saboreado allá arriba... Y le resulta difícil habituarse, hacer las paces con la vida ordinaria. Y se confía a alguna fotografía, a alguna instantánea que se ha quedado fija en sus ojos...

Es también ése nuestro drama. De la contemplación hay que bajar a la vida cotidiana. Con sus acostumbradas ocupaciones, sus acostumbradas rutinas, su acostumbrado horario, sus acostumbradas acciones sin ningún relieve exterior.

Cuando se ha estado con el Señor, sobre el Tabor, «se hace difícil soportar a los hombres». (Zarri)

El peso del ambiente, de sus mezquindades, de sus pequeñeces, de sus incomprendiones, de su obtusidad.

El peso de los demás. Su comportamiento con nosotros...

Decía un obispo inglés a su joven secretario:

Y ahora que los sacerdotes no son ya colgados, descuartizados o torturados, uno de los pocos medios que nos quedan para santificarnos es soportar a los otros sacerdotes. El dolor no es tan agudo, pero dura más. (BRUCE MARSHALL, *El birrete rojo*)

Lo mismo puede decirse, en general, para todos los cristianos.

Y el ideal que hemos sentido tan elevado, tan fascinador, lo vemos ahora encarnado en una realidad pequeña, absolutamente desilusionante.

Y también la Iglesia, en su realidad humana, no corresponde muchas veces a nuestros sueños...

Es el drama de la llanura. El drama del asfalto.

Se insinúa sutil la tentación de ceder, de adaptarse, de arrojar las armas, de uniformarse.

Los grandes permanecen. Los que aman el ideal, le sirven aunque lo vean encarnado en una realidad repug-

nante. El que quiere caminar adelante, lo hace aun cuando se dé cuenta de que el grueso del ejército se ha retrasado terriblemente, pesadamente, y se vea él expuesto a los golpes.

Se trata de conservar intacta, de guardar en medio de la oscuridad de la llanura, una llama de aquella luz que se ha contemplado en el Tabor.

Ya. Hay que haber estado en el Tabor, naturalmente. Sólo el que ha respirado a pleno pulmón el aire de la montaña, logra resistir en medio de los miasmas de la llanura.

Se trata de tener dureza. O sea, de obstinarse en contraponer la luz a las tinieblas, la grandeza a la mediocridad, la generosidad a la ruindad, el perdón a los «golpes bajos», la fidelidad a las deserciones, la sinceridad a la hipocresía, la pureza de las intenciones a las «maniobras de corredor», el amor al odio, el interés a la indiferencia.

Se trata de una lucha que, en ciertos momentos, parece perdida: ¡tan duras son las cosas a las que intentamos oponernos! Tenemos la impresión de que nos han aplastado, de que ya no hay nada que hacer. Las fuerzas contrarias pueden con nosotros.

Pero será la paciencia, la fidelidad, la obstinación, lo que nos llevará al éxito. Nos daremos cuenta de que un poco de luz ha logrado superar ciertas zonas de sombra. Que el frente del ideal ha ganado terreno a las charcas de la mediocridad. Que el Tabor hunde ya sus raíces en la llanura.

* * *

Jesús nos ha asegurado que una *je tan pequeña como un grano de mostaza es capaz de mover las montañas*. Sí, el Tabor, gracias a nosotros, puede avanzar unos milímetros en la llanura, en el asfalto.

Y nuestra existencia no habrá sido inútil.

LA IGLESIA DE LOS PECADORES

Dijo también a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: «¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias».

En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: «¡Oh, Dios! Ten compasión de mí, que soy pecador!»

Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado. (Lc 18, 9-14)

Nos gustaría pasar un poco de largo al margen de esta parábola. La vemos perfilarse en el horizonte de nuestra plácida navegación como un escollo contra el que corre peligro de chocar la navicilla de nuestra seguridad. Más valdría no ir en busca de las dificultades.

Nos gustaría pasar de largo; lo malo es que san Lucas nos la envía como si fuera una carta certificada con acuse de recibo y nuestra dirección bien clara en el sobre: Para algunos que se tienen por justos y desprecian a los demás.

¿Acudiremos a los especialistas para asegurarnos de

que la misiva no se refiere a nosotros, sino a los fariseos y que por eso hemos de colgársela a ellos?

Se necesita una cara demasiado dura para sostener semejante enormidad. Además, ¿quién puede estar seguro de no poseer una gota de sangre farisea en sus venas?

Por eso, más vale enfilar directamente contra este escollo. Y no vendrá mal que se hunda nuestra falsa seguridad.

Pero ¡ánimo! Abramos el sobre y tomemos conciencia de este mensaje personal.

Dos hombres en la escena, y el personaje principal está escondido

Dos hombres subieron al templo a orar...

Aparentemente, son dos los protagonistas de la parábola. En realidad, hay un tercer personaje que observa la escena, aunque escondido detrás de una columna del templo. Por tanto, dos hombres cogidos en el momento de orar. Y el Señor que los observa.

Su carnet de identidad. El fariseo: pertenece al partido de los «justos». Es un decidido lector y un escrupuloso observador de la ley. Multiplica las prácticas de devoción, las oraciones, los ayunos, las limosnas. Es un fiel ejecutor de las más mínimas prescripciones legales. Nosotros lo liquidaríamos con un brutal «besapilas». La verdad es que se fija más en la fachada que en el interior, en el aparecer que en el ser. Está atacado, hasta la médula de sus huesos, por el bacilo de la hipocresía.

El publicano: tiene el oficio poco simpático de recaudador de tributos, al servicio de los romanos o de Herodes. Religiosamente dista bastante de ser ejemplar. No se preocupa mucho de las reglas de piedad de los fa-

riseos. Siempre está «impuro»: realmente, no se preocupa mucho de lavarse cien veces al día. Y ni siquiera lava las legumbres compradas en el mercado. Pero no es necesariamente un incrédulo.

Y ahora veámoslos en acción. Mejor dicho, en oración.

El fariseo avanza con paso decidido, está en pie, bien plantado, y empieza su oración que es una auténtica invitación dirigida a Dios para que tome en consideración sus buenas acciones.

Más que rezar, se reza a sí mismo. O, si queremos, se cuenta su historia.

Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias.

Como si quisiera dar a entender al Señor la importancia de todas estas cosas y subrayar su excepcionalidad, ha puesto por delante de su lista el elenco detallado de las faltas ajenas: *¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros.*

Y mientras reza, este sagrado pavo, cuyas palabras suenan como una blasfemia, todavía tiene humor para dar una ojeada a su alrededor con su «cuello torcido»; y ve allí al publicano, *que se mantiene a distancia*, probablemente ni siquiera se atrevió a pasar el dintel del patio exterior, y lo llama como testigo: *No soy como los demás hombres..., ni tampoco como ese publicano.*

Pero ¿qué puesto ocupa Dios en la religiosidad de ese saco de vanidad y de suficiencia? El fariseo tiene necesidad de que Dios exista: de lo contrario, ¿ante quién podría cacarear su propia mercancía?

El reconocimiento de la existencia de Dios crece allí por necesidad de mercado. Secretamente lo que dice el fariseo es lo siguiente: *tú existes, oh Dios, porque si no, ¿de que me servirían mis virtudes y quién pensaría en darles a los otros lo que se merecen?* (Balducci)

Por lo demás, la oración del fariseo no es ni siquiera inédita. Está sacada de un modelo talmúdico que suena de este modo:

Te doy gracias, Señor Dios mío, por haberme hecho participar de la compañía de los que se sientan en la casa de la enseñanza, y no de la de los que se sientan en el ángulo de la calle; como ellos me pongo en camino, pero me voy en seguida hacia la palabra de la ley, mientras que ellos corren hacia cosas fútiles. Trabajo, como ellos trabajan; sudo, y obtengo mi recompensa; ellos sudan, y se quedan sin recompensa. Corro yo y corren ellos; corro hacia la vida del mundo futuro y ellos corren hacia la fosa de perdición.

El fariseo no ocupa su sitio exacto en la oración. Está lleno de sí mismo como un huevo. Y Dios mismo no sabría cómo encontrar una fisura en aquel mundo compacto de presunción por donde pudiera pasar su gracia.

Por el contrario, el publicano, el pecador, encuentra inmediatamente la postura correcta: *... Manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: ¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!*

El publicano se sumerge en su propia indignidad, lo mismo que el fariseo se subía al pedestal de sus virtudes.

Ni siquiera tiene necesidad de confesar detalladamente sus propias culpas. ¡La confesión ya se la ha hecho el fariseo! El fariseo se ha encargado de ahorrarle la preocupación de desgranar el rosario de sus pecados. Él no tiene más que sintetizar y sacar las conclusiones: *Ten compasión de mí, que soy pecador!*

El fariseo ha puesto la enumeración de las culpas. Él pondrá el arrepentimiento.

Y entoces es cuando entra en escena el personaje principal.

Ha estado examinando todos los movimientos y captando todas las palabras. Ahora dicta la sentencia en tono

solemne: *Os digo que éste (el publicano) bajó a su casa justificado y aquél (el fariseo), no.* Y añade la motivación: *Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado.*

Para el publicano es la salvación. Para el otro, el Señor no pronuncia siquiera una condenación explícita. Probablemente ha observado con una mirada cargada de ironía la bufonada que ha representado aquel pavo insoporable. Si su oración hubiese merecido una respuesta, ésta habría tenido un tono sarcástico: *Ayuno dos veces por semana.* Pero hay personas en este mundo que ayunan más todavía para adelgazar...

Doy el diezmo de todas mis ganancias... Pero hay algunos que no pagan los diezmos por el simple motivo de que no ganan nada, porque no disponen de los dineros que tú tienes, y será mejor que no indagemos mucho sobre su proveniencia...

Pensándolo bien, el fariseo no merece siquiera una respuesta irónica.

... Dos hombres subieron al templo a orar. Pero sólo uno rezó. Esperémoslos a la salida. Observémoslos. El fariseo sale empujado, el publicano engrandecido.

Son las sorpresas de la oración.

Cuando se juega a ricos

Aunque el fariseo nos sea decididamente antipático, casi sin darnos cuenta nos ponemos junto a él en el templo e imitamos su postura de suficiencia y de presunción. Jugamos a ricos con el Señor. Exponemos nuestras «buenas obras» y le invitamos a que nos admire. Vamos a la iglesia, no para escuchar a Dios y sus exigencias sobre nosotros. Le impedimos incluso que hable, atronando sus

oídos con nuestras charlas. Vamos a la iglesia, no para recibir, sino para dar.

El fariseo finge ignorar que los dos polos de la oración son la grandeza de Dios y nuestra nada. Y los sustituye con otros dos polos: sus propias virtudes y el desprecio a los demás. Es lo mismo que nosotros hacemos.

El fariseo se construye un pedestal con sus propias «buenas obras» y con la condenación de los demás. «Enumerar los pecados ajenos es una de las industrias más trágicas e imbéciles de la soberbia humana». (*Fabbretti*)

Se cree grande porque empuja a Dios. Se cree virtuoso porque desprecia a los demás.

El pecado típico del fariseo es el de sentirse un «separado»: *¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres...*

Ya. Nosotros y los demás. Nosotros, distintos de los demás. Si el mundo va mal, si hay tanta injusticia, si hay tanto egoísmo, si hay tanta suciedad, la culpa es siempre de los demás. No nuestra. Ni siquiera se nos ocurre sospechar que no somos bastante justos, bastante generosos, bastante limpios. Y por eso también nosotros somos responsables de que el mundo «vaya mal».

Todos nos consideramos buenos. Y por eso en el mundo hay tantos bribones.

Otro pecado, otra ceguera colosal de nosotros, los fariseos, consiste en medir nuestras relaciones con Dios bajo un aspecto cuantitativo. En semejante visión, Dios es considerado como un amo al que se deben ciertas prestaciones. Prácticas de devoción, misas, comuniones, primeros viernes de mes, procesiones. Y así vamos cancelando nuestras deudas. Hemos pagado el tributo.

Todo lo más, admitimos que Dios puede aumentar las cuotas (con los tiempos que corren, con la carestía de la vida, con la inflación...) Pero nos movemos siempre en

el terreno cuantitativo. No llegamos a concebir la idea de que Dios disipa de una vez esa mentalidad de toma y daca, confundiendo nuestras ideas y pronunciando un discurso en que desbarata nuestra lógica.

Es preciso que demos de lado al fariseo y nos coloquemos al lado del publicano, clavado en su propia miseria.

El publicano sabe que las credenciales válidas para presentarse delante de Dios no están representadas por la propia falta de responsabilidad, por la propia honradez o justicia, por el «certificado de buena conducta», sino por la miseria, por el reconocimiento de la propia condición de pecadores.

El publicano se siente pequeño. Por eso sale del templo engrandecido.

Se reconoce pobre. Por eso sale enriquecido.

* * *

¿Tenemos la humildad suficiente para aceptar la lección del publicano?

¿Queremos dejar de jugar a ricos con Dios?

¿Sentimos toda la fragilidad y todo el peligro del pedestal de las buenas obras en que nos hemos alzado?

¿Nos damos cuenta de que sólo «cuando estamos sinceramente convencidos de que no tenemos nada presentable, podremos entonces presentarnos delante de Dios?»

¿Queremos dejar de sacudir al aire nuestras oraciones inflamadas de vanagloria, para empezar a golpear el pecho? No queda otra alternativa: o golpear el aire o golpear el pecho.

¿Queremos convencernos de que el mundo irá mejor cuando nos sintamos no ya «distintos de los demás» ni «iguales a los demás», sino «peores que ellos?»

La parábola exige una respuesta. Hemos dicho al principio que es como una carta certificada con acuse de recibo.

Por eso hemos de dar nuestro nombre. Haciendo una opción. O el nombre de los «justos», o el de los «pecadores».

Los descendientes del fariseo son innumerables; pero, por fortuna, también son innumerables los del publicano. Gracias a estos últimos la Iglesia de los pecadores se va haciendo todos los días la Iglesia de los santos. (*Fabbretti*)

¿SOMOS CAPACES DE COMPRENDER LA ESTRATEGIA DE LA MISERICORDIA?

Dijo: — Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: «Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde». Y él les repartió la hacienda. Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino.

Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Y entrando en sí mismo, dijo: «¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros». Y, levantándose, partió hacia su padre.

Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: «Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo». Pero el padre dijo a sus siervos: «Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado». Y comenzaron la fiesta.

Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a

uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo: «Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque lo ha recobrado sano». Él se irritó y no quería entrar. Salió su padre y le suplicaba. Pero él replicó a su padre: «Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado».

Pero él le dijo: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado». (Lc 15, 11-32)

Es uno de los *tests* más inquietantes, quizás el fundamental, de nuestro «ser cristianos».

La prueba decisiva de nuestra fe es precisamente ésta. No se trata de un artículo un poco difícil del credo el que tenga que plegarse la inteligencia. Ni tampoco de un precepto arduo al que tenga que acomodarse nuestra conducta moral. Estamos frente a un comportamiento especial, el del padre ante el hijo que vuelve tras *haber devorado la hacienda con prostitutas*. Un comportamiento que exige nuestro juicio, nuestra aprobación o nuestra disensión.

Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. ¿Qué pensamos de todo esto? ¿Estamos dispuestos a aceptar los gestos del padre, su ternura, su correr al encuentro de aquel cabeza rota, su echarle los brazos al cuello y besarle efusivamente? ¿O nos parece que todo esto es un poco exagerado o, peor aún, debilidad de anciano? ¿Aceptamos los festejos? ¿No a regañadientes, sino con la certeza de que la fiesta por su vuelta es obligada?

Nuestro cristianismo se mide por los brazos abiertos. Una prueba sobre todo para el corazón. ¿Es capaz de soportar ese gesto inmenso y loco?

El examen más comprometido de la fe cristiana consiste en medir la anchura del corazón. En ponernos en contacto con el amor de Dios y ver si no nos escandalizamos.

San Ambrosio tiene una expresión que no deja de asustarme. Ante el problema, *cur homo?*, ¿por qué la creación del hombre?, da esta solución:

Damos gracias a Dios por haber realizado una obra tras la cual pudiera descansar. Hizo los cielos, y no leo que haya descansado. Hizo el sol, la luna y las estrellas, y no leo que haya descansado. Pero leo que hizo al hombre y que entonces *descansó, teniendo finalmente a alguien a quien poder perdonar los pecados.*

Éste puede ser el guión más apropiado para la interpretación de la parábola. El esquema más idóneo para el examen de que hablábamos al principio.

El que se considera justo, el que pertenece al club de las personas decentes, no tiene dificultad en aceptar a un Dios justo. Pero la fe del cristiano consiste en aceptar a un Dios que es amor. *Nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene.*

¿Somos capaces de «perdonar» a Dios su amor? ¿De no escandalizarnos de sus locuras, de sus exageraciones, de sus debilidades?

En una palabra: ¿estamos dispuestos a comprender, a aceptar, a entrar en la «estrategia de la misericordia»?

Quede bien claro que se trata de una estrategia que no respeta las reglas tradicionales, que se articula en maniobras insospechadas, en gestos locos, en «hacer el juego al enemigo», en vencer con la debilidad.

Un tema para el primero de la clase...

Tema: cuenta la parábola del hijo pródigo.

Muchas veces me sorprendo pensando en cómo habría-

mos desarrollado un tema de este estilo, si no existiera el relato de san Lucas.

Sería imperdonable presunción, por mi parte, querer «anticipar» el desarrollo de los demás. El tuyo, por ejemplo. Por eso me voy a limitar a confesar cuál habría sido mi desarrollo.

Habría descrito la aventura del hermano menor de una manera bastante semejante a la parábola evangélica.

Seguramente, sin embargo, en relación con la «vida disoluta», habría cargado la mano sin limitarme a la única línea del evangelista: ... *Malgastó su hacienda viviendo como un libertino.*

Al hermano mayor lo habría presentado de una manera más favorable. ¡Caramba! La fidelidad con que se quedó él solo para la casa y el trabajo me habría servido para subrayar más aún la enormidad de la culpa de aquel calavera que saltó la pared de su casa paterna y se marchó a dilapidar *sus bienes con las prostitutas.*

Y sobre todo, mi narración se habría apartado bastante de la que salió de los labios de Cristo al describir la actitud del padre. Le habría puesto en la boca un rapapolvos de miedo, una reprimenda capaz de levantar la piel:

«¡Eres la vergüenza de nuestra familia! ¡Qué deshonra para nuestra casa! Has querido envenenar los años de mi vejez... Piensa en lo que dirá ahora la gente. Mira a tu hermano, tan trabajador, tan fiel y tan obediente: mal imitas su ejemplo. Y ahora que vuelves con los bolsillos vacíos, ahora que tus amigos te han echado a puntapiés, no se te ocurre otra cosa más que volver al plato sobre el que acababas de escupir... De todos modos, tienes que demostrar que mereces un puesto en esta casa; tendrás que ganarte de nuevo a pulso mi confianza. Te pondré a prueba. Me fijaré bien en ti, no sea que la manzana podrida eche a perder a las sanas».

Y para concluir, una lección saludable, un castigo merecido.

En resumen: una redacción aceptable, muy digna del primero de la clase. Una narración muy ajustada a lo razonable. Ninguna actitud demasiado atrevida. Dios es bueno, pero es justo. Además, hay que evitar soluciones que podrían interpretarse como alicientes para el vicio.

Éste sería mi tema. Mi redacción «razonable». Mi parábola «tan saludable y edificante».

... que merece un suspenso

Y el Señor se pone a leer mis folias tan arregladas y prudentes. Toma un lápiz rojo y traza encima dos tachaduras.

Y corrige por debajo:

Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente... Y dijo a sus siervos: «Traed aprisa el mejor vestido y vestídle, ponle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado».

Y comenzaron la fiesta.

¡Qué verdad es que una redacción propia del primero de la clase no merece más que un suspenso en la escuela de Cristo! Todo está mal. La solución exacta es completamente distinta. No he entendido nada.

Mi corazón no late al compás del corazón del padre.

No logro imaginarme aquellos brazos abiertos en un gesto inmenso de misericordia.

Y procuro restringir ese gesto, reducirlo a dimensiones menos «escandalosas», más aceptables.

Y me suspenden en el examen de cristianismo.

No creo en el amor.

No sé aceptar un corazón cuya medida consiste en ser sin medida. Cuya razón consiste en ser sin razón.

Soy incapaz de «perdonarle» al padre su corazón.

He hecho una redacción muy bonita.

Pero no he sabido comprender al personaje principal.

Y me he equivocado en el final.

He fracasado. Porque lo he apoyado todo en el hermano mayor. Mientras que todo tiene que girar alrededor de la locura del padre.

Mi fotografía

Hay un cuadro de Rembrandt que penetra profundamente en el espíritu de esta parábola.

El padre: un anciano venerable, con el manto abierto en toda su amplitud, un rostro que irradia felicidad, a pesar de sus ojos casi apagados por el llanto. Las manos están firmemente apoyadas en los hombros del hijo para impedirle que se marche de nuevo.

El hijo menor está en la sombra, de rodillas: lo vemos de espaldas. Tiene la cabeza sepultada en el seno del padre.

De perfil, el mayor: en pie, con las cejas fruncidas, un gesto de disgusto en la boca, las manos contraídas en un gesto de rabia, toda su actitud expresa la desaprobación y el escándalo por la debilidad y la decadencia de su padre.

Frente al cuadro, se me presenta una sospecha atroz: ¿será ésta mi fotografía? Me refiero a la figura del hijo mayor...

De la pintura a la literatura. Anouilh, en uno de sus escritos, expone la idea que tiene del juicio universal:

los justos están a las puertas del paraíso, una masa compacta de gente que tiene prisas por entrar, convencida de que tiene un puesto reservado, ansiosa, respirando impaciencia. Y de pronto se difunde entre ellos un murmullo: «¡Parece que va a perdonar a los otros!»

Por un momento, la admiración les obliga a enmudecer y los inmoviliza. Luego, miradas irritadas, suspiros, gritos, protestas. Están indignados. «No valía la pena...», «si hubiese sabido...» La bilis se recalienta. Explotan en imprecaciones contra Dios... Y son condenados inmediatamente.

El juicio se ha llevado a cabo: han sido juzgados, han sido excomulgados. El amor se ha manifestado y se han negado a reconocerlo.

*

Muchos de sus discípulos, al oírle, dijeron: — Es duro este lenguaje; ¿quién puede escucharlo?

Podemos añadir: esta conducta del padre es dura. Este amor suyo desborda demasiado de los límites de lo razonable.

Pero, *sabiendo Jesús en su interior que sus discípulos murmuraban por esto, les dijo: — ¿Esto os escandaliza?... Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él. Jesús dijo entonces a los doce: — ¿También vosotros queréis marcharos?*

Está dispuesto a dejarnos ir si no queremos aceptar su estrategia de misericordia, si no queremos perdonarle su amor.

Decíamos que la parábola del hijo pródigo constituye la prueba decisiva de nuestro «ser cristianos».

Un examen sumamente sencillo y sumamente arduo: ¿somos capaces de aceptar aquellos brazos abiertos en un gesto inmenso de perdón, resistiendo a la tentación de reducir su anchura?

En la casa del padre hay sitio para todos.

Hay un puesto privilegiado incluso para el hijo que vuelve derrotado.

Para el único que no hay sitio es para el que no soporta el corazón del padre.

Si queremos completar la prueba, podemos añadir la parábola de los obreros de la hora undécima. Pero la pregunta decisiva sigue siendo siempre la misma: ¿reconocemos a ese Dios que ama tan locamente?, ¿aprobamos, sobre todo, el *modo* con que el amor ama?

La fe se mide por la anchura de nuestro corazón.

REZO EL CONFITEOR EN LUGAR DEL MAYOR

El mayor reza el «confiteor» al revés: *Hace tantos años que te sirvo y jamás dejé de cumplir una orden tuya.*

Evidentemente, pertenece a la misma raza del fariseo: *¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros... Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias.*

Y como él no lo ha hecho, tendré yo que rezar el «confiteor» en su lugar. Iré desgranando sus culpas. No por el gusto de acusar, sino porque me reconozco a mí mismo en la figura del hermano mayor. Por tanto, podría ser mi «confiteor».

Decorador de sueños

... Ese hijo tuyo que ha devorado tu hacienda. Y no se da cuenta de que el primer devorador ha sido él.

Ha devorado sueños, ideales atrevidos, el gusto de la aventura. Ha ocultado bien pronto todos los entusiasmos. Ha recortado con cuidado todos los horizontes demasiado elevados. Su bandera se ha convertido en un pañuelo. Se ha creado un mundo a medida de su propia mediocridad y mezquindad. Se ha puesto las zapatillas y se ha

convertido en un hombre de orden. Ha envejecido precozmente.

Más aún, nunca jamás ha sido joven. Ha devorado la esperanza, la frescura de la juventud con sus ímpetus y su bullicio, con sus altos ideales. Ha dejado que se pudran los sueños más audaces.

Ha desperdiciado la riqueza más sagrada, la del misterio. Ha alcanzado desde sus primeros años la sabiduría de los viejos, la incredulidad. De sus cálculos ha eliminado en seguida la incógnita, la parte de lo incierto; se ha acogido a los números explícitos, a la realidad segura, a los bueyes, a las casas y a la confianza de su padre. (*A. Romanó*)

Demasiado honrado

No conoce esa suprema libertad que consiste en admitir: «Me he equivocado».

Tiene el error de ser honrado. Demasiado honrado. Y ha sido probablemente su fría honradez legalista la que ha decidido al hermano mayor a saltar la tapia.

Hay culpas felices lo mismo que hay virtudes insulsas y complicadas. El hermano mayor nos da un ejemplo de ellas con una honradez que *destaca y que se opone*.

El mundo está lleno de barreras: barreras de raza, de nación, de clase, de profesión. ¿Por qué no añadir las barreras del bien? Los *buenos* se complacen en hacer su capillita. ¡El club de la gente honrada!

No es el bien el que eleva las barreras y constituye impedimento, sino la estrechez de espíritu de los que hacen el bien.

La pasión del bien no es más que una fraternidad universal, sentida a través de todas las criaturas, incluso las que menos lo merecen. Por eso es la antítesis de toda separación. El bien es el único puente que se puede echar siempre a través del foso de nuestro egoísmo.

Pero el *bien* del hermano mayor no es más que un hábito distinguido, un título que oponer, un carnet de identidad que separa. (*Mazzolari*)

El pródigo se ha ido de la casa paterna porque, antes que él, su hermano se había portado como un «separado».

La barrera la habían levantado las virtudes del mayor o, mejor dicho, su manera de ser virtuoso.

Hay conductas virtuosas, frías, amargas, legalistas, estrechas, que atraen casi irresistiblemente hacia el pecado.

Una buena dosis de moralina

Es lícito suponer que el mayor no ahorró predicamentos y consejos al hermanito inquieto y perturbador. Incluso le habrá pintado, con tintas oscuras, la fealdad del pecado y sus nefastas consecuencias.

Y seguramente el pródigo habrá empezado a sospechar que el pecado no era tan feo... Entre otras cosas, le habrá animado en su suposición incluso la relación bíblica del primer pecado.

Vio la mujer que el árbol era *bueno* para comer, *apetecible* a la vista y *excelente* para lograr sabiduría. (Gén 3, 6)

No podemos contentarnos con hablar de la fealdad del pecado. No hay nadie que cometa un pecado solamente por hacer mal, sino porque en el pecado descubre un bien, una belleza, aunque sólo sea minúscula y parcial.

No se trata tanto de insistir en la fealdad del pecado, en la que pocos creen, como de manifestar con nuestra propia vida la belleza de la gracia. Demostrar con los hechos, con nuestro comportamiento, que hay más alegría en hacer el bien que en cometer pecados, que hay más felicidad en seguir las bienaventuranzas de Cristo que las del mundo. Que da más gozo entregarse que vivir para sí. Que existen valores más grandes y más dignos de nosotros que el dinero, los placeres, la ambición de hacer carrera.

«Gracia es experimentar mayor placer en no pecar que en pecar.» (L. Santucci)

El hermano mayor ha cometido la equivocación de no haber sabido demostrar en concreto todo esto.

Tenía la cara de un bendito. Por eso logró hacer el vacío a su alrededor. Y el otro se fue a buscar la alegría a un país lejano.

Probablemente sometió al hermano menor, según la expresión de Mounier, a una doble inyección de moralina.

Redujo la pertenencia a la casa del padre a una cuestión de reglamento, de ley, de deberes y prohibiciones.

Le llenó el cerebro de «lo que tenía que hacer», sin hablarle nunca de «lo que era». Y el pródigo se encontró con un camino lleno de señales de prohibición, con un camino cerrado. Por eso quiso seguir «su propio camino», en busca de sí mismo.

Realmente, es más frecuente de lo que quisiéramos, encontrar en el mundo, bajo la etiqueta de cristianismo, un código de conducta moral y religiosa, cuya preocupación principal parece ser la de desanimar a los entusiastas, la de llenar los abismos, la de esquivar la audacia, la de eludir el sufrimiento, la de reducir a una conversación doméstica las exigencias del infinito, la de domesticar las angustias de nuestro estado. (E. Mounier)

Quizás el pecado capital de ciertas educaciones cristianas sea precisamente éste: les hemos enseñado a los hombres lo que tenían que hacer y nos hemos olvidado de decirles lo que eran.

Nos hemos preocupado de una manera casi obsesiva por el camino, hemos trazado un código minuciosísimo de circulación y hemos perdido de vista al hombre que lo tenía que recorrer.

Hemos elegido la solución más cómoda. Porque es fácil decirle a un individuo: haz esto, no hagas aquello, ¡ay si te portas de ese modo! Pero es difícil revelarle su

identidad, ayudarle a descubrir su propia dignidad, su libertad, su responsabilidad.

«Dime lo que soy. El puesto que ocupo en la casa. Cuéntame el amor de padre»: podía haberle gritado el hijo pródigo a su hermano mayor.

No recibió respuesta. La solfa acostumbrada, insoponible. Y entonces decidió actuar por sí mismo. Se marchó. Sin mirar atrás. ¿Para qué? Se habría encontrado con aquel rostro severo, con aquella antipática caricatura del rostro paterno.

Los peores enemigos de la religión no son los que la combaten abiertamente. Son las filas compactas de hijos mayores que la empobrecen, la deforman, la reducen a un amargo y estrecho moralismo.

El padre visto como sargento

Se creía que, para estar en su puesto en la casa del padre, era suficiente respetar con toda escrupulosidad el reglamento. *No he dejado de cumplir jamás una orden.*

Consideraba sus relaciones con el padre como una partida de méritos que era preciso registrar como un minucioso contable. En su aritmética pedante las cuentas cuadraban exactamente.

La verdad es que había un pequeño superávit en el «haber»: *un cabrito para tener una fiesta con mis amigos.* El padre le debía un cabrito. Sólo así cuadraría el balance. Convenía que el viejo no se olvidase. Ya se encargaría de recordárselo, de echárselo en cara, apenas se presentase la ocasión.

Este hijo mayor, este trabajador infatigable, este hombre de orden, este buen cristiano, ha cometido la equivocación de convertir al padre en una especie de sargento,

dándole el encargo de llevar «concienzudamente» la contabilidad de sus buenas obras, de sus méritos.

Tiene el mal gusto de pretender que las cuentas salgan siempre bien. Y se escandaliza por la vuelta del pródigo, creyendo que su aritmética se va a hundir. Que el padre va hacer algunas enmiendas en sus libros de contabilidad.

Hasta ahora, con excepción del cabrito, las cuentas iban bien. Ahora ya no. Y el mayor entra en crisis.

Nunca había tenido el coraje de plantearse la pregunta: ¿quién está más lejos de casa?, ¿el insensato que la ha abandonado y se ha marchado a tierra extraña o el que se ha quedado en ella sin amor?

Su egoísta presunción le impide sospechar que quizás sea él, y no su hermano pequeño, el que esté en «un país lejano».

Aparece en el horizonte aquel sinvergüenza de su hermano. *Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta.* El padre, loco, ha arrojado en su libro de cuentas todo el peso de su propio corazón. Y viene un terremoto. Las cifras saltan. Se invierte el debe y el haber. Las operaciones no cuadran. Un lío espantoso. El corazón es el que lo ha desbaratado todo. Hay una absoluta incompatibilidad entre el corazón y los números.

Y el mayor se informa, se queja, se enfurruña, murmura, protesta.

No es justo.

Estos últimos no han trabajado más que una hora, y les pagas como a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y del calor.

No es justo.

Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa.

¡Con tantas casas de personas decentes, mira adónde se le ocurre alojarse!

Habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de conversión.

No es justo.

Tampoco yo te condeno. Vete y, en adelante, no peques más.

Es demasiado. ¡Una ganga, para los pecadores, salirse así con la suya!

Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados porque muestra mucho amor.

¿Dónde vamos a llegar a este paso?

Haz entrar aquí a los pobres y lisiados, y ciegos y cojos.

¡No está bien!

Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso.

¡Sí que es una buena compañía!

El hermano mayor se escandaliza del evangelio, porque echa por tierra su contabilidad. Refunfuña: no es justo, es demasiado, ¿dónde vamos a parar de este modo?

Descubre, con estupor y despecho, que el centro de la casa no es el reglamento, sino el corazón del padre.

Y no se resigna a las actitudes imprevisibles de aquel corazón, a los atrevimientos de ese amor.

Una formación religiosa inspirada en la ley, en el reglamento, hace «practicantes». Pero no hijos. No enamorados. No cristianos.

El que se queda en casa sin amor es un desertor.

Culpable por haberse quedado

¿Qué ha hecho el hermano mayor para impedir la partida del pródigo? ¡Nada!

En secreto seguramente lanzaría un suspiro de satisfacción. Con la partida de aquel cabeza rota, se quedaba finalmente la casa en orden. Todo en su sitio. Ninguna preocupación, ninguna crisis. Ninguna angustia. Además, las ramas secas más vale cortarlas sin piedad.

Tiene la equivocación de haberse quedado en casa. Mientras su hermano estaba lejos. Mientras que el corazón del padre lo seguía hasta aquel «país lejano». La casa estaba vacía porque el corazón del padre estaba fuera de sus paredes y, quizás, se alegraba con aquel muchacho que le permitía alargar inmensamente su trayectoria...

Debería haberse marchado también él, ir en busca de su hermano. Se le ofrecía la ocasión de devolverlo a la casa paterna. «Nos salvamos juntos». Y perdió la oportunidad.

«¿Soy yo acaso el guarda de mi hermano?» (Gén 4, 9)

Recientemente, una señora francesa «se desahogaba» en las columnas de un periódico:

Comprendo a los sacerdotes que abandonan a la oveja fiel para ir en busca de las noventa y nueve perdidas. Pero, al volver, ¿no podría regalar el pastor una sonrisa a la que se había quedado en el redil, una sonrisa que sería lo mismo que decirle: «Tú estás aquí, te quiero mucho y no te olvidó»; una sonrisa que la confortaría y la ayudaría a soportar sus propias penas? La cierto es que, a pesar de las apariencias, también esta oveja que puede parecer satisfecha tiene necesidad del pastor. Sufre por sentirse abandonada. La sonrisa sería poca cosa. Pero para ella lo sería todo.

Me gustaría contestarle a esa señora atormentada: ¿Sería eso una fidelidad? ¿Sería acaso fidelidad el quedarse en semejantes condiciones, mientras las noventa y nueve están fuera, incluso por culpa nuestra? ¿Mientras que el pastor camina todos los senderos y vallados en su busca?

El pastor, indudablemente, le regalará alguna sonrisa,

pero no cuando la vea al volver, en el rescoldo protegido del redil, sino cuando la vea a su lado, comprometida en la misma aventura de la búsqueda, metida en los mismos peligros de la recuperación de las pérdidas.

Prescindamos de los filósofos, de los teólogos, que en seguida se pondrían a pedirnos explicaciones. Digámoslo entre nosotros. Nuestro Dios, si un pecador se convierte, celebra una fiesta en el cielo.

Dejemos en paz al hermano mayor mascullando sus cuítas. No se lo digamos a los fariseos, porque no lo han previsto en sus códigos sin alma. Ser cristianos quiere decir hacer todo lo posible para aumentar la inenarrable fiesta de Dios.

El quedarse al abrigo, en ciertos casos, puede también constituir una culpa.

Complejo de inferioridad ante el pecado

Ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas... El exabrupto del mayor hace vislumbrar su complejo de inferioridad ante el pecado.

En el fondo de su corazón está convencido de que su hermano se lo ha pasado en grande. De que ha gozado de la felicidad. Mientras que él, por exigencias del reglamento...

No ha entendido la trágica verdad de la confesión salida de la boca del pródigo: *¡Me muero de hambre!*

No ha comprobado la imposibilidad de obtener la felicidad en las criaturas. No ha entendido que el corazón del hombre no se puede llenar con las cosas. Tiene necesidad de algo más. Los alimentos terrenos no le bastan. Le hacen morir de hambre. No sabe que el mal tiene en sí mismo su castigo. No está demasiado seguro de que

hacer el bien produce mucha más alegría que hacer el mal.

Si no existiera el paraíso... Si no existiera aquella fea perspectiva final de achicharrarse en el infierno... Muchos cristianos sufren del mismo complejo de inferioridad en relación con el pecado. No están convencidos de que, si por una absurda hipótesis no existiera el paraíso, nada tendríamos que lamentar por ello.

El mayor también estaría dispuesto a hacer alguna que otra escapada, si no tuviese miedo de dilapidar sus bienes, si no estuviera condicionado por el juicio de los demás.

El mayor evita el pecado, no porque tema ofender mortalmente a otra existencia o ensuciar en sí mismo la imagen de su padre, sino solamente porque tiene miedo de manchar su propia ficha espiritual.

No le interesa tanto su propia relación personal con Dios como su propia buena conciencia.

*

Ahora que el mayor ha rezado ya el «confiteor» por mi boca (copia conforme con el original), le llega puntualmente la penitencia.

Y la penitencia consiste en la fiesta que alegra a toda la casa. Consiste en verse «precedido» por el pródigo.

Y no solamente por él. *Las prostitutas os preceden en el reino de Dios.*

Es el colmo. No sólo precedido por aquel disoluto. Sino incluso por las «malas mujeres» con las que ha prodigado sus bienes.

¡Ya no hay religión!, le entran ganas de decir, como a ciertas personas que yo conozco.

Exacto. Ya no hay religión.

Sin amor.

PASÓ EL PELIGRO PARA EL PRÓDIGO

Me levantaré, iré a mi padre... (Lc 15, 18)

Cristo ha sido demasiado bueno, demasiado delicado al contarnos esta parábola. Ha omitido un detalle fastidioso para nosotros.

Ha dejado que nuestra humildad lo sacara a flote, dolorosamente, de entre líneas, del contexto de la narración.

El pródigo, ¿ha tenido suerte? ¡Sin duda! Pero su mayor suerte no ha sido la de haber concluido su aventura entre los brazos del padre, la de haber vuelto a ser admitido, con todos los honores, en la casa.

Su fortuna colosal consiste en no haberse encontrado, en su camino de vuelta, con el hermano mayor. Si se hubiese topado con él, probablemente su itinerario atormentado habría concluido de una manera muy distinta.

El mayor, afortunadamente, entra en escena al final, cuando la fiesta ha comenzado ya. Cuando el ternero cebado ha sido ya degollado. La estrategia de la misericordia empleada por el padre ha obtenido ya un éxito completo, que no puede por tanto discutirse por este personaje quejicoso y amargado.

La disolución, los compañeros de orgía, la carestía, los puercos. El camino del pródigo está orlado por todos estos peligros.

Pero son peligros que constituyen también su salvación. Son espinas que, a la larga, penetran profundamente en su carne y le hacen sentir la devastadora nostalgia de la casa paterna, le presentan ante la vista su incapacidad radical para apagar su búsqueda y le hacen exclamar aquel grito liberador: ¡Aquí me muero de hambre!

El peligro más grave en su camino lo suponía la posibilidad de encontrarse con su hermano mayor, el trabajador incansable, el buen cristiano. Y el padre temblaría probablemente por esa eventualidad.

El que ha tocado el fondo del abismo de la degradación puede saltar luego más alto, hacia el aire abierto, hacia la santidad.

Sólo el mediocre carece de esta posibilidad. El pecador, observa Bernanos en *Diálogo de carmelitas*, puede nacer de nuevo porque todavía no ha nacido a la vida de gracia. El mediocre, no. El mediocre ya ha nacido. Y ha nacido mal. Ha nacido «equivocado». Es un aborto.

Al pecador se le abre el camino de la santidad. El mediocre se queda sentado, con plena satisfacción suya, en la poltrona de la propia mezquindad y suficiencia.

Del pecador puede brotar el santo. Es de la misma tela.

El mediocre se quedará hecho siempre una cucaracha, gastando toda su vida en admirarse y encontrando que después de todo (¿después de todo qué?) no está mal...

El pródigo, en el camino del retorno, tiene que preocuparse exclusivamente de las «malas compañías». Pero no de las que nosotros pensamos.

La «mala compañía» es sólo aquella que le puede hacer el mayor, el mediocre. Porque es la única que puede quitarle la nostalgia de la casa paterna.

El pródigo, para llegar a buen puerto, «no tiene que caer en una mala compañía, en el rincón estrecho de un ghetto cristiano. Existe una buena compañía cristiana y

todos pueden entrar en ella como amigos sinceros y verdaderos de Dios y del hombre: es la compañía de los santos». (F. Heer)

¿Por qué ha vuelto?

El pródigo ha realizado la experiencia del mal. Pero ¿qué cosa es el mal?

Los filósofos han puesto todo su empeño en explicárnoslo.

No me gustaría ser impertinente diciendo que, en vez de ofrecernos una solución convincente del problema del mal, lo han embrollado y complicado terriblemente.

Nos hablan del mal como de un no-ser, como la simple falta de bien y de perfección.

La Biblia, por fortuna, no hace filosofía. Nos presenta las cosas de una manera sencilla. Nos revela a Dios y nos habla de su adversario: el diablo.

Entre las múltiples manifestaciones del mal se pueden discernir tres aspectos sintomáticos: el parasitismo, la impostura y la parodia. (P. Evdokimov)

Todo comienza con la impostura («seréis como Dios») y termina con una horrible parodia del creador. Pero me parece que el aspecto más importante es el del parasitismo.

El maligno ataca al hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, y vive como parásito sobre él, formando una «excrecencia monstruosa, una hinchazón demoníaca».

El mal es el peor vampiro que conocemos. Se agarra, se pega al ser como parásito y lo devora. Lo deja sin sangre.

Dios, con su *fiat*, su *sí*, crea las semejanzas y lo llena todo en todos. El maligno, con su *no*, su *antifiat*, lo vacía y lo evacua todo en todos y constituye el *lugar de desemejanza*. (P. Evdokimov)

Los santos, por el contrario, constituyen el «lugar de semejanza».

Naturalmente, el maligno, para su obra de «vaciamiento», se sirve de cómplices más o menos conscientes, destinados a servir a la mentira y a continuar la parodia.

Permanece en pie el hecho de que el mentiroso crece y se hincha desmesuradamente, a costa del hombre, que disminuye hasta perder su verdadera identidad.

Desaparece la imagen de Dios. Y desaparece al mismo tiempo la imagen del hombre.

Tenemos un hombre deshumanizado, un mundo deshumanizado. Se multiplican los «poseídos». A la ausencia de Dios la sustituye la pesada presencia de un «obseso de sí mismo», de un auto-ídolo. (Andrés de Creta)

Y el pródigo, de pronto, se ve devorado por un parásito implacable, que le ha chupado algo más aún que el patrimonio. Se ve como vacío de sí mismo. Se ve pobre, en el significado más radical de la palabra.

¡Aquí me muero de hambre!

Pero precisamente en esta dramática comprobación de un hambre atroz, de una pobreza total, pobreza del ser, es donde comienza la trayectoria del retorno.

Hay una frase brillante de don Mazzolari que puede servirnos para explicar la solución de la vuelta del pródigo: «Basta ser un hombre para ser un pobre hombre».

Probablemente la futura antropología cristiana, cuya necesidad todos sentimos desde hace tiempo, tendrá que partir de esta definición sencilla y esencial.

El pródigo palpa con su mano que es un pobre hombre.

Tiene el coraje de confesar su propia pobreza constitucional.

Descubre y declara la falta de proporción que lleva dentro. Desproporción entre lo que es y lo que debería ser, entre su hambre y las bellotas, entre la condición de guardián de puercos y la de hijo, entre su deseo de felicidad y los alimentos terrenos. En el momento en que descubre que «ha sido hecho para otra cosa» y se da cuenta de que las cosas le han traicionado, es cuando desempolva su dignidad y el sello divino impreso en su propia carne.

El pródigo descubre que es pobre de padre, de libertad, de verdad, de dignidad, de amor. E intenta llenar el vacío abismal que lleva dentro.

Se le presenta la imagen de la casa paterna.

En el «país lejano», en el «lugar de la desemejanza», le falta la casa. Le falta el corazón del padre.

Y sigue explicando don Mazzolari: el hombre vale por lo que le falta.

Esta vez, a lo largo del camino del retorno, el pródigo puede entonar el himno de la libertad. En su tono exacto.

Incluso tiene preparado un pequeño discurso. Pero el padre le interrumpe. Ya ha entendido. No tiene necesidad de aquellas palabras.

Y el «mejor vestido», el «anillo» en su mano, las «sandalias» en los pies son el símbolo del «hombre nuevo».

El maligno, el parásito lo ha devorado y vaciado. Ahora el padre, echándole los brazos al cuello, en un gesto que es todo lo contrario del que realiza el parásito, pegándose a la piel para chupar, lo reconstruye, lo rehace y lo reviste de esplendor.

Pero no nos olvidemos: el punto de partida sigue siendo siempre el mismo: la pobreza.

Y solamente aceptándonos como pobres nos convertiremos en hombres. (U. Vivarelli)

Si me hubiese encontrado con él

Así, pues, ¿qué habría sucedido si al fondo del camino del hermano mayor, se hubiese vislumbrado la sombra del pródigo?

Qué habría hecho si me hubiese encontrado con él?

1. Probablemente hubiera pasado de largo

Hubiese encontrado en seguida una etiqueta para aplicar a ese vagabundo: ¡un sinvergüenza! Y me hubiera guardado muy bien de acercarme a él.

El hombre se convierte en una abstracción cuando le cuelgo encima una etiqueta, cuando lo clasifico. ¡Y cuántas etiquetas a mi disposición! Materialista, ateo, liberal, comunista, progresista, revolucionario, libertino, reaccionario. Y la etiqueta me impide verlo y acercarme a él en su realidad más auténtica: un hombre, un hermano.

¿Los separados? Es un argumento que toco con frecuencia y con acento patético. Pero cuando me encuentro frente al separado en carne y hueso, prefiero dar un rodeo.

¿El diálogo? ¡Es tan hermoso hablar de diálogo! Pero el entablarlo de veras, es otra cuestión muy distinta.

«Dialogar significa sostener una situación de pregunta cara a cara con el otro.» (F. Heer)

Es algo más bien incómodo.

Realmente tengo miedo del diálogo. Porque tengo miedo de que «los restos de mi fe infantil o las columnas de mi fe eclesíástica queden destrozados a la clara luz del día en una conciencia desencantada».

2. Quizá me hubiera enfrentado con él

Y le habría echado encima un buen jarro de agua:
«¡Qué vergüenza! Has sido un criminal. Has sido la

deshonra de toda la familia. ¿Te das cuenta de que con tu gesto ruín has destrozado el corazón del “viejo”?»

Pero la verdad es que el corazón del padre salta ahora de alegría.

O le habría formulado una amenaza infantil:

«¡Ya verás, cuando vuelvas a casa, qué lección te va a dar papá! ¡Verás lo que te va a pasar!»

Pero no es así: *Traed aprisa el mejor vestido y vestid-le, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies; traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta.*

3. O habría intentado convertirle

¿Cuándo nos libraremos del complejo de «convertir» a los demás? ¿De hacer proselitismo a toda costa?

¿Cuándo dejaremos de imponer nuestros itinerarios obligados?

¿Cuándo dejaremos de jugar a médicos, a maestros, a salvadores, reconociendo que uno sólo es el médico, el maestro, el salvador, y que nosotros somos solamente «siervos inútiles», que no hacemos muchas veces más que estorbar?

¿Cuándo aceptaremos, humildemente, el buscar, junto con los demás, el caminar con los demás?

¿Cuándo dejaremos de hacer que entre Dios a la fuerza en ciertas almas? ¿Y si hubiese entrado ya, silenciosamente, respetuosamente, quizás por la puerta de servicio, sin advertirnos, sin pedirnos permiso, sin dejar afuera ninguna huella «visible»?

Hasta el «hacer bien» puede conducir a graves perjuicios. Hay cierto tipo de hacer el bien. Sin discreción. Sin pudor. Con demasiado orgullo. Con un aire inconfundible de superioridad. Que nada tiene que ver con el estilo y con el modo que nos enseñó Cristo.

Algunos se imaginan que hacen el bien a una persona determinada asediándola continuamente, asfixiándola sin medida con consejos, exhortaciones, reproches y amenazas. Se convierte en una «especie de persecución» que la mayor parte de las veces conduce a resultados opuestos a los que esperábamos.

Cada uno es guardián de su propio hermano. Estamos perfectamente de acuerdo. Pero no tiene por qué ser el policía de su propio hermano. Espiando todos sus movimientos, estudiando todas sus actitudes, interpretando, casi siempre con malicia, todas sus intenciones.

Creemos además que para poner en el buen camino a una persona, basta con quitarle cuidadosamente todas las ocasiones del mal, con «restringirle obstinadamente todos los espacios de la libertad», con mantenerla siempre bajo control.

Hemos de ser testigos, no policías. Compañeros de viaje, no jueces. Amigos, no espías.

El pródigo va caminando hacia casa. Cualquier intento de conversión puede resultar una barrera. Ya tiene «dentro» al padre.

4. O le habría obligado a hacer un examen preliminar

Le habría preparado. Estaría más tranquilo si hubiese suscrito determinadas condiciones:

¿Estarás dispuesto a aceptar el reglamento de la casa? Ya te has mostrado alérgico una vez. No me gustaría que se repitiera la cosa...

Además, acuérdate de que hay que merecer el perdón.

Hay que saber ganarse el puesto. Sería demasiado cómodo venir sin más ni más. ¿Estás dispuesto a reparar?

Y no tendrás la cara dura de presentarte tan mal vestido ante el padre. ¿No tienes un espejo? Estás sucio, con el traje destrozado, la barba hirsuta.

Lo primero que tienes que hacer es un buen lavado. Así no estás presentable. Lávate, remienda ese vestido harapiento, arréglate esos zapatos rotos.

Y todo eso equivale a retrasar el abrazo paterno.

¿Para qué preocuparte del vestido harapiento y de los zapatos rotos si en casa está ya dispuesto el *mejor vestido* y las sandalias nuevas?

Hay que seguir el procedimiento inverso:

Primero, échate en los brazos del padre, fíate de su amor, cree en su perdón sin condiciones. La limpieza moral podrá hacerse en un segundo tiempo, espontáneamente, en la casa paterna.

Lo que libera, lo único que puede liberar al hombre de su pecado es que tome conciencia de que Dios lo considera verdaderamente como su propio hijo, en medio de la mayor miseria. Si el hombre posee esta fe filial, el mal quedará de veras enjugado en su fuente. (J. Tiger)

Cuando el pródigo encuentre en la puerta los brazos del padre abiertos para abrazarlo, estará ya curado.

Yo, el mayor, me creía rico. Pero el pródigo es todavía más rico que yo. Es rico de un corazón dilatado por el sufrimiento y por una experiencia dramática. Es rico porque ha descubierto en el perdón del padre la dimensión del verdadero amor.

*

El pastor que ha encontrado a la oveja perdida, una vez vuelto a casa, reúne a los amigos y vecinos y les dice: *Alegraos conmigo...*

La mujer que ha encontrado la dracma perdida, reúne a sus amigas y vecinas y les dice: *Alegraos conmigo.*

El padre tiene una expresión todavía más grande: *... Convenía celebrar una fiesta y alegrarse.*

Convenía; esto es: era justo.

Yo no acabo de entender las cosas. Me retiro a un rin-

cón para refunfuñar. Pero luego comprendo que es triste pertenecer a la tropa de los *noventa y nueve justos que no necesitan conversión*. Los justos que no necesitan conversión pertenecen a una especie fósil.

Es terrible no sentir la necesidad de convertirse. Es lo mismo que negarse a ser criatura. Significa no conocer jamás la amplitud de la misericordia de Dios.

Y entonces siento que me invade la nostalgia de aquel abrazo. Corro al encuentro del padre y le echo los brazos al cuello.

— Perdóname por haberte sido fiel sin amor.

LA CASA Y LA VIEJA TÍA

Ahora que ha vuelto, puedo también plantearme explícitamente la pregunta que he tenido siempre entre los dientes: ¿Por qué se ha ido?

Me doy cuenta de que es fácil explicar por qué ha vuelto.

Pero hay que responder también a la otra pregunta: ¿Por qué se ha ido?

Si me hubiese dirigido a él para preguntarle las razones de su descontento y le hubiese dicho: «¿Por qué?», quizás me hubiera respondido como el soldado de una novela de Bruce Marshall que va a confesarse con el padre Campbell: «¿Por qué no?»

Ya. Es que hay algo que no va en casa del padre. Algo que no va por culpa mía.

Uno de los intérpretes más apasionados de la parábola, don Primo Mazzolari, pone en boca del pródigo estas palabras que resumen toda rebeldía:

«¡Aquí me ahogo!»

Se va. Es que alguien ha envenenado el aire de la casa. Y tiene la impresión de que se va a ahogar.

Los campos no le bastan. Ni tampoco los bueyes. Ni mucho menos los ladrillos de la casa. Se siente aplastado por la mezquindad, por la estrechez de los que viven allí, por mi mezquindad.

Mira a su alrededor.

Esos seres curvados que caminan por la vida de lado y con los ojos bajos, esas almas inexpresivas, esos calculadores de la virtud, esas víctimas dominicales, esos tímidos devotos, esos héroes linfáticos, esos tiernos bebés, esas vírgenes apagadas, esos vasos de aburrimiento, esos sacos de silogismos, esas sombras de sombras...
(E. Mounier)

Podría ser un muestrario incompleto de las «piedras vivas» que componen la casa.

En tal caso, cuando el ideal es encarnado por una realidad tan desilusionante, no hemos de extrañarnos de que algunos sientan verdadera necesidad de aire libre, de que salten la tapia y se vayan a recorrer mundo.

Pero el empujón decisivo se lo he dado yo.

Quizás, más que una pastoral para «atraer a los alejados», urge una pastoral para no «fabricar alejados».

La vieja tía

¿Cómo nos imaginamos, cómo presentamos la casa del padre?

El modelo, muchas veces, nos lo dan esas casas antiguas, aristocráticas.

Dentro, toda clase de muebles. Todo tan artístico. Alfombras de Persia. Vajilla china. Cuadros de autor. Retratos por todos los rincones. Medallones de antepasados. Museo. Archivo. Se conservan allí celosamente guardadas todas las glorias del pasado.

En ciertas habitaciones está rigurosamente prohibida la entrada. Por aquel otro sitio no se puede andar, porque han puesto cera en el pavimento.

Ventanas cerradas. Cortinas echadas. Para que el sol no estropee los delicados tapices.

Aire que sabe a viciado, a cerrado, a antigüedad. No se puede respirar. Se ahoga uno.

Carteles por todas partes: no tocar, no entrar, prohibido hacer esto, prohibido hacer lo otro, cuidado con los zapatos sucios...

No levantar la voz, no cantar. Está la vieja tía, agriada, rugosa, que sufre de los nervios... Que detesta la música moderna. Y adora a Bach.

Las conversaciones siempre aburridas. Siempre los mismos temas. La misma música. Repetición de las glorias del pasado y recriminación del presente:

— ¿A dónde vamos a parar? En mis tiempos...

Sobre todo, postura de superioridad y de desprecio por los de fuera, por los que no gozan de nuestros privilegios, por los que no tienen nuestra sangre en las venas, por los que no pueden presentar un blasón, por los de raza inferior...

¡Ay si los hijos del vecino ponen su pie en nuestra casa! Podrían ensuciarla, podrían perturbar el orden rigurosamente establecido.

¿No sentimos un poco la tentación de figurarnos así la casa del padre?

Una casa de privilegiados, una especie de museo, de archivo. Todo en orden. Todo pensado de antemano. Sobre todo, ninguna novedad. Siempre se ha hecho así. Millones de prohibiciones.

Un ceremonial exacto que observar. Todo rígidamente establecido. Falta la atmósfera que podría proporcionar la alegría de vivir.

Debería ser más bien una casa con todas las ventanas y las puertas abiertas. Sin caras largas para guardarla. Una casa en la que todos deberían encontrarse a gusto.

Poder reír. Poder bromear... y hacer cabriolas.

No digo que sea lícito pintarle unos bigotes al retrato del antepasado que participó en la batalla de Lepanto, pero al menos que sea posible colgar cuadros nuevos, con personajes de actualidad.

Que alguien tenga el atrevimiento de mandar al desván todos los trastos inútiles.

Que podamos también nosotros escribir la historia.

Que la vieja tía, agriada y rugosa, que sufre de los nervios, con sus manías y sus crisis y sus ideas fijas, no condicione la vida de todos los demás, que no estropee la vida de todos los demás.

Todos amamos a esa vieja tía. Cuidamos de ella, cuando lo necesita. Pero que nos deje vivir. Que nos deje trabajar. Que nos deje respirar. Que no nos quite la alegría de vivir. Y si chilla, dejémosle chillar.

No le dejaremos, desde luego, los lápices de color en su poltrona preferida ni le pondremos la fotografía del cantante de moda en su libro de devociones, **pero** tampoco haremos caso de todos sus caprichos.

Y cuando grite:

— ¿A dónde vamos a parar?

Gritaremos más fuerte:

— ¡Hacia adelante!

No hemos de imaginarnos la casa como la obra maestra de un arquitecto refinado.

Tiene que ser la obra maestra de los hijos.

Tiene que ser una casa de familia donde «hay siempre un poco de desorden, a las sillas les falta a veces una pata, las mesas están manchadas de tinta y las cajas de mermelada se vacían solas en la despensa». (*Bernanos*)

En esta casa el centro es el corazón del padre. Y los ladrillos, las piedras vivas, somos nosotros.

Nosotros somos responsables de la atmósfera, del aire que allí se respira. Podemos hacer de ella una obra maestra. O un infierno.

*

Frente al Cristo de la transfiguración, Pedro exclamó:
¡Qué bien se está aquí!

En la casa todos los hermanos deberían poder repetir lo mismo: ¡Qué bien, qué estupendamente se está aquí!

En la casa de la tierra hemos de ir aclimatándonos para el cielo. No para el purgatorio. Ni mucho menos para el infierno.

La casa tiene que ser la «prueba general» del paraíso.

33

IR POR EL LADO JUSTO DEL CAMINO

Se levantó un legista, y dijo para tentarle: — Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna. Él le dijo: — ¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees? Respondió: — Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Díjole entonces: — Bien has respondido. Haz eso y vivirás.

Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: — Y ¿quién es mi prójimo? Jesús respondió: — Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verlo tuvo **compasión**; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en **ellas** aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: Cuida de él y si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva. ¿Quién de estos tres parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores? Él dijo: — El que tuvo **misericordia** de él. Díjole Jesús: — Vete y haz tu lo mismo. (*Lc 10, 25-38*)

Esta parábola es ciertamente uno de los trozos más comentados de todo el evangelio. La han honrado con sus comentarios intérpretes ilustres, plumas célebres. Y, por fortuna, las interpretaciones no se han limitado a las pá-

ginas de los libros, sino que han pasado, muchas veces silenciosamente, al escenario de la vida ordinaria. Casi podríamos decir que el buen samaritano introducido en la historia o en la crónica, imitado por millones de personas, iguala al buen samaritano acogido con todos los honores en la literatura.

Será suficiente, por tanto, trazar unos cuantos rápidos apuntes para una lectura desde el punto de vista de la incomodidad. La verdad es que muchos predicadores han reducido este episodio a un trozo «edificante» en el sentido más vulgar de la palabra, como soporte ambiguo, no ya del verdadero amor, sino de la limosna y de la beneficencia. Verdaderamente el samaritano merecía una recompensa mejor por su gesto...

El experto

Se levantó un legista, y dijo para tentarle...

Es la religión vieja la que habla por boca de este super-experto.

Es la religión vieja la que plantea por enésima vez la discusión en el plano doctrinal.

Jesús no se deja envolver en un debate académico. Evita las telarañas de las precisiones, de las doctas disquisiciones. No le gusta el juego de palabras.

Introduce el problema por el cauce de la vida.

No presenta una tesis, sino un hecho concreto. Y obliga a su interlocutor a que haga las cuentas con los hechos. Le obliga, no a escoger una teoría, sino una actitud práctica.

Al final no le pregunta: «¿Has entendido bien?» Ni tampoco le recomienda: «Acuérdate de esta lección». Sino que le impone, brutalmente: *Vete y haz tú lo mismo.*

El escriba había venido a discutir.

Y se va con una obligación bien precisa de actuar.

La religión vieja quería hablar. Cristo la hace callar. Y en compensación le obliga a mover las piernas, no la lengua. Y a hacer funcionar el corazón.

En la nueva religión el experto no es «el que sabe», sino «el que hace».

El gesto preciso

Y ¿quién es mi prójimo?

El legista quiere una receta. El elenco detallado de las personas a las que hay que considerar como «prójimo». Una especie de lista de los pobres, de las familias necesitadas. La dirección «segura» de los individuos a los que puede abrir, sin demasiados riesgos, su propio corazón.

Jesús le da la vuelta a la pregunta: *¿Quién de esos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?*

No quiere responder cuál es el prójimo en pasiva. Sino que quiere descubrir quién es el prójimo en activa.

Cristo traslada el centro de interés. El doctor de la ley se coloca en el pedestal. Y pone a los demás a su alrededor. *¿Y quién es mi prójimo?*

Pero este centro no es el yo, sino todo el que se encuentra en mi camino y tiene necesidad de ayuda, de comprensión, de amor.

El problema fundamental del cristiano no es el de saber quién es su prójimo, esto es, la categoría de personas que le permiten ejercer la caridad. El problema esencial consiste en «hacerse prójimo» desplazando el centro de interés del yo a los demás.

El samaritano ha sabido colocarse en la perspectiva exacta, o sea, en la parte del otro.

Por tanto, no se trata de saber a *quién* tengo que amar, sino de darme cuenta de que todos tienen derecho a mi amor. Tengo que acercarme, hacerme vecino, «prójimo», de todos, especialmente de los que están más lejos. Sólo de esta forma, acercándome, anulando las distancias, podré escuchar sus gemidos, descubrir sus sufrimientos, recoger sus llamadas de amor.

¡Es tan fácil crear distancias inmensas en nuestro camino!

Gente antipática,
fastidiosa,
tonta,
importuna.

Y pasamos a su lado, las rozamos, convencidos de que sus problemas y sus preocupaciones no nos conciernen.

Una lista de los prójimos serviría solamente para aumentar las distancias, para multiplicar a los que están excluidos de mi amor.

Lo que hace falta es adivinar el gesto exacto, precisamente el del samaritano. Entonces, la cuestión de «quién es mi prójimo» carece totalmente de sentido. La he resuelto ya al **anular las distancias**, al hacerme prójimo.

Veintisiete kilómetros bastan para dividir a los hombres

Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó...

Veintisiete kilómetros de bajada en declive, partiendo de más de mil metros de altura y zigzagueando en medio de un desierto calcáreo. Un escenario pavoroso, alucinante.

Un ambiente propicio para encuentros que nada tienen de halagüeño.

Es un «camino de sangre».

Veintisiete kilómetros. Y bastan para dividir a los hombres en dos categorías:

Los que tiran para adelante y los que se detienen.

Los que «hacen su propio camino» y los que se ocupan de los demás.

Los que enseñan el certificado de «a mí no me importa» y los que se sienten responsables de todo y de todos.

Los que no quieren complicaciones y los que hacen acto de presencia ante el dolor que hay en el mundo.

Los que no hacen daño a nadie y los que saben inclinarse ante toda necesidad.

Los que tienen que ocuparse de «cosas importantes» y los que se ocupan de los sufrimientos ajenos.

Veintisiete kilómetros vigilados por la mirada de Dios. La verdad es que esta parábola está dentro de la misma perspectiva que la del fariseo y el publicano.

Allá, en el templo, dos hombres que rezan. Y Dios que los observa.

Aquí, en los vericuetos del camino, un hombre medio muerto y algunos individuos que se le acercan. Y Dios que lo observa, que lo fotografía todo.

Puedo engañarme al pasar de largo. Nadie me ve. Ese pobre hombre, que siente cómo se le escapa la vida, ni siquiera tiene fuerzas para abrir los ojos.

Mi bellaquería, por consiguiente, no tiene ningún testigo.

Pero no es así. Alguien me está espiando.

Dios me observa cuando estoy en la iglesia.

Y me observa cuando voy por la calle.

Para él también es importante la calle. Lo mismo que la iglesia. La calle y la iglesia son un lugar de «encuentro».

Veintisiete kilómetros pueden suponer mi salvación o mi condenación.

Veintisiete kilómetros, e incluso menos. Puede bastar un corredor, unos pocos metros, una mesa de despacho. Es suficiente que haya un hombre que me necesite: ése es mi camino que baja de Jerusalén a Jericó.

Si allí pierdo el tiempo, gano la eternidad.

Mi salvación coincide con la salvación del otro.

El «papel»

Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en medio de salteadores que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto...

Ya. Salimos pronto del apuro. Decimos: se trata solamente de una parábola, de un hecho imaginario. Pero esta vez el Señor no ha tenido que utilizar mucho la fantasía. Se limitó a recordar un poco de la crónica, pasada y futura. Había material suficiente para construir su parábola, trozo a trozo, con hechos auténticos, con personajes bien definidos.

No hay un solo hombre medio muerto. Como tampoco hay sólo una pandilla de salteadores. Como tampoco hay solamente un sacerdote, un levita y — ¡afortunadamente! — un único buen samaritano.

La parábola es interpretada por millones de bandidos, de sacerdotes, y — ¡ojalá sea así! — de buenos samaritanos.

Cada uno tiene su papel. Un papel real. En el escenario de la vida.

Unos cometen sus fechorías, otros tienen que sufrirlas, otros se desentienden y alguno hay que «paga» por todos.

Cristo sabe el nombre y el apellido de cada uno de los actores. Conoce la conducta de los millones de personajes.

¿Cuál es mi papel?

No hay ningún director que me lo dé.

Soy yo mismo el que lo escojo.

Jesús se ha limitado a contarnos, a referirnos lo que ve. Pero yo soy el que «hago» la parábola. Y cuando Jesús dice: *salteadores, sacerdote, levita, samaritano*, me doy cuenta de que me llama por mi nombre.

Mi nombre está escrito en el evangelio.

Mi acción está registrada en el evangelio.

Culpable de tener razón

Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo.

Todos los caminos, por fortuna, tienen dos lados. Y siempre queda «el otro lado» a nuestra disposición, cuando no queremos quemarnos los ojos ante una realidad demasiado incómoda y tener la conciencia tranquila.

Pero para un cristiano el problema consiste en saber si «el otro lado» es el bueno.

La parte más cómoda puede resultar la parte equivocada.

De todas formas, el sacerdote y el levita escogieron precisamente la parte cómoda, dieron un rodeo por «el otro lado» y siguieron adelante.

Nos entran ganas de correr detrás de ellos, de tirarles del manto y de decirles:

— ¿Por qué no os habéis detenido? ¿Es que no habéis visto a ese pobre hombre?

Sí. Lo han visto. Pero tenían razones muy legítimas para no detenerse.

Un horario que respetar. Un reglamento que observar. Cosas importantes en que fijarse. Tienen prisa, no

pueden perder el tiempo. La parada no está prevista en su orden del día litúrgico. Quizás decidieron dirigirse a las autoridades competentes para elevar una «enérgica protesta» por la falta de seguridad en las carreteras...

Mientras tanto aquel desgraciado se está muriendo.

Siempre tenemos a mano razones legítimas para sustraernos a las obligaciones del amor.

La sangre ensucia.

No quiero crearme complicaciones con la policía.

¡No quiero meterme en este asunto feo!

He de cuidar de mis asuntos.

Ni siquiera sé quién es ese individuo.

¡Allá las autoridades!

Pero mil «razones legítimas» delante de Dios equivalen a una verdadera sinrazón.

A los ojos de Dios, «sólo tiene razón el que se para».

Los que siguen adelante, no tienen razón.

Y el camino sigue siendo maldito. No por la presencia de los salteadores. Sino por la ausencia de amor. Por el «rodeo» del sacerdote y del levita. Culpables de haber hecho callar a su corazón. A pesar de todas sus «razones legítimas».

No son los salteadores los que hacen temible el camino. Sino la indiferencia de los buenos.

El evangelio en edición de lujo

Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él.

Él, el samaritano, el renegado, el excomulgado, supo encontrar inmediatamente el gesto exacto.

Vio al herido y pasó por el lado exacto del camino.

¿Un desconocido? No le interesaba conocer su identidad. Le bastaba saber que se trataba de un hombre. Esto era más que suficiente para que se parase, se acercase, perdiere tiempo y dejase vacía su cartera.

No hizo sencillamente más que dejar hablar a su corazón. Y este le sugirió el comportamiento exacto.

El sacerdote y el levita, en el templo, realizaban todas las ceremonias de una manera exacta, según las rúbricas. Pero podemos dudar de que ellos encontrasen a Dios.

El samaritano, ignorante y despreciado, se encontró con Dios una vez por el camino. No faltó a la cita decisiva.

Creo que el Señor tendrá en el cielo una edición del evangelio de gran lujo, espléndidamente ilustrada, que guarda celosamente. Continuamente, a cada momento, la está poniendo al día.

Por una parte está el texto, sus palabras, sus enseñanzas. Por otra, las ilustraciones. Pero entendámonos. No las ilustraciones de los grandes artistas. Esas no le interesan: sólo sirven para hacer del evangelio un libro «raro», uno de tantos objetos preciosos de las personas snob.

No. Las ilustraciones son las que le proporcionan todos los días por todo el mundo unas personas que no saben tener los pinceles en la mano, pero que en compensación saben tomar en serio sus enseñanzas. El evangelio ilustrado por los santos, sobre todo por los millones de santos desconocidos, crece cada vez más.

Por una parte, las palabras de Cristo. Por otra, los «hechos» de los hombres.

Por una parte, su enseñanza. Por otra, su interpretación práctica.

Es un volumen inmenso, enorme, aunque faltan las notas de los exegetas. El Señor lo mira con franca complacencia en cada momento. Aquel evangelio comentado,

ilustrado por las acciones, le demuestra que su visita a la tierra no ha sido inútil.

En este punto, tengo que tener la valentía de plantearme una pregunta: ¿cuál es mi contribución en esa edición ilustrada y verdaderamente ecuménica del evangelio? ¿Qué «hechos» he logrado hasta ahora que se escriban en ese libro?

Por ejemplo, junto a la parábola del buen samaritano destacan estupendas ilustraciones, todas originalísimas, auténticas obras de arte. Pero ¿no está esperando también Cristo algo mío?

Una edición de lujo, puesta al día. Pero seguirá siendo una edición incompleta mientras no estén en ella todas mis ilustraciones.

Siempre hay un hombre que espera en cada rincón de mi camino.

Siempre está Dios aguardando, con un evangelio abierto.

Mi purgatorio

Díjole Jesús: — Vete y haz tú lo mismo.

Muchas veces se me ocurre pensar cómo será mi purgatorio.

La imagen que más me asusta es la siguiente: la confrontación entre los dos caminos. Son veintisiete kilómetros en total en mi camino que baja de Jerusalén a Jericó.

«Por una parte, el camino tal como es.» Desolado, quemado por el egoísmo, pavimentado por la indiferencia. Centenares de personas que mueren esperando un gesto de auténtica amistad. Y yo que no sé adivinar nunca el lado exacto.

Yo, que sigo adelante.

Siempre distraído.

Siempre ocupado en «cosas importantes».

Siempre con el maldito certificado: «no me importa».

«Por otra parte, el camino que habría sido.» Como hubiera podido ser si yo hubiese sido menos distraído. Si hubiese sabido detenerme. Si no hubiese «huído de las ocasiones».

¡Ya! ¿Qué cosa sería el mundo, en qué se convertiría mi camino, si yo fuese un creador de amor como el samaritano, si respetase la consigna de Cristo: *Vete, y haz tú lo mismo?*

Pero ¿cuántas sonrisas he apagado?, ¿cuántas arrugas he trazado en el rostro de mis hermanos?, ¿cuántas desilusiones he causado?, ¿cuántas esperanzas he quemado?, ¿cuántas desesperaciones he alimentado con mi indiferencia y mi frialdad?

La comparación entre esas dos imágenes del camino, cómo ha sido y cómo hubiera podido ser, constituye indudablemente un espectáculo capaz de regalarme unos cuantos millones de años de tormentos.

Mi purgatorio.

*

Señor, siempre hay alguien que me necesita en mi camino.

Hay bandidos que le roban la dignidad, la esperanza, la libertad, la sed de justicia, la aspiración a la paz.

Haz, Señor, que este hombre, despojado de todo, pueda descubrir que también en su camino está, al acecho, el amor.

Un amor que sabe detenerse. Que sabe perder tiempo. Que sabe darlo todo.

Señor, enséñame a caminar por el lado exacto del camino.

UNA HIGUERA CULPABLE DE RESPETAR LAS ESTACIONES

Al día siguiente, cuando salieron de Betania, sintió hambre. Y viendo de lejos una higuera con hojas, fue a ver si encontraba algo en ella; acercándose a ella, no encontró más que hojas; es que no era tiempo de higos. Entonces dijo a la higuera: — ¡Que nunca jamás coma nadie fruto de ti! Y sus discípulos oyeron esto.

... Al pasar muy de mañana, vieron la higuera que estaba seca hasta la raíz. Pedro, recordándolo, le dice: — Rabbí, mira, la higuera que maldijiste está seca.

Jesús les respondió: — Tened fe en Dios. Yo os aseguro que quien diga a este monte: quítate y arrojate al mar y no vacile en su corazón sino que crea que va a suceder lo que dice, lo obtendrá. (*Mc 11, 12-14; 20-23*)

Varias veces, lo confieso, he intentado evitar, regatear, diríamos en argot futbolístico, el episodio de la higuera estéril. Me daba un poco de fastidio.

El empeño de Jesús de coger sus frutos cuando todavía no era la estación de los higos, me parecía absurdo, además de ingenuo. Es difícil encontrarle una justificación «razonable».

Más vale arrinconarla. Más vale separar esta página de los evangelios molestos. La molestia es una cosa, y lo ridículo es otra muy distinta.

Voltaire se rió de ella a mandíbula batiente. Los teólogos han buscado mil recursos para eludir la dificultad,

con modestos resultados. Algunos intérpretes han llegado incluso a insinuar la duda de que este hecho se derivaría de una tradición espúrea.

Pero al final siempre se imponía una conclusión: precisamente su «falta de razonabilidad» es la mejor garantía de su autenticidad.

Por tanto no nos queda más remedio que hacer también las cuentas con esta higuera que no tiene más pecado que el de respetar las estaciones. Podríamos definirla: una planta culpable de observar escrupulosamente el reglamento.

Si al menos fuese una parábola... Siempre podríamos descubrir una aplicación que no repugnase a nuestra lógica.

Pero se trata de un episodio acacido realmente. De un episodio que se convierte en parábola. La parábola que sirve para documentar las absurdas pretensiones de Dios en relación con nosotros.

Y ahora, para «entender», para no escandalizarme, tengo que prescindir de mi sentido común, tengo que desarraigar mis exigencias racionales.

¡Cuántos intentos para reducir a «dimensiones razonables» las pretensiones de Cristo! ¡Cuántas seguridades se nos han dado para ello! ¡Cuántas veces hemos oído cómo labios devotos sentenciaban: Dios no exige tanto...!

Evidentemente, para todos esos tranquilizadores de oficio, el episodio de la higuera que es maldecida tiene que reducirse a un vulgar despiste del Señor, a una fatal equivocación en cuestión de calendario.

Cristo no nos pide mucho. Ni tampoco muchísimo. Nos pide sencillamente lo imposible. Exige un milagro. Como si dijera: el amor tiene que hacer milagros.

«Tengo un profesor muy exigente», se lamentan los estudiantes. Pero Dios es «peor» todavía. Cuando vas a examinarte de latín, se le ocurre preguntarte de trigonometría.

«Mi patrón no entiende nada», murmura el obrero. «Quinientos tornillos al día. Y ahora nos exige seiscientos. No sabe lo que se dice...» Pero el Señor es «peor» todavía. Espera de ti los tornillos incluso en vacaciones.

... Jesús sintió hambre. Y viendo de lejos una higuera con hojas, fue a ver si encontraba algo en ella.

Veo cómo se acerca a mí. Tiene hambre. Me dirige su mirada y me hurga por dentro en busca de «algo». Un fruto, aunque sea uno solo, entre las hojas. Hace el inventario de mi mercancía, para descubrir «algo» que le interesa.

Creía que no se iba a ocupar de mí, que no me iba a localizar. Que se iba a contentar con pasar a mi lado. Uno de tantos árboles a lo largo del camino. ¿Por qué concentra su mirada precisamente en mí? ¿Por qué me traspasa con esos ojos implacables?

Tiene hambre. Y yo soy un árbol destinado a dar fruto. No una planta ornamental.

Acercándose a ella, no encontró más que hojas... Mi nombre inscrito en el registro de bautizos. Mi tarjeta de Acción católica. La estampa en la cartera. La medalla de san Cristóbal junto al volante del coche. «Tengo un tío canónigo». Mi charlatanería. Estuve en Lourdes de peregrinación. He hecho ejercicios espirituales. Hasta estoy suscrito a la hoja parroquial, leo el boletín diocesano y recibo «El pan de los pobres». No voy a ver películas obscenas. No hago mal a nadie.

Nada más que hojas... ¿Es ése todo tu cristianismo? Lo que yo quiero son frutos, no hojas. Tengo hambre y tu sombra no me llena el estómago.

Es que no era tiempo de higos.

Señor, piensa un poco. No es aún tiempo de higos. Todavía no he tenido tiempo. ¿A qué tanta prisa? Un

poco de comprensión. Yo no soy un santo, en definitiva. Hasta el sacerdote, a quien he pedido consejo, me ha dicho que puedo estar tranquilo, que no tengo obligación...

¿Tenía que haber hablado? ¿Tenía que haber tomado posición? Pero si no era oportuno...; hay que tener prudencia, no hay que precipitar las cosas, se corre el peligro de comprometerlo todo. Y luego se saca lo mismo, en el fondo.

No es tiempo. Señor, haz el favor de controlar un poco tu calendario. Debe haber un error. Iguálalo con el mío y déjame en paz.

Entonces dijo a la higuera: ¡Que nunca jamás coma nadie fruto de ti! Y sus discípulos oyeron esto.

Lo oyeron. ¿Comprenderían quizá que la fe tiene que superar las falsas necesidades? ¿Que el amor tiene la obligación de realizar milagros?

Tengo una agenda en mi mesa. Cada día señalo allí mis compromisos, mis citas, el final de mis plazos. En resumen, todo lo que tengo que hacer.

Algunas hojas cuajadas de notas, de compromisos. Al verlas, no tengo más remedio que admitir que «hago demasiado». Algunos días, cuando estoy literalmente hasta el cuello de trabajo, le robo horas al sueño. Para respetar la agenda.

Y me engaño al pensar que soy tremendamente exigente conmigo mismo.

Si dejase esa agenda en manos del Señor... Escribiría allí cosas jamás pensadas, exigencias locas, plazos imposibles, cifras desproporcionadas.

Y yo, al leer aquellas absurdas exigencias, abriré unos ojos de espanto y tendré la impresión de que me vuelvo loco.

Y sin embargo, debería verme ebrio de alegría. Porque

Dios me considera capaz de cosas imposibles. Si busca higos fuera de tiempo, quiere decir que ama y estima a aquella planta hasta considerarla capaz de hacer milagros.

El que no ama, pide tonterías.

Los hombres les piden muy poco a las criaturas. Un poco de tiempo, el cuerpo, la belleza, un segundo de placer, un poco de consideración, una propina de dinero, algún aplauso, alguna inclinación más o menos espontánea de cabeza.

Los hombres no aman a sus semejantes. No los estiman. Por eso se limitan a pedirles una miseria.

Dios me ama. Me estima inmensamente. Por eso me lo pide todo. Exige de mí lo imposible.

Cristo no ha muerto en la cruz para que yo «no hiciera mal a nadie». Sino para que me hiciese capaz de realizar milagros.

35

LA SANGRE ENVENENADA

Entonces Jesús se dirigió a la gente y a sus discípulos y les dijo: — En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Haced, pues, y observad todo lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque ellos dicen y no hacen. Atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas. Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres; se hacen bien anchas las filacterias y bien largas las orlas del manto; van buscando los primeros puestos en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, que se les salude en las plazas y que las gentes les llamen Rabbí.

Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar Rabbí, porque uno sólo es vuestro maestro; y vosotros sois todos hermanos. Ni llaméis a nadie padre vuestro en la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre: el del cielo. Ni tampoco os dejéis llamar preceptores, porque uno sólo es vuestro preceptor: Cristo. El mayor entre vosotros será vuestro servidor. Pues el que se ensalce, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el reino de los cielos! Vosotros ciertamente no entráis; y a los que están entrando no les dejáis entrar.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un prosélito y, cuando llega a serlo, lo hacéis hijo de condenación el doble que vosotros!

¡Ay de vosotros guías ciegos que decís: si uno jura por el santuario, eso no es nada; mas si jura por el oro del santuario, queda obligado! ¡Insensatos y ciegos! ¿Qué es más importante, el oro, o el santuario que hace sagrado el oro? Y también: si uno jura por el altar, eso no es nada; mas si jura por la ofrenda que está sobre él, queda obligado. ¡Cie-

gos! ¿Qué es más importante, la ofrenda, o el altar que hace sagrada la ofrenda? Quien jura, pues, por el altar, jura por él y por todo lo que está sobre él. Quien jura por el santuario, jura por él y por aquel que lo habita. Y quien jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por aquel que está sentado en él.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del aneto y del comino, y descuidáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe! Esto es lo que había que practicar, aunque sin descuidar aquello. ¡Guía ciegos, que coláis el mosquito, y os tragáis el camello!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que purificáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro están llenos de rapia e intemperancia! ¡Fariseo ciego, limpia primero por dentro la copa, para que también por fuera quede limpia!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bonitos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia! Así también vosotros, por fuera aparecéis justos ante los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos, y decís: «Si nosotros hubiéramos vivido en el tiempo de nuestros padres, no habríamos tenido parte con ellos en la sangre de los profetas». Con lo cual atestiguaréis contra vosotros mismos que sois hijos de los que mataron a los profetas. Colmad también vosotros la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, raza de víboras!, ¿cómo vais a escapar a la condenación de la gehenna? (Mt 23, 1-33)

Los historiadores refieren que en la época de la destrucción de la ciudad, en el año setenta, se contaban en Jerusalén como veinticuatro sectas políticas o religiosas. Durante el cataclismo nacional, todos sus adeptos se disiparon como el viento. Esenios, sicarios, saduceos, celotes, todos se pusieron precipitadamente a salvo. En la hora trágica, todos desaparecieron de la escena. Apenas empezó a hablarse de guerra, hasta los judíos convertidos

al cristianismo se refugiaron en Pella, a la otra orilla del Jordán.

Los únicos que no abandonaron su puesto fueron precisamente los fariseos. Ellos se encargaron de la reconstrucción de la vida espiritual de Israel.

Veinticuatro partidos se disolvieron. Sólo quedó uno. Precisamente aquel que representaba de una manera más evidente la oposición a Jesucristo.

Hasta aquí los historiadores.

Ahora, nos es lícito suponer que aquella secta ha sobrevivido hasta nuestros días y que hunde sus raíces en el interior de la cristiandad actual.

Bernanos planteaba una pregunta brutal: ¿quién puede gloriarse de no tener, en sus propias venas, una sola gota de aquellas víboras?

Es ridículamente ilusorio creer que el nombre de cristiano constituye una vacuna que nos inmuniza para siempre de esa plaga. Todo lo contrario.

Requisitoria

Es extraño. Cristo ha declarado que ha venido, *no a juzgar, sino a salvar*.

Sin embargo, antes de ser él mismo procesado y condenado, ha querido entablar un proceso de gran resonancia contra los fariseos.

Evidentemente, Cristo creía que su religión tenía un solo enemigo temible: el fariseísmo. Y creo que sería conveniente proceder a una auténtica excomunión.

El conflicto que se articulaba entre «la fecunda legitimidad y el legalismo estéril» (*Bruckberger*), desemboca, por parte de Cristo, en una precisa requisitoria.

He aquí los puntos principales:

— *dicen y no hacen*

- *atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo las tocan*
- *hacen sus obras para ser vistos*
- *buscan los primeros puestos..., los saludos de las plazas*
- *les gusta que les llamen «maestros»*
- *no entran en el reino, e impiden entrar a los demás*
- *cuelan los mosquitos y se tragan el camello.*

Amigos, ¿quién puede estar seguro de que estas fulgurantes acusaciones no tienen nada que ver con él?

No hablo solamente de los que ejercen alguna autoridad, para los cuales una página como ésta debería sembrar un montón de clavos sobre sus poltronas.

No. Todos nos sentimos aludidos. Sería, incluso, farisaico el imaginarse que los tiros se dirigen exclusivamente contra los que tienen la autoridad.

Amigos, este discurso, hecho más con latigazos que con palabras, se dirige a cada uno de nosotros.

Los fariseos no son una categoría de personas. Se trata, más bien, de una categoría del espíritu. Es una postura interior. Es un bacilo siempre dispuesto a infectar nuestra vida religiosa.

Para individualizarlo no existe mejor diagnóstico que este inquietante y terrible capítulo 23 de san Mateo.

Todos somos fariseos cuando:

- *anulamos la palabra de Dios con «nuestras» tradiciones*
- *nos limitamos a la legalidad*
- *reducimos la religión a una cuestión de «prácticas»*
- *pretendemos llegar a Dios «saltándonos» al prójimo*
- *nuestra obra de «proselitismo» fabrica «sectarios»*
- *nos preocupamos más de «parecer» que de «ser»*
- *tenemos la ambición de dominar*

- *nos consideramos mejores que los demás*
 - *ponemos a la ley (la «letra» de la ley) en el vértice de nuestras preocupaciones, en lugar del hombre.*
- Toda esta «podredumbre» tiene un solo nombre: hipocresía.

Por eso, con toda justicia, en la acepción popular «fariseísmo» se ha convertido en sinónimo de «hipocresía».

La hipocresía constituye la desintegración universal no solamente de las virtudes, sino también de los vicios, que se convierten, por culpa de ella, en vicios del vicio. (*Bruckberger*)

Al leer las inectivas de Cristo, que siguen inmediatamente a su despiadada requisitoria (inectivas tan violentas y brutales que, si no estuviesen en el evangelio, jamás nos habiéramos atrevido a ponerlas en boca de Jesús), se comprende fácilmente que la hipocresía sea el único pecado ante el cual el Señor se haya horrorizado de verdad.

Los hipócritas tienen una «doble cara». La que mira a Dios es horrible, espantosa.

El ojo está hecho para la luz

Jesús admira y alaba el celo de los fariseos por la ley. Pero les acusa de que «no van más allá».

Los mayores errores de la humanidad, los que ejercen un pérfido poder de seducción y que producen las grandes catástrofes, son los que parten con paso justo, pero se detienen a la mitad del camino de la verdad. Es cierto que Jesús y los fariseos realizaban juntos la mitad del camino: juntos veneraban la ley de Moisés y su origen divino. Los fariseos se paraban allí. Jesús proseguía su marcha. (*Bruckberger*)

Para Cristo la ley no era un ídolo. Era un medio. La ley no tenía que capturar al hombre para encerrarlo en su propio perímetro. Tenía la tarea de empujarlo más allá.

Esto es, la ley tenía que desembocar en la luz. En el amor.

Y sigue Bruckberger explicando las cosas con una comparación muy eficaz:

El complicado mecanismo anatómico del ojo es evidentemente fascinante, lo mismo que las complicaciones de la ley de Moisés. Pero el ojo, con todas sus perfecciones orgánicas, no basta. Puede abrirse y ejercitarse en ver todo lo que quiera. Pero no verá nada mientras no encuentre la luz, que es aquello para lo que ha sido hecho, su fruto, su alegría, su liberación. Jesús constituía la luz de aquel gran ojo abierto que era la ley de Moisés. Los fariseos pueden empeñarse en demostrarnos la estupenda anatomía del ojo. Estamos conformes. Lo que afirmamos, sencillamente, es que el ojo está hecho para la luz.

El hombre no está destinado a ser aferrado por un mecanismo legal. Está destinado a la luz.

El corazón del hombre no está hecho para la ley. Está hecho para el amor.

Una ley que se convierta en ídolo, que se niegue al papel de «instrumento» que le corresponde, lleva la marca infamante del fariseísmo.

Separatismo

Una religión que no se traduzca en amor merece un solo nombre: hipocresía.

Una observancia legal que es fin de sí misma, su ídolo, se convierte en legalismo.

Pero además de la hipocresía, del legalismo, existe otro elemento que califica al fariseo: el espíritu de separación.

Los fariseos se consideran un mundo aparte.

Se trata de una característica que parece evidente también hoy en muchos cristianos. Se puede sintetizar de esta manera: negativa a sentirse solidarios, en el bien y en el mal, en los peligros y en los compromisos concretos, en los méritos y en las culpas, en las elecciones y en las responsabilidades, con todos los demás hombres.

Esta separación está motivada, más o menos conscientemente, por una superioridad. Y también por una seguridad: la seguridad de pertenecer a una institución que da la certeza, por el mero hecho de adherirse a ella, de la salvación.

Algunos parece que aceptan la comunión de los santos solamente en un sentido. Como si se tratase de un «privilegio» entre tantos otros. Pero comunión de los santos no quiere decir exclusivamente «reversibilidad de méritos». Significa también solidaridad en el mal. Significa triste posibilidad de infectar el aire que los demás respiran.

Frente al mal que hay en el mundo, frente a la injusticia, la miseria, el odio, la ferocidad racial, la violencia, las matanzas, la corrupción, la guerra, el desorden, un cristiano no puede decir: «A mí esto no me interesa. La responsabilidad es de los demás».

El que rechaza semejante solidaridad, incluso en el mal, con todo el género humano, es un fariseo.

Existe un segundo aspecto de esta separación, que puede ser causa o efecto del precedente: el dividir el bien y el mal con criterios que yo definiría «geográficos»: por aquella parte el mal, el vicio, la condenación; por ésta, el bien, la virtud, la salvación.

Y nosotros, no es necesario decirlo, nos colocamos en la parte de acá.

El fariseo no tiene ánimos para hacer un descubri-

miento incómodo: la línea que limita el bien y el mal, la bondad y la malicia, pasa a través de ese micro-caos que es el corazón de cada uno de nosotros.

Una última manifestación del espíritu de separación. Consiste en una curiosa distribución de los papeles, muy cómoda para nosotros.

En el teatro del mundo nos reservamos el papel de «apuntadores». Los demás harán de actores. Estarán metidos en todos los líos del drama. Tendrán que salir de allí como puedan. Pueden meter la pata. Si «resbalan», peor para ellos. Nosotros hemos «apuntado» bien.

En la historia de la humanidad surgen problemas colosales, soluciones críticas que exigen una toma de posición, una opción. Se perfilan en el horizonte de la vida compromisos audaces. Y nosotros les dejamos a los demás la tarea de «hacer». Creemos haber desempeñado nuestra obligación por el mero hecho de haber presentado «declaraciones oficiales».

Nos portamos como si dirigiésemos desde lo alto de nuestro pedestal las cosas y los acontecimientos. Y como si nuestro «papel» consistiese exclusivamente en decir lo que deben hacer los demás.

Por fortuna, «la mayor parte» de la gente ha perdido su interés por nuestras declaraciones oficiales. Y esto no es ningún desastre. Realmente es una liberación. No hemos de tomarnos tan abominablemente en serio que nos titulemos Cristianos con C mayúscula. Podríamos pensar un poco más en la realidad de nuestra vocación y preocuparnos un poco menos de la figura que presentamos ante el mundo.

Si hay un *kairós*, como todavía lo hay, no se trata de un «tiempo» en el que una vez más convenzamos al mundo de que estamos en lo cierto, sino más bien de un tiempo en el que la crisis del hom-

bre nos enseñará algunas serias verdades sobre nuestra vocación y sobre nuestro lugar en el mundo: un lugar no elevado ni poderoso, ni quizás siquiera influyente.

En realidad nos estamos dando cuenta de que somos como los demás hombres, de que no somos una raza particular de seres privilegiados, de que nuestra fe no nos libra de enfrentarnos con las misteriosas realidades del mundo, con las mismas limitaciones que tienen los demás, con las mismas probabilidades de equivocación humana.

Nuestra vocación cristiana no nos hace superiores a los demás hombres, de que no somos una raza particular de seres privilegiados, de que nuestra fe no nos libra de enfrentarnos con las misteriosas realidades del mundo, con las mismas limitaciones que tienen los demás, con las mismas probabilidades de equivocación humana.

Nuestra vocación cristiana no nos hace superiores a los demás hombres, no nos da derecho a juzgar a todos y a decirlo todo para todos. No tenemos las respuestas para todos los problemas sociales. Y todos los conflictos *no* han sido anteriormente decididos en nuestro favor.

Nuestra tarea es la de optar juntamente con todos los otros y de colaborar con ellos en las dificultades: tarca en la que podemos fracasar, al buscar una solución para los problemas comunes, que son completamente nuevos y extraños a todos nosotros. (*Thomas Merton*)

El fariseo se considera un privilegiado, un separado. Considera a los demás como «excluidos».

Pero, en realidad, ha sido él el que se ha quedado fuera.

Puede esperar que lo integren de nuevo en el mundo solamente si acepta, humildemente, ponerse al servicio del mundo.

La integración real tiene lugar exclusivamente a través del «servicio».

*

¿Estoy completamente seguro de no tener la sangre envenenada por el microbio del fariseísmo?

Se trata de un contagio que me «echa a perder».

Perdido también para la misericordia de Dios. Porque el Señor sólo tiene invectivas para con los fariseos.

Pero se trata de un contagio del que uno se cura apenas se ha dado cuenta de que está atacado.

Cuando reconozco que mi religiosidad está atacada de hipocresía, cuando confieso que soy un fariseo, cuando la implacable requisitoria de Cristo me toca en lo más vivo y me pone malo, ya estoy caminando por el camino de la salvación.

Cuando logro arrojar de mí la «segunda cara», entonces Cristo me reconoce.

Quizás sea un pecador. Pero, al menos, soy yo de verdad.

Y el Señor, en este caso, ya sabe lo que tiene que hacer para salvarme.

36

¿QUIÉN QUIERE JUGAR?

¿Pero, con quién compararé a esta generación? Se parece a los chiquillos que, sentados en las plazas, se gritan unos a otros diciendo: «Os hemos tocado la flauta, y no habéis bailado, os hemos entonado endechas, y no os habéis lamentado».

Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: «Demonio tiene». Vino el hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: «Ahí tenéis a un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores». Y la sabiduría se ha acreditado por sus obras. (*Mt 11, 16-19*)

Esa vez Cristo tomó los apuntes para su parábola de un juego de niños. No es difícil imaginarse la escena. Los chavales proponen imitar una fiesta de bodas, las chicas un funeral. Pero los primeros acordes de la flauta son acogidos por la indiferencia general y nadie da el primer paso de una danza. Prueban entonces con los gritos de lamentación: pero también éstos caen en el silencio.

Muchachos enfurruñados, caprichosos, descontentadizos.

La alusión a los fariseos y a los doctores de la ley es hasta aquí poco transparente. Se han negado a entrar en el «juego de Dios». Y se quedan cruzados de brazos en un rincón. No han acogido el mensaje de Dios y son borrados del plano de la salvación.

Y hay mucha tristeza en las palabras de Cristo cuando denuncia esta «ruptura».

Pero no vayamos a creer que va todo contra ellos y que nosotros quedamos a salvo de los tiros.

Puede ser que también nosotros, a veces, nos neguemos a entrar en el «juego de Dios». Que nos mostremos quejicosos y huraños ante el mensaje de Cristo. Que, sobre todo, no aceptemos la complejidad del juego y nos limitemos a unos aspectos parciales.

Las patatas mohosas

Vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: demonio tiene.

Los judíos desoyeron la enérgica invitación a la penitencia porque consideraban a Juan como endemoniado, lo cual, en su mentalidad oriental, era sinónimo de loco.

Una de las señales más preocupantes de nuestro tiempo es que nos avergonzamos de las patatas mohosas del cura de Ars.

No. No es una paradoja. Las patatas mohosas, comida única de aquel cura, parecen fastidiar a mucha gente, enferma de aburguesamiento espiritual.

Algunos se desentienden de todo con una indulgente absolución:

— ¡Bah! Son extravagancias... No hay que tomarlo tan en serio. Todos tenemos alguna manía...

A otros, menos comprensivos, les gustaría poder eliminar esas páginas de la historia de la espiritualidad (¿o de la Iglesia?), como si fuesen expresiones decadentes de los «tiempos oscuros». Y además, resulta difícil justificarlas bajo un punto de vista humano. Lo digo yo. Pero el que tiene que defenderse ¿es el cura de Ars, buscando una excusa porque en casa le han descubierto el «cuerpo del delito», la olla con las patatas mohosas a punto?, ¿o somos nosotros los que hemos de justificar

nuestro cristianismo por haber eliminado de nuestro vocabulario la palabra «mortificación»?

El «pálido intelectual en clergyman» arruga la nariz frente al contenido de esta olla. No sabe cómo colocar las patatas mohosas entre las páginas de sus volúmenes que rezuman erudición, ¡sin ocurrírsele la idea de que vendrían muy bien entre las páginas del evangelio! Y entonces con un golpe seco de sus brillantes zapatos las manda al limbo de los trastos que estorban.

Desde que leyó en algún tratado científico, quizás un texto de medicina legal, el término «masoquismo», mira con sospechas las mortificaciones corporales de los santos de todos los tiempos. Las considera como productos sospechosos ante el análisis de la ciencia. Por todas partes huele a masoquismo.

El pálido intelectual en clergyman lo pone todo en discusión. Todo, menos las tonterías, que guarda celosamente en su memoria, de sus propios intelectualoides preferidos.

Cristo nos ha dicho que no pongamos cara triste cuando ayunamos. Pero no ha excluido el ayuno. Sino todo lo contrario.

Quando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas, que desfiguran su rostro para que los hombres noten que ayunan; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro, para que tu ayuno sea visto, no por los hombres, sino por Dios que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. (Mt 6, 16-18)

Es difícil interpretar este paso, como alguno pretende hacerlo, en el sentido de que las mortificaciones son «extravagancias».

De acuerdo que es menester evitar toda clase de faquirismo cristiano.

De acuerdo que el muestrario de «penitencias», tal como se lee en ciertas hagiografías, que me atrevería a calificar de «charlatanescas», no hay que tomarlo a beneficio de inventario.

De acuerdo que la esencia de la santidad no consiste en dormir en camas de madera, en ayunar y en hacer sangrar la propia piel, sino en la capacidad de elevar el alma y el corazón hacia las estrellas.

De acuerdo que las manifestaciones corporales no son siempre las más importantes. A este respecto es elocuente un episodio que se lee en las *Vidas de los padres*:

Epifanio, obispo de Chipre, envió una vez al abad Hilarión esta embajada: «Baja hasta mí, para que podamos conocernos antes de abandonar el cuerpo». Cuando estuvieron sentados juntos a la mesa, les trajeron carne de ciertas aves y el obispo las puso delante de Hilarión. Y el anciano dijo en seguida: «Perdóname, padre; desde que recibí el hábito monástico, no me he atrevido a comer carne». Y el obispo le respondió: «Pues yo, desde que me vestí con las vestiduras episcopales, ni logré jamás conciliar el sueño sin haberme reconciliado antes con el que me era contrario». Entonces el anciano dijo: «Dame tu perdón, padre; tu progreso en el camino de la vida es mayor que el que yo he realizado».

De acuerdo. También el diablo, según un viejo proverbio, ni come ni bebe ni se casa, y no por eso ese grandísimo asceta deja de ser diablo...

De acuerdo en todo esto.

Pero sigue siendo verdad que la mortificación no puede desaparecer impunemente de la vida cristiana, so pena de caer en un inevitable aburguesamiento.

No estará mal descubrir de nuevo el significado y el dinamismo de la ascesis practicada por el monaquismo primitivo.

Me permito copiar algunos fragmentos de un agudo análisis que debemos a la pluma de un especialista:

Sería un error imperdonable ver en el desierto sólo el deshecho del monaquismo, hombres incultos que viven en una atmósfera degradante. Si no bajamos hasta sus motivaciones más profundas, corremos el riesgo de pasar al margen de un hecho único, de consecuencias incalculables para el destino del cristianismo. La ascesis del desierto constituye un momento dialéctico ineludible de la espiritualidad cristiana.

No ha sido con los instrumentos de la cultura, sino con sus manos desnudas, como los ascetas han mantenido el ideal cristiano en su altura trascendente. Y aquí es donde está el milagro.

La ascesis atenúa los efectos de la mancha original y manifiesta el poder del espíritu. Las historias del desierto nos hablan de una asombrosa amistad; las fieras salvajes reconocían el *olor del paraíso* junto a los santos y acababan humanizándose ante aquel rostro humano de ojos dulces e inteligentes. Los anacoretas viven de nuevo aquel antiguo privilegio del hombre, puesto por Dios como verbo cósmico y rey del universo.

En el maximalismo de los ascetas es donde el mundo encuentra su propia medida, el término del parangón, y comprende la peligrosa vulgaridad y necesidad de todo espíritu de suficiencia. Frente al sentido común que nos dice que «Dios no pide tanto», la ascesis proclama los terribles celos de Dios que, después de habernos dado todo lo suyo, le pide también todo al hombre. Los padres del desierto nos dan una imagen de este don total. Sus rasgos exagerados no hacen más que llamar más la atención y plantearnos a todos una seria pregunta sobre nuestras propias «posibilidades».

La técnica ascética *purifica la tierra del cuerpo*. Un deportista ejercita su propio cuerpo; un asceta, su propia carne. Los iconos nos muestran hombres cuya carne no tiene peso ni gravedad terrestre, seres que viven en una nueva dimensión. Están desmaterializados, deshuesados, pero no *desrealizados*. Más reales que todos los demás, han llegado más allá de ellos mismos.

La operación terapéutica *en el desierto*, en la profundidad extrema del espíritu humano, es universal. Representa el vómito colectivo, la objetivación y la proyección al exterior de la impureza original que se ha venido acumulando.

La ascesis ha purificado al alma; mantiene su papel de vigilante centinela.

Colocándose en condiciones antisociales, la ascesis ha preparado el retorno del hombre nuevo a la historia. Colocado en sus orígenes fuera de la historia, el monaquismo se convertirá en una fuerza religiosa destinada a influir más fuertemente en la historia. (*Ev-dokimov*)

Evidentemente, no se trata de volver a las «formas» de la ascesis monástica primitiva, sino a su «espíritu».

En las actuales condiciones, sigue observando Evdokimov, en un ritmo de vida que se hace cada vez más vertiginoso y rechinante y que provoca un tremendo desgaste nervioso, la mortificación cristiana debe adquirir necesariamente una nueva sensibilidad y adoptar formas nuevas.

La ascesis es solamente un método al servicio de la vida y tiene que acomodarse a las nuevas necesidades.

La tebaida heroica imponía ayunos extremos. Hoy el combate es en otros terrenos. El hombre no tiene necesidad de un dolorismo suplementario; los cilicios y los azotes podrían destrozarlo inútilmente. La mortificación consistirá más bien en una liberación de todas las necesidades de velocidad, rumor, excitantes, alcohol...

La ascesis consistirá en saberse conceder el debido descanso, en saber pararse para encontrar de nuevo, en la calma y en el silencio, en períodos regulares, la oración y la contemplación, aun en medio del bullicio del mundo, sobre todo en advertir la presencia de los demás.

El ayuno, en vez de las antiguas maceraciones, consistirá en la renuncia a lo superfluo, en la capacidad de dividir el pan con los pobres, en el equilibrio de la sonrisa.

Éstas pueden ser las nuevas formas de ascesis, características de lo que ha venido en llamarse «monaquismo interiorizado».

Pero trasladar el combate a otros terrenos no significa evitarlo. Y difícilmente el equivalente de las patatas mohosas del cura de Ars será el hartarse de caviar...

Hay que hacer en nuestra vida algo análogo a lo que hicieron los monjes antiguos.

El mundo pagano había combatido al cristianismo, intentando eliminarlo por medio de las persecuciones. Ahora, los padres del desierto pasan al contrataque, se vengan y quieren eliminar al mundo del propio ser. Sola-

mente se invierten las partes, cambia el escenario: el desierto en vez del circo. Los anacoretas, después de haber arreglado sus cuentas con el mundo, le permiten al cristiano «volver» al mundo.

Así también nosotros. Tampoco en nuestra existencia cristiana puede faltar esa fase de ruptura y de combate.

Solamente después de haber «arreglado las cuentas», como a veces hacen algunos, a cuchilladas, con nuestro cuerpo, podremos enderezarlo, dócil, «hacia las estrellas», junto con el alma, seguros de que no sufrirá vértigos.

Sólo cuando hayamos «arreglado las cuentas» con el mundo, podremos volver a él, reconciliados con el mundo.

Y las «exageraciones» ascéticas dejarán su lugar a las empresas de la caridad.

La risa es una cosa seria

Vino el hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: — Abí tenéis a un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores.

El comer y el beber no hay que considerarlos sólo en el aspecto químico y fisiológico. Estas acciones que realizamos todos los días no son solamente una provisión de fuerzas físicas que permite a la máquina de nuestro cuerpo continuar funcionando. En realidad, se trata de un acto de «toda la persona».

No existe nada tan misterioso como el alimento: la transformación de una cosa muerta es algo vivo, la metamorfosis de un cuerpo extraño en nuestra propia sustancia, la inserción de una materia que conserva su propio carácter peculiar en una realidad más elevada y completa.

Cada vez que comemos debería haber algo festivo en la misma comida cotidiana. Todos los días es fiesta. Realmente es el anuncio de la unidad en la cual cada cosa y cada hombre quieren refugiarse,

en la cual todos se sienten protegidos y arrancados de su soledad. En la vulgaridad de lo cotidiano, discretamente, pero con bastante claridad, se habla del festín de la vida eterna. (K. Rabner)

Las palabras de Cristo, que hemos citado al comienzo, van sin embargo más allá del comer y del beber; revisten otro aspecto del «juego de Dios» que no se opone ni mucho menos al que hemos ilustrado en la primera parte: la risa.

Confesémoslo. Algunos cristianos se encuentran más a gusto en un funeral que en una fiesta de bodas. ¿Por qué?

Hay personas piadosas que llevan en su conducta externa, en su modo de andar, en su cuello torcido, en su sonrisa tan parecida a una mueca, el sello de una educación católica, sería más exacto decir: deseducación católica, que es un insulto a las palabras de Cristo: ... *Pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón, y nadie os podrá quitar vuestra alegría.*

Hay además un estilo eclesiástico y monacal, e incluso de muchos «militantes» laicos, que hacen pensar en un «robot», en un distribuidor automático de sonrisas. Se encuentra con una persona y se le regala una sonrisa forzada. Forma parte de la «técnica de apostolado». Y no hay nada más hipócrita y más desagradable que esas devotas sonrisas «estereotipadas».

No. La risa no se improvisa. No es regalo que hacer en determinadas circunstancias.

Tenemos que aprender a reír de veras. Porque la risa es una cosa seria. Especialmente para un cristiano.

No se trata ciertamente aquí de la risa de los necios y de los pecadores, que tantas veces condena con frases tajantes la Escritura:

«El necio, cuando ríe, lo hace a carcajadas.» (Ecli 21, 20)

«La conversación de los necios es algo irritante, su risa estalla en la molicie del pecado.» (Ecli 27, 13)

Ni se trata tampoco de la risa sobre la que Cristo hace caer su maldición:

¡Ay de los que reís ahora, porque tendréis aflicción y llanto!

No, no se trata de esa risa, descalificada definitivamente por la palabra de Dios.

La risa auténtica es la que brota espontáneamente de un corazón sencillo, de un corazón de niño; y el corazón del cristiano tiene que ser así.

Solamente es capaz de reír aquel que es capaz de «tomarles la medida» a los hombres y a los acontecimientos, el que sabe valorar las cosas en sus justas proporciones, el que no se coloca en el centro del universo.

La risa, en nuestra existencia, tiene una función liberadora insustituible. Nos libera, sobre todo, de la tentación de tomarnos demasiado en serio y de tomar demasiado en serio cosas que son simplemente ridículas.

La risa, entre otras cosas, constituye una preciosa costumbre higiénica.

El «terrible cotidiano» va acumulando poco a poco tanto polvo y telarañas en el horizonte de nuestra vida, que llegan a oscurecer al sol. Y luego, la mezquindad de los hombres va formando en nuestra piel una costra de disgusto.

Y he aquí que una carcajada abierta, sonora, rasga todas las telarañas, quita todo el polvo, rompe la costra. Y nos devuelve un horizonte «limpio», nos restituye el sol y la alegría de vivir.

Cierta persona «devota» me interrumpió en una ocasión:

— ... Pero ¿no resulta del evangelio que Cristo no se rió nunca?

Ya. Lo invitaban a la mesa para que alegrase a todos con su humor negro.

¿Y los niños? ¿Habéis visto acaso a enjambres de niños corriendo gozosos alrededor de una persona seria como una pared?

Además, sonrió ciertamente observando al fariseo, aquel pavo sagrado, mientras rezaba tan orondo ante el altar.

Y sonreirá ciertamente observando los «cuellos torcidos» de ciertos devotos que pretenden ser sus representantes...

Y además, aunque se escandalicen los de alma raquí-ta, la Escritura nos dice que Dios se ríe en el cielo.

Ríe con la sonrisa de la tranquilidad, de la seguridad y de la serenidad, la sonrisa que domina todas las enmarañadas complicaciones de una historia que es cruel y sanguinaria, loca y vulgar. (K. Rabner)

Pues bien, la risa del cristiano debería estar forjada según el modelo de la sonrisa de Dios. La risa que brota de un corazón recto, frente a cualquier disparate de este mundo, es un reflejo de la risa de Dios. «Una copia del Dios vencedor, señor de la historia y de la eternidad, de ese Dios cuya risa atestigua que en el fondo todo es bueno».

Alguien ha hecho observar que al concilio Vaticano II le falta el esquema 14: sobre el «humorismo».

Pero esta laguna puede colmarse, en espera de un nuevo concilio, por nuestro comportamiento práctico.

El humorismo es signo de inteligencia. Y la inteligencia, mientras no se demuestre lo contrario, constituye una obligación precisa para todo cristiano.

El humorismo revela nuestra capacidad para no tomarnos demasiado en serio, para reírnos de nosotros mis-

mos, para tomarnos el pelo sin esperar a que nos lo tomen los demás.

El humorismo constituye el mejor «test» para ver si nos hemos liberado ya de eso que podríamos llamar «complejo de padre eterno», un complejo que sufren muchos cristianos de todos los calibres.

En este tiempo posconciliar se advierte en muchos círculos católicos la más desoladora falta de humor. Gente seria, cumplidora, tiesa, medítabunda, con la boca siempre llena de una «problemática existencial». Que echa fuera, como si fuese maná, palabrotas como «pneumatología», «instancia», «dialéctica», «kerigma». Y todo con una seriedad pasmosa.

Demasiada gente que se toma tremendamente en serio.

Demasiada gente que ha perdido el sentido del humor.

Demasiada gente que se ha olvidado de que Dios precisamente es un insuperable humorista. Basta pensar en que nos ha hecho a nosotros colaboradores de su obra...

*

Dios no sabe qué hacer con los personajes enfurruñados que están allí, tan serios, en el rincón de la plaza.

Él, a pesar de nuestros caprichos, sigue llevando adelante, imperturbable, su propio juego.

¿Estamos dispuestos a entrar, sin demasiadas historias, en el juego de Dios? ¿A aceptar su complejidad?

El juego de Dios está hecho de ayunos y de mesas bien nutridas, de lágrimas y de sonrisas, de motivos alegres y de tonos tristes, de cruz y de perfecta alegría, de mortificaciones y de alegría de vivir, de ruptura con el mundo y de amor al mundo.

El que acepta solamente una parte del juego, se descalifica automáticamente.

Si queremos un ejemplo concreto y convincente de una participación total en el «juego de Dios», observemos la vida de Francisco de Asís.

No nos hagamos los sabiondos, atragantados en su cultura y en sus prejuicios.

No nos hagamos los niños «imposibles».

De todos modos, con nuestra murria no logtaremos impedir el juego.

El juego prosigue, porque Dios siempre logra reclutar niños dóciles, abiertos, verdaderos hijos de la sabiduría, dispuestos a entrar en el juego porque han comprendido el plan de Dios.

Y de esta forma la sabiduría queda justificada por sus hijos.

37

DIEZ EN CONDUCTA

¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Llegándose al primero, le dijo: — Hijo, vete hoy a trabajar en la viña. Y él le respondió: — No quiero, pero después se arrepintió y fue. Llegóse luego al segundo, y le dijo lo mismo. Y él respondió: — Sí, señor, y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? — El primero, contestaron. Díceles Jesús: — En verdad os digo, los publicanos y las rameras llegan antes que vosotros al reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros caminando en justicia, y no creisteis en él, mientras que los publicanos y las rameras creyeron en él. Y vosotros ni viéndolo os arrepentisteis después para creer en él. (*Mt 21, 28-32*)

Dos muchachos.

Uno irrepreensible, respetuoso, ceremonioso.

El otro inquieto, rebelde, caprichoso.

El primero dice que sí, y es un no.

El segundo parece decir que no, pero es un sí.

El primero se adelanta siempre; pero en el fondo es un zángano.

El segundo tiene la cabeza «rota», pero un corazón de oro.

La conclusión es tajante: el padre, o sea Dios, tiene muchos motivos para no fiarse del primero.

Pecado de buena educación

El cristianismo actual peca de buena educación. Se preocupa solamente de no ensuciarse, de no mostrarse poco delicado, teme el fango, la vulgaridad, la franqueza, prefiriendo una meticulosa mediocridad a todo lo demás. Un ejemplo, para que veamos hasta dónde hemos llegado: el óleo santo se ha transformado en una melaza dulzona (la palabra «unción» nos da náuseas). Se aprietan piadosamente los labios y se espera a que el Señor nos dé diez en conducta.

Como jovencitas, enrojecemos ante toda alusión a los placeres prohibidos. «Pero, ¿qué dice usted? ¿Yo una de esas? Ha perdido usted el juicio.»

Han confundido a la Iglesia de Cristo con una casa de educación para niñas bien. En una palabra, todo cuanto es vivo y brillante ha pasado a manos del vicio y a la virtud no le queda más que suspirar y derramar alguna lagrimita. Nos hemos olvidado de los ardientes improperios de la Biblia. El cristianismo, sin embargo, tiene que ser audaz y llamar a las cosas con su nombre. Ha llegado la hora de renunciar a los angelitos púdicamente envueltos en guirnaldas para que se conviertan en ángeles más fuertes y más exigentes que los reactores. «Reactores»: no ya para sobrevolar al mundo contemporáneo, sino para superarlo.

A este paso se puede caer en la herejía. Pero hoy la herejía es menos peligrosa que el que se sequen las raíces.

No son palabras de un padre de la Iglesia, sino de un escritor ruso contemporáneo, A. Sinjavskij. Pero esto no quita que su denuncia sea válida.

La conclusión de la parábola debería poner en crisis al «pecado de buena educación».

Lo que le importa al padre es que la viña quede bien labrada. El sí falso del primer hijo deja a salvo el «respeto», está en regla con las buenas maneras, pero deja a la viña sin labrar.

Hoy, en la Iglesia, se van determinando dos tendencias opuestas. Se van delimitando dos concepciones del apostolado:

- la primera se basa en la institución;
- la segunda en el movimiento.

1. La primera insiste en el orden más que en la justicia. En la autoridad más que en la «corresponsabilidad». Su empeño: defender el honor de Dios y los derechos de la verdad. Su ideal: una Iglesia respetada. Los medios para llegar a ello: la protección, el apoyo (léase: estado, poder...) Consecuencias: un mundo cerrado, una mentalidad de ghetto. Reagrupar a los cristianos entre sí (¡cuántos círculos cerrados, con la etiqueta de católicos!), conseguir que haya el menor número posible de «contactos» con el mundo perverso para que nadie se pierda, sino que lleguen todos juntitos, bien alineados, con un cartel en cabeza que diga «los nuestros», a la casa del Padre.

En esta obra de defensa y de construcción de muros macizos no resulta difícil reclutar voluntarios más o menos desinteresados. Manos untuosas. Personas que consideran a Dios como «guardián» de sus privilegios. Que defienden sus propios «derechos» dando a entender que están defendiendo los derechos de Dios.

2. Según la *mentalidad de movimiento*, el orden, los privilegios y los títulos presuponen algo más importante.

Es menester llegar a una clarificación, desenmascarar las posturas sospechosas, abandonar las preocupaciones que atienden sólo a la fachada.

Es preciso tener coraje para quitar cierto polvo sagrado que se ha ido acumulando sobre nuestros hábitos religiosos y que, por quietismo o por pereza, se consideraba como intocable.

Los tiros no van contra la autoridad, sino contra el autoritarismo.

No se niega la obediencia, sino una obediencia ciega que impide una inteligente colaboración.

Más que leyes cristianas, urge fabricar cristianos auténticos.

Frente al mal, no se trata tanto de «prevenir» como de «preparar»: hay una diferencia sustancial entre ambas operaciones.

No basta con que los cristianos sepan «adónde no han de ir»; tienen que educarse para saber «adónde ir».

Es preciso que la Iglesia salga al descubierto y que sus apóstoles no tengan miedo de ensuciarse las manos hundiéndolas en las realidades del mundo en que viven. La levadura actúa por dentro, no al margen de la masa.

Algunas tácticas de espera son antievangélicas. Los apóstoles no escribieron sobre la puerta del cenáculo: «Aquí se habla de Jesucristo. Los que deseen ser instruidos en la religión cristiana, pueden presentarse de tal hora a tal hora...» Salieron fuera. A la calle. A las plazas. Se mezclaron entre los hombres.

La verdad no se salva, guardándola celosamente en una vitrina, vigilada asiduamente por los inexorables defensores de la ortodoxia. Sino sacándola fuera, a la luz del sol, en contacto con la realidad de cada día.

La verdad no tiene necesidad de ser respetada. Pide ser amada.

El único derecho que reivindica es el de ser comunicada, convertirse en propiedad de los demás.

¿Quién es el que tiene razón?

Probablemente la solución llegará algún día alzándose por encima de los contrastes, la animosidad de las respectivas posiciones no siempre permite tener los ojos limpios, colocándose en un plano superior.

De todas formas, la parábola evangélica, completada con algunas afirmaciones más bien precisas del Señor, nos puede ofrecer una clave preciosa para resolver la cuestión.

Veámoslo.

Paréntesis

En este punto permítaseme un paréntesis.

Me veo atormentado por la duda de que no siempre los superiores han meditado esta parábola y que no han sacado, por tanto, sus rigurosas conclusiones. De este modo, corren el peligro de equivocarse a la hora de descubrir cuáles son los hijos verdaderamente obedientes.

Cortesano no quiere decir colaborador.

Adular no es sinónimo de amar.

Decir sí es distinto de hacer.

El que «da un paso adelante» precipitadamente, casi siempre acaba retirándose apenas se encuentra fuera del alcance de la vista del superior.

El que tiene un «sí fácil» casi siempre tiene un «empeño difícil».

La sonrisa ceremoniosa va acompañada inevitablemente de una voluntad poco eficaz.

Los especialistas del saludo, columna vertebral en ángulo recto, encuentran una insuperable dificultad en doblar la espalda cuando se trata de tomar el azadón para empezar a cavar en serio.

Los que se encuentran indefectiblemente en primera fila durante los desfiles oficiales, acaban siempre en la retaguardia (zapatillas y poltrona) cuando llega la hora de atacar a la bayoneta.

Algunos «rebeldes» son realmente de los hijos más apasionados de la casa. El suyo, de ordinario, es un amor desilusionado. Si son «rebeldes», quizás sea porque alguien los ha herido. «Si son rebeldes quizás sea porque son fieles a unos valores olvidados.» (*Sullivan*)

Algunas «cabezas calientes» tienen el único defecto de no saber emplear la palabra como incensario. En realidad, un superior inteligente tiene que saber que «puede contar» con ellos. A ojos cerrados.

Puede ser que tengan alguna «palabra atrevida». Pero sus acciones son lo que deben ser.

Y cierro el paréntesis.

Lo que importa es «hacer»

¿Qué os parece?

¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?

Lo que importa, por consiguiente, es «hacer la voluntad del padre». Y la voluntad del padre es que sea labrada su viña: se trata de cultivar la viña, no de defenderla.

Tenemos de esta forma, entre las manos, un criterio para juzgar quién está en su sitio y quién no.

Hoy se discute mucho sobre los límites de la Iglesia. Quién está dentro y quién fuera.

Es difícil establecerlo con certeza. Cualquier discriminación resulta sumamente peligrosa. De todas maneras, las indicaciones que nos proporciona la parábola son preciosas, porque cortan de raíz ciertas cómodas clasificaciones, revelan que son infundados ciertos privilegios que se consideraban adquiridos y hacen descubrir la injusticia de muchas exclusiones indebidas.

En el evangelio se habla siempre de un «hacer», aun cuando menos lo esperamos.

El que «hace» la verdad viene de la luz.

Confesémoslo. Hubiera sido más cómodo: «el que “contempla” la verdad», o bien «el que “guarda” la verdad», o incluso «el que “defiende” la verdad». Pero se dice: *el que «hace» la verdad...* Solamente los obreros de la verdad, y no los «especialistas del «sí», llegan a la luz.

La verdad no es nuestra. No nos pertenece. Viene del padre. Pero tenemos la posibilidad de hacer que sea nues-

tra: traduciéndola en nuestra conducta práctica, en la realidad del mundo en que vivimos. El «hacer» establece una relación estrecha, una especie de parentesco, entre nosotros y la verdad.

Si nos presentamos en la casa del padre solamente «armados» de la verdad, se nos cerrará la puerta y es inútil que nos hagamos ilusiones.

«Señor, he guardado la verdad». Si ser cristianos se redujese a esa tarea, Dios podría haber previsto las cosas de una manera mejor: una caja fuerte bien blindada hubiera sido más segura.

Hemos de presentarnos en la casa del padre no con la verdad bajo el brazo, sino con la verdad traducida en los hechos. Entonces es cuando Dios nos «reconocerá» sus hijos.

No todo el que me diga: «Señor, Señor», entrará en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial. Muchos me dirán aquel día: «Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?» Y entonces les declararé: «Jamás os conocí; apartaos de mí, agentes de iniquidad». (Mt 7, 21-23)

No hay duda alguna. El hijo «reconocido» por el padre es únicamente aquel que cumple la voluntad del padre. No el que dice que va a cumplirla.

Cuando, en nuestras iglesias, oigo a los «fieles» rezar el padrenuestro, me asaltan unas dudas enormes.

¿Qué pensará el Señor? ¿Nos conocerá de verdad a todos como hijos suyos? ¿No se fiará bastante más de otros millones de personas que no saben quizás decir «Padre nuestro», pero que, en compensación, cumplen su voluntad, trabajando por la justicia, por la libertad, por la paz y por la igualdad de todos los hombres?

Hágase tu voluntad...

Y el Señor sabe que, en nuestros labios, esa frase suena: «Hágase nuestra voluntad».

Pero ¿nos preocupamos de veras de descubrir la voluntad de Dios ahora, aquí, en estas circunstancias históricas que estamos viviendo?

¡Cuántas veces hemos faltado a la cita de la historia!

¡Cuántos retrasos ha impuesto nuestra pereza a la marcha del evangelio! ¡Cuántos lazos!...

Afortunadamente, el padre tiene a su disposición otros hijos. Unos hijos que quizás no digan que sí, pero al final hacen lo que deben hacer, a diferencia de nosotros, que estamos siempre dispuestos a decir que sí, pero que luego hacemos lo que nos viene en gana.

Bernanos ha observado que los cristianos poseen un mensaje de liberación. Pero que, en la historia, han sido frecuentemente los otros los que han liberado a los hombres.

El mismo discurso podría hacerse también de la justicia, de la libertad y de la paz.

Nuestros «adversarios» son muchas veces la documentación viviente de nuestras traiciones en daño de la verdad, de nuestra negativa a «hacer».

Cuando un hombre no acepta el desorden establecido, sino que trabaja por la justicia; cuando grita en favor de la libertad, aun cuando el que es degollado sea un adversario; cuando sustituye a la fuerza con el amor, a la mentira con la verdad, al egoísmo con la entrega; cuando acepta subir a la cruz en vez de cargarla sobre las espaldas de los demás: ése es un hijo. Y Dios está con él, haciendo su nueva creación.

*

Tenemos mucha prisa de que Dios nos conceda su aureola, antes incluso de haber hecho algo útil por él.

Tenemos demasiadas ganas de que Dios nos dé fácilmente un diez en conducta, antes de haberlo merecido efectivamente.

Pero el Padre no se deja engañar por nuestro «sí».

Y viene de vez en cuando a dar una ojeada a la viña.

Para ver qué es lo que hemos hecho de bueno.

GANAS DE AGUARNOS LA FIESTA

Cuando se aproximaban ya a Jerusalén, al llegar a Betfagé, junto al monte de los olivos, envió Jesús a dos discípulos, diciéndoles: — Id al pueblo que está enfrente de vosotros, y en seguida encontraréis un asna atada y un pollino con ella; desatadlos y traédmelos. Y si alguien os dice algo, diréis: El Señor los necesita; en seguida los devolverá.

... Fueron, pues, los discípulos e hicieron como Jesús les había encargado: trajeron el asna y el pollino. Luego pusieron sobre ellos sus mantos, y él se sentó encima. La gente, muy numerosa, extendió sus mantos por el camino; otros cortaban ramas de árboles y las tendían por el camino. (*Mt 21, 1-3; 6-8*)

Cerca ya de la bajada del monte de los olivos, toda la multitud de los discípulos, llenos de alegría, se pusieron a alabar a Dios a grandes voces, por todos los milagros que habían visto.

Decían: — ¡Bendito el rey que viene en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en las alturas.

Algunos de los fariseos, que estaban entre la gente, le dijeron: — Maestro, reprende a tus discípulos. Respondió: — Os digo que si éstos callan, gritarán las piedras.

Al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: — ¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz! Pero ahora está oculto a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, en que tus enemigos te rodearán de empalizadas, te cercarán y te apretarán por todas partes, y te estrellarán contra el suelo a ti y a tus hijos que estén dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de tu visita. (*Lc 19, 37-44*)

Parece como si Jesús, finalmente, hubiera acertado con el camino del triunfo. Los amigos, con la complicidad de la turba, parece que han logrado apartarlo de su camino, que tiene como punto de partida un establo y como meta final una cruz, un camino poblado de endemoniados, leprosos y pecadores, para llevarlo por la avenida del triunfo, entre el resonar de los aplausos y el ondear de las palmas.

Esta vez ha logrado organizar un festejo en plena regla.

Jesús avanza sentado sobre un asno retozón «en el que nadie se había sentado todavía» (los críticos más severos han intentado demostrar la falsedad del relato de san Mateo, acusado de haber introducido arbitrariamente en la escena también a la asna, a fin de hacer que el suceso cuadrara con la profecía; las cosas son más sencillas y Mateo tiene los papeles en regla con el sentido común: tratándose de un pollino joven, era más fácil conducirlo a Jesús acompañado por su madre. Eso es todo).

La escena, aun en medio de su sencillez pueblerina, reviste cierta solemnidad y grandeza.

La procesión se encamina hacia el monte. El camino está pavimentado por un tapiz de hojas y de mantos. Caen las últimas aprensiones en relación con la postura del maestro ante esta manifestación popular. ¡Ya está! De hecho, cuando se le acerca un grupo de fariseos, molestos por aquella algarabía, Jesús los liquida con una seca respuesta: *Os digo que, si éstos callan, gritarán las piedras.*

Sigamos. Todo se desarrolla como estaba previsto. La procesión baja ahora por el monte de los olivos y se acerca a Jerusalén. Aquí, durante toda la bajada, el programa de la fiesta prevé el plato fuerte. Desde una explanada del camino, se presenta a los ojos de Jesús un panorama espléndido, un espectáculo sensacional de la ciudad santa. En primer plano, el templo, restaurado reciente-

mente, con sus amplios patios, sus columnatas, sus atrios, las soberbias murallas rodeándolo y el techo dorado del Naos. Y luego la ciudad, con sus palacios y sus terrazas, aprisionada y protegida por sólidos murallones.

Pero, precisamente a la vista de la ciudad y mientras se intensifica el entusiasmo popular, como advierte san Lucas, Jesús de pronto, prescindiendo del ceremonial, y sin tener en cuenta las exigencias del programa, estropea la fiesta. *Al ver la ciudad, lloró por ella.*

Siempre resulta angustioso ver llorar a un hombre. Aquí, precisamente, es también Dios el que llora. Y esto es terrible.

El ceremonial de la fiesta preveía la admiración de Jesús ante aquel espectáculo. Pero Jesús, por el contrario, derrama lágrimas por la ciudad.

Y luego pronuncia su tremenda profecía:

Vendrán días sobre ti, en que tus enemigos te rodearán de empalizadas, te cercarán y te apretarán por todas partes, y te estrellarán contra el suelo a ti y a tus hijos que estén dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra.

Creo que aquel día las piedras de Jerusalén sudaron de espanto. Desde entonces quizás la cal se convirtió en polvo, los arcos comenzaron a sentir su inconsistencia, los fundamentos se empezaron a deshacer. Aquel día la ciudad sintió la muerte sobre su cabeza, mientras Jesús lloraba. Ya desde aquel día la ciudad se creyó muerta... (*Turolde*)

La historia nos demuestra cómo los acontecimientos le dieron la razón a aquella profecía. Pero nosotros sabemos que la ciudad, incluso antes del ejército romano, se conmovió por el llanto de Jesús. Sus fundamentos se vieron inexorablemente sacudidos por las lágrimas del maestro.

Pero ¿por qué este Dios se obstina en aguar nos las fiestas más hermosas? ¿Por qué no respeta nuestros cere-

moniales? ¿Por qué trastorna el orden de nuestras procesiones?

Las piedras de la ciudad lo comprendieron. Sudaron de miedo. Los hombres, no. Ellos se quedaron simplemente desilusionados y fastidiados por aquellas lágrimas.

Pero ¿qué es lo que pretende este Dios? ¿No le bastan los mantos por tierra, los gritos jubilosos de la muchedumbre y el festejar de las palmas?

¡Qué mal gusto hablar de tragedias inmensas a propósito de una ciudad que, en fin de cuentas, le decreta los honores del triunfo!

¿Y cómo es que se le ocurre ahora echarse a llorar?

¡Qué rey tan extraño! Con él todas las fiestas terminan en drama.

Por qué llora

¿Por qué llora el Señor? Algunos comentadores han encontrado la manera de liquidar esas lágrimas más bien incómodas sosteniendo que Jesús lloró «como hebreo» por un hecho contingente: la próxima ruina temporal de su patria. Si estos sabiondos logran escaparse tan elegantemente de la dificultad de las lágrimas de Cristo, dichosos ellos. Por lo demás, ¿no se dan cuenta de que desvirtúan ese llanto dándole sólo una motivación patriótica?

Así, pues, ¿por qué llora Jesús? La razón es sencillísima: llora porque nosotros no lloramos. Lloro él por nosotros.

En ningún otro lugar como ante este episodio adquiere todo su áspero relieve aquella maldición: *¡Ay de los satisfechos!* Porque nosotros somos de esos satisfechos. Y por eso la realidad sigue escondida a nuestros ojos, como le pasó a Jerusalén.

¡Tenemos tantas cosas que presentar a Jesús!... Nuestras fiestas, nuestras iluminaciones, nuestros vivas, nuestros registros de bautizados, nuestras procesiones, las listas de nuestros bienhechores, nuestras fiestas, nuestras obras y organizaciones, incluso nuestras «leyes cristianas».

Pero el Señor dirige su mirada más allá de la costra de las apariencias. Observa las cosas en toda su profundidad. Controla la coincidencia entre nuestro corazón y su corazón, entre nuestra voluntad y su voluntad. Y llora. Lloro sobre nuestro cristianismo satisfecho, triunfalista, hecho de cosas más que de personas, de palabras más que de vida, de costumbre más que de fe, de lógica más que de locura evangélica, de limosnas más que de caridad, y que se asemeja muchas veces a una burguesía del espíritu más que a una «pérdida de la propia alma».

Procuremos imaginarnos esa «visita canónica» de Jesús, después de dos mil años. ¿Cómo saldremos del apuro?, ¿qué podremos presentarle?, ¿cómo lo acogeremos?

¿Con velas y cirios encendidos? ¡Pero si lo que él quiere son «cristianos encendidos», esto es, cristianos transparentes, que sean luz!

¿Con nuestros libros de bautizados? ¡Pero si lo que él quiere es repasar los registros de la conciencia!

¿Con ceremonias oficiales, con las autoridades civiles en primera fila codo a codo con la púrpura de los cardenales? ¡Pero si él busca a los pobres!

¿Con tarjetas de invitación? ¡Pero si él busca los corazones!

¿Con imponentes funciones religiosas y «grandiosas manifestaciones de fe»? (¡hay tanta documentación en los boletines eclesiásticos y en las hojas parroquiales!) ¡Pero él no se fía mucho de esas hojas parroquiales y tiene la pésima costumbre de controlarlo todo personalmente y quiere descubrir la fe que es capaz de trasladar montañas!...

¿La Iglesia de los pobres? Él no se contenta con ello. Exige también una Iglesia pobre.

¿Los estados llamados católicos? Él les arranca la etiqueta y se conforma sobre su contenido de libertad y de justicia.

¿Las listas de bienhechores? Y él nos pide noticias sobre los pecadores.

¿Las iglesias espléndidas? Él se da antes una vuelta por las «chavolas», por las «barracas», por las «favelas», por los campos de refugiados.

¿Las imponentes construcciones para las «obras apostólicas», tan funcionales, tan modernas (¡hay que acomodarse al progreso!; hay de todo: un cine, un bar, un campo de deportes, aulas para el catecismo; ¡hasta hay también unos millones de deudas!...)? Y él, sencillamente, nos pregunta si, además, de las casas de piedra, hemos logrado «construir cristianos».

¿Las comuniones pascuales, la afluencia a la misa dominical, las peregrinaciones, las muertes «ejemplarmente cristianas»? Parece que a él le interesan todavía más aquellos que se comprometen a «vivir» como cristianos.

¿El concilio, el «aggiornamento» de la Iglesia, las obras de los teólogos de vanguardia? Pero él está curioso por saber qué es lo que hemos «pagado» por esas ideas. Pagado personalmente, claro está.

Basta. Es probable que esta «visita canónica» de Cristo termine como aquella de hace dos mil años, cuando bajaba hacia Jerusalén, sentado sobre un asnillo retozón, por una calle pavimentada con follaje y con mantos, entre el resonar de los aplausos.

Es probable que tenga hoy más motivo aún para llorar. Llorar porque tampoco hoy, en la «ciudad santa», queda sitio para él.

«En un cristianismo triunfalista no queda sitio para Jesús.»

En un cristianismo triunfalista hay sitio para todo y para todos: para nuestra vanidad y para los diplomáticos, para nuestro deseo de poder y para los arrivistas, para nuestros perifollos y para los turiferarios en servicio permanente efectivo. Pero no queda sitio para Jesús.

Es su destino. El de no encontrar sitio. Ya durante su primera «procesión», *en el seno de su madre, se quedó sin sitio en la posada*. Ésa fue siempre la acogida que tuvo entre los hombres. *Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron*.

Incluso hoy, en su casa, entre esos enormes palacios que llevan su nombre, en medio de la gente que lo aclama, tiene que comprobar amargamente que no queda sitio para él.

Qué es lo que quiere

Fuera. No bromeemos. Jesús llora. Y el destinatario de esas lágrimas soy yo. Quizás también tú.

Un hombre que llora nos pone siempre en apuros. Y aquí es Dios el que llora.

Se trata de no malgastar esas lágrimas. De que nos sintamos acusados por ellas.

¿Qué vamos a hacer?

Por lo pronto, apaguemos las luces. Dejemos en el desván los arcos de triunfo, las banderitas y toda esa quin-calla. Los mantos, más que para pavimentar el camino, pueden servir para dar calor a algún pobre.

Sobre todo, dejémonos de festejos. Es hora de que nos pongamos a trabajar en serio. Ya va siendo hora de que empecemos a ejercer nuestro duro oficio de cristianos.

Dejemos que esas lágrimas ataquen a nuestra satisfacción, que corroan nuestras seguridades, que pongan en crisis nuestra honradez, que sacudan todo el polvo de nuestra «buena conciencia».

¿Qué es lo que quiere, en definitiva, ese Cristo que llora?

Sencillamente, tiene ganas de aguaros la fiesta.

OPERACIÓN LIMPIEZA DEL TEMPLO

Entró Jesús en el templo y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo; volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas. Y les dijo: — Está escrito: mi casa será llamada casa de oración. Pero vosotros estáis haciendo de ella una cueva de bandidos. También en el templo se acercaron a él unos ciegos y cojos, y los curó. (*Mt 21, 12-14*)

Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas en sus puestos. Haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos fuera del templo, con las ovejas y los bueyes; desparramó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: — Quidad esto de aquí. No hagáis de la casa de mi Padre una casa de mercado. Sus discípulos se acordaron de que estaba escrito: «El celo por tu casa me devorará». (*Jn 2, 14-17*)

Los exegetas discuten si el episodio que nos refiere san Juan es el mismo que el de los sinópticos, o bien si se trata de dos hechos diversos que hay que colocar, uno en la primera pascua celebrada por Jesús en Jerusalén al comienzo de su vida pública, y el otro al final de la misma, poco antes de morir... Dejemos las cosas como están. Las diatribas de los exegetas pasarán. Pero permanece el hecho de aquel látigo levantado. Permanece el hecho de que vuelan por el aire los bancos de mercaderes. Y perma-

necen aquellas palabras que hacen más daño que un látigo.

El látigo interrumpe una liturgia blasfema

Jesús ha querido «limpiar» el templo. Y ha organizado aquella barahúnda en la que los chasquidos del látigo se mezclan con los de las palabras.

Su mirada no se ha engañado. Había observado ya con ojo seguro a los enemigos del templo. Marcos, con toda precisión, nos informa de que la tarde anterior entró en Jerusalén, en el templo, y después de observar todo a su alrededor, siendo ya tarde, salió con los doce para Betania. Al día siguiente..., entrando en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo; volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas... La tarde anterior, por consiguiente, ha habido una especie de exploración del campo de batalla. Y un día después, la pelea.

Cristo ha estropeado el negocio de los que comerciaban a la sombra del templo. Ha «limpiado» la casa del Padre de dinero, de sus sacerdotes y de sus cómplices. No se ha entretenido en sutilezas, ni ha atendido a la objeción de que, en definitiva, aquel mercado estaba en función de los sacrificios del templo, sirviendo por tanto fundamentalmente a la gloria del Padre. Su furor, su celo por las cosas de Dios no le permitían atender a estas argucias. No tenía más que un objetivo: terminar con aquella liturgia que era una blasfemia.

Y, al final de la operación, su rostro tenía que expresar la misma satisfacción que una ama de casa, cuando al cabo de una jornada de limpieza general, deja la escoba junto a un imponente montón de basura.

Los verdaderos enemigos

Así, pues, Cristo ha considerado a los amigos del templo precisamente como a los más peligrosos enemigos del templo.

Las consecuencias resultan molestas para nosotros. Podemos aprender en cabeza ajena: los peores enemigos del cristianismo no han de buscarse fuera, sino dentro de su recinto sagrado. Y entre ellos, no hagamos aspavientos, podemos estar nosotros.

Somos muy hábiles para descubrir a los enemigos externos de nuestra religión. Demostramos un olfato infalible de verdaderos sabuesos. Hemos descubierto a todos los enemigos y los hemos catalogado y etiquetado. Les hemos echado encima todas las culpas, desde la des cristianización de masas hasta la «preocupante crisis de vocaciones». Les hemos declarado la guerra. Nos hemos hecho «anti». Anti-esto, anti-aquello. Hemos cometido un error formidable. Hemos reducido nuestro «ser cristianos» a un «ser anti»: anti-enemigos externos.

Y no nos hemos dado cuenta de que sería urgente ser «anti-nosotros mismos».

El peligro para la Iglesia no viene de fuera. Viene de dentro, viene de nosotros. Es inútil que nos hagamos ilusiones sobre este punto.

Los enemigos externos le hacen, en el fondo, un estu-pendo servicio: la obligan a ser vigilante, aumentan su fuerza de cohesión, la robustecen, la sumergen en las cata-cumbas, que es siempre el ambiente «natural» para la explosión de su luz, la multiplican («la sangre de márti-res...»). Y además, en contra de ellos, está la garantía de la asistencia del altísimo: *las fuerzas del infierno no prevalecerán...*

Contra los enemigos internos no hay más solución que los santos. Y el látigo de Cristo.

Esta situación ha quedado reflejada en una frase cruel de un observador afincado en Europa desde playas más bien lejanas: «¡Qué cosa tan estupenda sería el cristia-nismo..., si no existieran los cristianos!».

Y un católico, Bruce Marshall, observa con cierta amargura: «Nuestra religión es verdadera, pero nuestra manera de practicarla la hace aparecer tan falsa...»

Pues bien. Yo que me he acogido a la sombra del tem-plo, yo que vivo en el recinto sagrado, puedo ser un ene-migo del templo, un profanador del templo. Mi medio-cridad, mi reducir el cristianismo a dimensiones «razo-nables», o sea, a las dimensiones de mi timidez y de mi cobardía, mi continuo recortar los horizontes infinitos de Cristo, mis acciones que van desmintiendo cada uno de los artículos del credo, mi andar cansino y vacilante, mi falta de auténtica tensión escatológica, mi negativa a ensuciarme las manos en las realidades terrenas, mi reli-gión como póliza de seguridad contra los eventuales ries-gos del más allá, mis fáciles condenaciones, mi alergia a la cruz, mi incapacidad para «vivir el evangelio en el tiempo»: son otras tantas armas que yo apunto contra el templo.

La piel desgarrada por el látigo

Corta los aires el látigo de Cristo. Como un relám-pago. Un raudal de luz. Que me ilumina y me hace daño. Entiendo, «veo», en aquel fulgor vespertino, que el culpa-ble soy yo y no los otros. Yo, el enemigo.

Y entonces doblo la espalda para esperar más golpes.

Por otro lado, es mucho mejor tener la piel desgarrada por los latigazos de Cristo que seguir llevando sobre

una piel tersa un emblema comprometedor que cubre un «alma ruin» y un corazón de traidor.

De esta forma, la «operación-limpieza» concluye positivamente. La terrible escoba del Señor ha echado afuera a los amigos-enemigos del templo. Fuera queda toda la suciedad. Dentro, ahora, se respira mejor.

También yo, tras el primer momento de escozor, respiro un poco mejor.

Y comprendo que mi reconstrucción empieza exactamente en el momento en que me declaro enemigo de mí mismo.

40

ENTRAD, EL MERCADO HA TERMINADO

Está escrito: Mi casa será casa de oración. Pero vosotros la habéis hecho cueva de bandidos. (Lc 19, 46)

Terribles los latigazos de Cristo. Pero también estas palabras. Nos gustaría prescindir de ellas. Y por muchas vueltas que les demos con las manos, nos queman siempre como tizones ardientes.

El gesto de Cristo, el látigo levantado entre las manos y los bancos por tierra, es demasiado elocuente en su perentoriedad. Y además están también sus palabras para disipar cualquier duda eventual.

O sea, la operación limpieza del templo consiste en eliminar de su recinto todo comercio, todo mercado, aunque sea un mercado al servicio de los sacrificios sagrados. Pero mamón no puede ocupar ningún rincón en la «casa de oración». Cualquier liturgia que alimente, más o menos conscientemente, una complicidad con el mundo del dinero, se convierte en blasfemia.

El manto real resulta anacrónico

Hoy, afortunadamente, la Iglesia está adquiriendo una clara conciencia del alcance del gesto y de las palabras de Cristo.

Algunos pioneros valientes, en medio de la desconfianza general y de las acusaciones de demagogia, han abierto fatigosamente el camino con objeto de hacer desaparecer de los alrededores del altar el sonido del dinero.

Muchos sacerdotes han experimentado la angustia de aquel joven colega suyo que hace algún tiempo escribía al director de una revista:

Quiero una Iglesia pobre, sin oro, sin plata, sin cuentas corrientes, sin ornamentos fastuosos, sin objetos de culto costosísimos. Quiero una Iglesia que distribuya todo lo que pueda recibir.

No soy un excéntrico, ni un sacerdote de izquierdas. Soy un joven siervo del Señor que querría sentir al Señor más cercano de todos los desgraciados del mundo, enfermos no sólo de miseria, sino de desconfianza, de incredulidad, de soledad, de tristeza...

¡Cuántos corazones volverían a Dios ante el ejemplo de una Iglesia pobre, verdaderamente pobre, sin términos medios! Se puede decir misa sin oro ni plata. El oro y la plata ¿honran al Señor? Nuestra pobreza más total y más absoluta lo honrarían mucho más.

Vivo en una parroquia desde hace cuatro años y no me siento un pastor de almas. Me siento un empleado, la rueda de un mecanismo, manejo registros y ficheros, «organizo» ceremonias nupciales, discuto con los esposos la decoración floreal y el precio de los aranceles: la *tarifa*.

No soy un rebelde. Soy un pobre y tímido sacerdote que muchas noches llora como un muchacho porque le parece que todo, a su alrededor, es falso y equívoco. Si hablo de estas cosas con otros sacerdotes, me responden, unos con tristeza, otros con ironía, que no seré yo el que cambie a los hombres y al mundo.

Pero la verdad es que, de una forma lenta pero inexorable, el mundo y los hombres están cambiando. Al menos en este punto.

Hoy difícilmente se podría sostener la acusación según la cual, a la sombra del templo, siguen escondiéndose

montones de injusticia bajo nubes de incienso, revestidos de los sagrados ornamentos. (*Turoldo*)

En muchas iglesias las tarifas, las clases, los privilegios, están sufriendo golpes mortales. Y no se trata solamente de unos cuantos pioneros. La operación limpieza del templo se realiza decididamente con la aprobación del concilio.

La misma reforma litúrgica ha seguido una línea de pobreza, sencillez y sobriedad. Han desaparecido los aparatos fastuosos.

Hay muchas incrustaciones que deben desaparecer.

En veinte siglos, con la pretensión de honrarlo, se han ido amontonando cosas en torno a Cristo, en su casa, en sus altares, en sus pasos, y hasta en su palabra. (*Mazzolari*)

Nos damos cuenta de que cierta fastuosidad sagrada impide el verdadero diálogo con el pueblo de Dios.

Ciertas formas de prestigio, ciertos títulos y distinciones, ciertas decoraciones, ciertas maneras de vivir y de vestir, cierto vocabulario abstracto y pomposo, representan otras tantas estructuras de aislamiento. (*Congar*)

El «manto real» impuesto a la Iglesia por los siglos (Pablo VI) resulta anacrónico. Ahora la gente se da cuenta de su precariedad, de su incongruencia y de su origen... sospechoso.

Todos estos oropeles son objeto de burla por parte de los obreros y de las masas no cristianas que ven por televisión las ceremonias eclesiásticas. Un serio estudio histórico demuestra que todos estos aditamentos no tienen en su origen ningún valor religioso. Son infiltraciones modernas que se han ido sacralizando en el correr de los siglos. (*Gauthier*)

Un obispo valiente, Mons. Franic, no duda en afirmar:

Como san Pedro, tenemos que vivir de las ofertas de nuestro pueblo; como san Pablo, hemos de vivir del trabajo de nuestras manos.

Y le hacen eco cuatro mil sacerdotes españoles en una carta dirigida a la jerarquía:

En cuanto a nuestra sustentación, estamos convencidos de que no puede provenir de otras fuentes más que de la voluntad de los fieles o de nuestro trabajo personal.

Se toma en serio el mandamiento del Señor: *De gracia lo recibisteis; dadlo de gracia.*

Existe una difusa conciencia de que solamente una Iglesia pobre tiene la capacidad de distribuir las riquezas que le han sido confiadas. Las manos que tocan las «cosas sagradas» no tienen que ensuciarse con el dinero.

Naturalmente no todo es miel sobre hojuelas. Todavía hay focos de resistencia. En algunas iglesias, a veces de manera refinada y adoptando las técnicas más modernas, se advierten aún sutiles, aunque no demasiados, vínculos con ese mundo contra el que Cristo levantó su enseña. Y los santos, vergonzosamente, quedan rebajados, a su pesar, al rango de cómplices.

De todas formas hay motivos para esperar que la operación limpieza del templo derribe estas últimas barricadas sagradas del reino de Mammón.

El templo o es casa de oración, y sólo casa de oración, o se convierte en «cueva de bandidos».

¡Fuera también los comerciantes de la eternidad!

Tengo un amigo que, cuando se acerca el domingo noveno después de pentecostés, se informa irónicamente sobre el trozo del evangelio que hay que leer y luego, con evidente satisfacción, me dice:

«Vamos a ver cómo os las arregláis hoy los curas con este trozo del evangelio que os viene como anillo al dedo...»

Pero el episodio de la expulsión de los mercaderes del templo no sólo nos toca a nosotros de cerca, sino a todo el pueblo de Dios.

Los mercaderes, en el templo, son más numerosos de lo que ordinariamente se piensa. Y la operación limpieza tendrá éxito cuando no sólo quede eliminado el ruido del dinero junto al altar, sino cuando quede bien manifiesta y extirpada la raíz profunda de ese trapichondeo.

Es preciso decirlo bien claro: en la iglesia no se permite hacer ningún comercio. Ni siquiera el comercio de «géneros de eternidad» y otros afines.

Me explico. Hay gente que va a la iglesia con el único fin de arreglar los asuntos concernientes a su propia vida futura. Una compraventa en plena regla. Se le dirige a Dios un discurso de este estilo: Tú me das un rincón del paraíso, suponiendo que exista..., y yo te lo pagaré con la misa de los domingos y alguna que otra oración. ¿De acuerdo? ¡Asunto concluido!

Una mentalidad de este calibre es una mentalidad... que merece latigazos.

Otras formas de mercado. Recurrir al Señor con la oración sólo cuando estamos con el agua al cuello y nos urge su intervención para sacarnos del aprieto. Quizás hemos pisoteado impunemente, durante largo tiempo, las exigencias de Dios con nosotros, cuando todo andaba bien. Luego, a la primera señal de peligro, hacemos sonar la sirena de alarma. Y ¡ay si Dios no acude pronto!

En una palabra, Dios a nuestra disposición y no nosotros a disposición de Dios. Y esto es un cristianismo falso, y una oración desquiciada.

La cosa es más evidente todavía en relación con los santos. Para simplificar las cosas, incluso hemos llegado a distribuirles la tarea y a especializarlos en determinados asuntos. Tenemos una larga lista de santos de socorro de

urgencia, encargado cada uno de un sector particular y sabemos en cada caso a quién hemos de dar un telefonazo.

Naturalmente les pagamos las molestias; no es que queramos gratis sus favores: una vela encendida, un triduo, una novena en los casos de acentuada sordidez del peticionario..., un exvoto en metal dorado, la estampa en la cartera... ¡Todo un mercado *in sacris!*

Los santos, que deberían realizar la tarea de constituir un perpetuo remordimiento para nosotros, han quedado domesticados, o al menos así nos lo parece, y utilizados para nuestro servicio. También ellos a nuestra disposición.

La operación limpieza del templo sólo se completará cuando logremos desarraigar esa mentalidad mercantil, esa concepción utilitarista de la religión que nos hace roñosos y mezquinos, que nos transforma en comerciantes a la sombra del templo. Y los traficantes del templo no hemos de olvidarnos de que en el lenguaje del Señor merecen el nombre de «bandidos».

Los que tienen derecho a estar en el templo

Después de que Jesús hizo sonar el látigo, después de haber echado a los traficantes, he aquí que *en el templo se acercaron a él algunos ciegos y cojos, y los curó.*

Este detalle, que parece como si se le hubiera escapado casualmente, de pasada, al evangelista, está lleno de significado, y adquiere, dentro del contexto del episodio referido anteriormente, un relieve excepcional.

Salen los intrusos y entran los «que tienen derecho».

Son puestos brutalmente a la puerta los mercaderes y son acogidos los amos, con todos los honores.

El templo, profanado por los comerciantes, queda «re-consagrado» con la presencia de los pobres.

Los pobres, clientes privilegiados del evangelio y del reino, tienen derecho a los primeros puestos en la Iglesia.

La señal más evidente de que el templo ha dejado de ser una «cueva de bandidos» es que los pobres se sienten allí a gusto, con la sensación de estar en su propia casa.

La presencia de los pobres anuncia el cese del mercado.

¿Y nosotros? ¡No nos hagamos muchas ilusiones!

¡Apenas se nos tolera en la iglesia! Prescindiendo de bromas, ¿quién tiene derecho a entrar en el templo juntamente con los pobres?

Podemos decir paradójicamente, pero no tanto: «tienen derecho a quedarse en la iglesia sólo aquellos que saben estar fuera». Esto es, los que saben portarse «fuera» con un estilo rigurosamente cristiano, según las exigencias de una fe viva y consciente.

Sólo los que han sido capaces de llevar a Dios «fuera», pueden pasar el dintel de la iglesia.

Hay una frase muy incisiva de Dietrich Bonhoeffer que ilustra esta verdad: «Sólo aquel que grita en favor de los judíos tiene derecho a cantar en gregoriano».

Podemos completarla: tiene derecho a rezar solamente aquel que «fuera» ha tenido la valentía de alzar la voz en favor de la justicia, en favor de la libertad, en favor del hombre, de *cualquier* hombre, cuya dignidad y cuyos derechos más elementales hayan sido pisoteados.

Más aún: tiene derecho a hablar con Dios solamente aquel que ha sido capaz de hablar, y de obrar, en favor del hombre.

«Fuera» es donde hemos de demostrar que sabemos permanecer en el templo. «Fuera» es donde se adquiere el derecho de entrada en el templo.

*

A pesar de todas las apariencias, no es nada fácil entrar y permanecer en el templo. El gesto y las palabras de Cris-

to están allí para advertirnoslo severamente, para presentarnos unas condiciones que no pueden eludirse impunemente.

Es fácil ser un intruso.

Es fácil ser un profanador.

Es fácil llevar allí una mentalidad de comerciantes, esto es, de «bandidos».

Si alguna vez nos olvidamos de ello, pidámosle al Señor que nos haga sentir cómo el pavimento se hunde bajo nuestros pies.

41

HAN TRAICIONADO A JUDAS

Al atardecer, se puso a la mesa con los doce. Y mientras comían, dijo: — Yo os aseguro que me entregará uno de vosotros. Muy entristecidos, se pusieron a decirle uno por uno: — ¿Acaso soy yo, Señor? Él respondió: — El que ha mojado conmigo la mano en el plato, ése me entregará. El hijo del hombre se va, como está escrito de él, pero ¡ay de aquel por quien el hijo del hombre es entregado! Más le valdría a ese hombre no haber nacido! Entonces preguntó Judas, el que iba a entregarle: — ¿Soy yo acaso, rabbí? Dícele: — Sí, tú lo has dicho. (*Mt 26, 20-25*)

Cuando dijo estas palabras, Jesús se turbó en su interior y declaró: — Yo os aseguro que uno de vosotros me entregará.

Los discípulos se miraban unos a otros, sin saber de quién hablaba. Uno de sus discípulos, el que Jesús amaba, estaba a la mesa al lado de Jesús. Simón Pedro le hace una seña y le dice: — Pregúntale de quién está hablando. Él, recostándose sobre el pecho de Jesús, le dice: — Señor, ¿quién es? Le responde Jesús: — Es aquel a quien dé el bocado que voy a mojar. Y, mojado el bocado, lo toma y se lo da a Judas, hijo de Simón Iscariote. Y entonces, tras el bocado, entró en él Satanás. Jesús le dice: — Lo que vas a hacer, hazlo pronto. Pero ninguno de los comensales entendió por qué se lo decía. Como Judas tenía la bolsa, algunos pensaban que Jesús quería decirle: «Compra lo que nos hace falta para la fiesta», o que le mandaba dar algo a los pobres. En cuanto tomó Judas el bocado, salió. Era de noche. (*Jn 13, 21-30*)

Cuando aparece el nombre de Judas, a todos nos vienen ganas de coger la pluma y de cargar bien las tintas.

Si se recogiesen en una antología las páginas que los literatos de todos los calibres y de todas las latitudes han dedicado al que traicionó a Cristo, resultaría que ningún hombre en la tierra ha tenido jamás un «dossier» tan despiadado. El nombre de Judas ha acumulado todos los epítetos más infamantes contenidos en los vocabularios del mundo entero.

Mauriac se desenvuelve con una ligereza cruel:

Él había sido amado lo suficiente para que su traición fuera imperdonable.

Y Romanó lo define de una manera más bien discutible:

Pertenece a otra naturaleza. Es el único hombre cuyas lágrimas no deben suscitar piedad. El único verdaderamente nacido para la segregación.

Es extraño, pero el más «piadoso» resulta que es Papini, que tiene el buen gusto de detenerse ante el «misterio» de ese hombre.

De todas formas, poco nos importa el trato que le han reservado a Judas las plumas ilustres. Tengo siempre la posibilidad, para colmo de disgustos, de cerrar esos libros en los que se echan encima las requisitorias más despiadadas, y abrir el evangelio.

Allí Jesús, en el mismo momento en que Judas consuma su traición por medio de una de las señales más sagradas del amor, el beso, saca del vocabulario de su propio corazón un solo nombre: el nombre de ¡amigo!

Esto me basta. Los epítetos vergonzosos que le han atribuido los grandes literatos ya no me interesan.

Para el que sabe leer el evangelio sólo hay una definición aceptable de Judas: el amigo de Cristo.

Rasca Satanás y sale roña

No. No me escandalizo de que Jesús haya llamado al traidor con el nombre de amigo. Incluso es algo que me llena de alegría. Porque ese mismo nombre me corresponde a mí en todo derecho. Porque yo también he aprendido a traicionarle. También yo le he traicionado mil veces.

Cada uno de los apóstoles, por un momento, ha tenido conciencia de que podía ser él el traidor, cuando Jesús hizo, en la mitad más emocionante de la cena, una declaración inquietante: *Yo os aseguro que uno de vosotros me entregará.*

En aquel momento de tensión insostenible, cayó la confianza como una hoja muerta y cada uno se sintió solo como una isla en un mar inquieto, azotado por el viento y por la luz que pone de manifiesto los más ocultos escondrijos. Su memoria se despierta como un nudo de serpientes que el sol sacude de su letargo; y un hormiguero de pensamientos nunca expresados, de pecados nunca confesados, de instintos tardíamente sofocados, de ideas formuladas y rechazadas, de opciones oscuras, de intenciones innominables, la maraña de selvas inexploradas en donde se refugian animales inmundos y ritos vergonzosos, el antro donde el alma sepulta los restos de sus secretas borrascas, todo esto aflora en aquel instante de tensa expectativa, bajo el rascar furibundo de Satanás. Cada uno de los doce piensa que hay en él suficiente inmundicia, no para una, sino para cien traiciones. No falta nada: orgullo, impureza, incredulidad: y tristeza, desconfianza, violencia... (*Romanó*)

¿Soy yo acaso, rabbi?

Sí. Soy yo. Mi corazón es toda una capa de traiciones.

Entre los treinta denarios que suenan en el bolsillo de Judas está también mi contribución. También yo, y no sólo los sumos sacerdotes, he dado mi propina. También yo he pagado.

Y Judas no es más que la escuálida evidencia de todas mis traiciones.

Lo que me salva de la desesperación es el eco del nombre que absorbe y neutraliza por completo el sonido siniestro del beso del traidor: ¡Amigo!

Traidor por haber sido traicionado

Mauriac escribe además que, a la salida de Judas, los apóstoles «sintieron que la atmósfera se aligeraba».

No estoy muy convencido de ello.

Creo más bien que en el corazón de cada uno de ellos seguía latiendo, molesto e imposible de ser extirpado, un remordimiento: Judas traicionaba porque ellos lo habían traicionado.

Su colega era a la vez traidor y traicionado.

San Juan nos refiere un hecho espeluznante: *Satanás entró en Judas.*

La ocupación tremenda por parte de Satanás es posible porque Judas está ya «deshabitado».

Pero puede surgir una sospecha: ¿no estaría acaso el traidor «deshabitado» del amor de sus compañeros?

Si el corazón de Judas hubiese sido vigilado constantemente, si lo hubiese agredido tenazmente el amor de los demás apóstoles, ¿hubiera sido entonces posible que Satanás tomara posesión del mismo?

El demonio tiene la vía libre solamente cuando el amor se convierte en desierto.

El primer sacrilegio de la Iglesia naciente

Más todavía. Los apóstoles, a pesar de la comida sobrenatural que Jesús les había preparado precisamente en

aquel momento, se quedaron tranquilamente cada uno en su sitio. No se movieron para ir a buscar a Judas.

Sin embargo, probablemente Cristo esperaba de ellos alguna cosa por el estilo. Esperaba que su propio cuerpo serviría para moverles a realizar ese gesto de locura.

Pero tuvo que asistir, desilusionado, a una segunda traición. La traición de los amigos al traidor.

Hay una página, muy personal, de Fabrizio Fabbrini que, según creo, es la primera que nos pone de manifiesto esta incómoda realidad:

También Judas tenía amigos.

Sus amigos estaban allí, bien calientes, con buena comida y abundante vino. Y estaban haciendo una buena digestión, en medio de su templada y leve embriaguez, acomodados a su gusto en los triclinios escuchando las palabras de Jesús. Y era muy bonito reclinar la cabeza en su costado.

El que está lleno de vino y de consuelos raras veces se acuerda de los que nada tienen.

Pero la comida de los apóstoles no era una comida común, y esto debería haber constituido una excepción de la regla. Una cena especial. No sólo el cordero y las hierbas amargas y el pan ácimo y el vino purísimo; sino además un pan y un vino especiales, el alimento de la vida.

Aquella comida y aquella bebida, que deberían haberlos llenado de amor, los han llenado de egoísmo. ¿Es que no les decía nada a sus corazones aquel Jesús que había entrado en ellos y que les hablaba de su Judas? No puedo creer que ellos no lo entendiesen. El amor tenía que sugerirles algo. Lo entendían, pero no querían seguir el impulso del corazón. ¿Por la pereza de los triclinios y de la buena digestión?

Aquella primera comunión de la Iglesia naciente era un primer sacrilegio: se les había ofrecido aquel amor que nos hace salir de nosotros mismos. La primera Iglesia traicionaba a Jesús antes de que Judas llegase a prenderlo. El primer hecho de una larga historia de amor y de traiciones, de esa Iglesia que tiene a Cristo en su seno y lo traiciona continuamente.

Era una traición de amor. Y los apóstoles eran más culpables que Judas, porque no habían comprendido el alimento de Jesús; como no lo comprenderán poco después, cuando se duerman en Get-

semaní, en vez de vigilar y de orar. Un alimento malgastado, un don malgastado, un misterio de amor tirado por tierra.

¡Cuánto le hubiera gustado a Jesús que hubiera sido precisamente Juan el que saliera a buscar a Judas! Él, el más joven de todos, habría sido mejor escuchado.

Habría podido alcanzar a Judas sin ningún esfuerzo; y cogiéndole por el manto le habría dicho: «Vuelve, amigo, que el maestro te aguarda. Él me manda a pedirte perdón por los sufrimientos que estás pasando. Y a decirte que te ama y que te confía de nuevo su Iglesia naciente, con una dignidad superior a la de los ángeles».

Si Juan no era capaz de realizar ese acto de amor, ¿qué es lo que estaba haciendo sobre el pecho del Señor? ¿Consolándose espiritualmente, mientras un hermano suyo estaba traicionando al maestro?

Bastaba por un instante saber renunciar al abrigo del cenáculo. Dejarse llevar del corazón... Y salir un momento, fuera, a la calle, tras las huellas de Judas. Si se hubiera levantado uno solo de aquellos apóstoles, Jesús mismo habría dado la señal de ataque a toda la patrulla. Y se hubieran lanzado muchos a la calle, a la caza de Judas. Doce contra uno: hubiera sido una victoria fácil. El amor de los doce contra el aburrimiento de uno. ¿Qué iba a poder el aburrimiento de uno contra el amor de doce? Judas habría caído en la red del abrazo de sus amigos: y la sonrisa de confianza de sus amigos habría roto el hielo del odio, habría vencido su miedo y su vergüenza. En aquel abrazo, los treinta denarios habrían ido cayendo del bolsillo uno tras otro, rebotando sobre el suelo y rodando por la calzada. Y habría sido un rumor de fiesta.

... Y si todo esto no hubiera valido todavía para deshacer el corazón de Judas, la patrulla habría sabido qué hacer. Ya sabían adónde ir: allí, a la casa del sumo sacerdote. Habrían llamado, en medio de la noche. Dentro se vería el resplandor de las antorchas de los armados que esperaban la llegada de Judas. Y así, precediendo a Judas, los mismos apóstoles le entregarían a Jesús: «Aquí lo tenéis: éste es el Jesús a quien buscáis para darle muerte; y nosotros, sus amigos, los que mañana nos dejaremos crucificar con él, venimos a entregaroslo. Doce cruces en el calvario. Nuestro amor es demasiado grande para contentarnos con una cruz solamente».

*

Si la eucaristía no nos lanza fuera del cenáculo de nuestras plácidas y beatíficas devociones, si no nos impulsa

a realizar alguna acción imprevisible, a tomar alguna iniciativa que parezca absurda y loca, malgastamos esa comida.

La traición a los hermanos coincide con la traición al pan de vida.

Nos preocupamos y nos horrorizamos justamente, según la seria advertencia de Pablo, por la «indignidad» anterior a la comunión. Es temerario presentarse «sucios» ante la mesa eucarística. Pero también hay una «indignidad» posterior. Mejor dicho: «un hacerse indigno» de ese alimento de que nos hemos alimentado. Y esa indignidad es tan temeraria como la anterior.

El quedarnos «al abrigo», seguros, bien protegidos, mientras que Judas está «fuera», de noche, concluyendo su negocio, con el dinero entre las manos, es hacernos cómplices de su traición.

La villanía, las traiciones, las bajezas se van acumulando y empujando cada vez más la costra humana. Hasta que logran encontrar el punto débil, por donde revientan. Ese punto es Judas.

Pero ¿quién se atreverá a decir que ese nombre tan siniestro no comprenderá quizás su propio nombre?

Sí. Cristo está en agonía hasta el final de los siglos. Cristo sigue siendo traicionado.

Los treinta denarios se han ido acumulando, hasta llegar a formar un grueso capital. Por eso, «el campo de sangre» ocupa tan amplias dimensiones.

Y él sigue esperando que alguno de los «suyos» se levante y salga fuera, en mitad de la noche.

SEÑOR, ENSEÑAME A DORMIR

Van a una propiedad, llamada Getsemaní, y dice a sus discípulos: — Sentaos aquí, mientras yo hago oración. Toma consigo a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir pavor y angustia. Y les dice: — Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad. Y adelantándose un poco, cayó en tierra y suplicaba que a ser posible pasara de él aquella hora. Y decía: — ¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí este cáliz; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú. Viene entonces y los encuentra dormidos; y dice a Pedro: — Simón, ¿duermes?, ¿ni una hora has podido velar? Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil. Y alejándose de nuevo, oró repitiendo las mismas palabras. Volvió otra vez y los encontró dormidos, pues sus ojos estaban cargados; ellos no sabían qué contestarle. Viene por tercera vez y les dice: — Ahora ya podéis dormir y descansar. Basta ya. Llegó la hora... (Mt 14, 32-41)

Es raro. Nunca jamás he oído una plática sobre el sueño. Se trata de una grave laguna en mi formación.

Señor, déjame dormir. Tengo que dormir. No me despiertes. Conviene que yo duerma.

Mi salvación está ahora vinculada al sueño.

Es difícil que los «maestros espirituales» lo aprueben. Pero tú, que no estás obligado a leer sus tratados, me comprendes perfectamente. Y espero que escuches mi petición.

Dicen que tus caminos son infinitos. Y ¿por qué uno

de esos caminos, el camino que llega hasta mí, no podría ser precisamente el camino del sueño?

Señor, enséñame a dormir.

No me hables de oración. Bien sabes que allí no sacas nada de mí. Multiplico las palabras, charlo para taparte la boca, para no dejarte hablar. Y no te queda más remedio que volver a meter en cartera tus proyectos, porque no te quiero escuchar. Tengo miedo.

Pero todavía te queda una posibilidad. El sueño.

En la historia se habla de algunas ciudades que se vieron obligadas a capitular, después de interminables asedios, porque sus habitantes fueron tomados «por hambre» o «por sed».

Tú, Señor, tendrás que tomarme «por sueño».

De día, estoy alerta. He aprendido a protegerme contra ti. Sé defenderme de tu evangelio, especialmente de las páginas más incómodas. Con las armas del sentido común y de la cultura logro neutralizar tus paradojas. Y si llega hasta mí alguno de tus golpes, pronto encuentro la manera de que no me haga daño, metiéndolo en un fichero convenientemente dispuesto, donde todo queda bien archivado, cada cosa en su sitio, cada idea en orden, sin que nada tenga que preocuparme.

Pero de noche me veo obligado a abandonar mi defensa. A dismantelar las empalizadas de lo «razonable».

¡Ése es tu momento, Señor!

Tienes que aprovecharlo.

Toma en tus manos las riendas que de día he pretendido neciamente tener bien apretadas entre mis manos.

Sugiere cosas justas.

Dime lo que tengo que hacer.

Reconstrúyeme, mientras duermo.

Soy como una máquina que necesita un «repasso» general. Piensa en la manera de ponerlo todo a punto: oídos, lengua, cerebro, ojos; sobre todo, el corazón.

Hazme un buen arreglo, Señor, durante la noche. Porque yo lo único que hago es estropear cada vez más las cosas.

Por la mañana, cuando me despierte, encontraré un regalo maravilloso: una nueva edición de mí mismo, mucho más mejorada.

Alguien ha escrito: «El sueño es la astucia de Dios para concederle al hombre la ayuda que no puede darle mientras está despierto...» También yo espero que tu astucia «nocturna» compense mi necesidad «diurna».

Cuando estoy despierto, defiendo con las uñas una libreta en la que tengo bien escrita toda mi «sabiduría»: contiene mi escala de valores, mi «problemática» tan complicada, mis programas (!) de santidad.

De noche no tengo más remedio que soltarlo. Cógelo tú, Señor. No te rías. Compadécete de mí. Corrige sus faltas, borra sus idioteces, elimina sus despropósitos. Escribe tú lo que conviene.

Paso durmiendo la tercera parte de mi vida. Ocho horas cada día. Ése es el tiempo «oportuno», Señor. Para que me enseñes a vivir en las otras dos terceras partes.

No diré como aquella señora inglesa que, durante la última guerra, se quedaba tranquilamente en la cama en medio de la furia de los bombardeos: «Se me ha ocurrido que Dios no duerme; por tanto, no existe ninguna razón para que estemos los dos despiertos». En mi caso tendría que decir: ¡ay si estuviésemos despiertos los dos! Yo impediría su trabajo. Lo estropearía todo, como hago durante la jornada.

Un proverbio idiota, que he aprendido a odiar cuando, en los años del seminario, sonaba el timbre a las cinco y media de la mañana, afirma: «El que duerme, no pesca». Está claro que yo no tengo ninguna gana de pescar. En compensación, Señor, puedes tú pescarme mientras duermo.

Repito: es la última ocasión que te queda.
Por favor, no te la dejes escapar.

*

Leo en la sagrada Escritura:

En vano madrugáis a levantaros,
el descanso retrasáis,
los que coméis pan de fatigas,
cuando él colma a su amado mientras duerme.
(Sal 127, 2)

Señor, si me amas, dame sueño.
Déjame dormir.
Enséñame a dormir.
Y tú trabaja, finalmente, en paz.

UN SITIO EN EL CALENDARIO PARA EL PRIMER SANTO CRISTIANO

Llegados al lugar llamado calvario, le crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: — Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen. Se repartieron sus vestidos, echando a suertes.

Estaba el pueblo mirando; los magistrados hacían muecas diciendo: — A otros salvó; que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el elegido. También los soldados se burlaban de él y, acercándose, le ofrecían vinagre y le decían: — Si tú eres el rey de los judíos, sálvate. Había encima de él una inscripción: «Este es el rey de los judíos».

Uno de los malhechores colgados le insultaba: — ¿No eres tú el Cristo? ¡Pues sálvate a ti y a nosotros! Pero el otro le reprendió diciendo: — ¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho. Y decía: — Jesús, acuérdate de mí cuando vayas a tu reino. Jesús le dijo: — Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso. (*Lc 23, 33-43*)

He deshojado el calendario. El ciclo litúrgico, totalmente lleno de santos, no reserva para él ni un solo rincón.

Hay un sitio y se celebra una fiesta para todos aquellos que estaban aquel día sobre el calvario. Para la virgen, naturalmente. Para san Juan. Para María Magda-

lena, aunque tenga todavía algún incidente con los exegetas.

Hay un sitio incluso para los ausentes. Para el primer papa, metido quién sabe dónde para llorar su propia negativa. Para todos los demás apóstoles, ocultos como ratones en el agujero de su miedo.

Para él, para el buen ladrón, el primer santo cristiano, no hay ningún sitio en el calendario.

Los evangelistas se han olvidado incluso de hacernos su presentación. No conocemos su nombre. Y a ningún niño, en el momento de su bautismo, se le puede imponer su nombre.

Su fiesta debería celebrarse el viernes santo. Pero comprendo que ese día es un día «impedido». De todos modos, con un poco de buena voluntad, se habría podido poner remedio y encontrar alguna otra solución.

Probablemente se ha querido evitar complicaciones a ciertos panegiristas. ¿Cómo se las habrían arreglado con ese santo tan poco «edificante»? ¿Habrían aceptado los «buenos parroquianos» como modelo a un tipo tan poco recomendable, que entró a formar parte del número de los «nuestros» sólo en los últimos cinco minutos de su existencia borrascosa, y además, no hemos de olvidarlo, a través de la puerta de servicio que dejó abierta Cristo en un momento, dadas las circunstancias, de comprensible «debilidad»?

En una palabra. Un personaje incómodo, no muy recomendable, ni siquiera después de la muerte. Por tanto, ¡nada de fiestas para él!

Entendámonos. No es que él tenga que sufrir por esta falta de delicadeza de los liturgistas. Pero la verdad es que es el único santo canonizado directamente por Cristo: *Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso.*

Esto le basta. Y le sobra.

Caso curioso. Durante toda su existencia, limitán-

donos, al menos, a lo que nos refieren los evangelistas, Jesús no tuvo nunca la ocasión de cruzarse con bandidos. Ahora, en unas pocas horas, tiene que vérselas nada menos que con tres. Primero Barrabás, el bandido que ocupó su sitio en la libertad. Y en la cruz con dos malhechores de derecho común.

Siempre ha sido llamado, con cierto indulgente cariño, «el buen ladrón». O bien, «el contrabandista del paraíso».

Pero él no ha robado nada. Si Jesús le aseguró un puesto en el paraíso, quiere decir que había sido hecho «para» el paraíso.

Su nacimiento, toda su vida, sus fechorías, convergían hacia aquel punto: ser el compañero de Dios en el momento del suplicio.

Su existencia desastrada se resuelve, en pocos minutos, en el calvario. Una vida entera que «se juega» en un puñado de segundos. ¿Demasiado cómodo? Pero «el buen ladrón» supo llenar aquel poquísimo tiempo de cosas enormes. Y Dios cuenta la fidelidad por otro calendario que no concuerda con el nuestro. Por otra parte, ¿cuántos días de nuestra vida «vivimos» de verdad?

Cristo recibió en la cruz una estupenda adoración, no por parte del primer papa, ni de los primeros obispos, sino de un bandido encallecido en el mal.

Jesús, acuérdate de mí cuando vayas a tu reino. Nunca atenderemos bastante a la dignidad y grandeza en este acto de fe. El ladrón lo realiza en el momento de la abominación, de la derrota, del hundimiento de la gloria temporal, entre las burlas de los «notables» que le rodean.

«El buen ladrón» proclama la realeza de Jesús en el momento menos triunfal. Y su profesión de fe, en aquellas circunstancias, asume un tono profético. Sí. Este bandido se coloca en la línea de los profetas.

Ha hecho y dicho lo esencial. Ha confesado sus culpas, reconociendo que el suplicio, en su caso, era merecido; ha proclamado a Jesús inocente; ha obligado a callar al compañero atrevido; reconoce a Jesús como rey, no en el entusiasmo popular de los milagros, sino en el momento de la humillación y el abandono; declara que cree en un reino que trasciende este mundo; y reconoce, prácticamente, que la muerte representa la puerta de entrada en ese reino.

El compartir el mismo suplicio de Cristo le hace tan lúcido que intuye y proclama unas verdades fundamentales.

Así recibe el doble bautismo: el de sangre y el de deseo.

Y merece acompañar a Cristo en su entrada en el paraíso.

Precisamente él. El que estaba fuera de la ley. El excluido, hasta del calendario litúrgico.

*

Un día una madre, con cierta dosis de ingenuidad, le formuló a Cristo esta extraña petición: *Manda que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda en tu reino.*

La pobre mujer no sabía que era una cosa imposible. El puesto de la derecha estaba ya reservado. Para un bandido.

LA MONTAÑA SE QUEDÓ EN SU SITIO

Yo os aseguro: Si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Desplázate de aquí allá, y se desplazará, y nada os será imposible. (Mt 17, 20)

¡Señor! Resulta bien extraño tu evangelio. Un libro completamente distinto de los demás. Nos reserva sorpresas brutales. Y cuanto más familiar nos resulta su lectura, menos tranquilo se siente uno.

Un estudiante que haya profundizado en determinado tratado, se siente seguro para el examen, salvo los regateos del profesor.

Pero el que conoce el evangelio, acaba con perder la seguridad. Solamente el que lo ignora puede pretender cierta seguridad.

El estudio de los libros de los hombres nos merecen el aprobado.

El estudio del evangelio nos regala el suspenso. Cada una de sus páginas hace añicos las más sólidas certezas.

Hoy, por ejemplo, me he dado cuenta de que «creía creer». Y así ha saltado por los aires uno de los «puntos firmes» de mi existencia cristiana.

Yo os aseguro: Si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Desplázate de aquí allá, y se desplazará, y nada os será imposible.

¡Señor! Yo nunca he desplazado una montaña. Ni siquiera una colina de mi dulce aldea. Y estoy convencido de que nunca conseguiré hacerlo.

En clase me han enseñado la manera de construir un silogismo. Ha llegado el momento de poner en práctica aquellas enseñanzas. Probémoslo.

Tú has dicho: si tenéis fe, desplazaréis las montañas.

Es así que yo no he logrado nunca desplazar una montaña.

Luego no tengo fe.

¡Perfecto!, aunque esto no resulte muy consolador para mí.

No tengo fe. He recitado millares de veces la profesión de fe, el credo, ¡hasta soy capaz de meterme en una sólida disquisición sobre el *Filioque!*, pero no tengo fe.

He estudiado a santo Tomás y puedo codearme con los teólogos modernos más «avanzados». Pero no tengo fe.

Estoy en disposición de responder con desenvoltura a las principales objeciones «contra la fe». Pero no tengo fe.

Jamás he desplazado a una montaña. Porque no lo he intentado nunca. Y no lo he intentado nunca porque tenía miedo de fracasar. Estaba «vacilante» (Mc 11, 23). Por consiguiente, no tenía fe.

Espero milagros de ti, Señor. Estoy hambriento de ellos. Y me olvido de que tú realizabas los milagros cuando veías la fe de los que te rodeaban. La fe era el muelle que hacía saltar tu omnipotencia, y no viceversa.

La fe es el camino seguro que conduce al milagro. Yo, por el contrario, espero el milagro para empezar a caminar por el camino de la fe.

Y así nuestros itinerarios no se encuentran nunca. Vamos caminando dándonos la espalda, en direcciones opuestas.

Mi incredulidad tiene una fuerza espantosa. Y no hizo allí muchos milagros, a causa de su falta de fe (Mt 13, 58).

... Jesús *quedó admirado* de él, y volviéndose a la muchedumbre que le seguía, dijo: — Os digo: ni en Israel he encontrado una fe tan grande. (Lc 7, 9)

¡Ve! Tu fe te ha salvado. (Lc 18, 42)

Viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico... (Mt 9, 2)

Hija, tu fe te ha sanado. (Mc 5, 34)

Pero, si algo puedes, ayúdanos, compadécete de nosotros. Jesús les dijo: — ¡Qué es eso de si puedes! ¡Todo es posible para quien cree! Al instante, gritó el padre del muchacho: — ¡Creo, ayuda a mi poca fe! (Mc 9, 22-24)

Vete, tu fe te ha salvado. (Mc 10, 52)

Pero él le dijo a la mujer: — Tu fe te ha salvado. Vete en paz. (Lc 7, 50)

Todo el evangelio es una demostración de tu «debilidad» ante la fe. Hay episodios, como el del centurión, en el que no logras disimular tu admiración, tu alegría frente a la fe del interlocutor.

Y yo, Señor, te he negado esa alegría. Porque no tengo fe. Tendría que alargar la lista de pecados que todas las semanas le presento al confesor para añadir: «Soy además culpable de haberle negado un poco de alegría al Señor por mi falta de fe».

No, no he sido nunca capaz de ofrecerte una fe que llamase tu atención. Por eso merezco tus quejas. Yo soy la causa de tu desilusión:

¿Dónde está vuestra fe? (Lc 8, 25)

¿Por qué estáis con miedo, hombres de poca fe? (Mt 8, 26)

Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? (Mt 14, 31)

Estando a la mesa los once discípulos, se les apareció y les echó en cara su incredulidad y su dureza de cabeza. (Mc 16, 14)

¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer! (Lc 24, 25)

Hoy los técnicos han llegado a producir metales particularmente resistentes al esfuerzo y al desgaste, eliminando de ellos toda escoria, haciéndolos «puros».

Tú, Señor, esperas de mí una fe como esos metales. Sin embargo, mi fe está llena de escorias: amor propio, conformismo, presunción, inercia, intelectualismo, complicaciones de todas clases, falsa seguridad... Esto quiere decir que no tengo fe. Creía que creía porque confundía las «verdades de la fe» con la fe. Me engañaba pensando que creía. Pero la verdad es que seré juzgado por ti y por los demás hombres sobre lo que he llegado a ser en virtud de la fe.

Mi fe, debería decir más bien, aunque esta expresión me da miedo, «mi falta de fe» puede presentar una documentación a base de los artículos del credo, de las páginas de los mejores tratados teológicos, de un montón de palabras. Pero no está en disposición de presentar la única documentación válida: los hechos.

Por eso «hago de cristiano». Pero «no soy cristiano». Hay un abismo entre esas dos cosas.

«Diréis a este monte: Desplázate de aquí allá...»

Es la fe que *triumfa sobre la necesidad*.

La fe no deja nunca las cosas como son. O desplaza las montañas. O transforma las personas. Las dos cosas son un milagro admirable.

No tengo necesidad de que se desplacen las montañas (por lo demás, la cosa no sería muy bien vista, sobre todo en tiempo de vacaciones; y además podría crear serias complicaciones en el campo internacional). Pero «es mi obligación» remover la montaña de mi mediocridad. «Es mi obligación» cambiarme a mí mismo.

*

Si tenéis fe como un grano de mostaza...

Será conveniente que me dirija a los expertos en botánica. Para saber si existe todavía algo más pequeño que un grano de mostaza. Sólo así podré tener delante de los ojos la imagen-remordimiento de mi fe.

Señor. Existe la fe que desplaza montañas. Y existe otra. La que no mueve nada. La mía, precisamente.

Lo he descubierto hoy. Te lo digo con dolor, ruborizándome hasta la punta de los pies.

Tus palabras me han obligado a hacer un «descubrimiento macabro». Como si hubiese entrado tan tranquilo en una habitación y me hubiese encontrado un cadáver.

Pero mi grito de dolor quiere ser también una invocación. ¿Será esto suficiente para que me regales la salvación?

Has dicho: *Nada os será imposible*. La cosa, naturalmente, vale también para ti.

Entonces, ¿conseguirás «ver» en mí una fe todavía más pequeña que un grano de mostaza?